

8200

4663

LA AZUCENA DE QUITO
o
LA BEATA MARIANA DE JESÚS





BEATA MARIANA DE JESÚS,
Azucena de Quito.

Beatificada por S. S. Pío IX el 20 de Nov. de 1853.

9622 4663 B 938 a
LA
AZUCENA DE QUITO

6
LA BEATA MARIANA DE JESÚS
PAREDES Y FLORES.

VIDA PUBLICADA POR EL REV. PADRE

AUGUSTO BRUCHEZ

REDENTORISTA.

"Juan Bta. Vázquez"

Sicut lilium inter spinas.

Como azucena entre espinas.

Cant. II, 2.

CON EL PERMISO DE LOS SUPERIORES DE LA CONGREGACIÓN
Y LA APROBACIÓN DEL EXMO. É ILMO. SEÑOR ARZOBISPO
DE FRIBURGO.

ADORNADA DE UN RETRATO DE LA BIENAVENTURADA.



FRIBURGO DE BRISGOWIA (ALEMANIA).

B. MERDER

LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.

BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENNA
Y SAN LUIS (AMÉR. SEPT.).

1908

45 = ref 6381 (ms)

Imprimatur.

Friburgi Brisgoviae, die 21 Aprilis 1908.

‡ Thomas, Archiepps.

Es propiedad.

Tipografía de B. HERDER en Friburgo de Brisgovia. 1908.

APROBACIÓN.

EN uso de las facultades que nos han sido delegadas por el Reverendísimo Padre General, y visto el informe favorable de dos teólogos de nuestra Congregación sobre la obra titulada *La Azucena de Quito ó Vida de la Beata Mariana de Jesús*, por el Padre Augusto Bruchez, Redentorista, concédese la licencia necesaria para su impresión.

Mouscron, 1º de mayo de 1905.

D. Castelain, C. SS. R.
Sup. Prov.

PROTESTA DEL AUTOR.

CONFORMÁNDONOS con los Decretos de Urbano VIII, declaramos que á las gracias, milagros y revelaciones de que se hace mención en este libro, que no hayan logrado la aprobación de la Iglesia, no pretendemos se dé más fe que la que merecen los testigos y documentos aquí aducidos. Otro tanto decimos de los nombres de Santo ó Bienaventurado que demos á personajes no declarados como tales por la Iglesia.

DEDICATORIA.

¡ Inmaculada y siempre virgen María! ¡ Oh llena de gracia!

Bendita entre todos los hijos de Adán. ¡ Oh Paloma!
¡ Oh Tortolilla! ¡ Oh Predilecta de Dios!

Prez y Gloria del género humano.

Delicia de la Santísima Trinidad, Santuario de amor,
Dechado de humildad.

Espejo de todas las virtudes, Madre del amor hermoso, Madre de la santa esperanza, Madre de misericordia.

Abogada de los pecadores, Sostén de los débiles.

Luz de los ciegos, Remedio de los enfermos, Ancora segura de salvación, Ciudad de refugio, Puerta del Paraíso.

Arca de vida, Iris de paz, Puerto de seguridad.

Estrella del mar y Piélago de dulzura, Mediadora de los pecadores, Esperanza de los desesperados, Socorro de los desamparados.

Consuelo de los afligidos, Fortaleza de los moribundos,
Alegría del mundo.

Con estas palabras San Alfonso, el cantor de vuestras glorias, os dedicó una de sus obras espirituales.

Como hijo de Alfonso y siervo vuestro, hago mía su Dedicatoria.

EL AUTOR.

ÍNDICE.

	Págs.
INTRODUCCIÓN	1
Fuentes históricas	5

LIBRO PRIMERO.

Los doce primeros años de Mariana de Jesús.

CAPÍTULO I. Patria de la Beata Mariana de Jesús	7
CAPÍTULO II. Nacimiento de la Beata Mariana	16
CAPÍTULO III. La hija adoptiva de Dios	21
CAPÍTULO IV. La huérfana	26
CAPÍTULO V. La joven penitente	30
CAPÍTULO VI. La joven solitaria	34
CAPÍTULO VII. La favorecida de Dios y de la Santísima Virgen	39
CAPÍTULO VIII. La convidada al banquete eucarístico	45
CAPÍTULO IX. Mariana, apóstol de Jesucristo y esclava de María	48
CAPÍTULO X. La elegida de Dios	60

LIBRO SEGUNDO.

Mariana solitaria y penitente.

CAPÍTULO XI. Entrada en la soledad	68
CAPÍTULO XII. Mariana de Jesús, mártir de la mortificación corporal	73
CAPÍTULO XIII. Mariana de Jesús, mártir de la mortificación corporal. (Continuación.)	80

	Págs.
CAPÍTULO XIV. Mariana crucificada en su cuerpo por las enfermedades	87
CAPÍTULO XV. Las agonías del alma	96
CAPÍTULO XVI. Mariana hecha blanco de la contradicción	104
CAPÍTULO XVII. Mariana de Jesús asaltada por el demonio	110
CAPÍTULO XVIII. Mariana de Jesús tiene sed de padecer	121
CAPÍTULO XIX. La muerte, primer estímulo de Mariana para perseverar en la cruz	127
CAPÍTULO XX. La esperanza del cielo, segundo estímulo de Mariana para la perseverancia en la cruz	134
CAPÍTULO XXI. La pasión de Jesucristo, tercer estímulo de Mariana para perseverar en la cruz	140
CAPÍTULO XXII. La salvación de las almas, cuarto estímulo de Mariana para perseverar en la cruz	147
CAPÍTULO XXIII. Las vidas de los Santos, quinto estímulo de Mariana para perseverar en la cruz	154
CAPÍTULO XXIV. Medios que Mariana emplea para perseverar en la cruz	160
CAPÍTULO XXV. Medios de perseverar en la cruz. (Continuación.)	171
CAPÍTULO XXVI. Medios de perseverancia en la cruz. (Continuación.)	178

LIBRO TERCERO.

La Beata Mariana y el mundo.

CAPÍTULO XXVII. Mariana de Jesús, ángel de su familia	187
CAPÍTULO XXVIII. Mariana de Jesús, providencia de los pobres y enfermos	200
CAPÍTULO XXIX. Mariana, consuelo en las tribulaciones y trances angustiosos	211
CAPÍTULO XXX. Mariana y la vocación á diversos estados de vida	220

	Págs.
CAPÍTULO XXXI. Frutos de salvación debidos al celo de Mariana de Jesús	231
CAPÍTULO XXXII. Mariana de Jesús se ofrece á morir por su patria, y aceptado por Dios su sacrificio, cae enferma	240
CAPÍTULO XXXIII. Muerte de Mariana de Jesús, víctima de amor por su patria	250
CAPÍTULO XXXIV. Manifestaciones de Mariana de Jesús	261
CAPÍTULO XXXV. Mariana de Jesús en el cielo sigue prodigando beneficios á sus hermanos y devotos de la tierra	267
CAPÍTULO XXXVI. Mariana de Jesús en el cielo sigue prodigando beneficios á sus hermanos y devotos de la tierra. (Continuación.)	275

LIBRO CUARTO.

Secreto de la perfección de Mariana.

CAPÍTULO XXXVII. La humildad, secreto de Mariana para atraer las gracias de Dios	290
CAPÍTULO XXXVIII. La humildad, secreto de Mariana para atraer las gracias de Dios. (Continuación.)	294
CAPÍTULO XXXIX. El amor de Dios, secreto del heroísmo con que Mariana cooperó á la gracia	300
CAPÍTULO XL. El amor, secreto de Mariana para simplificar la práctica de las virtudes	305
CAPÍTULO XLI. Conclusión	311

APÉNDICE.

Letras apostólicas	314
Himno en honor de Mariana de Jesús	317

INTRODUCCIÓN.

I.

EL Hijo de Dios al venir al mundo se ha creado una familia nueva. En el cielo era adorado y servido por ángeles; quiso también tener en la tierra ángeles entre sus adoradores y servidores. Ángeles del Hombre-Dios son de un modo especial las vírgenes del Señor.

El Espíritu Santo ha escogido siempre entre las mujeres cristianas, almas que vivieran puras como ángeles, mortificadas como anacoretas, que fueran celosas como apóstoles y abnegadas como Hermanas de la Caridad. Y el mismo Espíritu vivificante ha suscitado en todo tiempo apóstoles de la virginidad; y entre éstos descuella San Alfonso, quien en el siglo XVIII secundó poderosamente los designios de Dios á este respecto. Como escritor, publica páginas inmortales sobre la castidad perfecta; como misionero, congrega no sólo á las jóvenes de las ciudades, sino también á las de los campos, para inculcarles, mediante pláticas adecuadas, el amor á la bella virtud; y como santo, enseña esta misma virtud con la voz de sus ejemplos, cual otro angélico Luis de Gonzaga.

Á vuelta de un siglo, el Ilustrísimo Señor Claret, á quien en día no lejano esperamos ver sobre los

altares, reproducía en un opúsculo las enseñanzas del santo Doctor, y para ponerlas en práctica fundó la Cofradía de las vírgenes que se santifican en el mundo.

Transcurren como treinta años: he aquí que una ilustre francesa, la Señorita Doña María Luisa Chavent, enarbola por su parte el estandarte de la virginidad, en medio de una sociedad escéptica y sensual, para formar una cruzada de esposas de Jesucristo. En un libro dado á la imprenta con el título de *La Virgen cristiana en el mundo*, muestra á las doncellas la misión que les incumbe, las glorias de la virginidad, las virtudes que la acompañan, los peligros que la rodean y los medios para precaverlos ó superarlos. ¡Dígnese el Dios de toda pureza bendecir esas azucenas que embellecen el jardín de la Iglesia!

Al propio tiempo que hacemos estos votos, nos proponemos dar á conocer otra azucena, que floreció al pie del Pichincha, en la República del Ecuador. Su nombre es MARIANA DE JESÚS, esclarecida paisana de García Moreno, el *Presidente mártir*, casi contemporánea de Santa Rosa de Lima, digna de figurar al lado de Santa Catalina de Sena y de otras que se han santificado en medio de la corrupción del siglo.

II.

Y ¿á quién ofrecemos el presente libro? ¿tan sólo á la virgen cristiana? Á la verdad, ella más que ningún otro encontrará en estas páginas virtudes que imitar, ejemplos que seguir, y preciosos estímulos para el bien. Mas la presente Vida será útil

á todos los fieles, cualesquiera que fueren su edad y condición. ¿Por qué motivos? Apuntaremos los dos principales.

1º En los Santos debemos ver y estudiar ante todo á Jesucristo, Jefe de los predestinados y Cabeza de su cuerpo místico. Así como el sarmiento unido á la vid recibe de ésta la savia que lo vivifica y fecunda, así los justos unidos á Jesucristo reciben de Él vida y fecundidad sobrenaturales. De consiguiente, todo justo puede decir con San Pablo: «Yo vivo, más bien, no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí.»¹ Cristo vive en mí por la gracia santificante, la cual es una participación de la naturaleza divina; vive en mi espíritu por las luces de la fe con que lo ilustra; en mi corazón por la caridad que en él derrama; en todas mis acciones, cuyo principio y fin es Él mismo misericordiosamente. — Por eso hemos de contemplarlo predicando el evangelio en los apóstoles y en los sacerdotes, sucesores de éstos; muriendo por la verdad en los mártires; crucificándose en las vírgenes; llorando el pecado en los penitentes; en una palabra, en todos los justos, rogando, amando y sirviendo á Dios, Padre suyo y nuestro.

2º Las vidas de los Santos son útiles á todos los fieles: ¿por qué más? Porque los ejemplos arrastran. Aparte de esto, ¿no son ellos una luz práctica y un gran motivo de humildad para nosotros? Oigamos sobre este particular el abonado testimonio de San

¹ Galat. II, 20.

Alfonso¹: «En los libros que nos instruyen acerca de las virtudes, leemos lo que debemos hacer; pero en las vidas de los Santos vemos lo que han hecho ya tantos hombres, tantas mujeres, que eran de carne como nosotros. ¡Ah! Sus ejemplos, aun cuando no nos acarreasen otra utilidad, nos obligan á humillarnos, á esconder el rostro bajo tierra. Comparando lo mucho que han hecho los Santos con lo poco ó nada que hemos hecho y hacemos nosotros por Dios, nos llenaremos ciertamente de vergüenza y confusión. 'Traía á la memoria los ejemplos de vuestros siervos y amigos, ¡oh Dios mío!' exclama San Agustín, 'y bastaba esto para vencer mi tibieza y encender en mi corazón la llama de vuestro santo amor'.»

III.

En conclusión, leamos las vidas de los Santos, pero leámoslas bien, quiero decir, de una manera provechosa. Al efecto es muy del caso imitar á la incansable no menos que industriosa abeja. Ésta no se contenta con posar en una sola planta: vécela ir de flor en flor y extraer de cada una el jugo más puro. Del mismo modo nos conviene recorrer los diversos ejemplos de los Santos; y tomando de cada cual lo que tiene de más excelente, por ejemplo, la pureza del uno, la obediencia del otro, la mortificación de aquél, confeccionaremos una esencia preciosa que nutrirá nuestras almas y las deleitará inefablemente. El consejo es del Padre Nouet.

¹ La Monja Santa, cap. «Lectura espiritual».

En la vida de los Santos hallaremos unas cosas que nos contentaremos con admirar, como son los milagros, las visiones y otros dones de este género; otras que debemos imitar con todas nuestras fuerzas, como son las virtudes; otras que debemos evitar con no menos cuidado, como son los defectos en que, por la humana fragilidad, han incurrido. «David, por ejemplo, con sus virtudes me enseña á no caer cuando estoy en pie», escribe San Jerónimo; «con su penitencia me enseña á levantarme, cuando he caído.»

IV.

Con la confianza de que la vida de la Beata Mariana de Jesús te será de algún provecho, benévolo lector, te la presentamos humildemente, pidiendo al Señor bendiga nuestros deseos y tu devoción en leerla. Por lo menos habremos hecho algo para dar á conocer la *Azucena de Quito*, alma verdaderamente heroica, muy poco conocida, y, sin embargo, tan digna de serlo.

V.

FUENTES HISTÓRICAS. — El Rdo. Padre Morán de Butrón, jesuita, nos ha proporcionado la mayor parte, si no todos los datos necesarios para escribir esta Vida. Habiendo escrito la historia de nuestra Santa poco tiempo después de su muerte, en el lugar mismo donde ella viviera, y teniendo á la vista las Actas del *Proceso diocesano para la beatificación*, el Padre Butrón aventura, según el Ilustrísimo González Suárez, á todos los demás biógrafos de la *Azucena de Quito*. Seme-

jantes á un pintor que, habiendo hallado un cuadro antiguo y valioso, lo retoca y le pone un marco nuevo para darle relieve, hemos procurado dar una forma nueva á la obra del Padre Butrón. Como en la edición que tenemos á la vista, reimpressa en Quito el año de 1856, no están reservados derechos de ninguna clase, hemos adoptado á veces las reflexiones del Padre Butrón y hasta sus expresiones. En este último caso constan las citas con las comillas de costumbre. En la obra del Padre Butrón, sea dicha la verdad, el orden cronológico deja que desear, y sentimos no haberlo podido restablecer completamente. Por lo demás, nos hemos propuesto edificar á nuestros lectores, poniéndoles ante los ojos hermosísimos ejemplos de virtud. ¿Habremos conseguido este fin?

En caso de necesidad y para mayor abundamiento de datos hemos consultado la *Historia del Ecuador* por el Ilustrísimo Sr. González Suárez, arzobispo de Quito.

Encontrarás en este libro, querido lector, citas añejas, palabras anticuadas, modismos de antaño. No lo extrañes: en vez de *modernizar* los personajes que figuran en esta obra, hemos preferido remontarnos con el espíritu á doscientos cincuenta años atrás, para escuchar á nuestra heroína y á los testigos de su vida. De ahí procederá sin duda que esta historia de la *Beata Mariana de Jesús* tenga un sabor antiguo y local. ¿Será esto un defecto?

LIBRO PRIMERO.

LOS DOCE PRIMEROS AÑOS DE MARIANA DE JESÚS.

CAPÍTULO I.

PATRIA DE LA BEATA MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. El Ecuador. — Quito, su capital. — Algunas celebridades eclesiásticas.

LA ciudad de Quito, hoy capital de la República del Ecuador, fué la patria de la Santa cuya vida escribimos. ¿Qué es el Ecuador y qué su metrópoli, Quito? Á estas preguntas contestaremos transcribiendo una página luminosa de la vida de García Moreno por el Rdo. Padre Berthe; á continuación pondremos algunos extractos de la *Historia del Ecuador* por el Ilustrísimo Sr. González Suárez.

«El viajero que atraviesa el Atlántico, cruza el istmo de Panamá, y surca en el Océano Pacífico un nuevo espacio de doscientas cincuenta leguas al mediodía, llega al fin á Guayaquil, puerto principal de la República del Ecuador. Si entonces vuelve los ojos al oriente, tendrá delante de sí, entre la República de Colombia, que cae al norte, y el Perú, que se prolonga al sur, la patria de García Moreno.

«La República del Ecuador está bañada por el Pacífico en una extensión de doscientas leguas. De los extremos de esta frontera occidental parten al oriente dos líneas, que, juntándose á trescientas leguas de la costa, forman un inmenso triángulo de ochocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, extensión casi tan vasta como el actual territorio de Francia, y sin embargo es uno de los Estados más pequeños de la América del Sur: es un palmo de tierra si se le compara con el vecino imperio del Brasil.

«Atravesada en toda su longitud por la doble cordillera de los Andes, la República del Ecuador presenta al asombrado viajero tres regiones absolutamente diversas: los llanos de la costa, la meseta de soberbias montañas y la zona salvaje del oriente, sobre las cuales hay que detener un momento siquiera la mirada para formar idea de tan rica como grandiosa naturaleza.

«En la magnífica campiña de quince á veinte leguas que se extiende desde la costa á la cordillera, lanza el sol á torrentes sus rayos abrasadores, que, cayendo sobre un terreno pingüe, bañado por los ríos y copiosísimos raudales que descienden de empinadas cumbres, y empapado durante muchos meses de lluvias cotidianas, produce exuberante vegetación. Por todas partes selvas inmensas, que no han sentido aún el hacha del leñador; árboles gigantescos, al lado de los cuales nuestras encinas de Europa parecerían enanos miserables; por doquiera ricos y variados perfumes, el amarilla, el nopal, la caoba, el

cedro, el pimentero, la higuera chumba, el naranjo y palmeras colosales. La tierra sin trabajo apenas, produce multitud de plantas, cuya exportación constituye la principal riqueza del país: el algodón, la caña de azúcar, el café, el cacao; sin contar mil y mil otros frutos delicados y sabrosos. Enajenada la vista, gózase en la inmensa variedad de flores del más brillante colorido, mientras innumerables bandadas de pájaros de resplandeciente plumaje mezclan sus armoniosos trinos con el rugido de las fieras que vagan por el bosque.

«Después de haber recorrido llanura tan encantadora, llegamos al pie de los Andes. Los Alpes y los Pirineos desaparecerían como insignificantes al lado de aquellas montañas enormes, que sólo al Himalaya ceden en altura en nuestro globo. Los habitantes de Guayaquil, abrasados por el sol ecuatorial, perciben á distancia de treinta leguas el Chimborazo, cubierto de nieves eternas: á seis mil metros se eleva su cima sobre los buques que flotan en el puerto.

«Para ascender á las cordilleras es preciso andar errando por las selvas días y días, cruzando bravísimas gargantas, torrentes impetuosos, barrancos y precipicios, donde el hombre perecería sin remedio, si no tuviese á su servicio el mulo, de casco firme y de maravilloso instinto, que la Providencia ha puesto á su alcance en el camino¹.

¹ Una rectificación se ha hecho aquí necesaria. Estas líneas, exactas en el tiempo en que el Rdo. Padre Berthe las trazaba, han dejado de serlo hoy en gran parte. El ferrocarril,

«Pero ¡qué magnífico espectáculo se ofrece al extenuado viajero cuando, después de tan larga fatiga, llega á la meseta de los Andes! Mirando al océano, se ostenta á sus pies la campiña que acaba de abandonar, verdadero Edén esmaltado de bosques, de ríos, de verdes praderas, y aldeas tendidas en las faldas ó profundos valles, y en el fondo de este cuadro el piélago sin límites.

«Al oriente, y á cosa de veinte ó treinta leguas, aparece la segunda cordillera de picos majestuosos, que se destacan en el firmamento con su manto de nieves perpetuas y su inmensa batería de volcanes: el Cayambe, el Cotopaxi y el Sangay, cuyos cráteres se abren á cinco ó seis mil metros de profundidad, vomitando unas veces humo y otras ardiente lava, nubes de ceniza ó diluvios de agua en torno de las comarcas que los circundan.

«Ante escena semejante, que sobrepuja en solemne grandeza á todo cuanto la fantasía puede soñar, el hombre anonadado cae de hinojos y repite instintivamente el canto del Rey-Profeta: 'Ríos y mares, valles y montañas y tú, sol resplandeciente, bendecid al Señor.'

«La meseta comprendida entre las dos cadenas paralelas de los Andes se extiende en una llanura de ciento cincuenta leguas de largo y de diez á quince de ancho: espléndido oasis puesto por la construido por una Compañía norteamericana, con atrevimiento á veces sorprendente, llega ya á Quito, y tal vez en no lejano día pitará en Ibarra. Con todo, la descripción no disuena de la verdad tocante á las demás vías de comunicación.

mano del Creador á tres mil metros sobre el nivel del mar; y en este pensil suspendido de las montañas y favorecido con una eterna primavera, bajo la misma línea equinoccial, se encuentra concentrada la mayor parte de la población ecuatoriana. Allí descuellan *Quito*, capital de la República, y se alzan también las importantes ciudades de Cuenca, Ríobamba, Ambato, Ibarra y Loja, rodeadas de numerosas aldeas y caseríos. En estos parajes se extienden las grandes fincas llamadas *haciendas*, vastas á veces como una de nuestras provincias ó distritos municipales, y que apacientan rebaños de tres ó cuatro mil toros y quince ó veinte mil carneros.

«Al descender por la vertiente oriental de los Andes, después de cinco ó seis días de camino por espantosos desfiladeros, en medio de peñascos y precipicios, se llega á la inmensa llanura que se pierde en las fronteras del Brasil. Allí se presenta la naturaleza en toda su primitiva majestad: soledades sin término, selvas vírgenes, erizadas de árboles gigantes, sostenidos á veces en el aire por amapolas entrelazadas, aun cuando sus raíces muertas no alcancen el suelo; ríos anchos como mares que cruzan en todos sentidos aquella tierra fecundísima, antes de perderse en el Amazonas, el Mediterráneo del Continente Austral: tal es el aspecto de tan rica y hermosa región, que pudiera sustentar á millones de hombres y en la que apenas vagan doscientos mil salvajes.

«Éstos, errantes en los bosques, viven de la caza, de la pesca, y de la fruta que un sol benéfico ma-

dura para ellos en todas las estaciones del año. — Llábase esta región la Provincia Oriental y también *Napo*, del nombre de uno de esos caudalosos ríos que la cruzan de parte á parte, antes de lanzarse al Amazonas.»

Hasta aquí el Padre Berthe¹.

Lo dicho basta para darnos una idea general del Ecuador. Pero ¿qué es su capital Quito? Para contestar á esta pregunta compendiamos algunos capítulos de la *Historia del Ecuador*. La ciudad de Quito, cuya población gira alrededor de 80.000 almas, está á la altura de 2.908 metros sobre el nivel del mar. Domínala, cual monstruo que inspira miedo, el Pichincha, cuya áspera cima es volcánica, y cubierta á veces de nieve. En la época de la conquista Quito era, merced á dos quebradas que entonces la rodeaban, un punto estratégico muy importante: una fortaleza natural é inexpugnable. Desde otros puntos de vista, sea dicho en obsequio de la verdad, hubiérase podido escoger mejor sitio y algún lugar más ventajoso y sobre todo más hermoso para edificar una ciudad. Pero es indispensable preferir lo útil á lo agradable, lo seguro á lo bello y pintoresco; y esto es lo que forzosamente hicieron los fundadores de Quito, para estar siempre en estado de resistir á las frecuentes acometidas de los indios.

Los anales de Quito registran larga serie de personajes célebres, así en ciencias y artes como en

¹ «García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, vengador y mártir del derecho cristiano», por el Padre Berthe.

virtudes cívicas y religiosas. Por convenir más á nuestro asunto, exclusivamente religioso, nos contentaremos con mencionar únicamente aquí los nombres de uno que otro que florecieron antes de *Mariana* y se han distinguido por sus prendas apostólicas, religiosas y pastorales.

El Ilustrísimo Señor García Díaz Arias, pariente de Pizarro y primer obispo de Quito, se hizo recomendable por más de un título. Vigilante del culto divino, procuró realzarlo con el esplendor de las ceremonias religiosas; celoso de la conversión de los indios á la fe, los reunía una vez en la semana para instruirlos en la doctrina cristiana. Contribuía en gran manera á hacer germinar la semilla de la palabra divina el ascendiente de sus virtudes, máxime su conocido desprendimiento y desinterés. Tuvo por sucesor inmediato al Ilustrísimo Señor Peña, hijo preclaro de Santo Domingo, quien hermanó el saber con las virtudes evangélicas. Elevado á la dignidad episcopal, ilustró, como el que más, la silla de Quito. En él encontraron los enemigos del bien un opositor inquebrantable cual muro de bronce, y los infelices indios, derramados por todas partes, un padre que los buscó con amor y congregó en pueblos para proporcionarles el bienestar espiritual y corporal. En una palabra, fué un pastor según el corazón del divino Redentor. ¿Qué diremos del Ilustrísimo Señor Solís, agustino? Fué, por su penitencia y oración, otro San Nicolás de Tolentino; por su caridad inagotable, otro Santo Tomás de Villanueva; y un segundo Santo Toribio por su celo pastoral; fué, para

decirlo de una vez, un hijo digno del grande obispo de Hipona, San Agustín.

Si penetramos en los claustros, hallamos numerosos religiosos y apóstoles, beneméritos de la Iglesia y de la sociedad. No siendo posible ni siquiera enumerarlos todos, nos limitaremos á apuntar aquí tan sólo algunos nombres, tomados como al acaso de la historia.

Entre los franciscanos, que fueron los primeros religiosos establecidos en Quito, descuella el Rdo. Padre Marcos de Niza: su mayor timbre de gloria, á mi ver, es haber sido en el Ecuador lo que el famoso Las Casas era en otras partes: el protector de los indígenas oprimidos.

Entre los agustinos merece mención especialísima el Padre Coruña, obispo de Popayán. Perseguido por la justicia y desterrado á Quito, hospedóse en el convento de su orden. Eran tales y tan austeras sus costumbres, escribe el Ilustrísimo Señor González Suárez¹, que más que obispo parecía penitente anacoreta; su cama era una tarima de carrizos; un madero le servía de almohada, y para abrigo no tenía sino dos cobertores de lana. Era tan compasivo con los pobres y caritativo, que todas las noches, antes de acostarse, examinaba primero si en su poder tenía alguna moneda para darla inmediatamente á algún pobre, pues no quería nunca que la noche le sorprendiese propietario ni de un maravedí.

Los mercedarios se glorían con razón de su hermano en religión el Padre Urraca. Un rasgo entre

¹ Historia del Ecuador t. III.

otros nos lo da á conocer. Enviado por sus superiores á las provincias de Imbabura y del Carchi á colectar limosnas para su convento y para la redención de cautivos, hizo este viaje andando á pie y muchos días descalzo; su posada era de ordinario la iglesia del pueblo adonde llegaba; cuando ya el cansancio y la fatiga le rendían, se reclinaba en las gradas del altar, para descansar unas pocas horas. Los procesos ordinario y apostólico para la beatificación y canonización del venerable Urraca fueron declarados válidos por la sagrada Congregación de Ritos el 18 de agosto de 1731¹.

El año de 1600, cuando venía para Quito el Padre Urraca, pasaba de ésta á mejor vida el Padre Cristóbal Pardave, uno de los más observantes religiosos que tuvo en sus principios el convento de Santo Domingo. Huyendo siempre de toda preeminencia, llegó á la más avanzada vejez, sin querer nunca alojar en el rigor de la vida mortificada que había abrazado².

Dió no poco lustre á la Compañía de Jesús en Quito el Padre Álvarez de Paz, doctor del ascetismo y gran maestro de la vida espiritual.

Séanos permitido, al concluir este capítulo, mentar un personaje de fecha reciente. Su nombre es *García Moreno*, aborrecido de unos, querido de otros, temido de todos. Demos que haya tenido alguno de esos defectos que sus adversarios políticos le imputan, y que nosotros llamaríamos defectos de sus cualidades,

¹ Obra cit. IV, 213.

² Ib. p. 214—215.

¿no tuvieron compensación con sus relevantes prendas, ni con el bien que hizo, ni con la muerte que padeció? Su muerte, decretada en los antros de Satanás, en odio de la religión y de la moralidad, inferida por manos cobardes ó vendidas, ¿no lo coloca entre las víctimas del deber y los héroes cristianos?

¡Quito! Tal es, pues, descrito brevemente, el jardín, que entre otras flores de ciencia, santidad y celo, produjo una *azucena* de blancura arrebatadora, todavía fresca y fragante: la angelical *Mariana de Jesús*, muerta por su patria, á la edad de veintiséis años, sobre el altar de la caridad y de la reparación.



CAPÍTULO II.

NACIMIENTO DE LA BEATA MARIANA.

SUMARIO. Fecha del nacimiento de Mariana. — Su familia. — El demonio en forma de perro. — Estrellas misteriosas. — La madre cría á su propia hija. — Ayuno prodigioso.

LA Beata Mariana de Jesús vino al mundo el sábado 31 de octubre de 1618. Su nacimiento coincidía, pues, con la vigilia de la fiesta de Todos los Santos, cuyas virtudes y ejemplos había de emular; y con un día consagrado á la Virgen Santísima, de quien fué siempre una hija amante y predilecta.

Fueron sus padres el Capitán Don Jerónimo Flórez Zenel de Paredes y Doña Mariana Granobles Jaramillo, natural aquél de Toledo, y nacida ésta en Quito, de padres españoles. Cristianos á la antigua,

dignos de sus antepasados, ambos esposos trabajaban de consuno para vivir de la fe, en toda la acepción de la palabra. Tanto era así, que el público entero, testigo irrecusable y juez imparcial, les prodigaba merecidas alabanzas por su acendrada piedad y obras de misericordia. Según voz pública, su casa era casa de oración y su no escasa fortuna el patrimonio obligado de los pobres de Jesucristo.

Concedióles el Señor una bella corona de ocho hijos, á quienes criaron con el esmero que se puede suponer en el amor y temor de Dios. ¡Dichosas esas familias patriarcales en donde, como en la del Capitán Paredes, la fe con sus obras se trasmite de padres á hijos como una herencia de gracia y salvación!

Nuestra Santa es el último vástago de Don Jerónimo y el más hermoso florón de su corona.

En cuanto á sus hermanos, poco ó nada sabemos. El Padre Butrón, primer historiador de Mariana, menciona solamente á tres de ellos: Doña Jerónima, cuyo principal mérito consistió en haber secundado los designios de Dios respecto de su angelical hermana; Don Jerónimo, religioso franciscano y sacerdote; otro, cuyo nombre calla, y estaba en el Cuzco cuando esta ciudad fué arruinada por un terremoto. Los demás hermanos de Mariana, no mencionados por el Padre Butrón, nos son completamente desconocidos.

La Beata Mariana no había nacido aún y ya el infierno la aborrecía de muerte, según fundadas conjeturas. Fué el caso, escribe el Padre Butrón, que, preocupada altamente la madre con una tristísima idea, le parecía á todas horas que llevaba en su seno

un verdugo de su vida, un monstruo. Desvanecida estaba á fuerza de reflexi3n tan funesta y tan tenaz imaginaci3n; mas el demonio, que se la haba ins- pirado, vari3 de estrategia para volver á la carga. ¿C3mo así? Lo vamos á narrar.

«Cierta noche Don Jer3nimo dorma tranquilo, cuando de repente fu3 despertado por el ruido sordo de extraos pasos. Mira, y ¡oh Dios! ¿qu3 es lo que ve? Un animal feroz, un perro enorme, aterrador, y en ademán de abalanzarse sobre Doña Mariana, que de un momento á otro dar3 á luz á nuestra Santa. Ver est3 y coger cuantos objetos le vienen á las manos, hasta zapatos, y espantar con ellos al terrible mastín, todo fu3 uno. Al propio tiempo not3 que se las tena, no con un cuerpo real sino fantás- tico, con una mera sombra que desapareci3 en el acto. Sin embargo, era urgente borrar la impresi3n que esto pudiera ocasionar á su seora y precaver así una desgracia. Al efecto, Don Jer3nimo llam3 apresuradamente á los criados y les mand3 buscar por toda la casa al maldito perro; resultando inútiles todas las pesquisas, esposo y sirvientes se persua- dieron de que ésta era una estratagema de Satanás para procurar un aborto.»

El infierno, por lo visto, se llenaba de rabia y furor al acercarse el nacimiento de la futura *Azucena de Quito*; al revés, el cielo se alegraba, saludando con inefable sonrisa, quiero decir, con un prodigio en el firmamento, su entrada en este valle de lágrimas. Una de las personas que asistían á la seora, al ir y venir por el patio de la casa en el des-

empeño de su oficio, levant3 los ojos al cielo para implorar la divina protecci3n. ¡Cuál no fu3 su asom- bro al ver sobre el techo del cuarto en donde nacía la bendita niña, una estrella brillantísima y de pri- mera magnitud, y sobre esta estrella muchas otras pequeñitas, agrupadas con cierto orden y figurando una magnífica palma! ¿No quería el cielo con este símbolo anunciar y celebrar de antemano las victo- rias de la virgen de Quito? Este suceso, declarado con juramento, consta en el *Proceso de beatificaci3n*. Tan sorprendente fenómeno, visto con detenci3n por varias personas, fu3 contemplado con sumo placer por Don Jer3nimo. Éste, no pudiendo creer á sus ojos, miraba y volvía á mirar al cielo, hasta que co- rriendo al aposento de su consorte, le comunic3, entre mil acciones de gracias al Seor, tan fausta noticia.

Y al oírla de boca de su esposo, ¿qu3 diría la dichosa madre? ¡Ah! sin duda repetiría aquellas pa- labras que siglos antes habían resonado en torno de la cuna privilegiada del Bautista, el precursor del Mesías: *Quis putas puer iste erit?*¹—¿quién pensáis será este niño? ¿quién será esta niñita que ya en la aurora de la vida provoca las iras de Satanás, y atrae hacia sí las miradas complacidas de Dios? ¿cuál será su vocaci3n y cuáles sus futuros destinos? Y luego aquella madre tan profundamente cristiana se desharía en hacimientos de gracias al Autor de todo bien.

Empero, esa su criaturita, á quien quiere entra- ñablemente, porque, sobre ser hija suya, es el objeto

¹ Luc. 1, 16.

de visible predilección de parte del cielo, ¿la confiará á manos extrañas para su crianza? Á buen seguro, que, como al presente, y tal vez más que hoy en día, había nodrizas virtuosas y de piedad sólida. Con todo, ¡cuántas carecían de los requisitos necesarios para desempeñar funciones de suyo delicadas y casi siempre decisivas!

Por estas razones Doña Mariana, no obstante su avanzada edad y quebrantadas fuerzas, criará á su angelito. Medida tanto más acertada cuanto que la leche materna es para la niña alimento preparado por la Providencia, sabia á la par que amorosa.

Por lo demás, la madre, tan abnegada como amante, no tuvo por qué arrepentirse de su determinación. Recompensa valiosísima, indecible consuelo fué para ella un prodigio que contempló con sus mismos ojos cada día durante varios meses, prodigio harto raro, aun en la vida de los Santos más celebrados.

La niña Mariana, preludiando ya su vida austera y penitente, no tomaba el pecho más que una vez al día los lunes, miércoles y viernes de cada semana; y solamente dos veces los demás días, hacia las doce del día y de la noche. Y empezó este ayuno tan extraordinario el día mismo de su nacimiento, y lo continuará, si bien en otras formas, hasta el día de su dichosa muerte.

¡Qué motivo de rubor para ciertos cristianos cobardes y poco escrupulosos, que nunca ó pocas veces guardan las abstinencias ó ayunos de la Iglesia!



CAPÍTULO III.

LA HIJA ADOPTIVA DE DIOS.

SUMARIO. El bautismo. — Virtudes precoces. — Caridad precoz recompensada. — Imitadora de su piadosa madre en la oración. — Salvada de las aguas de un río.

LA hija de Don Jerónimo Paredes, saludada á su entrada en el mundo por el cielo con inefable sonrisa, es ahora adoptada por Dios como hija muy amada, mediante el bautismo. Recibiólo el día de la gloriosa Santa Cecilia, cuya fuerza, energía y fervor había de emular con tesón y heroísmo. Á imitación de la virgen romana, la de Quito cantará en el santuario de su corazón las alabanzas del Señor en unión con los espíritus celestiales.

Mas ¿qué nombre de pila se le dará? ¿Se le dará algún nombre gentilico, mundano ó pueril, como estilan hoy día aquellos cristianos cuyos sentimientos religiosos han menguado? Nada de eso: la recién nacida se llamará como su madre, MARIANA. Más tarde, añadirá ella misma á su nombre el de *Jesús*, y será MARIANA DE JESÚS, como la virgen de Ávila es *Teresa de Jesús*.

La niña Mariana creció en edad, sabiduría y virtud delante de Dios y delante de los hombres. Para ella la práctica de la modestia y de la pureza se anticipó á los años ordinarios. De la misma manera que la aurora precede al sol, las virtudes angélicas previenen en Marianita el día claro de la razón. Confirmación de este aserto es lo que refieren á este respecto las Actas de beatificación.

No bien ha visto ella la luz del día, cuando ya no quiere aparecer en público sino cubierta con un velo. ¿Le descubren el rostro? llora. y forcejea sin consuelo. ¿Le reponen el velo? se aquieta y calla.

Dirigida ya de un modo muy particular, como todas las almas castas, por el Espíritu Santo, rehusó con no menos eficacia que fuerzas las caricias, por otra parte muy inocentes, de un amigo de casa; y esto en la calle pública, cuando apenas tenía tres años de edad.

Bien pudiera esta niña privilegiada hacer suyas estas palabras del santo varón Job: «La misericordia ha nacido conmigo y conmigo crece.»¹ Apenas deja los pañales, apenas balbucea algunas palabras cuando ya la domina dulcemente la inclinación á socorrer á los indigentes y mendigos. Dios es quien había depositado en aquella alma virginal la compasión, á manera de semilla; y esta semilla produjo tan presto sazonados frutos de liberalidad, porque se desarrolló y fructificó al calor del buen ejemplo de sus compasivos padres.

Cierto día ve la niñita á las puertas de su casa á numerosos pobres que en tropel piden limosna. No es menester tanto para que se mueva á compasión. Mas ¡ay! la despensa está vacía. ¡Dichosa despensa que ha sido vaciada por la caridad! Sólo ve allí una torta que se guarda como un regalo para su anciano padre: verla y pedirla, todo es uno. Se la niega su madre, alegando que no es todavía hora

¹ Job xxxi, 18.

de traer el pan para el abasto de la familia. «Dios sabrá dar pan para mi papá», replica la niña, y lágrimas arrasan sus tiernos ojos y surcan sus rosadas mejillas. ¡Benditas lágrimas que brotan de un corazón afligido por no poder socorrer al prójimo! Ante tan conmovedor espectáculo, su madre le da la torta para que la reparta entre los pobres. Recíbela la niñita con más satisfacción que un avariento un puñado de oro; y con sus ágiles manecitas la parte y distribuye hasta donde alcanza. Vanse los pobres, repitiendo cada uno el acostumbrado «Dios se lo pague». Mas he aquí que entran un niño y una india desconocidos, escribe el Padre Butrón, con dos canastillas de pan muy exquisito, que regalaba á la señora una persona que nombraron, pero igualmente desconocida. Mientras todos quedan atónitos al ver el suceso, la caritativa Mariana corre á decir á su madre: ¿Ves, mamá, cómo Dios nos ha enviado tanto pan, porque dimos á los pobres la torta?» De lo ocurrido saquemos esta enseñanza: Demos y recibiremos; demos á los menesterosos y recibiremos de Dios, si no gracias temporales, ciertamente otras mejores y espirituales.

El niño es cera blanda, sobre la cual deben procurar los padres cristianos imprimir la imagen de Jesucristo, empleando cuantos medios están á su alcance: la oración, que impetra la intervención del cielo; la instrucción religiosa, que forma el espíritu y el corazón; la corrección, que reprime las demasías; y, para corroborar todo esto, el buen ejemplo, muchas veces decisivo, mayormente en los primeros años.

Doña Mariana, dechado de madres cristianas, no podía faltar á deber tan sagrado; lejos de ello, con cada uno de sus actos trazaba en el alma dócil de su hija un rasgo más de semejanza con el Divino Modelo.

El hecho que vamos á relatar nos descubre á un tiempo los sublimes ejemplos de la una, y la fidelidad de la otra en seguirlos con prontitud y denuedo.

Una noche despierta Marianita y ve en medio del aposento á su madre postrada en tierra y haciendo oración con los brazos extendidos en forma de cruz. Esto solo basta para que se levante al instante, y arrodillándose al lado de la que tanto la edifica, presenta ella también sus manos puras á la divina clemencia. Instada cariñosamente á que se acueste de nuevo, opone dificultades para obedecer. Insiste la madre, diciendo, entre otras cosas, que ella ora por ambas. Todo es en vano, la hija rebate las razones alegadas por la madre con otras tan convincentes, que obtiene licencia para seguir orando, en esa actitud tan humilde como fervorosa.

Padres é hijos de familia que leáis estas líneas, el Señor no os pide que interrumpáis el sueño para orar, pero ¿sería mucho reuniros para rezar juntos el santo Rosario ó á lo menos las oraciones de la noche?

Con virtudes tan precoces Marianita es de parte de Jesucristo el objeto de bendiciones y complacencias no comunes. ¿Qué mucho, pues, que vele por ella con tanto poder como amor? ¿Qué mucho que en un caso dado derogara en su favor las leyes que rigen el universo, como nos lo muestra el hecho siguiente?

Contaba la niña de tres á cuatro años, según el Padre Butrón, cuando perdió á su padre, por lo que su madre tuvo que ocuparse en la administración de las haciendas. Con este objeto emprendió un día la marcha para Cayambe, distante de Quito como doce leguas. Cabalgaba la noble viuda sosteniendo con una mano á su hijita sobre las rodillas y con la otra las riendas de su mula. Llegaron á un caudaloso río, que era preciso vadear. Al ver aquellas aguas impetuosas, al escuchar su ruido monótono y ensordecedor, al contemplar aquellas olas espumantes que se entrechocaban, la señora se asusta, se sobrecoge de espanto, se acobarda, rehusa pasar adelante: se diría que presiente alguna desgracia.

Alentada por el mayordomo, se decide por fin, y encomendándose á Dios y á María Santísima, como acostumbran los verdaderos cristianos en cualquier peligro, entra resueltamente en el río. Al principio todo va bien, tanto que la señora se cree ya fuera del peligro. Pero á la mitad de la travesía, tropieza la mula en una piedra y dobla ambas rodillas. Instintivamente la señora hace un esfuerzo para sostener la rienda é impedir la caída, mas ¡ay! al mismo tiempo, sin darse cuenta de ello, suelta de su mano á la querida niña, que cae sobre las aguas. ¡Pobre criaturita, arrastrada como una pluma! ¿cuál será tu suerte? Mas no: una mano más poderosa que la de una madre y no menos amorosa la sostiene inmóvil en medio del río y sobre las agitadas olas, hasta que llega el mayordomo que acude en su socorro. Salvada de las aguas, como Moisés, en quien

el Señor había puesto la mira para grandes cosas, su madre, llorando á la vez de pena y alegría, no cesa de estrecharla contra su pecho. Doña Mariana recupera con este ángel la vida, la respiración, la fisonomía ordinaria.

Ya no cabe duda: su Marianita es una vez más hija del milagro: dulce persuasión que se corrobora aún al ver que las aguas habían respetado el calzado y los vestidos, sin poder descubrirse en ellos, observa el Padre Butrón, la más mínima señal de haberse humedecido. Las expresiones de agradecimiento de parte de Doña Mariana, por tan marcados beneficios, no son para referirlas aquí.

¡Cuántas veces, cristiano, has sido librado, sin saberlo, cuando no de la muerte temporal, sí de la espiritual, y tal vez de la eterna!

Por ser el beneficio invisible é interesar á tu alma, ¿merecerá menos gratitud?



CAPÍTULO IV.

LA HUÉRFANA.

SUMARIO. Mariana pierde á su madre. — Su nueva familia. — Sus sobrinas. — Su influjo sobre ellas. — La educación. — Programa de enseñanza. — Mariana canta en unión con los bienaventurados y las aves del cielo.

LA angelical Mariana no disfrutó por mucho tiempo de los santos ejemplos de su madre. Madura ésta para el cielo, fué á recibir la recompensa muy grande, prometida á las madres prácticamente cristianas.

Su muerte, cuya fecha y demás circunstancias no podemos precisar, fué para la niña, ya huérfana de padre, una duplicada aflicción. Lloró, como es natural, mas lo hizo con la calma y la resignación de una persona ya veterana en la práctica de las virtudes sólidas. La divina Providencia no desampara á quien prueba con adversidades y contratiempos. Si nos hiere con una mano, con la otra nos socorre y estrecha contra su corazón amantísimo. Como una madre prodiga cariños á su hijo muy querido, á la vez que le cura llagas dolorosísimas, así la Providencia nos acaricia aun cuando nos hace sufrir. Mariana huérfana experimentó esta verdad, amarga sí, pero también dulce y consoladora.

Si bien la pérdida de su madre querida era de suyo irreparable, sin embargo volvió á encontrarla de nuevo, por decirlo así, en su hermana mayor Doña Jerónima y en su cuñado el Capitán Don Cosme de Caso. En ellos revivió por completo la autoridad, la ternura, la piedad cristiana de la difunta. En una palabra, al lado de ellos estaba como en su propia casa.

Casados algunos años antes, Don Cosme y Doña Jerónima tenían á la sazón tres hijas. La primera era María, quien llorará algún día amargamente por no haber seguido siempre, en materia de vocación, los inspirados consejos de su joven y virtuosa tía, Mariana de Jesús; Juana, quien, como veremos más abajo, reproducirá en el estado de matrimonio las virtudes y ejemplos de Santa Brígida; Sebastianita, la cual floreció, cual hermosa azucena de pureza, á la sombra de Mariana, entre las espinas de la mortificación

voluntaria. Segada en temprana edad por la mano de la muerte y de una manera providencial, esta azucena fué llevada por los ángeles al cielo y colocada sobre el altar de la Santísima Trinidad.

Mariana las llamaba, no sobrinas, sino hermanas; tratamiento que justifican la edad, que con corta diferencia era la misma, la uniformidad de aspiraciones, la comunidad de vida y los cuidados que recibían todas indistintamente en igual proporción. Fuera de esto, con este título de hermanas Mariana se apodera de sus tiernos corazones para darlos á Jesucristo. Merced á este ascendiente, el más irresistible, porque es el del amor, ella será en realidad de verdad su consejera efectiva, su directora práctica, el alma de sus progresos; en resumen, otro ángel custodio.

Mariana contaba sólo seis años de edad; pero á todos causaba admiración el desarrollo de su inteligencia; convenía, por lo tanto, atender sin tardanza á su educación. Muy adelantada estaba la formación religiosa de su espíritu y del corazón. Hija predilecta de Jesucristo, objeto de sus bendiciones escogidas, Marianita había sido instruída sobre todas las verdades del Catecismo en el regazo de su madre. «Allí es en donde se forman los niños»: tal es la nunca bien ponderada sentencia del conde José de Maistre.

Inicióse su instrucción bajo la dirección de preceptores privados y virtuosos, á la vez que competentes. En esta escuela doméstica Mariana se adelantó muy pronto á sus sobrinas en la carrera de los conocimientos. Lo cual no es de extrañar: por una parte, sus* talentos no eran nada comunes, ¿qué

digo? la agudeza de su espíritu era muy notable: por otra, *haciendo bien todas las cosas*, consagraba escrupulosamente á las respectivas asignaturas todo el tiempo prescrito y ponía todo su conato en aprenderlas. Empero, Marianita, con ser la primera y ocupar el puesto de honor, no era altanera ni vanidosa. Hubiérase dicho que ella ignoraba sus méritos visibles y sus rápidos progresos. De ese candor, de esa modestia procedía un encanto, un atractivo que embellecía y realizaba sus demás dotes naturales.

Fueron para nuestras jóvenes escolares materias de enseñanza: lectura, escritura, música vocal é instrumental, costura, bordado y demás labores femeniles. Modesto es este programa, ¿quién lo niega? Así y todo, Mariana y sus sobrinas fueron mujeres cumplidas, cuanto lo exigía su condición elevada, no sólo en la familia sino en sus relaciones sociales.

El baile, disfrazado, á las veces, con el nombre especioso de lecciones de elegancia y buenas maneras, no figura en el referido programa.

En cambio Mariana aprende con rara perfección la música instrumental y vocal. La música, de suyo indiferente, no se torna mala ó peligrosa sino por el abuso que de ella se hace. ¿Qué hacen los bienaventurados en el paraíso, en el seno de la Iglesia triunfante? Cantan sin interrupción y cantarán eternamente. Y ¿qué hace sobre la tierra la Iglesia militante, que es el noviciado del cielo? Incansable, prolonga sus canciones y armonías. Aquí abajo, así como allá arriba, el canto religioso es alabanza, hacimiento de gracias y súplica.

Mariana, á imitación de los elegidos, consagra su bellísima voz, no menos que su mano de artista, únicamente á Jesucristo, esposo de las vírgenes. Toma en sus manos un instrumento de música, y con preferencia una guitarra, que toca divinamente: arranca de su instrumento acordes tan arrebatadores y al mismo tiempo canta con tanta melodía, que los mismos ángeles y vírgenes bajan á veces de la gloria para concertar sus acentos con los de este ángel de la tierra. Canta aun durante el trabajo de mano, y entonces las aves del cielo, esos cantores incansables de la creación, acuden numerosas y como á porfía á la ventana de Mariana, para acompañar su canto con mil gorjeos y trinos armoniosos.

Estos hechos, atestiguados bajo juramento, figuran en las Actas de beatificación.

Queridísimo lector: esperemos nosotros también cantar un día en la mansión de toda felicidad las misericordias del Señor. Mientras tanto, cantémoslas con viva fe aquí abajo, en la iglesia, cuando se celebren los oficios religiosos. Ésta era la práctica del Profeta-Rey: hagámosla nuestra.



CAPÍTULO V.

LA JOVEN PENITENTE.

SUMARIO. Vocación de Mariana á la penitencia y oración.—

Procesiones de penitencia. — Adoración de la Cruz. — Disciplinas. — Cinco piedras por cama.

HA de vivir Mariana de Jesús, cual otro Moisés, sobre el Sinaí de la oración; pero, como fiel compañera del divino Crucificado, tiene igualmente

un puesto muy principal en el Calvario. Orar y padecer: estas dos palabras compendian su naciente vocación y su futuro apostolado. Vémosla trepar, desde los albores de su vida, la montaña escarpada de la penitencia. En esa ascensión trabajosa más de uno ha desmayado y suspendido la marcha. Muy al contrario Mariana, no obstante su natural delicadeza y sus pocos años, está animada de un ardor sin igual, constante y que crece en medio de las dificultades que encuentra.

Con frecuencia la ferviente niña organizaba con sus sobrinas y otras amiguitas procesiones de penitencia, al estilo de las que practicaban nuestros antepasados, en los tiempos de fe. Para nuestras penitentes consistían esas procesiones en cargar cada cual una cruz y recorrer los corredores de la casa, donde había fijas de trecho en trecho varias cruce-citas. Son de notar dos circunstancias que manifiestan los ardores de la santa niña por la mortificación: su cruz más pesada que las demás y superior á sus fuerzas, y los garbanzos que se ponía en el calzado. Las dos penitencias la hacían vacilar y caer en tierra, con el dolor que se puede imaginar; pero con gran consuelo, recordando las caídas mucho más dolorosas de su amado Jesús en el camino del Calvario.

Otras veces, con una cruz más pesada que la ordinaria se arrastraba sobre sus rodillas desnudas, recorriendo el mismo trayecto, que dejaba bañado con su inocente sangre. De este ejercicio resultábanle heridas dolorosas, que no se cerraban sino al

cabo de muchos días, para abrirse nuevamente al repetir la penitencia.

La adoración de la Cruz, ejercicio tan de su devoción y de la de sus sobrinas, le proporcionaba ocasión de nuevas mortificaciones. He aquí el rito que se observaba en esta ceremonia. Colocábase sobre una almohadita la cruz que se había de venerar y en su derredor manojos de espinas, en tal número y forma que habían de herir seguramente á quien los tocase. Para besar la cruz era preciso arrodillarse primero y en seguida inclinarse profundamente, casi hasta el suelo. Mariana, según el Padre Butrón, tenía concertado con las otras niñas que cuando le llegase su turno, haría la adoración con las manos cruzadas sobre la espalda, y que cuando la vieran próxima á acercar sus labios al santo leño, todas, una tras otra, le irían empujando con violencia la cabeza. Las compañeras, niñas en todo sentido, cada cual se esforzaba en darle el más fuerte empujón; y Mariana, víctima de su propio fervor, daba de cabeza contra las espinas, que se le prendían y clavaban como alfileres, causándole intensísimos dolores. Réfense de esto las sobrinas; réfase igualmente Mariana, pero por motivo muy distinto. Donde aquéllas no veían más que un juego, un divertimento, ésta hallaba su regalo, el cumplimiento de sus deseos, el sufrimiento, el Calvario.

Esta suerte de ejercicios le fué severamente prohibida: sometiése muy de grado la virtuosa y ya ilustrada niña, para quien la obediencia era el mejor de los holocaustos. La obediencia, empero, no obsta

para que busque cómo resarcirse de esta disminución de penas, con otro ejercicio aflictivo: la disciplina. Habiendo provisto á sus parientas y amigas de instrumentos adecuados para el caso, y todos de su invención y fábrica, las conducía á un lugar apartado, y cerradas puertas y ventanas, empezaban todas á menudear golpes sobre sus delicados cuerpos; distinguiéndose mucho Mariana por el vigor de su brazo.

Penetremos ahora en el cuarto de la santa niña, donde encontraremos otros instrumentos de suplicio. Dejemos hablar al Padre Butrón, cuyas palabras abreviamos: «Buscó cinco piedras grandes y lisas, y llevándolas á su cuarto, bajo cierto pretexto, las engastó en el suelo en forma de cruz, de suerte que apareciese fuera de tierra la parte más áspera y más ruda de cada una. Es más: temiendo ella que la suma incomodidad y el dolor de la postura hubiesen de desviar su cuerpo de dichas piedras, extendía en derredor de aquella cama de tormento una capa de ortigas. Cuando, fatigada ó vencida del dolor, llegaba á ladearse, se revolcaba en ellas y frotaba con tanta fuerza sus delicadas carnes, que no pocas veces hubieron de cogerla en brazos sus compañeras y sacarla de aquel indecible martirio de toda la noche.»

Á ese lecho de dolor iba todos los viernes á crucificarse, convirtiendo el sueño en tormento. Para esta alma escogida mortificarse era una necesidad, una pasión irresistible, insaciable. ¡Oh poder de la gracia!

La dureza con que trata su inocente cuerpo, y esa como innata preocupación de mortificarse, no disminuyen su angelical afabilidad, ni su inalterable jovialidad, ni sus demás encantos y gracias naturales, como más adelante lo explicaremos. Su sola presencia es para cuantos la miran como un perpetuo rayo de sol que los alegra con su calor y con su luz. Ángel en la familia por su pureza y piedad, Mariana lo es igualmente por su nunca desmentida amabilidad. Es que la mortificación cristiana, lejos de agriarnos ó de hacernos melancólicos, nos llena el corazón de esa paz divina que sobrepuja á todo sentido, y derramándose por fuera ameniza todos nuestros actos exteriores.



CAPÍTULO VI.

LA JOVEN SOLITARIA.

SUMARIO. El bosque de Saguanche. — Cintura de espinas. — Jaculatorias. — Devociones á los Santos. — Escondite en el fondo del jardín. — El amor lo puede todo.

ESCUCHABA Mariana frecuentemente en su corazón la voz del Espíritu Santo; dócil á ella como el santo niño Samuel, buscaba anhelante la soleada como el paraíso en la tierra. No tardó en encontrarla en el bosque de *Saguanche*. Doña Jerónima, al ir en cierta ocasión á la hacienda de este nombre, llevó consigo á su hermana, extenuada por las austeridades, junto con sus tres hijas. Mientras las personas mayores se ocupan en sus quehaceres, las

pequeñuelas van y vienen, registrándolo todo, por la casa, por los patios y hasta por los alrededores. Mariana desaparece sigilosamente, como una sombra fugaz. Su falta fué notada muy pronto, con la sorpresa y sobresalto que se pueden imaginar. Varias personas enviadas en busca suya corren en todas direcciones. Mas ¡ay! todas las diligencias resultan infructuosas. Finalmente uno de los mayordomos, como por último recurso, entra en el bosque vecino. «Ahí está», exclama al verla arrodillada al pie de un árbol, hiriéndose, lacerándose las desnudas espaldas con manojos de ortigas y abrojos. El mayordomo, como sobrecogido de respeto al contemplar esa víctima inocente, no se atreve á pasar adelante, sino que vuela á dar parte á Doña Jerónima. Ésta á su vez corre, seguida de los suyos, al lugar indicado y con emoción profunda cerciórase por sus propios ojos de lo que casi no creía. Por su parte, la intrépida niña advierte que ha sido descubierta, y experimenta gran pena por haber sido sorprendida mientras practicaba aquel acto de penitencia. Lo cual no obstará para que vuelva á ese mismo punto con idéntico fin siempre que pudiere.

Cabe preguntar aquí: ¿Qué atractivo le ofrecerá á Mariana el bosque de Saguanche? ¿Qué habrá ocurrido allí entre Dios y su hija predilecta? ¿No habrá sido favorecida con una visión de Nuestro Señor, como la virgen de Ávila, Santa Teresa? ¿No habrá conversado ese ángel de la tierra con la Reina de los ángeles, como San Ignacio en Manresa, San Alfonso en la gruta de Escala? Nada sabemos;

porque la santa niña, ya fiel guardadora de los secretos celestiales, nada dice. Ello es que el bosque de Saguanche no se borrará nunca de su memoria. Frecuentemente hablará de él; con más frecuencia pensará en él, y siempre al recordarlo suaves emociones le embargarán el espíritu, y dulces lágrimas le bañarán los ojos.

Una tarde, hacia la hora del *Angelus*, regresaba la joven solitaria, como de costumbre, de su querida selva. Rendida, no sé si de cansancio ó de dolor, dejóse caer, dormida, como desmayada, en los brazos, de su hermana mayor. Como ésta juzgara necesario acostarla en la cama para que descansase mejor, empezó con precaución á despojarla de sus vestiduras. Mas ¡oh sorpresa! en la ropa interior aparecen manchas de sangre fresca. ¡Manchas de sangre! y ¿de dónde provendrán? De una cintura de espinas que, según parece, lleva hace algunos días á raíz de la carne, á manera de cilicio. Doña Jerónima se impresionó, se conmueve, y dando rienda suelta á dulcísimo llanto, prorrumpe en exclamaciones como éstas: «Si así se martirizan los que no han pecado, ¿cuál no deberá ser la penitencia de los que hemos ofendido á Dios? ¡Mi hermana tiene por vestido, cilicio; por recreo, azotes; por alivio, la oración y la soledad! Esta niña lleva buen camino; luego la engañada soy yo. Á mí, á mí es á quien se deben estos rigores.»

Como no pudiese retirarse á su bosque tan á menudo como deseaba, nuestra joven solitaria convirtió su habitación en desierto. Encerrada en su cuarto, pasaba dos ó tres días seguidos en el silencio y

recogimiento, á solas con Dios, con los Ángeles y Santos. Practicaba este retiro sin faltar en un ápice á sus obligaciones domésticas ni á las leyes de la caridad fraterna.

La piadosa niña, por su corta edad, no podía entregarse habitualmente á largas meditaciones propiamente dichas. Suplía á ellas con fervientes y frecuentes oraciones jaculatorias, y con preces vocales, dirigidas especialmente á San José, á San Miguel, á San Ignacio y á San Francisco Javier. Claro está que muy por encima de todos los Santos de su devoción campeaba la Reina de todos los Santos, la cual ocupaba, después de Dios, el primer puesto en su mente y en su corazón y en todas sus relaciones con el cielo.

Volvamos ahora con el pensamiento á Saguanche, donde hemos dejado á la novicia de la penitencia y de la soledad, tendida sobre un lecho de dolor y ceñida con un cilicio de espinosa zarza.

Pasado algún tiempo, tornó á Quito; pero el corazón, que está donde se halla nuestro tesoro, se le quedó entre las espesuras del bosque de Saguanche. Tales y tantas fueron las delicias que allí había disfrutado, que no acertaba á olvidarlas. Empero, á Dios gracias, en medio de la bulliciosa Quito, junto á su habitación, encontrará, si no un desierto, al menos un lugar apartado, donde gustará de retirarse para orar y atormentarse sin piedad.

Las tres hijas de Doña Jerónima, terminadas las faenas del día, bajaban á una huerta contigua á la casa, para esparcir el ánimo y tomar algún solaz necesario y bien merecido, bajo la vigilancia de su

joven y virtuosa tía, igualmente necesitada de descanso que ellas. Ahora bien, mientras las sobrinas, semejantes á abejas, volaban alegres en todas direcciones por la huerta, yendo de flor en flor, Mariana corría calladita y con sigilo á un escondite, como paloma que anida en los agujeros de la peña¹.

El grandioso espectáculo de la naturaleza era un libro abierto ante sus ojos, en el cual leía y contemplaba las divinas perfecciones. Los árboles, las plantas, la fragancia de las flores, las avecillas, en cuyas alas está escrito, según un poeta, con letras de oro el nombre del Creador: todo le hablaba al espíritu, todo le inflamaba el corazón y todo reclamaba su amor, que desahogaba entonces, no sólo con abrasados suspiros, sino aún por medio de maceraciones. Sus sobrinas y demás amiguitas, si bien jugaban y se divertían con ardor, sin embargo no dejaban de echar de vez en cuando miradas de curiosidad hacia el escondite de Mariana. Más de una vez la vieron hacer un manojo de espinas y azotarse con fuerza el pecho descubierta, repitiendo al mismo tiempo estas encendidas palabras: «¡Oh costado derecho de mi amante Esposo! ¡Oh costado herido de mi Jesús crucificado!»

¿De dónde sacaba esa niña, que contaba apenas siete ú ocho años, aquel valor propio de santos, aquel heroísmo de mártir? Ella misma nos lo va á decir. Habiendo muerto en olor de santidad una religiosa concepcionista, no sólo se le hizo un entierro espléndido, sino que se le dedicó un elogio

¹ Cant. cap. II.

fúnebre. Al escucharlo una de las compañeras de Mariana exclamó diciendo: «¡Oh quién pudiera imitar á esta sierva de Dios!» Á lo cual contestó inmediatamente Mariana con estas palabras: «¿y qué cosa más sencilla? Todo, todo, mediante Dios, lo puede el amor.» ¿No es esto el eco de aquel divino oráculo: «El amor es fuerte como la muerte»? ¿Y no palpamos cada día la verdad de esta sentencia? Encendido en un corazón la llama de un amor muy subido: habréis despertado deseos vehementes é insaciables, proyectos grandiosos y atrevidos, generosidad inagotable é incansable, ¿qué más? el heroísmo. El amor divino formó los mártires de la fe; ese mismo amor suscita é inspira á los mártires de la perfección. El amor profano y sensual cuenta también sus mártires, ó mejor dicho, sus víctimas, las más de las veces culpables y siempre desgraciadas.

Amemos mucho, muchísimo á Jesucristo, y seremos capaces de emprender grandes cosas: seremos soldados esforzados é invencibles de la Cruz.



CAPÍTULO VII.

LA FAVORECIDA DE DIOS Y DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

SUMARIO. Dos rasgos de protección contra Satanás. — Tres estrellas simbólicas. — La Niña de la estrella. — La hija regalada de María. — Dos milagros. — Una pregunta.

SEMEJANTE á una flor que absorbe constantemente el rocío de la mañana, Mariana, azucena plantada en el jardín de la Iglesia, favorecida con

el rocío de la gracia, abría desde los primeros albores de la vida su espíritu á la sabiduría y su corazón á todos los sentimientos propios de la santidad.

Sus virtudes, especialmente la oración y su compañera inseparable la penitencia, fueron muy grandes desde un principio, ¿y qué mucho? Dios y Mariana alternaban á porfía: Dios prodigándole dones, y Mariana haciéndolos fructificar fiel y generosamente. Y en esta mutua y recíproca generosidad de parte del Creador y de parte de la criatura cifrase todo el secreto de la salvación y de la más alta perfección.

De estos favores divinos, unos, la mayor parte, son conocidos solamente de quien los otorgó y de quien los recibió; otros han llegado á nuestro conocimiento, ora por sus efectos visibles, ora por revelación de la misma Santa.

Entre los favores descuellan dos rasgos de especial protección que salvan por tercera vez la vida á la sierva de Dios.

Don Cosme, para mayor desahogo, agrandaba su casa, añadiéndole un segundo piso. Las paredes alcanzaban ya la altura conveniente; sobre una de las cuales se hallaba Mariana, cuando fué precipitada cabeza abajo por una fuerza invisible, la cual, según el Padre Butrón, no era otra que el mismo demonio. Caída sobre un montón de piedras y cascote, naturalmente hablando, debía de quedar de contado muerta ó moribunda. Mas ¡oh prodigio! como si húbiese sido recibida en brazos de algún ángel, no bien tocó el suelo, cuando se levantó llena de vida, sin lesión ninguna.

Con la sonrisa en los labios, la alegría en los ojos, la gratitud en el corazón, Mariana corrió al encuentro de su cuñado, que al oír los gritos y lamentos de los que habían presenciado la caída, acudía inquieto y presuroso al lugar del siniestro. Todos vieron en este acontecimiento el dedo de Dios; pero sobre todo lo vió mejor que nadie la misma Mariana, quien no cesaba de darle las más rendidas gracias como á Padre y Protector.

Satanás, lejos de darse por vencido, esgrimía nuevas armas, pero para sufrir otra derrota más completa y más vergonzosa. Retiradas la santa niña y sus amigas á un patio interior de la casa, ocupábanse en hacer cruces para después organizar una procesión de penitencia por el estilo de las referidas anteriormente. De repente Mariana huye corriendo de aquel sitio, intimando á sus compañeras huyeran igualmente, y como éstas hicieran poco caso de aquella intimación, ó no se dieran cuenta de ella: «¡pronto! ¡pronto!» les tornó á decir á voz en grito; fué obedecida al punto, y ¡felizmente! no bien llegaron á la mitad del patio, cuando se desplomó una pared alta, que las hubiera ciertamente dejado muertas y sepultadas bajo un montón de escombros. Mariana gozaba fama de santidad; en adelante se la tendrá por favorecida con el don de profecía, lo cual duplicará el aprecio y el afecto que ya se le profesaba.

Pasemos á referir otro beneficio de Dios, de un orden inmensamente superior, concedido á la tierna Azucena de Quito.

Mariana había pasado todo un día haciendo los preparativos de cierta fiesta. Llegada la noche, echóse rendida de cansancio, no sin haber antes rezado, sobre su humilde y nada mullido lecho.

El sueño no se hizo esperar. Pero ese sueño, apacible, como el del justo, cuya conciencia está en paz, fué interrumpido súbitamente por una visión sublime y misteriosa; la cual refiere el Padre Butrón con estas palabras más ó menos textuales: «Á horas avanzadas de la noche, oyéronla gritar las compañeras y decir como entre desasosegada y sorprendida: '¿Qué hacéis, amigas mías? ¿Qué hacéis? Despertad prontamente, porque no es justo que durmáis mientras Jesucristo, el Dios de mi corazón, está en vela: venid y ved el exceso de sus finezas.' Acudieron á estas voces y fijaron la vista en cierto punto que les señalaba Mariana, sobre su propia cabeza, en que decía ver tres estrellas luminosísimas; y no viendo ellas cosa alguna, lo atribuían al sueño que abrumaba sus párpados: frotaban los ojos y aguzaban las pupilas; mas todo era en vano. Mariana persiste en sostener la verdad de aquella visión, añadiendo que esas estrellas en número de tres figuraban á las tres Personas de la Santísima Trinidad; la cual daba á conocer, mediante aquella aparición, que la elegía para su templo y morada.»

Refería Mariana esta visión más tarde repetidas veces á sus confesores, pero siempre en los mismos términos y con las mismas explicaciones. Desde entonces, amigas y parientes de Mariana se complacían en llamarla con el nombre de «Niña de la es-

trella»: nombre que, lejos de despertar en ella el amor propio, le hería el corazón, cual dardo encendido.

Siendo la angelical Mariana la favorecida de Dios, ¿qué mucho que reciba de él poder para imperar sobre los mismos elementos y hacerse obedecer de ellos? Recordará el lector las procesiones que la santa niña hacía con otras personas de confianza, por las galerías interiores de la casa. Durante una de aquellas piadosas ceremonias, escribe el Padre Butrón, fundado en los procesos de beatificación, «de improviso se ladeó una vela, cayendo sobre un precioso dosel de seda que cubría una imagen; en menos que se dice, prendió fuego materia tan bien dispuesta y fué toda una sola llama. Figúrese cada cual el pavor, el apuro de los circunstantes, que no saben qué hacerse: todo es grito y exclamación. Mientras tanto, Mariana, serena como siempre, acercándose al altar con presteza, tira del velo ardiendo, y lo separa de la efigie como si quisiese colocarlo mejor. ¡Oh prodigio! la llama se apaga como por encanto, dejando en la mano de aquella angelical niña la pieza de seda intacta y sin lesión alguna, y, si cabe, más bonita que antes.»

La Madre de Dios, que á juicio de San Alfonso, el autor de las *Glorias de María*, remunera magníficamente nuestros más pequeños obsequios, ¿escatimará á la virgen de Quito las muestras de su amor y protección? Antes bien, ¿no recompensará generosísimamente las mil manifestaciones de piedad filial que recibe de su querida hija á cada hora, á cada instante del día y de la noche?

Sirvan de contestación á estas preguntas dos hechos tomados del proceso de beatificación. Mariana tenía en un dedo de la mano no sé si un absceso ó una llaga: es lo cierto que la gangrena estaba á punto de declararse. Advirtióselo una amiga suya, aconsejándole que sin pérdida de tiempo aplicase el oportuno remedio. «No tengas pena», contestó la doliente con ingenua sonrisa; «no he menester tanto: ahora verás cómo yo me curo.» Acto continuo cae de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, y con la fe del Centurión pide la curación del mal. Lo mismo fué hacer esta súplica que levantarse por completo curada y sin huella ni cicatriz de mal alguno.

Brotó el agradecimiento de su corazón y de sus labios hacia su celestial Madre y Bienhechora; no fué menor su humildad, pues exigió á su amiga el mayor secreto acerca del prodigio que se acababa de obrar. Jesucristo, el gran Maestro de la humildad, dijo un día á sus apóstoles: «Lo que habéis visto, á nadie lo digáis.»

En otra ocasión habíale sobrevenido á los ojos y á los párpados una fluxión tan abundante y tenaz, que hacía temer por la vista. Con sólo aplicar á la parte enferma la imagen de Nuestra Señora, el mal desapareció instantáneamente.

Estas gracias exteriores nos dan una idea de las interiores con que el divino Salvador enriqueciera á Mariana, para hacerla adelantar cada vez más en virtud y santidad. Pues, por una parte, cuando el Señor halla un alma según su corazón, le prodiga

beneficios de toda clase, sin tasa ni medida; por otra, Mariana, semejante á una tierra fértil, produce el ciento por uno.

Y nosotros, lector muy amado, ¿qué uso hacemos de las divinas mercedes? Pensemos que el Creador no otorga sus dones sino para exigirlos de nuevo, de la misma manera que el labrador, al depositar la semilla en el seno de la tierra, se promete percibirla otra vez juntamente con el fruto de su trabajo.



CAPÍTULO VIII.

LA CONVIDADA AL BANQUETE EUCARÍSTICO.

SUMARIO. Examen sobre la discreción necesaria para comulgar. — Preparación fervorosa á la primera Comunión. — Recepción frecuente de los sacramentos. — Votos. — Cambio de nombre. — Túnica de la pureza. — Manto real de la caridad.

SENTENCIA del Espíritu Santo es que hay niños en edad que son ancianos en virtud. Á este número de privilegiados pertenece la tierna Mariana, cuya vida es irreprochable, inmaculada. Examinada previamente por un Padre jesuita acerca de la doctrina cristiana, especialmente en orden á la Eucaristía, contestó todo con precisión de teólogo y prudencia de moralista. Poseía, por tanto, en grado elevado aquel discernimiento que el santo concilio de Trento requiere de los niños, para permitirles la participación en la sagrada mesa.

Señalóse pues el día para la primera comunión de Mariana¹. Mientras tanto, contaba ésta los días y las horas; ¡tan grande era su deseo de alimentarse con el Pan de los Ángeles! Á fin de prepararse lo mejor posible para ese acto, el más sublime de la vida, el más trascendente, y no pocas veces el decisivo, redobló sus oraciones y austeridades. Con aquéllas se unía á Dios y lo llamaba á su corazón; con éstas inmólabase, moría á sí misma y asemejábase al Redentor crucificado, á quien estaba en vísperas de recibir.

Por fin despuntó el tan anhelado y bendito día: Jesucristo, el Cordero de Dios que se recrea entre las azucenas, oculto bajo los velos eucarísticos, entra en el corazón de aquel ángel de la tierra. Con su presencia sacramental, el Hombre-Dios se apodera de todo el ser de Mariana: de su alma y de su cuerpo; y consagra solemnemente ese templo vivo del Espíritu Santo.

Ésta era la idea que se formaba la seráfica niña de su primera Comunión, según se desprende del hecho siguiente: Vuelta á su casa, dichosa como quien llevaba un paraíso en su pecho, llamó á sus sobrinas y les dijo que en adelante tenían que respetarla, puesto que su alma, su lengua, todo su ser, acababa de ser santificado por la presencia sacramental del divino Cordero.

¹ En aquel tiempo, leemos en una Vida francesa de Santa Teresa, la Iglesia no solemnizaba este acto con la pompa que hoy acostumbra.... El niño se disponía para ese grande acto en el santuario de la familia. Sus padres y hermanos eran los únicos testigos de las alegrías y del fervor de ese venturoso día.

Pasado algún tiempo, la *Azucena de Quito* se acercará á la sagrada Comunión todos los días; y desde luego todos los domingos y fiestas de guardar; y viviendo, como vive, de la fe, á ejemplo del justo, llevará al banquete sagrado hambre siempre nueva, deseos cada vez más fervientes; y por lo mismo su felicidad irá siempre en aumento. Como el ciervo sediento corre á la fuente de aguas frescas, así la devota niña corre, siempre que se lo permite la obediencia, á apagar la sed de su corazón en la fuente eucarística, en el manantial de la vida.

¿Qué pasaría en ese corazón seráfico, al venir á hospedarse en él Jesús sacramentado? Si bien la historia no lo dice, nos permite conjeturarlo fundadamente. Durante la acción de gracias que sigue á la Comunión, Mariana emitió sucesivamente, y á intervalos más ó menos cortos, los tres votos de la perfección evangélica. Cierta día, después de recibir al Señor, la angelical niña se sintió impelida por una inspiración de lo alto, á consagrar á Jesucristo su cuerpo con todos los sentidos. Al instante, cuando sólo contaba unos ocho años de edad, hizo voto perpetuo de castidad. Dos años más tarde, por inspiración del mismo Jesucristo, á quien acababa de recibir en su pecho, no sólo ratifica el voto de castidad, sino que añadió el de obediencia á su confesor, y el de pobreza, por el cual renunciaba á toda suerte de independencia y aún al uso libre y arbitrario del módico producto de su trabajo.

Con esa triple inmólación Mariana moría al mundo. Hecha así esposa de Cristo, cambia el nombre, como suelen hacerlo las religiosas, llamándose, no ya

Mariana de Paredes, título de nobleza, sino MARIANA DE JESÚS.

Con el nombre mudó también de traje, cosa harto significativa, tratándose de una persona del bello sexo. Sus parientes habían mandado hacerle un vestido de seda con orden de ponérselo cuando fuera á la iglesia. Por lo pronto la santa niña obedió, sin decir una sola palabra, si bien no era poca la violencia que para ello se hacía. En llegando á casa, lo primero que hizo fué despojarse de aquel traje, cuyo lujo la llenaba de confusión y rubor. En seguida rogó á su hermana y á su cuñado con razones tan válidas y con lágrimas tan elocuentes, que retiraran la orden dada, y fuéle concedido usar, como de costumbre, vestido de lana ordinaria.

Una niña tan rica en virtudes no ambicionaba para su cuerpo otros atavíos que la modestia y una decente pobreza; ni para su alma otras galas que la blanca túnica de la inocencia y el manto real de la caridad.



CAPÍTULO IX.

MARIANA, APÓSTOL DE JESUCRISTO Y ESCLAVA DE MARÍA.

SUMARIO. Celo de Mariana. — Origen de este celo. — Discurso apostólico. — Fuga proyectada á los países infieles. — Fuga emprendida y estorbada al Pichincha.

TODA alma consagrada al Redentor hace suyos los intereses de su Esposo crucificado. De aquí procedía el celo de Mariana por la gloria de Dios y salvación de las almas. Cuán ardiente y eficaz haya

sido, lo dan á conocer los siguientes párrafos, que transcribimos del Padre Butrón, ó, mejor dicho, de su compendiador el presbítero Señor Castro.

Nada faltaba á Mariana en la casa de sus hermanos: era dueña de cuanto poseían y hasta de su voluntad; todo sonreía en su derredor; la fortuna la halagaba y le prometía cuanto puede lisonjear á una joven de su clase; y sin embargo, cuando pensaba que hubiese uno siquiera entre los hombres que no participase de los frutos de la divina Redención, todo era desasosiego en su corazón; el sueño huía de sus ojos y su alma perdía la dulce paz. Su pena llegaba hasta el extremo de hacerla desfallecer cuando oía decir á sus parientes que en el Japón, en la India Oriental y en muchas partes del extenso Perú, se perdía la sangre de Jesucristo en un sinnúmero de almas, que, destituidas de la luz del evangelio, vivían sumidas en la más crasa ignorancia, ofreciendo al demonio incienso y adoraciones. Dijéronle también que no lejos de Quito, en la provincia de Mainas, había tribus de indios idólatras y que todos los esfuerzos apostólicos de la Compañía de Jesús no bastaban sino para recoger una pequeña porción de aquella mies tan copiosa. Oída por la tierna virgen esta relación, se enardeció en deseos de ir á convertir infieles, acusándose de frialdad, ella que protestaba tanto amor á su Esposo, si no procuraba ganarle el amor de los hombres. «Decir que le quieres y no impedir sus ofensas», se argüía á sí misma, «es amarlo con labio infiel y corazón tibio. ¿Cómo puede blasonar de firmeza quien dice que es su

esposa y sabiendo que reinos y naciones enteras le hacen la guerra, no sale á su defensa? viendo que se pierden infinitas almas, que tanto le costaron, no impide su ruina? oyendo que le persiguen y despojan de su imperio en mil partes, no da un solo paso, por no perder su sosiego? Y ¿será posible que no hayas de tener aliento para ganar ni una sola alma, bajo pretexto de que son infinitas las que se pierden y de que es imposible ganarlas todas, cuando por una sola de estas preciosas perlas hubiera dado toda su sangre el divino Maestro, como lo dió por todas? ¡Ea, pues, Mariana! ¡manos á la obra, porque el amor no vive de palabras! Ya es hora de que abandones el reposo, y tiendas, á costa de mil trabajos, mano amorosa á tantos que te la piden.»

¡Admirable lenguaje de una niña de diez años! ¡Qué elevación de pensamientos! El amor divino ilustra, exalta, ennoblece á quienquiera que de él se halle animado. Y ya sabemos que el corazón de Mariana era una fragua en que ese amor ardía con gran viveza. Inflamábase tanto que, anegada en llanto, repetía muchas veces: «¡Oh! ¡quién pudiera amar como aman los serafines! ¡Oh! ¡quién pudiera conseguir que idólatras é infieles, gentiles y bárbaros, á quienes no han llegado aún los rayos de la fe, los recibiesen por mi conducto, y que, iluminados é instruidos en ella, reconociesen y adorasen al Creador eterno de cielos y tierra! Mas, ya que tanto no me es dable obtener, muévante al menos, Esposo mío, mis lágrimas y sollozos.»

Inflamó más todavía su pecho la fiesta solemne de la beatificación de tres mártires de la Compañía de Jesús y de muchos franciscanos, que en el Japón habían sellado con su sangre la fe de Jesucristo. Oyendo los panegíricos de estos Santos, encendióse tanto en deseos de ser mártir y de llevar á cabo la empresa de convertir á los infieles, que ya no hubo reparo ni miramiento que la contuviesen. Llama á una habitación apartada á sus dos sobrinas, Juana y Sebastiana de Caso, y su fiel amiga Escolástica Sarmiento, y les participa su resolución, más ó menos en estos abrasados términos: «Sabed, hermanas mías, que es tanto lo que padece mi corazón de algunos días á esta parte, que sin especial auxilio de mi Esposo me hubiera rendido á la pena. ¡La sangre del único Bien á quien amo, se pierde! ¡Su sacratísima pasión se malogra en el Japón y entre los Mainas! El enemigo común triunfa y allega despojos. Yo puedo en parte impedirlo, ¿y aún economizo mi sangre? No, y mil veces no, hermanas mías; adiós digo á vuestro dulce trato; adiós á la patria, al bienestar, á la vida, adiós á todo humano respeto. Tiempo es ya de romper con todo. ¿Quién sabe si habiéndolo hecho antes no me hubiera ahorrado esta angustia? Pero aunque tarde, lo haré: emprenderé la fuga; acometeré generosa la difícil conquista; no temeré cruces, ni me arredrarán tormentos. Mi mayor ventura será dejar en tan justa demanda la vida. Acepte mi Jesús la ofrenda, bendiga mi resolución; y luego califíquela el mundo á su placer, como delirio. Perdonad, amadas mías, este desahogo; y creed

que si os he descubierto mi corazón, sólo ha sido porque no era justo lo cerrase á las que, compañeras inseparables de mi niñez y acreedoras á mi cariño, tienen un derecho á saber que sólo por mi Dios, que me llama, sería yo capaz de abandonarlas.»¹

Al leer estas palabras, lector muy amado en Jesucristo, ¿no te parece estar escuchando los patéticos acentos, las voces abrasadas de una Teresa de Jesús, de una María Magdalena de Pazzis y de tantas otras esposas del Redentor? Bajo el dulce influjo de la caridad, cuya llama es el celo cristiano, y que trajo al Hijo de Dios á la tierra y lo condujo al Calvario, Mariana tiene resuelta su partida para los países infieles, refractarios aún al evangelio. Pero no irá sola; pues quieren á todo trance acompañarla sus sobrinas y su amiga Escolástica, electrizadas por el conmovedor discurso que hemos referido. La esclarecida virgen no pensó en otra cosa que en hacer los preparativos necesarios; los que se redujeron á muy poca provisión de vestido y comida, escribe el Padre Butrón. «Lo más difícil era apoderarse de la llave de la puerta de la calle. Mariana se encargó de ello fijando la hora de la fuga para antes de amanecer del día siguiente, y mandó á las demás que se acostasen temprano, para estar listas á la hora convenida. Hiciéronlo así y también

¹ Este discurso, si bien exacto en cuanto á los pensamientos, con todo no es textual, pues dice el Padre Butrón que comenzó á participarles sus ansias *con éstas ó semejantes palabras*.

Mariana, quien les prometió llamarlas á las dos de la madrugada. Mas, como el cumplimiento de estos planes no entraba en los designios de Dios, sucedió todo al revés de lo que se proponían. Siendo así que Mariana pasaba por lo regular la mayor parte de la noche en oración fervorosa; ni su santa costumbre, ni el cuidado con que hubo de recogerse, bastaron para que no durmiese plácidamente hasta las seis de la mañana. Á esta hora empezaron á hacer ruido los criados de la casa, quienes, no encontrando la llave, sospecharon ya de alguna burla pesada y temían sus consecuencias. ¡Cuál sería el aturdimiento, la confusión y el pesar de Mariana, cuando al despertar con aquel ruido vió la luz del sol! No tuvo más remedio que entregar la llave, para evitar juicios siniestros; y para que se descubriese el fin de apoderarse de ella, bastaron las otras niñas, las cuales al punto revelaron la trama para descargar toda su responsabilidad en su inventora. La familia de Mariana se edificó justamente de una resolución tan extraordinaria como santa. Pero temiendo al mismo tiempo, y con razón, que tales impulsos del espíritu la llevasen á algún paso en que peligrase su decoro y aún su vida, dieron aviso de lo ocurrido á su confesor. Éste, con prudencia, pero también con energía, reprendió á su hija espiritual y la afeó unos designios que por otra parte veneraba como santos.

Siempre animada Mariana del mismo espíritu, y abrasada de celo, multiplicó sus oraciones y penitencias por las almas desamparadas, haciéndose de

esta suerte apóstol, sin abandonar su casa. Ejercer el apostolado sin ser misionero, lo pueden hacer todos los cristianos. Rueguen á Dios; que la oración por nuestros hermanos es siempre un gran medio de salvación. Formen parte de la *Obra de la propagación de la Fe*; que esta asociación es la más divina de todas. ¿Les ha concedido el Señor bienes de fortuna? favorezcan con socorros pecuniarios las vocaciones sacerdotales y apostólicas.

Por lo ocurrido comprendía la heroica niña que no era llamada de Dios á predicar la fe á los infieles; por esto prosiguió viviendo contenta en su patria. Se le vino entonces al espíritu el pensamiento, muy tenaz, de establecer ó fijar su residencia sobre el Pichincha, para hacer vida eremítica: vida por una parte tan de su gusto, y por otra tan compatible con el apostolado de la oración y de la inmolación.

Mas ¿qué atractivos tenía para nuestra pequeña santa el Pichincha, montaña muy alta, áspera y que recuerda bajo diversos aspectos el árido desierto adonde Jesucristo fué conducido por el Espíritu de Dios? ¿qué buscaba en esa montaña? Para contestar á esta pregunta, tomemos de más arriba el hilo de la historia.

El Pichincha es un antiguo volcán, en cuyas faldas está edificada la ciudad de Quito: este monte parece haber sido siglos atrás uno de los picos más elevados de la rama occidental de la cordillera de los Andes; hoy es sólo la extensa base de una enorme montaña.

El volcán que hoy parece apagado, estuvo en otros tiempos en actividad, é hizo de vez en cuando terribles explosiones. Las que se verificaron sucesivamente y á cortos intervalos en la segunda mitad del siglo xvi, son particularmente memorables. El Pichincha, como boca de infierno, sembraba á más de veinte leguas á la redonda la ruina y la desolación, por la lava y ceniza que arrojaba, y el pavor y la consternación, con sus ruidos subterráneos y formidables estruendos.

Después de una de esas espantosas erupciones, el ilustrísimo Cabildo, según el Padre Butrón, resolvió colocar en el punto más culminante de la montaña, y no lejos del terrible cráter, una imagen de piedra de María Santísima. Y con razón; porque para contener el azote vengador de los derechos de Dios era preciso, ante todo, aplacar su justicia, y para aplacar su justicia era necesario acudir á su misericordia, cuya dispensadora es la Virgen María, Reina y Madre de Misericordia¹.

¹ La colocación de la estatua de María Santísima en lo alto del Pichincha, no fué la única manifestación de la piedad y confianza filial de los quiteños hacia su Madre del cielo. Léanse los siguientes párrafos tomados de la Historia del Ecuador, t. III, p. 93.

«En la mañana de un día jueves, 8 de septiembre del año 1575, poco después de haber amanecido, el cielo se obscureció, cubriéndose con nubarrones negros ... pasados algunos instantes, principió á caer una lluvia de tierra menuda, en tanta abundancia, que las calles y los tejados de las casas quedaron cubiertos de ella; y la obscuridad era tan densa,

Colocada la estatua de María en las alturas del Pichincha, convirtiéndose éste en centro de romerías y

que hubo necesidad de valerse de luz artificial para andar en la ciudad. Las gentes iban desfavoridas de una parte á otra: á las once del día era tanto el concurso que había acudido á la iglesia de la Merced, que, no cabiendo dentro del templo, estaba apiñada en los claustros y en el patio del convento, mientras se celebraba el santo sacrificio de la Misa en el altar mayor de la iglesia, donde estaba la imagen de la Virgen Santísima, expuesta á la veneración del pueblo. Después que el sacerdote hubo elevado la Hostia, principió nuevamente á aclarar poco á poco la luz del día, cesando también al mismo tiempo la lluvia de ceniza.

«El aspecto que presentó aquella mañana la ciudad fué espantoso: en medio de la negra obscuridad de la atmósfera, se veían brillar de repente los relámpagos, que el fuego del volcán formaba sobre su cráter; y de cuando en cuando, como truenos lejanos, dejaba oír también sus bramidos: los indios corrían asustados dando alaridos, lo cual aumentaba la consternación y el horror por todas partes. En tal conflicto los quiteños acudieron á la iglesia de la Merced, por la gran devoción que profesaban á la santa imagen de piedra de la Virgen Santísima.

«Cuando vieron más tarde brillar un día sereno y caer después lluvias oportunas que limpiaron de los techos y de las calles la ceniza, no dudaron de que á la santa Madre de Dios, cuyo favor habían implorado, eran deudores de semejante beneficio. Por esto, en reconocimiento y memoria perpetua, resolvieron ambos Cabildos, el eclesiástico y el secular, celebrar todos los años una fiesta solemne el día 8 de septiembre en la iglesia de la Merced, con asistencia de entrambos Cabildos. Todos los miembros del Cabildo secular nuevamente nombrados, al principiar á ejercer sus cargos,

oraciones, hasta llegar á ser, según el Padre Butrón, «uno de los lugares más venerados de la comarca». Sin embargo, aquella devoción, como todas las cosas humanas, se desvaneció, cediendo el puesto á la tibieza, á la frialdad y al olvido. La Virgen de Pichincha, solitaria como la hija de Sion, se afligió de no ver ya á sus antiguos devotos trepar la escarpada montaña para ir á depositar á sus pies virginales el tributo de la confianza, del amor y de la oración.

Tanta indiferencia, tanta ingratitud, de parte, no de algunos individuos, sino del público en general, era una pena, un tormento cruel para la angelical Mariana, cuyo corazón rebosaba de amor por María, la inmaculada Madre de Dios y de los hombres. Movidá por estas piadosas consideraciones, determinó fijar su residencia sobre aquella montaña, cerca de la Madona. Podría, de este modo, á un mismo tiempo hacer la corte á la Reina de los cielos y disfrutar los tan deseados beneficios de la soledad. Sus sobrinas y su amiga Escolástica Sarmiento, impuestas por Mariana misma de aquel proyecto, lo hicieron

prestaban juramento de cumplir religiosamente por su parte con el voto que, á nombre de la ciudad, habían hecho sus predecesores.

«El obispo estaba ausente de Quito cuando sucedió la erupción del Pichincha; de vuelta á la ciudad, aprobó el acto celebrado por el Cabildo eclesiástico, ratificando en su nombre y en el de todos sus sucesores, el voto de hacer todos los años la fiesta de la Natividad de la Virgen María en la iglesia de la Merced.»

suyo con ardor y emulación, resolviéndose ellas también á realizarlo á toda costa. No pocas dificultades surgían en sus espíritus en contra de aquel proyecto; empero, Mariana, que no dudaba de nada en tratándose de agradar á Jesús y María, las iba resolviendo todas de un modo perentorio, según ella.

En cuanto á los medios de subsistencia, punto capital de la dificultad, no había por qué preocuparse. Disfrazándose, y, en caso de necesidad, desfigurándose el rostro, para lo cual tenía prontos ya los instrumentos adecuados, bajarían sin ser conocidas por turno á Quito, para mendigar de puerta en puerta algunos alimentos. Éstos, por escasos que fuesen, serían siempre más que suficientes, puesto que iban á vivir en la montaña para hacer penitencia, y no para buscar regalos. Por el mismo motivo un vestido pobre y andrajoso les bastaría. De esta suerte se llamarían y serían en hecho de verdad *las esclavas de la Santísima Virgen*.

Su traslación al Pichincha debía efectuarse con el mayor sigilo. Érales preciso, por lo tanto, aguardar alguna ocasión favorable; la cual no tardó en presentarse á medida de sus deseos.

Doña Jerónima se ausentó de casa por unos cortos momentos para hacer una visita de cumplimiento, de la cual no le era posible dispensarse. En seguida y velozmente nuestras jóvenes solitarias, presididas por Mariana, huyen disfrazadas, cada una con su hatillo. Toman las calles más cortas y menos frecuentadas, acelerando el paso á más no poder; así

es que muy pronto están fuera de la ciudad y poblado. Ya cantan victoria; cuando un toro cerril, cuyo solo aspecto feroz infunde espanto, les sale al encuentro, las embiste con furia y hace retroceder á toda carrera. Apenas les dió tiempo para arrojarle en una zanja, donde, cosidas unas con otras, pegadas contra el suelo, temblando de miedo, casi sin respirar, aguardan que el terrible cuadrúpedo desaparezca. Empero, el bruto, lejos de alejarse, permanece inmóvil, cual centinela, fijando en ellas sus formidables miradas. ¿Vélas hacer un movimiento cualquiera, por ejemplo, el ademán de levantarse para proseguir el camino? Acto continto agita la cabeza, como quien se aprontara para acometerlas. Mariana, por si acaso es el demonio, traza sobre el feroz animal repetidas veces la señal de la cruz, pero en vano. Entonces es cuando se recoge en sí misma: consulta á Dios por medio de la oración, recibiendo al instante la divina respuesta, clara y terminante: que viva solitaria, sí, pero no en el desierto, sino en su propia casa; respuesta que se apresura á comunicar á sus compañeras con acento inspirado, en la forma siguiente: «Hermanas mías, no es voluntad de Jesucristo mi Esposo que vayamos al Pichincha; el amor, que allá nos guiaba, nos manda retroceder.» Á estas palabras el toro cesa de amenazarlas, y desaparece.

Con qué celeridad regresan á Quito nuestras bien intencionadas y esforzadas fugitivas: con qué tino procuran entrar en la casa, sin ser advertidas, no es para dicho. Tampoco son para referidas las palabras

severas, las fuertes reprensiones con que fueron acogidas, sobre todo Mariana, causa principal en ese segundo intento de fuga del hogar.



CAPÍTULO X.

LA ELEGIDA DE DIOS.

SUMARIO. Resolución de poner á Mariana en una casa religiosa. — Diligencias practicadas al efecto. — Fracaso providencial. — Admisión á la vida religiosa. — Oposición de parte de Dios. — Mariana en el siglo con las austeridades del claustro. — Dos advertencias.

«DIOS quiere», escribe San Alfonso, «que todos los hombres lleguen á la salvación eterna, empero no por los mismos caminos. Así como en el cielo tiene establecidos diversos grados de gloria, así ha establecido sobre la tierra diversos estados de vida, como otras tantas vías distintas para llegar á la felicidad suprema.»¹ ¿Cuál será para la *Azucena de Quitò* ese camino de salvación y santidad?

Su vocación, á primera vista, no parece ser un problema para nadie. Esa niña, ángel en la tierra — diráse sin titubear — es ciertamente llamada á la vida religiosa. Sus inclinaciones constantes, sus virtudes, sus tres votos de castidad, pobreza y obediencia, todo esto pudiera hacernos creer que Mariana ha nacido para el convento. No obstante estos indicios, muy diferentes son los designios del Señor; muy diversa es su voluntad soberana y siempre adorable. Lo

¹ Obras ascéticas, t. XIII, cap. II.

que vamos á referir en este capítulo mostrará una vez más que, aun, y sobre todo, cuando se trata de vocación religiosa, «el hombre propone, empero Dios dispone».

Doña Jerónima y Don Cosme, después de madura reflexión, resolvieron colocar á la joven Mariana en algún monasterio. Una vez terminada su educación á la sombra del santuario, allí mismo tomaría el velo, como todo lo hacía suponer. En todo caso era urgente ponerla en la imposibilidad material de idear y emprender nuevas fugas. Si bien una tentativa de este género había fracasado, otra podría tener buen éxito.

Para Marianâ semejante determinación venía á pedir de boca; al ser enterada de ella, no tuvo sino palabras afectuosas para agradecer y aceptar gustosísima la propuesta. ¿No era por ventura su mayor deseo vivir en la casa de Dios, cerca del Huésped del tabernáculo, en la unión más íntima posible con Jesucristo sacramentado?

Estaba, pues, en vísperas de ver realizado este su ardiente deseo; en el colmo de la alegría vuela á visitar á la venerable priora del convento de Santa Catalina de Sena, la Madre Ana de San Pablo.

Entre ésta y Mariana mediaba, á pesar de la notable diferencia de edad, una amistad íntima y del todo sobrenatural, una confianza recíproca, que se traducía por la manifestación mutua de los secretos del corazón y por las oraciones que la una hacía por la otra. Eran dos almas hermanas por la gracia y animadas de un mismo espíritu, que se habían

conocido, comprendido y amado, desde que se vieron por vez primera. En esta visita la seráfica niña participa á esa santa amiga su dicha, al mismo tiempo que la pide ser admitida en el monasterio como educanda y pensionista. «Venga, venga pronto, venga hoy mismo»: tal es en substancia la respuesta de la superiora; ¡tanto anhela poseer lo más pronto posible aquel Tesoro de virtud y edificación, para su bien personal y el de la comunidad!

Vuela la venturosa Mariana en alas del deseo á su casa, á fin de informar á Don Cosme de su admisión y entrada en el convento para esa misma tarde.

Debía además despedirse de su cuñado, y recibir su bendición, según se acostumbraba en los siglos de fe, puesto que Don Cosme era para ella un segundo padre. Empero, ¿qué es lo que sucede? Don Cosme está ausente de casa. ¿Dónde se halla? Nadie lo sabe. Mariana, sin perder por un instante la calma que le era connatural, se pone luego á buscarlo; pero sin éxito alguno. Á su ruego, varias personas son enviadas con el mismo objeto á diversos puntos: no dejan calle por recorrer, ni plazas por cruzar, ni templos por visitar, ¿qué digo? solicitan datos de los amigos de la familia; todo es en vano. Don Cosme no se ha dejado ver en ninguna parte, y mientras tanto anochece. Vuelve por fin á casa; cuéntale Mariana lo infructuoso de todas las indagaciones. Al oír estas palabras, Don Cosme queda más que admirado, atónito; como que no era preciso ir muy lejos para encontrarle, pues no se ha

movido ni por un momento de la plaza pública ni distraído de las atenciones que reclamaban sus quehaceres.

Para todos era esto un misterio. Sólo Mariana, que ya tenía la inteligencia práctica de las cosas divinas, descubrió en ello el dedo de la Providencia. El Señor, árbitro de nuestros destinos, según parecía, acababa de hablar por la voz de los acontecimientos, dando á entender que no era de su agrado la entrada de su hija predilecta en el monasterio: conveniente era por tanto aguardar que hablara de nuevo, antes de tomar otra determinación cualquiera. Por lo cual Mariana, ya virgen prudente, sigue viviendo en su casa, como antes, entregada á sus acostumbrados ejercicios de piedad y mortificación.

Cierto día su cuñado, hombre de fe, cristiano á toda prueba, la llamó aparte para ensalzarle las excelencias y ventajas de la vida religiosa, los merecimientos y goces de tantas doncellas, nobles á la par que ricas, que habían trocado sus galas y demás prendas de oro y seda por el tosco sayal y pobreza de Santa Clara. «¿Qué dificultades podrían arredrarla en el camino de la religión? ¿El temor de las austeridades? Ya aventajaba en mortificación á las monjas más fervorosas. ¿La dote? Él la pagaba.»

No era menester gastar tanta elocuencia para obtener de ella una contestación afirmativa, que dió con lágrimas de ternura y gratitud y con cortadas palabras, sin largos discursos.

Está convenido: Mariana entrará de religiosa en algún convento; pero con el aparato acostumbrado

en aquel entonces entre las personas de su condición. Ésta es la voluntad formal de Don Cosme, para quien la etiqueta tiene fuerza de ley. De consiguiente los preparativos empiezan sin más tardar; y se continúan con la mayor actividad. Ya están fijados el día y el momento para la entrada solemne; ya están hechas las invitaciones de estilo á los parientes y amigos, que deben acompañar en procesión á la futura esposa de Jesucristo hasta la puerta del monasterio.

Entre tanto, Mariana experimenta en su corazón no sé qué de indefinido é insólito. Sin estar precisamente inquieta, ello es que no posee su calma ordinaria. Ahora bien; esa falta de sosiego, esa repentina intranquilidad del corazón, es con frecuencia un síntoma, un pronóstico que se debe tener muy en cuenta. La bienaventurada niña lo comprende; por esto consulta á Dios por medio de la oración, suplicándole que le dé á conocer su voluntad santísima. ¿Cuál será la respuesta del cielo? Clara y precisa puede formularse así: «quiero que vivas en tu propia casa, pero con las austeridades y recogimiento de las comunidades más fervorosas.»

Acata Mariana de buen grado la divina voluntad, repitiendo las palabras de la Reina de las Vírgenes: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Empero, un cambio tan radical y repentino, debido á una inspiración particular de lo alto, debía encontrar muchas dificultades. No era la menor el lograr persuadir á su confesor y familia y hacerles

suspender los preparativos de su ingreso en religión. Mas lo que es imposible para el hombre, no lo es para Dios. Persuadida de esto, la *Azucena de Quito* arroja todos sus cuidados en el seno de la Providencia, sin preocuparse del asunto. Jesucristo tomó tan de su cuenta allanar las dificultades, ganar los ánimos, realizar sus altas miras respecto de su Hija y Esposa querida, que todos, confesor y allegados, desistieron del referido proyecto.

En efecto, preguntándole su padre espiritual, qué día había de verificar su entrada en el convento: «Nunca, padre mío, nunca», le contestó ella.—«¿Cómo nunca, si ya están hechos los gastos y todo está pronto?»—«No es ésta la voluntad de Jesucristo, mi Esposo divino», repuso Mariana; y dijo estas palabras con tal fuerza, precisión, acento y tono de convicción, que bien se echaba de ver que otro hablaba por su boca. El Padre Camacho se calló: director prudente y santo, examinó de nuevo la vocación de su hija espiritual, á la luz de la oración, del estudio y de la reflexión, y no tardó en persuadirse que realmente su penitente era llamada á practicar en su propia casa los ejercicios y rigores del claustro, á llevar vida religiosa fuera del convento, en el siglo mismo. No le costó trabajo persuadir de lo mismo á Doña Jerónima y á Don Cosme. Cristianos sinceros, esclavos del querer divino, antes que de la opinión pública, no tuvieron á menos dicha conservar á Mariana en su hogar, que verla tomar el velo en la casa de Dios. Teniéndola siempre en medio de ellos, á manera de Azucena que embellecía su

jardín doméstico, les era dado respirar constantemente el perfume de sus virtudes no menos heroicas que angelicales, «el buen olor de Jesucristo.»

Llegó á tanto en esta ocasión su desprendimiento y su delicadeza, que hicieron cesión y entrega á Mariana de cuanto tenían aparejado para la ceremonia de la entrada en Religión. Por su parte, la noble niña, que no cedía á nadie en generosidad, lo primero que hizo fué distribuir todos aquellos objetos entre los menesterosos, que son los amigos privilegiados de Jesucristo, el primero y más grande de los pobres.

Solitaria y penitente, muerta al mundo, viviendo recogida ante el acatamiento divino, con los ángeles se esforzará por imitar las virtudes y ejemplos de Jesucristo, divino Prisionero de nuestros sagrarios. Anonadamiento, soledad, oración, inmoliación: tales son las cuatro palabras en que se cifra la vida eucarística de Nuestro Señor. Esas mismas resumirán la de Mariana, reclusa voluntaria en su propia casa. Tal será el objeto del libro siguiente.

Creemos oportuno hacer aquí dos advertencias.

Primera. Para apreciar debida y exactamente los hechos extraordinarios de la niña Mariana, es indispensable tener en cuenta la acción del Espíritu Santo, quien *inspira donde quiere*. Olvidando este principio indiscutible, podría parecernos puerilidades y extravagancias lo que es sabiduría y madurez.

Segunda. La gracia, precisamente porque *edifica sobre la naturaleza*, al decir de los teólogos, respeta en cada uno de nosotros nuestro modo de ser,

las disposiciones ó condiciones morales provenientes del sexo, de la edad, del temperamento, de la educación, etc. Al paso que deja á los ancianos aquella gravedad que es el fruto de los años y de la experiencia y á los jóvenes ese ardor ciego, ese arrojo que no repara en dificultades; la gracia conserva en Mariana el candor de la infancia, la ingenuidad de la inocencia primera, en una palabra, una virtud al parecer infantil, pero en realidad consumada y heroica.



LIBRO SEGUNDO.

MARIANA SOLITARIA Y PENITENTE.

CAPÍTULO XI.

ENTRADA EN LA SOLEDAD.

SUMARIO. Mariana obtiene aposentos aislados para su servicio personal. — Se despide solemnemente de su familia. — Enciérrase en su soledad doméstica. — Orden del día aprobado por su director.

RECORDEMOS que la vocación de Mariana no es otra sino convertir su propia casa en claustro y soledad, y vivir en medio de los suyos entregada al recogimiento é inmolación. Con cuánto ardor, prontitud y generosidad la esclarecida virgen abrazó este género de vida, no es para referido. Más dichosa que una princesa que escala las gradas del trono, segura de la voluntad de Dios, pone todo su afán en ejecutarla del mejor modo posible. Con este fin, por el intermedio de su confesor, solicita de sus parientes un aposento aislado, en su casa, donde le sea fácil vivir sola con Dios y padecer sin testigos. Doña Jerónima y Don Cosme, que amaban á Mariana como á hija, y la estimaban como á santa, no se hicieron de rogar, y pusieron á su disposición tres piezas que comunicaban entre sí, pero inde-

pendientes del resto de la casa. Antes de instalarse definitivamente en ellas, las visitó y amuebló á su gusto, ó, mejor dicho, al gusto de Dios, bajo cuyas inspiraciones se movía y conducía en todo. Con estas miras sobrenaturales hizo sacar todos los muebles, que, si bien modestos y decentes apenas, le parecían de lujo ó de mero adorno. En cambio colocó todo cuanto forma el ajuar de un anacoreta, por ejemplo: numerosos instrumentos de penitencia, varios objetos lúgubres, que recordaran la muerte; unos pocos libros y algunas imágenes ó estampitas de Jesús y María, etc. Por último, para mayor aislamiento, y á fin de no dejarse ver sino de quien quería, afianzó cada puerta por dentro con cerrojos y aldabillas. De esa prisión voluntaria saldrá tan sólo para ir á la iglesia, por el camino más corto y menos frecuentado, y esto cubierta de un gran velo, cual si fuera una religiosa claustrada.

Así las cosas, se despidió solemnemente de los suyos. Desde luego agradeció muy de corazón á su hermana mayor y á su cuñado las atenciones y cuidados que le habían prodigado; en seguida reiteró á sus sobrinas, que se deshacían en llanto, los consejos que siempre les había dado; consejos que no eran, en el fondo, más que el comentario práctico de esta sentencia de la Imitación: «Vanidad de vanidades; todo es vanidad, excepto amar á Dios y servirle á Él solo»; consejos muy apropiados para niñas que iban á hacer su entrada en la vida social; consejos que, como diremos en su lugar, produjeron en corazones prevenidos por la gracia, y tan bien dispuestos, frutos de sabiduría, virtud y santidad.

Después de abrazarlas con fraternal efusión, después de mezclar sus tiernas lágrimas con las de aquellos seres queridos, Mariana encaminó sus pasos hacia su nueva vivienda, y sepultóse para siempre en aquella Tebaida de nueva especie, como San Antonio en el desierto. Contaba á la sazón la santita doce años: la edad del niño Dios, cuando, para quedarse en medio de los doctores, adonde le llamaban los intereses de su Padre celestial, se separó de su santísima Madre María y de su padre nutricio San José.

El retiro de Mariana era una de tantas obras maestras del Espíritu Santo; su santificación y perseverancia en él serán igualmente frutos escogidos de ese mismo Espíritu vivificador. Ahora bien, ¿cuál será la primera palabra que la angelical doncella oirá de su Maestro divino, allá en el fondo del corazón? *Obediencia*. Sí, ella vivirá bajo el yugo de la obediencia, á ejemplo de Jesucristo, venido al mundo para obedecer, y hecho obediente hasta la muerte de cruz. La sumisión total á los representantes de Dios ha sido y será siempre el camino más seguro de salvación y perfección cristiana.

Por esto, nuestra niña, penetrada de las máximas del evangelio, solicitó siempre é invariablemente la aprobación de su director para los varios reglamentos de vida que hacía y perfeccionaba con más rigor, á medida que adelantaba en virtud y santidad.

Para saber cómo pasaba el día Mariana, prisionera por Cristo en su propia casa, bastará copiar íntegramente uno de sus reglamentos de vida, redactado por ella misma, escrito de su puño y letra, cuyas

textuales palabras nos ha conservado el Padre Butrón. Dice así: «Á las cuatro me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias á Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la Pasión de Cristo. En seguida, hasta las cinco y media, oración mental. De cinco y media á seis, examinarla; pondréme los cilicios, rezaré las Horas hasta Nona; haré examen general y particular; iré á la iglesia. De seis y media á siete, me confesaré. De siete á ocho, el tiempo de una Misa, prepararé el aposento de mi corazón para recibir á mi Esposo. Después que lo haya recibido, el tiempo de una Misa daré gracias á mi Padre Eterno por haberme dado á su Hijo, y se lo volveré á ofrecer, y en recompensa le pediré muchas mercedes. De ocho á nueve, sacaré ánimas del purgatorio y ganaré indulgencias por ellas. De nueve á diez, rezaré los quince misterios de la Corona de la Madre de Dios. De diez, el tiempo de una Misa me encomendaré á mis Santos devotos, y los domingos y fiestas hasta las once. Después comeré, si hubiere necesidad¹. Á las doce rezaré Vísperas y haré examen general y particular. De dos á cinco, ejercicios de manos y levantar mi corazón á Dios; haré muchos actos de su amor. De cinco á seis, lección espiritual y rezar Completas. De seis

¹ Por estas palabras y otras se ve que la presente distribución de las horas del día ha precedido con mucho el fin de su vida; pues aquí señala horas de comer y la cantidad de pan que ha de tomar; cosa que no ha hecho en sus últimos siete años, puesto que durante todo este tiempo la Comunión fué su único alimento.

á nueve, oración mental y tendré cuidado de no perder de vista á Dios. De nueve á diez, saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado y decente. De diez á doce, oración mental. De doce á una, lección en algún libro de vidas de Santos y rezaré Maitines. De una á cuatro, dormiré, los viernes en mi cruz; las demás noches en mi escalera; antes de acostarme tendré disciplina. Los lunes, miércoles y viernes de los Advientos y Cuaresmas, la oración desde las diez á las doce la tendré en cruz; los viernes, garbanzos en los pies, y me pondré una corona de cardos y seis cilicios de cardos; ayunaré sin comer, toda la semana. Los domingos, comeré una onza de pan, y todos los días comenzaré con la gracia de Dios.»

Este reglamento de vida es digno del más fervoroso anacoreta, y fielmente observado conduce á la más encumbrada perfección. Aprobado como estaba por el director, tenía para Mariana fuerza de ley.

¡Para cuántos, desgraciadamente, las más hermosas resoluciones, estampadas en el papel, no pasan de meros proyectos! y esos manuscritos espirituales más de una vez enriquecen los archivos de la veleidad y la crónica de los deseos estériles. Mariana empero, hasta su dichosa muerte, se mostró y fué esclava de su reglamento, que sólo derogaba por obediencia, ó para llenar un deber de caridad, ó bien cuando, enferma en cama, se veía en la imposibilidad de seguir su plan de vida. Asimismo derogaba su orden del día cuando, siempre con los debidos permisos, añadía nuevas maceraciones á las apuntadas arriba.

Prueba de esta variación es la carta siguiente, en la cual nuestra heroína pide permiso á su director para aumentar sus penitencias:

«Padre mío: Si V. P. gusta de darme licencia para añadir á mis penitencias que ahora hago este Adviento: siquiera estaréme en cruz todas las noches, desde las seis hasta las siete, y los lunes, miércoles y viernes con garbanzos en los pies. Disciplina todas las noches á las once, á la una y á las cuatro. Cilicios, los de cardos todos los días, y tormentos en los brazos y muslos, con unas cuerdas de cerdas, y un cilicio de alambre de cuatro vueltas en la cintura, desde la víspera de Todos los Santos hasta la víspera de Pascua (de Navidad), si Dios es servido. En los ayunos, la regla que mi Padre me dejó, cuando la necesidad me obligare.»

Heroína del amor divino, fiel á su método de vida hasta el postrer aliento, Mariana avanzaba, según la palabra del Salmista, de virtud en virtud, subiendo de grado en grado, por la escala de la santidad, hasta la clara visión de Dios.



CAPÍTULO XII.

MARIANA DE JESÚS, MÁRTIR DE LA MORTIFICACIÓN CORPORAL.

SUMARIO. Arsenal de la penitencia. — Uso variado de los instrumentos de maceración. — Ayunos. — Cama.

DOS son las ocupaciones de un solitario, escribe San Alfonso: orar y hacer penitencia. La oración y la penitencia, en todas las formas, abrazan,

penetran y llenan de tal manera la existencia de la virgen quiteña reclusa en su habitación, que bien se puede decir que no ha habido momento en que no haya estado orando ó martirizándose, ó, mejor dicho, practicando ambas cosas á la vez. Sus maceraciones, á no constar bajo la fe del juramento en el proceso de beatificación, tendríanse por fabulosas. Los hechos que vamos á relatar nos muestran á las claras que Mariana fué constantemente el implacable verdugo de su cuerpo; que en la carrera de la penitencia igualaba tal vez á muchos Santos que la Historia nos representa como prodigios de mortificación. Uno de los aposentos de la *Azucena*, inaccesible á los profanos, era todo un arsenal de penitencia, donde pendían las armas de esa valiente hija de la cruz. Para convencernos de esta verdad, tenemos la relación auténtica de un testigo ocular, relación que, según el Ilustrísimo Señor Suárez, se halla en uno de los cuadernos del proceso de beatificación¹. Ese testigo ocular, que visitó el aposento de Mariana poco tiempo después de muerta ésta, es el presbítero Alonso de Soto. Alumno interno del seminario de San Luis en tiempo de Mariana de Jesús, y de trece á quince años de edad, conoció á la santa y habló con ella algunas veces. En una carta dirigida al Padre Butrón, con fecha 14 de octubre de 1696, dice textualmente:

«Después de la muerte de esta señora, un día que estuve en casa del capitán Cosme de Caso, habiendo

ido á ver á un hijo suyo que era estudiante y mi amigo (el cual ha muchos años que murió), me llevó al aposento de esta sierva de Dios, que era en un cuarto alto, que de continuo estaba con llave; y habiéndolo abierto, me mostró todas las alhajas que allí estaban guardadas; que eran instrumentos de las penitencias que hacía: mostróme una cama de rejas de palo, del tamaño de una mesa, donde dormía algunas noches, que no era posible durmiese, así por los palos esquinados que con el filo la habían de atormentar, como por los pedazos de ladrillo y piedras esquinadas que estaban derramadas en el plan: mostróme una cruz grande, colgada en la testera, donde se crucificaba, amarrándose los cabellos en la parte superior de ella, en unas sogas que allí estaban amarradas para ese efecto, y otras en los brazos de la cruz, donde metía las manos y quedaba pendiente de ellas. Vi también en un rincón juntas y amontonadas muchas sogas gruesas y delgadas, que servían de cilicios; asimismo muchos cilicios, anchos y grandes, de cardos de hierro para la espalda, y otros pequeños para los muslos y brazos, que se conocía por el tamaño de ellos; otros de cardas de cardar, otros de cadenillas de hierro, un azote de dos ramales de hierro, y otros azotes de disciplinas ensangrentadas, y uno con rodajas pequeñas, y todo junto y amontonado, que causaba miedo y admiración verlo; y asimismo el aposento, que era blanqueado, estaba todo él por los bajos salpicado de sangre. Otra cruz, también grande, vi arrimada, y me dijo el amigo que era con la que

¹ Historia del Ecuador t. IV, p. 245, en nota.

camina las estaciones en su cuarto, de que quedé admirado y compungido.»¹

En suma, en aquel arsenal de penitencia había armas para hacer la guerra á todos los sentidos, á todos los órganos, excepto el rostro, que debía ser perdonado y quedar intacto y fresco, para evitar la ostentación de austeridad y maceración. No se crea que el uso continuado de esos instrumentos afflictivos haya embotado su natural sensibilidad; todo lo contrario, pues Mariana usaba ya unos ya otros, con cruel y bien combinada variedad, precisamente á fin de abrir cada vez nuevas llagas y experimentar así sensaciones nuevas de dolor. La angelical doncella se azotaba hasta derramar arroyos de sangre, una, dos, tres y hasta cinco veces al día, y habría aumentado el número á no habérselo impedido el Padre Camacho. Á lo dicho añadamos el uso simultáneo de varios instrumentos de penitencia; pues no es raro que cargue una media docena de cilicios. Á los pies, igualmente que á los demás miembros, les da tormentos; haciendo oficio de verdugo el calzado, sembrado interiormente de garbanzos, engastados y fijos en cera derretida. Así es como la generosa virgen reproducía en toda su persona la imagen de Jesucristo su Esposo crucificado, quien, según la palabra del Espíritu Santo, «no tiene parte sana desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza». Este mismo fué el heroico afán de San Pablo, el cual escribe á los Corintios: «Traemos siempre la mortificación de Jesús

¹ Historia del Ecuador I. c.

en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal.»¹

Nos equivocariámos si pensásemos que la *Azucena de Quito* era una de esas naturalezas excepcionales, exentas de dolor, que afrontan impasibles el sufrimiento. Muy al contrario, Mariana, sobre ser mujer y por consiguiente de suyo asaz impresionable, tenía una constitución delicada, cuya sensibilidad aumentaban mucho sus enfermedades crónicas y achaques.

Oigamos de boca de esa mártir de mortificación, cuán dolorosos le eran los suplicios á que se sometía. Cierto día, siendo todavía niña, encerrada en su cuarto, estaba desgarrándose los hombros con no sé qué instrumento, cuando entró una antigua criada de la familia. Al verla, se espantó y preguntó si no le dolían aquellos azotes. «¡Y cómo que sí me duelen!» respondió la víctima voluntaria, «pero yo los tomo por mis pecados; y sólo te suplico por Dios y por su amor que no se lo cuentes á mis padres y que me guardes el secreto.» Igual confesión hizo la sierva de Dios á su sobrina Juana de Caso, relativamente á su cama, donde se atormentaba, más bien que dormía y descansaba, por unas dos ó tres horas cada noche (que éste era más ó menos el tiempo de su sueño, según el Padre Camacho), y que era ya un potro, guarnecido por dentro con puntas de madera y llamado por esto escalera; ya un montón de ladrillos, fríos, rodeados y como entrelazados con robustas y picantes ortigas; ya piedras

¹ 2 Corint. IV, 10.

toscas y puntiagudas, medio enterradas en el suelo; ya cruces de todas formas y tamaños, etc.

Una de esas cruces nos la describe el Padre Butrón en los siguientes términos: «Tenía de largo poco más de una vara; era redonda y gruesa como el brazo de un hombre y estaba claveteada toda de doscientas y siete espinas, tan agudas, que no podían tocarse con alguna violencia sin hacer sangre. En la distribución de sus ejercicios había anotado que los viernes le serviría de compañera en la cama, y lo cumplía exactamente. Echábase de lado y ponía dicha cruz á la espalda, de modo que á cualquier movimiento que hiciera, la avisasen muchas punzadas á un tiempo; y porque no pocas veces en los arrebatos de sus fervores se abrazaba fuertemente con ella, no es extraño que quedara su cuerpo todo señalado y la cruz enrojecida de su sangre, como se podía observar aun muchos años después de su muerte.»

Pues bien; según declaró candorosamente la santa á su sobrina: á vista de semejantes instrumentos de suplicio, se impresionaba tan vivamente, que «sudaba y perdía el aliento»; la consideración de que «aquel martirio no era para un día, sino para todos los de su vida, producía en su alma un terrible combate, del cual, sin embargo, con la gracia de Dios, salía vencedor su espíritu».

Este don de fortaleza, lo impetraba nuestra ínclita virgen con oraciones tan eficaces como humildes y fervorosas, pero teniendo siempre presente y poniendo en práctica aquel refrán: «Á Dios rogando y con el mazo dando.» Para ello, entre otros ejercicios,

á imitación de San Pedro de Alcántara, se apostrofaba á sí misma y decía para sí, según el historiador tantas veces mencionado: «¿Te duele, Mariana? Pues duélate enhorabuena, que más dolió á tu Esposo. ¿Lo sientes? Pues siéntelo una y mil veces, que mayor castigo mereciste. ¿Quieres regalo? Pues yo te daré tan exquisito, que no te quede qué desear.» «Tenía una colcha ó cobertor, que ella llamaba su sábana, tejida toda de cerdas y hecha á medida de su cuerpo, y cuando se sentía combatida del amor de su carne y empezaba á empeñarse la lucha entre ella y el espíritu», escribe el citado biógrafo, «se levantaba de repente, y quitando el lecho de maderos y extendiendo en el tablado el cobertor y sembrándolo de menudas y escabrosas piedras, lanzaba su cuerpo sobre él con mayor tormento que el que padecía en el potro. Estando allí ya cobijada, 'ya no tienes, decía, por qué tener congojas; si deseabas regalo, ya lo tienes; si descanso, ya te lo doy; si delicados lienzos, aquí los tienes: revuélvete en esta mullida cama y goza de lo que tanto apetecías'; con lo que se vengaba á su placer de la rebeldía de la carne. El día que murió Mariana, sacaron sus hermanos en un azafate de plata aquella sábana con sus piedras y la mostraron al pueblo, celebrando así las victorias que con tanto mérito para el cielo reportó sobre sí misma.»

Por lo que dejamos apuntado, sábese que nuestra *Azucena* era en extremo sensible al dolor; pero esta misma sensibilidad constantemente superada, es la medida de su heroísmo en la lucha contra la carne.



CAPÍTULO XIII.

MARIANA DE JESÚS MÁRTIR DE LA MORTIFICACIÓN CORPORAL (CONTINUACIÓN).

SUMARIO. Ayunos progresivos. — Al fin no se alimenta más que del Pan eucarístico. — Anécdota. — Se hace flagelar. — Declaraciones de su confesor. — Advertencia al lector.

LA Beata Mariana, llamada á la vida unitiva con Dios, debía aventajarse en la abstinencia y ayuno, como todos los grandes contemplativos. «¿De qué manera se aparejó», pregunta el Padre Scaramelli¹, «Moisés para hablar á solas y cara á cara con Dios y sobre la cumbre del Monte Sinaí? Con el ayuno de cuarenta días continuos. ¿De qué modo se dispuso Elías para ver á Dios en la gruta del Monte Horeb? Con una semejante cuarentena de ayunos. Y ¿cómo mereció Daniel aquellas recónditas revelaciones y aquellas secretas verdades que leemos en su historia, sino con el ayuno de tres semanas enteras?» Ved ahí por qué la esforzada virgen quiteña dice con San Pablo²: «Castigo mi carne con incesantes fatigas, con largas vigiliias, y con penosos ayunos.»

No es mi ánimo referir circunstanciadamente aquellos ayunos tan prodigiosos. Esta omisión parcial no perjudica á mi intento, que es poner de manifiesto lo extraordinario de aquellas privaciones voluntarias; antes bien, lo favorece. Lo grandioso de un edificio ¿no se conoce más bien considerando su conjunto que estudiando sus detalles? Tracemos, por lo tanto,

¹ Directorio ascético t. II, cap. II.

² 1 Cor. IX, 27; v. 2 Cor. XI, 27.

á grandes rasgos, las diversas fases, las incesantes y estupendas creces de Mariana en la abstinencia y ayunos.

Apenas vino al mundo, se lanzó y dió saltos agigantados por la carrera del ayuno y de la abstinencia. Como hemos apuntado más arriba, tomaba el pecho de su madre solamente dos veces en cada veinticuatro horas, y una sola vez en ciertos días de la semana, como se lee de San Nicolás.

Á los cuatro años de edad se contentaba con una sola y escasa refección diaria, y esto á las doce en punto. Á los seis años supo defender y excusar sus ayunos y abstinencia con tan buenas razones, que obtuvo de los suyos permiso para seguir su tenor de vida, salvo el caso de que peligrara su salud.

Á los ocho años ayunaba á pan y agua en ciertas épocas y vigiliias del año; asimismo ya por ese tiempo ayunaba al *traspaso*, esto es, no comía ni bebía nada desde el Jueves Santo al medio día hasta el Sábado Santo al tocar á Gloria.

Á los once años pasó los cuatro últimos días de la Semana Santa sin probar bocado.

Que la esforzada niña se haya abstenido constantemente de carne, de huevos, pescado, leche y otras cosas por el estilo, no creo necesario decirlo; pero sí haré notar que sabía disimular tan hábilmente su mortificación, que ésta parecía más bien repugnancia natural que virtud.

No carece de edificación un hecho que trae el Padre Butrón: «El dulce, que ordinariamente es el manjar de los niños, fué para Mariana objeto de

una severa regla de privación absoluta, y una vez que tomando por inadvertencia un bizcocho mojado en agua, reparó en el azúcar de que parecía compuesto, lo arrojó, reprendiéndose por el culpable descuido.»

Si tales eran los principios de sus fervores, ¿cuáles no habrán sido más tarde sus progresos?

Su régimen habitual era por sí solo todo un ayuno, ¿qué digo? era un ayuno más riguroso que el que suele observarse comúnmente el Viernes Santo. «El alimento ordinario de la *Azucena*», leemos en su biografía, «no era otra cosa que una rebanada de pan y alguna fruta. Si se permitía tomar cosa caliente, era un plato de coles, sin otro sainete que el agua, cocidas y hasta sin sal.» Y cuenta que lo usual era contentarse con un pedazo de pan de varias semanas, mojado en agua, y tan poco que pesaba cuatro onzas apenas, y ese mismo pedazo de pan, subdividido por onzas, le duraba cuatro días, bastándole una onza cada veinticuatro horas. Y aun este escasísimo alimento lo acompañaba frecuentemente con hiel, hierbas amargas y ceniza.

Aquí viene á propósito una anécdota, consignada con la solemnidad del juramento en las Actas de la beatificación. El Doctor Don Juan Martín recomendaba á Mariana que, siquiera mientras estaba mala, tomase alguna cosa substanciosa; para convencerla, le dijo estas palabras de Nuestro Señor: «No de solo pan vive el hombre.»¹ Mariana contestóle con tales

¹ Mat. IV, 4.

razones, que lo dejó sin réplica. ¿Contestaría con la segunda parte del citado texto, donde se dice que el hombre «vive también de toda palabra que sale de la boca de Dios», y por consiguiente de Jesucristo, Verbo de Dios? No es inverosímil. Por cierto aquellos ayunos rigurosos y continuos arruinarían sus fuerzas físicas y hasta le causarían la muerte á no estar neutralizados interiormente con aquel sustento invisible y divino de que habla el arcángel San Rafael á los dos Tobías, como lo indicó Mariana en cierta ocasión. Habiendo aconsejado á su criada que ayunase á pan y agua, ella le respondió «que lo haría con mucho gusto, si fuese tan virtuosa como su patrona». «De tu parte está», repuso la santa, «poner los medios y hacer las diligencias; Dios cuidará entonces de conservarte la vida.»

El alimento diario de nuestra angelical solitaria era una onza de pan duro, alimento que, andando el tiempo, llegó sucesivamente á ser semanal, quincenal, hasta que, por fin, fué totalmente substituído por el Pan eucarístico, como lo diremos oportunamente.

Como se ha visto, la *Azucena*, convertida en verdugo de sí misma, se atormentaba cuanto podía; es más, buscaba solícita quién le diera tormento con mano generosa y robusta.

Siempre se hacía acompañar de alguna india, mayormente cuando iba á la iglesia. Con lo que, á más de contar con un testigo presencial de todas sus acciones, ventaja muy apreciable á los ojos de la fe, se proporcionaba la ocasión, en extremo grata para un alma celosa, de enseñar á su sirvienta á amar

mucho á Jesucristo. Entre esas indias que privaban con la esclarecida virgen, más noble que una reina, puesto que era la esposa del Redentor, se distinguió Catalina, por su discreción, buenos oficios y demás virtudes. Confidente de su angelical señora, le aseaba los instrumentos de penitencia y los vestidos horriblemente ensangrentados. Á la buena Catalina es á quien debemos no pocas particularidades que figuran en el Proceso. De la misma fuente está tomado lo que pasamos á referir.

Llamóla cierto día la beata Mariana: después de un hábil preámbulo, y bien estudiado exordio, le propuso, le pidió que la azotase. Á estas palabras se sobrecogió la cariñosa india, como herida de un rayo, protestó que era, no el verdugo, sino la esclava, la amante esclava de su señora. Mariana no desistió; antes bien rogó, instó, porfió, haciendo ver los bienes que de aquella flagelación resultarían para entrambas. Al fin Catalina empuñó el azote con mano trémula y acobardada. Aprontarse para el suplicio, hincarse de rodillas, á fuer de criminal, todo fué para Mariana cosa de un instante. Hiérela con el primer golpe Catalina, con el segundo y con el tercero: aquí se detiene, cual si le faltasen las fuerzas: arroja el azote, diciendo que ella prefiere ser la víctima, y no el verdugo. La esforzada virgen, más enardecida con aquellas primeras descargas, insiste con tono más suplicante y razones no menos imperiosas, para que continúe el tormento: «No, Catalina, no», dice, «no te canses; prosigue y ármate de furor contra mí, que con esto me ayudas á subir á la gloria; y te aseguro que si

me veo en ella, y tú lo sabes, habrás de gozar no poco de haber sido instrumento de mi dicha.» Acto continuo cae sobre Mariana una lluvia de azotes: tempestad, que no lluvia, es aquella feroz flagelación que dura hasta que la penitente, bañada en su propia sangre, queda harta de padecer, y sabemos que no era fácil hartarla de dolores. Este mismo favor, pues por tal lo estima, lo obtendrá en lo sucesivo muchas veces de la muy complaciente y bienhechora Catalina. Con cuánta verdad dirá con su Esposo crucificado: «Aparejada y pronta estoy para los azotes.»¹

Antes de concluir este capítulo conviene desvanecer una objeción que probablemente se habrá ocurrido al lector. Que la sierva de Dios, al hacer mortificaciones tan extraordinarias, tenga muy buenas intenciones, nos parece fuera de duda. Empero, ¿no será el juguete de ilusiones siempre posibles? ¿no obedecerá á caprichos de mujer? De ninguna manera, contesto. ¿Acaso no tiene esta esposa de Jesucristo crucificado por regla de sus acciones y conducta, la voluntad santísima de Dios, y por órgano seguro de ésta, la palabra del representante de Dios, su confesor? Ahora bien, ¿cuál fué en materia de penitencia la dirección, sobre manera prudente, del Padre Camacho? Él mismo lo dice en una carta dirigida á Don Cosme de Caso, cuñado de la santa virgen, después de la muerte de ésta:

«Las penitencias, mientras la regí yo, fueron raras y mayores que las que naturalmente parece

¹ «Quoniam ego in flagella paratus sum» (Ps. xxxvii, 18).

podiera tolerar un cuerpo tan débil; si bien, por estar persuadido, después de mucha atención y examen, de que eran inspiradas de Dios, se las permití.» En seguida el Padre Camacho confirma someramente cuanto llevamos dicho en orden á la mortificación de su hija espiritual: «Seis y siete cilicios juntos traía muchas veces, y algunos de ellos de cardas. Las disciplinas, hasta derramar sangre en ellas, dos y más veces las hacía cada día. Dormía muchas veces amarrada á una cruz, otras sobre una escalera. Los ayunos milagrosos, porque, dejados los de pan y agua, que frecuentemente hacía á los principios; por espacio de algunos años no se desayunaba sino de quince en quince días, y entonces con una rebanada de pan que volvía á vomitar.»

Empero los permisos dados por el Padre Camacho, con ser amplios, no eran ilimitados: en casos dados sabía el prudente director poner trabas á los ardores de aquella mártir voluntaria, cuya mortificación interior anhelaba más que la exterior. En cierta ocasión le pidió cinco de los cilicios que usaba, los examinó y encontró crueles por demás; cortándolos por la mitad á lo largo, dice el Padre Butrón, se los restituyó, quedándose con tiras de cuatro dedos de ancho.

Admiro todas estas penitencias, dirás, lector benévolo, y bendigo á Dios por haber dado á una flaca y débil criatura fuerza para practicarlas; empero, admiro, sólo lo admiro; imitar esto no puedo.

Sólo he pretendido hacer contigo, diré apropiándome un pensamiento del Padre Scaramelli, lo

que hace un mercader con los que van á comprar á su tienda: «Abre sus alacenas y estantes, les muestra sus ricos géneros... no porque pretenda que aquéllos le hayan de comprar todo lo que les pone delante de los ojos, sino sólo para aficionarlos con aquella muestra á comprar aquellas cosas de que conocen tener más necesidad.»¹ Así yo te he puesto delante de los ojos una multitud de penitencias, entre las cuales hay muchas extraordinarias y desaconsumbradas, no porque tú las hayas de practicar, sino sólo para que te enciendas con los ejemplos de la santa *Azucena* en deseos de penitencia, proporcionada á tus obligaciones, fuerzas y necesidades. Esto es ofrecer á Dios nuestro cuerpo, según San Pablo, como una hostia viva, santa, agradable y racional².



CAPÍTULO XIV.

MARIANA CRUCIFICADA EN SU CUERPO POR LAS ENFERMEDADES.

SUMARIO. Causas de las enfermedades de Mariana. — Enumeración de éstas. — Hidropesía. — Sed abrasadora. — Remedios de santos, esto es, peores que los males. — Sangrías frecuentes y prodigiosas.

MARIANA no fué menos mártir de paciencia que de mortificación voluntaria. Tales y tantas fueron sus enfermedades y achaques, que bien pudo hacer suyas estas palabras de Job, la gran figura de Jesucristo, *Varón de dolores*: «Me atormentas de un

¹ Direct. ascet. t. II, cap. VI.² Rom. XII, 1.

modo portentoso.»¹—Me crucificas con los redoblad^{os} golpes de tu pesada mano, con tanta violencia, que no puedo expresarlo suficientemente.

¿Cuáles serían las causas de esas dolencias sin cuento, que la martirizaron tan desapiadadamente casi toda la vida? Los ayunos rigurosos y continuados de la Sierva de Dios, sus maceraciones, cuyo solo nombre hace estremecer, sus prolongadas vigi-
lias, en fin, todo su género de vida, bastaba para arruinar la constitución más robusta, y con más razón la suya, que era delicadísima.

Demás de esto, ¿cuál es la vocación de la *Azucena*? Tres palabras la resumen: oración, inmolación, unión con Jesucristo crucificado: y en tal concepto se puede decir que estaba predestinada desde la eternidad para padecer y sufrir en cierta manera su «pasión y muerte», pudiendo afirmar con su Esposo enclavado en la cruz: «Es necesario que se cumpla todo cuanto de mí está escrito.»²

Demos ahora la larga lista de sus dolencias y achaques. Para ello, á más de consultar el Proceso, copiaremos más ó menos textualmente algunos párrafos del Padre Butrón, ó de su compendiador, el presbítero Castro.

Eran ordinarios en ella los dolores de estómago y de cabeza, los vómitos de sangre, los dolores de costado, los tabardillos, y cierto mal indefinido y misterioso, tan violento que, según confesaba ella misma, con sólo durar un cuarto de hora continuo

¹ Job x, 16.

² Luc. xxii, 37.

le hubiera causado la muerte. Á tantos padecimientos añadiéronse en los ocho últimos años de su vida, una calentura continua y la hidropesía, con todo su cortejo de males, como molestosísimas hinchazones y la sed más ardiente y más tenaz que suponerse puede. Para apagar estos incendios que la abraban, éranle menester arroyos de agua; sin embargo, renunció tan por completo esta especie de alivio, que en una ocasión por espacio de tres meses no probó una sola gota.

No obstante, buscaba con avidez el agua á fin de hacer más sensible y más cruel su mortificación. ¡Cuánto no padece una fiera, acosada del hambre, al ver una presa fuera de alcance, sin poder abalanzarse sobre ella! ¡Qué suplicio el de un hambriento que se halla en presencia de una mesa copiosamente servida sin poder alargar á ella la mano! Igual tormento padecería nuestra *Azucena*, con la diferencia de que para ella el sacrificio era espontáneo y voluntario.

Consideraba detenidamente las bellezas y los beneficios del agua; trayendo para ello á la imaginación cuanto había leído sobre la materia, ó era capaz de discurrir. Dábale los calificativos más encomiásticos: «Por el agua se alegran los prados, viven los peces y demás seres irracionales, lo mismo que las plantas. Cual océano sin límites, el agua, sobre encerrar bienes inmensos, es una representación, un símbolo de Dios, que es sin principio ni fin; el agua, á manera de elemento dominador, avasalla á muchos otros elementos.» Concluía exclamando:

«¡Bendito sea el Creador que te hizo tan hermosa y tan pura! ¡Loda sea para siempre su piedad, que nos dejó en ti un bosquejo de su compasiva bondad!» ¿Empezaba á llover? Se trasladaba á una pieza cercana, de donde contemplaba la lluvia cayendo en menudas gotas desde la nube y en gruesos chorros desde los tejados; luego miraba los arroyos que se iban deslizando, para que se le abrasasen más y más las fauces; por fin, satisfecha de tormento, se retiraba. No pocas veces recogía un poco de agua en el hueco de ambas manos, y, después de devorarla con los ojos, la acercaba á sus abrasados labios y luego la retiraba, sin humedecerlos siquiera, acordándose de su amado Esposo, sediento en la cruz.

¿Que la sed la apura más que de costumbre? Vedla tomar un jarro de pico estrecho é ir á la tinaja ó á la fuente; saca el agua, y extendiendo el brazo viértela muy despacio, hasta la última gota; repite esta operación, que es todo un martirio para quien se muere de sed, por segunda, tercera y cuarta vez. Sólo cuando le parece imposible atormentarse más, echa la bendición al agua y sin probarla se vuelve á su habitación. Alábase al rey David cuando, abrasado de sed, derramó el agua en la tierra, en vez de beberla, por amor de Dios. Nuestra santa, igualmente sedienta, ¿es menos generosa? ¿Cuántas veces el monarca de Israel practicó aquella mortificación? Una sola vez, mientras que la *Azucena* la practicó la mayor parte de su vida.

Durante su última enfermedad se abstuvo del agua de una manera, si cabe, aun más heroica, como lo apuntaremos en su lugar.

No está prohibido, antes bien nos está mandado, cuidar de nuestra salud; pues no somos los dueños de nuestra vida. De aquí procede otra obligación, la de combatir, en cuanto sea buenamente posible aquellas enfermedades que pudieran ser de consecuencia. Empero la virgen de Quito parece haberse dispensado de este deber, y esto por muy buenas razones. ¿Acaso no se regía según inspiraciones particulares del Espíritu Santo, bajo la conducta segura de su confesor, virtuoso igualmente que sabio? Á decir verdad, empleaba muy á menudo un remedio extraordinario, si como tal hemos de considerar las numerosísimas sangrías á que se sometía. Numerosísimas, he dicho, pues por lo pronto se hacía sangrar de vez en cuando, luego una vez cada semana y con más frecuencia aún. Por declaración de su director sabemos que aquella ilustre solitaria se hizo sangrar *ciento y setenta veces* en el espacio de un solo año.

¿Á quién atribuiremos esas sangrías tan repetidas, en aquel entonces muy en boga, y hoy día miradas como contraproducentes? ¿Las imputaremos á Mariana, ó bien á los Facultativos que las recetaban ó permitían? Digamos en obsequio de la verdad, que, salvo excepciones, Mariana misma, bajo cualquier pretexto, las obtenía de médicos muy complacientes. Mas sobre esas exageradas condescendencias no es lícito formular crítica alguna. ¿Por qué? Porque el Señor, árbitro supremo de nuestros destinos, ha autorizado

aquellas sangrías con el sello de los milagros. No lo olvidemos: trátase aquí de una persona que al principio comía tan sólo de tarde una que otra onza de pan, y después no tomaba alimento natural de ninguna clase. Ahora bien, preguntamos: ¿Es natural, regularmente hablando, que una persona que no se alimenta en absoluto, tenga siempre sangre en abundancia, y esto á pesar de las frecuentes sangrías á que se somete? No, ciertamente.

Es más: había Mariana recomendado á su fiel india Catalina, que después de cada sangría arrojase la sangre siempre en un mismo hoyo, abierto en el fondo del jardín. Obedecía Catalina exactamente, pero de tal manera que, en vez de echar tierra encima, tapaba el hoyo con una piedra. Cierta día tuvo la curiosidad de remover con una varita la sangre que suponía coagulada y corrompida; mas ¡cuál no fué su asombro al verla tan líquida y fresca como cuando había brotado de la vena! ¿Qué digo, líquida y fresca? exhalaba además una fragancia suave cual flor olorosa. Fáltóle á la buena Catalina tiempo para volar hacia su señora y decirle que la sangre arrojada en aquel hoyo estaba aún purpúrea, hermosa y como recién vertida y además perfumada y olorosa: noticia que recibió Mariana con tanta humildad como hacimiento de gracias al Señor. Sólo Dios, autor de todo bien, podía, por su pura bondad, dignarse honrar con aquel prodigio á una *pobre pecadora como ella*. La fiel confidente de la angelical solitaria volvió á comprobar el mismo milagro, no una, sino muchas veces.

Crecerá la admiración del lector cuando se haya impuesto de otro portentoso que vamos á relatar, y consta en el Proceso con la deposición jurada de más de doce testigos. Estaba tendida Mariana en su lecho de dolor, cual víctima sobre el altar del sacrificio, cuando el Facultativo juzgó necesaria una sangría: acaecía esto un Viernes Santo, el último que ese ángel del cielo debía pasar gimiendo en este valle de lágrimas. Practicó esta operación el médico en persona: rota la vena, salió un hilo de agua limpia y cristalina, y caído que hubo toda en el recipiente, á su vez salió la sangre. Atónito el médico, cuya ciencia competía con su fe, exclamó, mirando á la Sierva de Dios: «Esto, señora, sucedió sólo en el costado de nuestro Redentor.» Á lo cual Mariana dió una respuesta tan sabia y profunda, que el Facultativo, más y más asombrado, dijo para sí: «Esta mujer ha estudiado en superior escuela.» ¿Cuál fué aquella respuesta más divina que humana? No lo sabemos; tampoco lo supo el mismo doctor, pues, por más que hiciera, no acertó á recordarla sino de una manera oscura y vaga. Consultado el caso con los hombres más distinguidos por su saber, todos lo tuvieron por naturalmente inexplicable; lo cual aumentó no poco la veneración y respeto que ya profesaban á la tan privilegiada *Azucena*.

Mas, no para aquí el prodigio. En el punto donde se había abierto la vena para la sangría creció de una manera estable hasta la muerte cierta carnosidad ó botoncillo, en forma de cabeza de clavo; experimentaba por eso Mariana tan vivos dolores, como

si en realidad un clavo le hubiese taladrado el brazo. ¿Queremos decir con esto que Jesucristo le imprimiese alguna de sus llagas? No por cierto; pero bien podemos creer piadosamente que el *Varón de dolores* quiso delinear en ella un rasgo más de semejanza con su persona.

Después de los hechos maravillosos que van referidos, no será difícil creer que ese mismo Esposo de las vírgenes haya mirado y reclamado como suya aquella sangre purísima, pues la víctima que la derramaba con tanta generosidad le estaba consagrada.

La señora Doña María de la Peña fué en una ocasión á visitar á Mariana de Jesús. Coincidió la visita precisamente con una sangría que le estaban practicando; movida de devoción hacia la angelical enferma, se apoderó con disimulo de la taza que contenía la sangre: sacó un pañuelo, empapólo bien en aquella sangre, lo guardó en el bolsillo y regresó á casa en seguida. Apenas llegó al umbral de su habitación, cuando llamó á los suyos para mostrarles aquella preciosa reliquia; desdobló el pañuelo, pero, ¡oh prodigio! el pañuelo recién humedecido estaba seco, blanco y sin vestigio de mancha. Relata este hecho Don José Ramírez Dávila, Canónigo Magistral de la iglesia de Quito y Juez delegado para formar el Proceso diocesano sobre la vida, virtudes y milagros de nuestra ínclita virgen.

¿Cuáles serían las miras de Jesucristo al hacer á su esposa tantas y tan visibles distinciones? Si bien no es dable escudriñar la profundidad de los secretos divinos, podemos sin embargo creer piadosamente

que el Salvador, entre otras cosas, se proponía con esos prodigios patentes, no sólo aprobar el tenor de vida de Mariana, sino aun recompensar anticipadamente su humildad y fervor. ¡Humildad y fervor! Esto es lo que resalta de las palabras que se le escaparon en una ocasión, mientras se la sangraba. Como le pareciese al sangrador excesiva la pérdida de sangre y quisiera cerrar la vena: «Dejad salir esa sangre», exclamó Mariana con acento extático, «dejadla salir, que más derramó mi Creador por mí, y no será mucho que por su amor la derrame una pecadora.» En otra circunstancia, un día de Viernes Santo, habiéndole recetado el médico una sangría, dijo Mariana de Jesús: «Gracias á Dios, gracias á Dios, que habré de verter hoy también alguna gota.»

Dejando para otro lugar más oportuno relatar nuevos prodigios que el Señor obró con la sangre virginal de Mariana, cerramos este capítulo, en el cual hemos contemplado la dolorosa y larga crucifixión de nuestra *Azucena*.

Sirvan de remate á lo dicho las palabras con que San Jerónimo elogia á Santa Paula por su paciencia en las enfermedades: «Con largo martirio se coronó; pues no sólo la efusión de la sangre, por la confesión de la fe, merece el nombre de martirio; merécelo también una inmaculada servidumbre del entendimiento, refinada en el fuego de las enfermedades, en que se perfeccionan las virtudes.»¹

¹ Carta de S. Jerónimo á Eustoquio.

Amado lector, este martirio será el tuyo, si te resignares cristianamente á la voluntad de Dios, en todos los males que te aquejen.



CAPÍTULO XV.

LAS AGONÍAS DEL ALMA.

SUMARIO. Testimonio del Padre Camacho, confesor de la Santa. — Causas múltiples de esas agonías.

CÚPOLE en suerte á Mariana experimentar crueles penas en el espíritu y en el corazón, ó, mejor dicho, en todas sus potencias interiores. El Padre Camacho, por haber sido el confesor de nuestra santa, y por esto su confidente más autorizado, ha conocido una por una sus penas más íntimas y más secretas. De una carta suya extracto lo siguiente: «Los tedios, desolaciones y agonías interiores que padecía, le hubieran mucho antes ocasionado la muerte, si Nuestro Señor no le hubiera milagrosamente, como pienso, conservado la vida para aumentar sus méritos. Y aunque tan desconsolada, no le daba tanta pena su desconsuelo cuanto el temor de ser á otros molesta y no mostrárseles amorosa en sus respuestas.»¹

Estas palabras, con ser breves nos dirán mucho, por poco que las ponderemos. El *tedio* trueca las alegrías en fastidios, las delicias en amarguras. La *desolación* es el dolor moral en el más alto grado.

¹ Carta del Padre Camacho á Don Cosme de Caso, cuñado de Mariana.

Por último, las *agonías* son las luchas de la vida contra la muerte: los quebrantos del corazón, los gemidos de la naturaleza que sucumbe, y los esfuerzos desesperados que hace para triunfar de lo que la oprime y mata. Estas son las penas crudelísimas que se mancomunaron para crucificar el alma, en extremo sensible, de la virgen quiteña. Y esas penas fueron profundas y largas, puesto que, según el Padre Camacho, le hubieran *ocasionado la muerte*, á no haber intervenido Jesucristo con un milagro.

Para descubrir la causa primordial, la razón de estos martirios del alma, preciso es remontarnos hasta Dios, cuya sabiduría, amor y poder ordenan con inflexible concierto la vida de los justos. Por ley universal los justos serán imagen del Redentor, *Varón de dolores*. Por esto Mariana tiene sus agonías y exhala, como su Esposo divino en Getsemaní, esta sentida queja: «Mi alma padece mortales congojas.»

Empero, en la tierra no le faltaban tampoco motivos de padecimiento. El principal era el pecado. «Lloraba Mariana sin cesar», dice su historiador, «las culpas de los hombres, y muy en especial las que se cometían en Quito, su patria.» Siempre que en ello paraba mientes, avenidas de tristeza le inundaban el alma. Á sus ojos era el pecado la ofensa de Dios, á quien amaba más que á sí misma, una nueva crucifixión de Jesucristo, cuya esposa amante y predilecta era, la muerte espiritual de quien lo cometía. El maldito pecado, á no ser expiado, privaba eternamente al cielo de un cantor de las divinas misericordias y arrojaba al infierno un condenado más,

un blasfemo eterno. *Da amantem et sentit quod dico:* un corazón amante comprende el llanto de la *Azucena*, así como comprende que á San Cayetano se le hayan abreviado los días de su vida, al ver los pecados que se cometían en Nápoles.

Este pecado, que tantas lágrimas le hace derramar, lo halla hasta en su propia casa, cerca de sí misma. Semejante al divino Maestro, que lloró la perdición de su discípulo, el traidor Judas, Mariana llorará los extravíos escandalosos y tal vez irreparables de una de las indias que la acompañaban. El hecho á que aludimos está tomado del Proceso.

Cierto día visitaba á Mariana de Jesús la señora Juana de Peralta, acompañada de una hija suya, por nombre María. La conversación vino á caer sobre la india Antonia, cuyas costumbres eran, más que ligeras, libres y tal vez licenciosas. De repente, Doña Juana, como si hubiese temido, con fundamento ó sin él, tal desgracia para su amada hija, preguntó á su santa amiga: «¿Si será tan mala mi hija, con el tiempo, como tu india?» «No», respondió Mariana, «tu hija se ha de casar, y ha de temer á Dios y ser virtuosa; pero esta mi india, por su mala vida, ha de tener mala muerte»: doble profecía que se cumplió al pie de la letra. Doña María no tardó en casarse en condiciones ventajosísimas; feliz constantemente en su matrimonio, se dedicó durante los muchos años que vivió á la piedad y á la virtud, teniendo por último una muerte santa y dichosa. En cambio, la india, á ejemplo del hijo pródigo, reivindicó, para colmo de desgracias, su porción

de herencia, quiero decir, su emancipación de todo yugo, su libertad de vida. Así, dueña de sí misma y esclava del mundo, partió para la lejana tierra del crimen y del escándalo, donde perdió cuanto puede perder una mujer. Lejos de volver sobre sus pasos, como el pródigo del Evangelio, se obstinó en dar pábulo á sus pasiones, hasta que por fin, llena la medida de sus maldades, murió apuñalada por un negro. Una vez más vemos realizada la máxima: «Por donde pecas, pagas.» Á buen seguro que vida tan criminal y fin tan desastroso traspasarían, cual espada de dolor, el corazón de la *Azucena*.

No fué éste el único motivo de aflicción que le dieran algunas indias que la asistían. Fuera de Antonia, cuyo fin lamentable acabamos de referir, hubo otra que con su ingratitud y desvíos apenó sobre manera el corazón de Mariana, tanto más cuanto que le daba mejores esperanzas de ser, si no santa, á lo menos buena cristiana. De repente encendiósese una chispa impura en el corazón de aquella sirvienta; fácil era apagarla luego; pero en esto fué en lo que menos pensó. La chispa se trocó muy pronto en llamas, incendios, hasta tal extremo, que la desgraciada no conservó ni el temor de Dios, ni la piedad, ni el amor á la más hermosa de las virtudes. De aquí se originó una perplejidad, de la que salió tomando el peor partido. Comprendía que le era imposible servir á la vez á un ángel de pureza y al espíritu inmundo; comprendía que no podía permanecer junto á la *Azucena* sin comulgar cada ocho días y sin llevar vida arreglada. Á todas

estas consideraciones se le añadía otra de más peso para una pecadora como ella: sus crímenes tal vez conocidos ya sobrenaturalmente por Mariana, lo serían infaliblemente del público, por otros motivos.

Para salir del paso honrosa y cristianamente, no había más que un camino: arrojarle contrita á los pies del confesor, como Magdalena á los del divino Maestro, y valerse de los consejos y oraciones de la santa virgen. Hizo la infeliz todo lo contrario: tomó por consejera su loca pasión: optó por la fuga; la que debía emprender á favor de las tinieblas de la noche. Llega el infausto día, el momento fatal fijado para la marcha; apróntase la india; busca presto un lugar donde dejar las llaves que le estaban encargadas, y, ¡oh sorpresa! encuéntrase de manos á boca con Mariana, quien acude de improviso á socorrerla en aquel lance. Fingiendo necesitar de sus servicios, la manda encender una vela; venida que hubo con la luz al cuarto, le dice: «No te vayas»; entonces sentándose la santa, y haciéndola sentar á su lado, pídele que le apriete los pies, so pretexto de tenerlos adoloridos. Todo esto no es más que un ardid para ver modo de reconvenir á la culpable, y hacerla desistir de tan descabellado propósito. Procura ablandarla con miradas tiernas, á ejemplo del Salvador, que convirtió á Pedro con sólo mirarle, y luego, con palabras sentidas, entrecortadas por la congoja, como éstas: «Dime, hija, dime, ¿qué es esto que tienes? ¿qué es lo que turba tu reposo? ¿qué inquietud es la de tu corazón?

¿adónde te quieres ir? ¿y por qué?» Esta reconvencción, aterradora como un trueno, repentina cual relámpago, deja atónita á la muchacha; empero niega descaradamente su intento de fuga. Á quien ha hollado y quiere seguir hollando la joya de la virtud, ¿le será trabajoso mentir? En la carrera del mal, así como en la del bien, el primer paso es el que cuesta. La joven insensata, lejos de volver en sí, hace ademán de retirarse, después de depositar las llaves á los pies de su ama. «¿Cómo me niegas tu partida», replica Mariana con más fuerza, «si de hecho me lo aseguras dejando las llaves? Tómalas y vuelve en ti: mira que á cuatro días de deleite siguen tormentos eternos. Mira que tú misma te labras la ruina y buscas el precipicio. Ya sabes lo que te he querido, y que sólo ansío por tu bien. Mira que tú sola buscas tu perdición. No me dejes, que á mi lado, y acaso no en otra parte, podrás hallar tu remedio.» La infeliz se deshace en un puro llanto; mas esas lágrimas son hijas de la sensibilidad mujeril, y no del arrepentimiento. Adviértelo Mariana, y por esto añade: «¿Por qué lloras, cuando te quieres ir por tu gusto? ¿De qué te afliges, cuando imaginas regocijos y procuras á todo trance vivir alegre?» Por lo demás, la misma sirvienta da á conocer lo que son sus lágrimas, saliendo despechada esa misma noche de aquella arca de salvación. Con todo, traerá siempre en boca el nombre de Mariana para publicar sus virtudes y beneficios. Esa misma desgraciada hija de Eva es quien ha referido el hecho que dejamos consignado. Según referencias de otros,

parece que recorrió en alas de la libertad y sensualidad toda la carrera del vicio y de la deshonra; pero que también, al cabo de algunos años, volvió por la penitencia á su Dios y Padre, sin duda por las oraciones y austeridades de su angelical bienhechora.

Pero esos desvíos premeditados y criminales martirizaban el corazón de la seráfica virgen, tanto más cruelmente cuanto que esas ofensas de Dios, esos escándalos del prójimo, eran perpetrados por su propia criada y compañera, á quien amaba, dirfase, como á una hija adoptiva.

Sucesos de índole diversa contribuyeron igualmente á afligir á la santa reclusa: aludimos á los reveses de fortuna y demás adversidades que sobrevinieron á su familia.

Ilusión pueril sería el creer que la virtud insensibiliza á los santos; antes por el contrario, la piedad cristiana respeta los afectos humanos; los purifica, así como el fuego acrisola el oro; los ennoblece, aguza y robustece. ¿Ha habido por ventura corazón más santo y más noble que el de Jesús, el Hombre-Dios? Y sin embargo, ¿dónde hallaremos más sensibilidad, más delicadeza que en su deífico Corazón?

Según este principio, nuestra *Azucena* sintió tanto más dolorosamente los males de los suyos, cuanto era más santa, y más unida estaba á su divino Esposo. Esto sentado, pasemos á especificar esos reveses, esos golpes de fortuna, que derribaron de su posición á la familia de Mariana. Don Cosme de Caso, su cuñado, á quien amaba como á padre, fué, sin culpa nin-

guna, privado de un empleo de confianza y encarcelado, como un vulgar malhechor. Fácil es imaginar los desprecios y críticas con que le regalara, pródigo, el pueblo, que juzga siempre por las apariencias. Á los ojos de éste, todo hombre encarcelado, por honrado é inocente que sea, es siempre un malvado, un facineroso. Una desgracia raras veces viene sola, y Don Cosme, amén de perder su libertad, perdió cuantos bienes poseía; doble infortunio, que hirió de un golpe, en su dignísima persona, á toda su familia.

Semejante desastre ¿quién duda que habrá afectado á la noble virgen que vivía solitaria entre los suyos y tan muerta al mundo como San Pablo ermitaño en el desierto? Puede negarlo sólo quien no sabe lo que es el corazón de una mujer, de una tierna doncella, de una santa, cual era Mariana. Por cierto, ella estaba tan perfectamente sometida al querer divino, que no exhaló queja alguna; empero, á pesar de su conformidad, ¿dejaba por ventura de ser criatura humana, sensible, mujer en fin, y cesaba de pertenecer á aquella familia tan probada?

¡Amigo lector! probable es que tu Salvador te presente á ti también ese cáliz, así como lo presenta á todos sus amigos. Bien puedes decir con él: «Si es posible, pase de mí este cáliz»; pero con él igualmente añadirás luego: «Con todo, no se haga mi voluntad, sino la tuya.»



CAPÍTULO XVI.

MARIANA HECHA EL BLANCO DE LA
CONTRADICCIÓN.

SUMARIO. ¿Por qué los santos son objeto de contradicción? — Contradicciones que las austeridades atrajeron á Mariana, de parte de los suyos. — Las que le ocasionó su comunión diaria, de parte de sacerdotes.

LA Beata Mariana, precisamente porque aspiraba á muy elevada santidad, hubo, según el consejo del Sabio, de preparar su alma para la tentación¹. Muy pronto la contradicción, en diversas formas, asestó contra ella sus tiros, así como los asesta, al decir de San Pablo², contra todos aquellos que quieren vivir pía y virtuosamente, según Jesucristo³.

Nuestra santa halla la contradicción en su propia casa, entre los suyos. Á quien me objetare que esto es inverosímil, imposible, supuesto que ella era mirada por los suyos como un ángel y querida más que una hija, le contestaré que ese mismo amor fué el que le movió pleito y suministró contra ella los mejores argumentos. Bien puede el mundo, cuanto se le antoje, examinar y censurar nuestras acciones, aún, y sobre todo, las virtuosas, no lo extrañamos; antes bien, esas críticas son á nuestros ojos una recomendación, una alabanza, nuestro timbre de gloria. En cambio, que nuestros allegados, á quienes queremos y que nos quieren entrañablemente, estig-

¹ Ecli. II, 1.² 2 Tim. III, 12.

maten nuestras obras de piedad, sin tener otro motivo que el mucho amor que nos profesan, lo sentimos en el alma, como una espada de dos filos. Ésta fué la suerte de Mariana.

Qué cambio se había obrado en ella en poco tiempo, no es para creído. Antes robusta, rosada y en extremo hermosa, tiene ahora, para servirnos de las expresiones de su historiador, pálido el labio, demacradas las mejillas, apagada la mirada; con decir que era un cadáver ambulante, todo está dicho. ¿De dónde ha provenido esa languidez, esa consunción precursora de una cercana muerte? De sus tan exageradas mortificaciones, decían y repetían todos sus allegados. De aquí se originó aquella guerra amorosa, aquellos asaltos frecuentes que le daban, aquellas palabras, ora severas, ora suplicantes, ora llenas de amenazas, con que la reconvenían.

Sus argumentos contra ella se reducían, más ó menos, á los siguientes: Según ellos, una cosa es macerarse y otra quitarse la vida; no somos dueños absolutos de nuestra existencia, puesto que la hemos recibido del Creador, sino tan sólo administradores responsables; no es más lícito causarnos la muerte que inferirla á nuestro prójimo; la mortificación, al tenor de las demás virtudes, debe alejarse con igual cuidado de los extremos opuestos y estarse en el justo medio; Mariana no debía verter, tan sin razón, aquella sangre, heredada de sus antepasados y que les era común á todos ellos; agrada más á Dios una penitencia moderada y constante que un fervor excesivo y pasajero.

Los parientes de Mariana discurrían muy bien con arreglo á los principios generales; mas erraban en su aplicación al caso presente. Olvidaban que la santa obedecía á inspiraciones particulares de Dios, que la llamaba á ese martirio de nueva especie. Por lo demás, la heroica virgen procedía en todo de acuerdo con su confesor, el prudente y santo Padre Camacho; por consiguiente no llevaba mal camino; mas en esto era en lo que menos pensaban.

Esas acometidas, una tras otra, y tanto más violentas cuanto eran inspiradas por el más sincero cariño, mortificaban cruelmente á la ferviente solitaria. ¿Cuánto tiempo duraron esas pruebas y contradicciones domésticas? No lo sabemos de fijo; sin embargo, parece que se prolongaron por bastante tiempo, ya que fué necesario un milagro para poner fin á ellas, como lo diremos más adelante.

La seráfica virgen fué hecha el blanco de la contradicción, no sólo en su casa, sino también, parece apenas creíble, en la iglesia, en la sagrada Mesa.

El Padre Camacho, por pedírselo ella con vivas instancias, le había permitido comulgar, por lo pronto, todos los domingos y fiestas de guardar; luego varias veces en la semana; y por fin todos los días.

No se crea que el confesor haya procedido inconsideradamente en un asunto de tanta trascendencia; por el contrario, discreto como el que más, había tenido en cuenta las disposiciones habituales y cada vez mejores de su dirigida, para dejarla comulgar diariamente, así como también los frutos siempre

más abundantes que de la comunión sacaba. Y, si hay almas tan adelantadas en oración y mortificación, que merezcan tomar parte todas las mañanas en el banquete sagrado, Mariana era una de ellas. Prueba de esto son las declaraciones de sus confesores. Testifican todos á una que la santa conservó tan perfectamente la inocencia bautismal, que nunca jamás, en toda su vida, cometió un solo pecado venial, plenamente deliberado¹. Algunos añaden que por una protección especialísima de lo alto estuvo exenta aun de aquellos primeros movimientos desarreglados que nos previenen y que de suyo no son pecados. Por lo que hace á la pureza en particular, la conservó, escribe el Padre Camacho, «sin un mínimo pensamiento que la pudiese mancillar, ni átomo de imaginación que de mil leguas la pudiese deslustrar». Había, por lo visto, alcanzado aquel elevado grado de perfección que, á juicio de San Próspero, es compatible aquí abajo con la humana fragilidad. Si, pues, era, como le constaba á

¹ Esta aserción no es contraria en modo alguno á la doctrina católica. Para evitar constantemente todos los pecados veniales, aun los de mera fragilidad, requiérese una gracia del todo especial; la que fué concedida únicamente á la Virgen María. Empero, por lo que hace á los pecados veniales *deliberados*, ó plenamente voluntarios, bien podemos evitarlos todos con la ayuda de Dios, escribe San Alfonso, como realmente los evitan las almas santas que viven siempre con la firme resolución de padecer antes la muerte que caer en ellos, con plena advertencia («La Monja Santa», cap. de la tibieza).

su director, un ángel en la tierra, ¿había inconveniente para que comiera de continuo el Pan de los ángeles?

Mas no todos conocían íntimamente á nuestra Beata; de ahí que tacharan de abuso su comunión diaria, atendidas las ideas que entonces estaban en boga respecto á esta materia. Daba mucho peso á estas críticas el ser formuladas, en nombre de la piedad y ciencia cristiana, no por sujetos cualesquiera, sino principalmente por dos religiosos de nombrada virtud y competencia en la materia. Del tenor siguiente eran los argumentos que presentaban para combatir el supuesto abuso: La comunión es el alimento de los grandes, y no de los pequeños, cual es Mariana. Es preferible alejarse de la sagrada Mesa por respeto, que acercarse á ella con demasiada familiaridad. Por lo demás, la recepción de la Eucaristía, si es muy frecuente, engendra la rutina, y ésta el desprecio. Y, luego, ¿quién sabe si la ambición secreta de igualarse con las personas mayores no es el único estímulo de Mariana para obtener la comunión diaria?

Este requisitorio iba dirigido más contra el confesor que contra la confesada; pues, vencido el primero, tendría la segunda que someterse á lo normal y usual. Así las cosas, el Padre Camacho hizo lo que había hecho en otras ocasiones semejantes y lo que hacen todos los varones de Dios: reflexionó, consultó libros adecuados, y sobre todo, hizo oración. Una vez más se convenció de que, atentas las circunstancias, su hija espiritual podía y debía continuar comulgando todas las mañanas. Arrebió la oposición, y el discreto juez fué motejado de impru-

dente y, quizás, de obstinado. El virtuoso hijo de San Ignacio era de índole suave y acomodadiza; así que, sin sacrificar un solo punto de sus principios, ni cambiar su manera de ver, en lo tocante á Mariana, empezaba ya, no á inclinarse ante sus contendedores, sino á no pelear con ellos; prudente hasta el exceso, para acallarlos estaba á punto de reducirle á la *Azucena* el número de comuniones. Si no lo hizo, si recobró toda su firmeza, fué por las exhortaciones de su misma dirigida, á quien se perseguía en la persona de su padre espiritual. Apelóse por último, á una feliz transacción; y opositores y confesor salieron de la contienda con los honores del combate. Mariana seguirá comulgando cada mañana; empero, á fin de no llamar sobre sí la atención del público, no lo hará en las misas de mayor concurso, sino en la de las siete, de ordinario poco concurrida.

Esta prueba duró mientras el Padre Camacho formó parte de la comunidad de Quito. Según el Padre Butrón, sus contradictores, al sucederle en la dirección de la santa, hicieron justicia al confesor y á la confesada. Descubrieron con no menor satisfacción que sorpresa, que Mariana, si bien pequeña en edad, era grande en virtud; que un hambre insaciable del *Pan de vida* la arrastraba cada mañana á la sagrada Mesa y que el medro de su alma guardaba proporción con la frecuencia de sus comuniones.

Aun cuando terminara felizmente el conflicto, la angelical virgen debió de sufrir mucho, muchísimo, en este lance, seguramente más que por cualquiera otro contratiempo. Cercenarle las comuniones era

detener cautivo el ciervo abrasado de sed, á vista de una fuente cristalina; era privar al enfermo que se moría de hambre, del único alimento que le puede conservar las fuerzas, la vida.

¡Cristiano lector! no es imposible, en estos tiempos de impiedad, que, por guardar los ayunos eclesiásticos y frecuentar los sacramentos, tú también seas el blanco de la burla, del insulto y de la sátira. No te acobardes entonces, y ten presentes estas palabras de tu Maestro: «Á quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre; á quien me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre.»¹



CAPÍTULO XVII.

MARIANA DE JESÚS ASALTADA POR EL DEMONIO.

SUMARIO. Puntos de semejanza entre Mariana y Jesucristo tentado. — El por qué de esos asaltos del demonio. — Danza de cáscaras de huevos con una navaja. — Perro que ladra, amarrado al pie de la cama. — Mordisco. — Lengua medio arrancada y milagrosamente repuesta en su lugar. — Esqueleto sentado en una silla. — Apariciones repugnantes y seductoras. — La obra maestra de Satanás.

SATANÁS el renegado, el maldito, que había tenido la osadía de tentar á Cristo en el desierto, desahogará su rabia, esgrimirá sus débiles armas, contra la *Azucena*, solitaria en su casa, como en un yermo.

¹ Mat. X, 32.

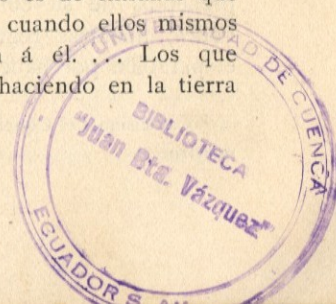
Hemos referido más arriba los medios de que se valió para hacerla perecer cuando era aún niña. Si dejó entonces de perseguirla visiblemente, fué para volver á acometerla en tiempo, según él, más oportuno; de la misma manera que, habiendo acabado de tentar al Salvador, se retiró de Él — apunta San Lucas — para otro tiempo, esto es, para el de su pasión¹.

En esta virgen privilegiada, lo hemos dicho en el capítulo precedente, no hubo nunca imaginación desarreglada ni sombra de deseo desordenado. Es más aún, ni siquiera sintió esos primeros movimientos de la concupiscencia, que no llegan á ser pecados más que por el consentimiento que les damos. De lo cual resulta que esa angelical criatura, á semejanza del Redentor, fué perturbada por el espíritu maligno, no en su interior, sino de una manera puramente exterior. Las tentaciones del infierno no pasaron de ser meros asaltos, tiros disfrazados contra los muros de defensa, sin que penetraran en la plaza.

En gracia de los que extrañaren ver á esta humilísima virgen luchar á brazo partido con el *príncipe de las tinieblas*, transcribiremos aquí un párrafo del Catecismo Tridentino.

«Muchos hay que, por no sentir en sí en manera alguna los impulsos é ímpetus del demonio, piensan que todo esto es falso. Pero no es de extrañar que no les haga guerra el diablo, cuando ellos mismos de su voluntad se entregaron á él. ... Los que del todo se dedican á Dios, haciendo en la tierra

¹ Luc. IV, 13.



vida celestial, éstos señaladamente son el blanco de todos los tiros de Satanás; contra éstos son sus rabias y á éstos les arma asechanzas á cada momento.»¹

Bien se comprenden los motivos que tiene para ensañarse contra los santos. Son éstos los amigos de aquel Dios justo, á par de misericordioso, que le castiga eternamente; los animosos soldados del Redentor; y por su virtud forman la vanguardia del ejército cristiano. Y siendo así, ¿que mucho que para Satanás, el jefe de los rebeldes, sean el blanco más buscado y el botín más codiciado?

Mariana de Jesús, ese ángel de la tierra, tuvo el honor de ser asaltada un sinnúmero de veces, y de distintas maneras, por el orgulloso y desvergonzado Satanás. Los hechos que referiremos á continuación están tomados, más ó menos literalmente, del Padre Butrón, salvo las reflexiones que les sirven como de relieve y adorno.

El Padre Manosalvas, jesuita como el Padre Camacho, y sucesor del mismo en la dirección de Mariana, visitaba á ésta cierto día en que se le habían agravado los ordinarios achaques. Como viera su extremada flaqueza, le mandó tomar tres yemas de huevos frescos. Obedeció luego y sin réplica la enferma, acostumbrada como estaba á ver en los preceptos de su confesor la voluntad de Dios. El Padre, mientras regresaba á su convento, se daba el parabién por haber logrado que la *Azucena* repa-

¹ Catecismo del Concilio Tridentino, 6ª petición del Padre-nuestro.

rara sus fuerzas, siquiera con aquella ligera refección. Á Mariana empero le costó muy cara su obediencia, aun cuando fué sobre manera meritoria, pues á los pocos momentos sintió una lucha intestina de las más crueles y reñidas. La naturaleza pretendía arrojar de sí lo que había tomado con harta repugnancia; no se lo permitía la voluntad, sostenida por la gracia, y resuelta á no quebrantar la obediencia. Tres días duró aquel combate, siendo la principal víctima el estómago, que padecía cuanto podemos imaginar. Después de lo cual visítala de nuevo el Padre Manosalvas; naturalmente, le pregunta cómo le ha ido con los huevos: «mal, muy mal», le contesta en substancia la enferma; y al mismo tiempo le pide licencia para deshacerse de ellos, de cualquier manera que sea. Apenas obtiene el permiso, cuando el estómago devuelve, después de setenta horas, las yemas tan intactas y tan frescas como si acabase de tomarlas. Aquí es donde el demonio hace de las suyas, pero para llevarse, como se dice vulgarmente, un chasco bien merecido. La obediente Mariana, rotos los huevos con un cuchillejo, había tirado detrás de la cama las cáscaras. Ahora pues, al ser arrojadas las yemas, aparecen aquellas mismas cáscaras saltando, como si tuvieran espíritu, y acompañándolas en los acompasados movimientos el cuchillo. En esa danza no le es difícil á la sierva de Dios descubrir las maniobras de Satanás, quien pretende con esto inspirarle alguna vanagloria. Para repeler aquella tentación ridícula, la humilde virgen no tiene que hacer grandes esfuerzos: le basta una sonrisa des-

preciativa. Luego coge las cáscaras y las tira al patio por la ventana y pone el cuchillo sobre unos libros devotos que hay sobre la mesa. Así acaba el *baile del diablo*. Este hecho, referido por el Padre Manosalvas, testigo ocular, y por varias otras personas, consta en el Proceso con las solemnidades de estilo.

Semejante comedia, por cierto digna de su autor, ha sido representada por él mismo más de una vez. Estaba un día la *Azucena* meditando devotísimamente en la Pasión del Redentor, cuando he aquí una como tropa y procesión de cáscaras de huevos, que salen de debajo de su altarcito, y chocando unas con otras hacen un ruido no menos molesto que extraño. En otra ocasión, siempre durante la meditación, una gran navaja, salida no se sabe de dónde, giraba en el aire, en torno de Mariana, con gran peligro para ésta de ser herida.

En idéntica circunstancia, no ya durante la oración, sino mientras se preparaba á ella, la maldita navaja andaba amenazante por el cuarto, de una manera acompasada, como quien ejecuta una danza, con acompañamiento de un sonido como de muchas castañuelas. La *Azucena*, lejos de amilanarse en presencia del infernal farsante, lo trata con aquel desprecio é imperio que se usa con un enemigo vencido, pero que no quiere hacer acto de sumisión. Así es que en una ocasión desbarató aquellas tramoyas diabólicas, esto es, los bailes de cáscaras y navajas, con este humillante apóstrofe: «¿Por qué me tientes tanto, maligno? ¿qué fruto esperas? Te engañas si pretendes estorbar mi dulce reposo, porque

en la ayuda de mi Jesús tengo segura defensa. Soy criatura débil; pero el Señor de los ejércitos me ampara.» Dichas estas palabras, Mariana se entregó á la oración; mientras que Satanás huyó en precipitada fuga, vomitando contra ella mil insultos y maldiciones.

Si el demonio no puede tolerar las oraciones de la santa, tampoco puede tolerar las nuestras. Esto se comprende: Consiste la oración en acercarnos á Dios para recibir sus luces y pedir sus gracias; para protestarle nuestro dolor por lo que hemos pecado en lo pasado, nuestro amor en el presente y nuestra fidelidad para lo por venir. Es la oración un afectuoso coloquio con nuestro Padre celestial, coloquio que, incoado en este mundo, se eternizará en el otro. Siendo así, ¿qué mucho que el enemigo de todo bien se afane tanto por frustrar nuestras meditaciones, mayormente cuando versan sobre la Pasión del Salvador, en la cual quedó vencido para siempre?

Á veces tomaba el ángel caído la forma de cierto animalito sin pelo, comúnmente llamado perro chino, el cual rompía en ladridos y aullidos capaces de dejarla aturdida y ensordecida. Mas Mariana, según ella misma refirió á su sobrina Doña Juana y ésta declara en el Proceso, se armaba de valor, cogía al demonio, lo ataba al pie de la cama, donde, cual mansa oveja, quedaba quieto y callado, dándole así lugar á que saboreara las delicias de la contemplación. Preguntada si no le tenía miedo á aquel perro, contestó sonriéndose: «Y ¿por qué tener miedo, si no puede hacer más que molestarme ladrando?»

Empero Satanás hacía más que ladrar, pues repetidas veces vino á las manos con su casta y humildísima rival, como se puede ver por lo siguiente que refieren las Actas de la beatificación.

De vez en cuando Mariana, que solía pasar las noches en vela, haciendo compañía á Jesucristo¹, recibía de los ministros infernales una lluvia de golpes, hasta tal extremo que amanecía del todo acardenalada é incapaz de dar un paso. En uno de esos combates recibió en una pierna un mordisco tan cruel y grave, que le obligó á guardar cama por espacio de cuatro meses, quedando coja de aquel lado. En la seráfica virgen había un órgano que atizaba particularmente las iras del demonio: ese órgano era la lengua, sobre la cual, como sobre un ara consagrada, reposaba todas las mañanas Jesucristo sacramentado, «el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes». Aparte de esto era aquella lengua santificada el órgano fiel con que su corazón alababa al Señor y daba avisos saludables al prójimo. Por eso es que el demonio procuraba arrancársela de raíz, y un día faltó poco para que consiguiera su intento; pues se la descuajó con tal fuerza, que la dejó fuera de la boca y pendiente como de un hilo. Pero al día siguiente, por virtud de la sagrada Comunión, que es medicina para todo, la lengua fué restituida á su debido lugar. Cierta noche notó Mariana, mientras estaba orando, que le apagaban las luces que tenía encendidas alrededor

¹ Mat. xxvi, 38.

del féretro, según acostumbraba, como lo diremos más abajo; lejos de atemorizarse, quitó de sobre el féretro el esqueleto artificial que allí había, y poniéndolo en el suelo, se acostó en su lugar. Cuando al amanecer abrió la ventana, ya que se disponía á ir á la iglesia, reparó que el esqueleto no estaba en el suelo, sino sentado en una silla con los brazos cruzados sobre el pecho; su aspecto era tal, que hubiera infundido miedo á los más esforzados. Al ver de improvisto aquel espectro, Mariana se impresionó y casi se asustó; mas acto continuo cobró ánimo, pues conoció que el autor de aquella farsa no era otro que el dèmonio, y éste no merece otra cosa que nuestro desprecio. Serena como siempre, la *Azucena* roció el esqueleto con agua bendita, y lo colocó nuevamente en el ataúd, con su acostumbrada fórmula: «Dios te perdone, Mariana.»

«Satanás», según un célebre médico, en quien la fe y la ciencia van á la par, «observa estrategias peores aún para perder á los santos: no le basta intimidarlos con fantasmas horribles, ni maltratarlos á golpes; empuñase además en vencerlos con las armas de la seducción, esto es, con apariciones lúbricas y provocativas. Estas desvergüenzas de parte del demonio no deben sorprendernos. Él es y se llama el espíritu de impureza y fornicación: tal es el nombre que á sí mismo se dió, hablando un día con San Antonio Abad: '*Spiritus fornicationis vocor*'; de ahí que para incitar al gran ermitaño á la voluptuosidad, tomara la forma de una mujer descarada. Satanás, ó el *tentador*, es el primero de

los pornógrafos: y los que han sido por él asaltados, mayormente las esposas de Jesucristo, nos testifican que, sin quererlo presenciaron á veces espectáculos tan repugnantes como lascivos.»¹

La *Azucena* de Quito, por permisión de la Providencia, cuyos designios son inescrutables, fué sometida á estas crudelísimas pruebas. Refieren los Procesos que muchas veces se le ponían á la vista personas de diferente sexo, ejecutando acciones y ademanes abominables. Otras veces la acometía el diablo de un modo más embozado, pero no menos peligroso.

Habiendo ido cierto día á la iglesia de la Compañía, pasaba por la capilla de San José, cuando se le acercó un joven bien apuesto, y con mil demostraciones de respeto y cortesías le ofreció sus servicios para cuanto le mandase. Mariana, para quien el tan *servicial señorito* no era otro que Satanás en persona, lo apostrofó con estas ó semejantes palabras: «Arrogante, guarda tus reverencias y tus servicios para Dios tu Criador. Si quieres alcanzar misericordia, pídele perdón de tu soberbia. En cuanto á mí, ¿qué soy sino una criatura pobrísima é indigna de la más mínima atención?» Predicar la humildad al príncipe de la soberbia, era, á buen seguro, vencerlo con tiros certeros; y efectivamente, faltóle tiempo á Satanás para desaparecer, y á Mariana para ir á contárselo á su confesor, quien, á su vez, lo refirió en el Proceso.

¹ *La Stigmatisation* etc., par le Dr. A. Imbert-Gourbeyre. Obra aprobada por el obispo de Clermont.

La angelical reclusa salía una vez de la iglesia para su casa; al llegar al atrio se le presentó un joven bien ataviado y de maneras muy elegantes, y con estudiadas palabras empezó á decirle que desde había tiempo le tenía robado el corazón; que no le era posible vivir sin ella, y que por aquella vez le permitiese siquiera acompañarla hasta su morada. Atónita Mariana, le contestó que ella no había menester sus ofertas, y creyendo más seguro huir que resistir, volvió á entrar presto en la iglesia. Habiendo llamado á su confesor, le refirió el suceso, suplicándole al mismo tiempo que saliese con ella hasta la calle. Salió el bondadoso Padre, mas no se vió ni sombra de joven ni de otra persona alguna; de lo cual concluyeron ambos que el pretendido galán era el demonio, quien no excusa bajezas con tal de perder á una esposa de Jesucristo, cual era la *Azucena*.

Por último, Luzbel deputó al serafin de Quito embajadores dignos de él. Parece haberlos retratado el Evangelio cuando dice que había un hombre poseído del espíritu inmundo, el que, rotas las cadenas con que se le tenía preso, y despojado de toda ropa, habitaba en los sepulcros y era una constante amenaza para los transeuntes. Empero esos corrompidos y corruptores fueron rechazados por la valerosa virgen, lo mismo que el demonio cuyos emisarios eran.

«¿El demonio? ¡delirio! ¡imaginación de mujer!» exclamará quizás más de uno al leer estas líneas. Muy distinto ha sido el juicio segurísimo de la Curia romana, que, después de examinado pieza por pieza

el Proceso, otorgó á Mariana de Jesús los honores de los altares. A este propósito permítasenos transcribir unas palabras del Ilustrísimo Señor Germain, obispo francés: «Obra maestra de Satanás es el haber hecho negar su existencia en el siglo XIX. ¡Obra maestra! Y ¿por qué? Porque la negación del ser malo trae en pos de sí, por consecuencia lógica, la negación de Jesucristo. Si el diablo no existe, fábula es la caída de los ángeles; fábula el pecado original, y engañosa fábula el mismo Redentor. Negada la existencia de Satanás, Jesucristo ya no es Hombre-Dios; el sacrificio del Calvario no ha sido más que la muerte de un justo cualquiera y es falso que su madre haya quebrantado la cabeza de la serpiente.»¹

No solamente nuestra Beata *resistía fuerte en la fe á Satanás*², cuando se le hacía visible, sino que procuraba también *no darle lugar*, según el consejo del Apóstol³. Con este fin huía lo más posible del trato con hombres. En cierta ocasión díjole una criada que un hombre deseaba hablar con ella. Asustóse la virgen con tal anuncio y exclamó: «¡Jesús, María! ¡Un hombre tiene que hablar conmigo! Ruégote que no me traigas hombres que me hablen; échale luego de casa, diciéndole que estoy ocupada, y si volviere otra vez, dile que no tengo licencia de mi confesor para hablar con él, y que si tiene negocio de importancia que comunicar, lo vaya á tratar con los Padres de la Compañía.»

¹ Citado por el Dr. Imbert-Gourbeyre.

² I Pedro V, 9. ³ Ef. IV, 27.

Si la prudencia de Mariana tuviese más imitadores é imitadoras, ¿tendría el demonio tanto imperio en el mundo? Bien dice un adagio: «Si el fuego está cerca de la estopa, acércase el diablo y sopla.»



CAPÍTULO XVIII.

MARIANA DE JESÚS TIENE SED DE PADECER.

SUMARIO. Pasión de Mariana por el sufrimiento. — Anhela los dolores de muelas. — Pide cruces á Dios. — «¿Vd. duerme en esa cama?»

LOS martirios de todas clases que padecía nuestra *Azuena*, no serían para creídos á no fundarse en testimonios irrecusables. No obstante tan acerbos dolores, se quejaba de no sufrir bastante. Si Jesucristo le concedía dulzuras y consuelos, si la favorecía con éxtasis y visiones celestiales, le decía: «Apártate de mí, Señor, porque soy una criatura vil y pecadora y reconózcome por indigna de tus regalos. Sólo quiero penas y trabajos que me lleven en tu seguimiento al Calvario; no glorias que me conduzcan al Tabor.» ¿Serán dichas palabras el efecto de un fervor pasajero, que se apaga como una llamada, en menos de un instante? Fácil es anhelar cruces cuando todo nos sonríe y la gracia de Dios nos lleva en brazos.

Desengañémonos: nuestra santa no es de aquellas almas que hoy arden en deseos de morir por Cristo, y mañana, al primer asomo de una dificultad cualquiera, se acobardan. Antes bien, consecuente

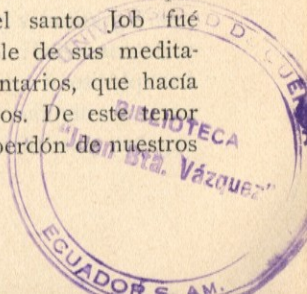
consigo misma, suspira de continuo por nuevos padecimientos, á imitación de su amado Redentor, quien ansiaba ser bautizado con el bautismo de su sangre, la Pasión.

Sobre este particular nada es tan elocuente como la declaración juramentada del Padre Lucas de la Cueva en el Proceso, cuyo estilo anticuado no nos atrevemos á alterar. Dice así: «Conocí á esta señora: la comuniqué en mi confesonario, reconociendo siempre en ella un lleno perfectísimo de toda virtud, hambre de Dios grandísima; ésta la hacía oír la palabra de Dios con tanto gusto, que le era gloria. Buscaba yo estos ratos con ansia, y en ellos descubrí la alteza á que Dios la había llamado, y la unión que con su divina Majestad había alcanzado. Lo que principalmente la llevaba y arrebatava en esta comunicación y conservación de la palabra de Dios conmigo, eran los ejemplares que tocaban en grandes mortificaciones, penalidades y trabajos, oyéndome en una de éstas aquel lugar de Job: '¡Quién me diera que fuese otorgada mi petición y me concediese Dios lo que tanto deseo, y el que ha comenzado á herirme, acabe conmigo! Mi consuelo sería que sin perdonarme fuese afligiéndome y que yo no me opusiese á los decretos del Santo por esencia.'¹ En cuya explicación se encendía y abrasaba en deseos de padecer toda clase de dolores, mortificaciones, afrentas, y todo cuanto en este género le podía suceder: y aun llegando á las afrentas, y di-

¹ Job vi, 8 y sgs.

ciéndole lo de una penitente del Padre Baltasar Álvarez, á quien dicho Padre había sacado con gran victoria de la Inquisición, donde había estado mucho tiempo sin querer defenderse, hasta que dicho Padre, *motu proprio*, salió en su defensa, con tanto dolor de la paciente, que en lugar de agradecerle la diligencia, se quejaba llorando y decía á dicho Padre: '¡Ah! ¡Padre Baltasar! ¡ah! ¡Padre mío! ¿eran de perder doscientos azotes y por Toledo?' Refiriendo yo este ejemplo á dicha Mariana de Jesús en las razones que llevo dichas, y añadiéndole: '¿qué dice Vd. á esto? ¿En qué disposiciones se halla? ¿Pasaría á ser azotada en las calles de Quito, como lo deseaba la otra por las de Toledo?' me respondió con más presteza de la que yo le había hecho la pregunta: que sí y que muy de corazón; con tal afecto, que me dejaba admirado y sumamente edificado.»

Las palabras con que Job pide al Señor más y más trabajos agradaban tanto á Mariana, que no contenta con aprenderlas de memoria, quiso tenerlas por escrito. «El lugar de Job», añade el citado Padre Lucas de la Cueva, «no paró ni me dejó parar hasta que se lo di en romance, como lo hice desde la villa de Riobamba, escribiéndoselo para su consuelo y su continuo ejercicio de repeticiones de grandes trabajos, mortificaciones y afrentas *de que padecía hambre.*» La plegaria del santo Job fué desde entonces el asunto inagotable de sus meditaciones, el tema de frecuentes comentarios, que hacía en forma de conversación con Dios. De este tenor es la oración siguiente que, con perdón de nuestros



lectores, copiamos íntegra; pues si la boca habla de la abundancia del corazón, aquí cada palabra expresa una idea, revela un afecto, y patentiza la humildad y el amor á la cruz.

«Aunque indigna me reconozco, soberano Esposo mío, de tener la dicha de imitaros desamparado de vuestro Padre en el ara de la cruz; pero no es otro mi ruego que el pedir os humildemente que no cesen en mí los golpes de mano tan poderosa. Ya empezasteis, Señor, á labrar mi alma con el cincel de vuestras misericordias; por tales reconozco los desconsuelos que padezco y las penas que experimenta mi corazón afligido. No suspendáis, Señor, el brazo en castigar á una criatura tan indigna como yo, tan ingrata á tantos beneficios como de vuestra generosa mano he recibido; pues en esta vida es favor vuestro castigo, y mucha gracia el penar. Apresad más el azote de vuestra justicia contra la esclava que con tan poca lealtad os ha servido. Repetid los golpes de la tribulación contra quien, como yo, se hizo tan insensible á vuestros toques. Mis culpas y tibieza os piden el purgatorio en esta vida. Más penas, Señor, más trabajos, más aflicciones y más desamparos. Confieso servirme de un infierno para el deseo que tengo de gozaros. Pero ¿qué merezco, Dios mío? ¿De qué otras cosas pueden ser dignas mis ingratitudes y tibiezas sino de infernales ahogos y desconsuelos? Mas como miro en ellos vuestro beneplácito y agrado, sólo es mi deseo se cumpla vuestra voluntad: que siendo vuestros, los miro por regalos, por alivio y cariños. Ya empezasteis, Esposo

mío, á regalarme con penas; pues proseguí misericordioso en dar cumplimiento á mis ansias. Sólo os pido, en lugar de gozos, penas; por consuelos, tribulaciones; y por refrigerios, sequedades; y ésta será mi mayor consolación, ver que no ceséis de castigarme; ésta, mi mayor alegría, tener yo mayores dolores que padecer. ¿Cuándo merecí yo, Señor, gozar de la apacibilidad de vuestro rostro, ni disfrutar de vuestros favores, ni beber el vino suave de vuestros consuelos? Pues, huid de mí, Amado mío: vengan más tedios y sinsabores; pero miradme, aunque de lejos, con vuestra gracia y amparo.»

Entre los males físicos que aquejan á la pobre humanidad, los dolores de muelas no ocupan por cierto el último lugar. ¡Cuántos podrían decirnos por experiencia personal lo intensos y tenaces que son esos dolores! Pues precisamente por esto deseaba vivamente padecerlos nuestra heroína.

No se diga que para ella, lo mismo que para los demás hijos de Adán, una cosa es solicitar de Dios trabajos y penas, y otra recibirlos con paz y alegría. No, como esposa crucificada de Jesús crucificado, busca la cruz cual su tesoro más precioso y su mayor consuelo. Vaya en prueba de esto un hecho, de cuya autenticidad no podemos dudar. Hallóse un día la generosa virgen tan adolorida y exhausta de fuerzas, que, sucumbiendo al peso de sus males, se dejó caer sobre su pobre cama, ó, mejor dicho, sobre su crudelísimo potro. Esto era salir de las llamas y caer en las brasas. «Mariana», le dijo una sobrina suya, que acudía á ofrecerle sus servicios, «Mariana, ruega á

tu Esposo, pues te concede todo lo que le pides, que te mitigue tus penas y dolores.» «¿Cómo puedo suplicarle yo tal cosa», replicó Mariana, «habiéndole pedido que me los dé, y cuando tan dadivoso se ha dignado concedérmelos? Y así, aunque es grandísimo el tormento que yo paso, lo llevo con amor, porque viene de su mano.»

Á la manera que el viajero, rendido de cansancio y sediento, encuentra sus delicias en humedecer sus labios y refrescar sus abrasadas fauces, así nuestra *Azucena* halla las suyas en las cruces que Jesucristo le depara continuamente con inusitada liberalidad. Oigamos á la buena india Catalina, cuyas declaraciones, consignadas en las Actas de beatificación, nos han edificado ya más de una vez. Catalina tuvo un día la curiosidad de acostarse en el potro ó escalera que servía de cama á su virtuosa patrona. En ese mismo instante entraba Mariana, quien, al verla, lejos de molestarle, le dijo con angelical sonrisa: «¿Qué te parece, Catalina? ¿son blandos los colchones? ¿Es cama regalada?» «Nada tiene de eso, señora», repuso la india, «y á mí ya me duele el cuerpo. Pero ¿Vd. duerme en ella? Y si duerme, ¿cómo le quedan los huesos?» «Sí que duermo, Catalina, y sábetelo que para mí eso es un regalo: porque, al fin, algo se ha de padecer por merecer y ganar á Dios, que en camas blandas no se halla, y supuesto que tanto padeció mi Esposo, es nada mi recompensa.»

La vida de la Beata Mariana se resume en estas palabras: pasión por sufrir, y no pasión cualquiera, sino imperiosa, irresistible. Testifican esta verdad en

gran parte las declaraciones hechas en el Proceso, por sus allegados, por sus confesores y por cuantos la habían conocido íntimamente. En conclusión, tuvo Mariana sed de padecer, porque tuvo sed de amor. Y esta doble sed se la mereció Jesucristo cuando estuvo sediento en la cruz y le dieron de beber hiel y vinagre.

¡Querido lector! ya que no nos sentimos con ánimo de pedir á Dios trabajos, humillaciones y desconsuelos, al menos llevemos por amor de Dios cuantas cruces y contrariedades Él tuviere á bien enviarnos; soportemos las penas inherentes á nuestros deberes. Sea éste nuestro más ardiente deseo, y haremos obras perfectas, según escribe Santiago Apóstol; y santa y dichosa será nuestra vida¹.



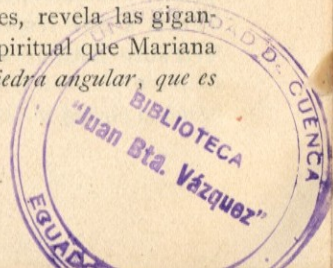
CAPÍTULO XIX.

LA MUERTE, PRIMER ESTÍMULO DE MARIANA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. Preocupación por la perseverancia. — Primer estímulo de perseverancia: muerte práctica. — Catafalco permanente. — Una señora desmaya al ver el ataúd de Mariana. — Reflexiones á vista de un esqueleto artificial. — «Dios te perdone, Mariana.» — «Vamos á ver á Mariana.» — Éxtasis ante el catafalco. — «Yo aprendo á morir.» — Espejo de nueva invención.

EL reglamento y régimen de vida que hemos reproducido en capítulos anteriores, revela las gigantescas dimensiones del edificio espiritual que Mariana había resuelto levantar sobre la *pedra angular*, que es

¹ Jac 1, 4.



Cristo. ¡Cuántas fatigas y sudores demandará su ejecución! ¡cuántos sacrificios y luchas impondrá su coronamiento!

Mas esa magnánima obrera de la perfección, ¿tendrá hasta su postrer aliento ese valor invencible, esa heroica fuerza de ánimo, esa paciencia inquebrantable que le son de todo punto necesarias para llevar á feliz término su colosal empresa? Ved ahí lo que la preocupa desde el día mismo que entra en la soledad; ved ahí el objeto constante de sus cuidados. Al poner sus miras en la perseverancia, esa niña de doce años muestra gran madurez de juicio, consumada sabiduría, al igual de los santos que han encanecido en la escuela del Crucificado y en la carrera de la virtud.

San Pablo había contemplado y escuchado en un celestial arrobamiento las maravillas del paraíso; y no obstante, apenas vuelto en sí, tiembla por su perseverancia, como reflexiona San Gregorio.

Con razón, pues, nuestra prudente virgen, aun cuando sea hermana de los ángeles por su pureza, y esposa de Jesucristo por su vida de inmoción, busca solícita cómo asegurar su perseverancia en la cruz, en que está enclavada juntamente con Cristo, según la palabra del mismo Apóstol¹.

El recuerdo continuo de la muerte, ó, con más exactitud, la muerte práctica y cotidiana, tal será su primer estímulo para la perseverancia. Sus resoluciones á este respecto nos fueron transmitidas por el Padre Butrón: «Juzgaré desde hoy que cada pe-

¹ Gal. II, 19.

nitencia es la última de mi vida, que me restan ya pocos años; que en cada día, en cada hora, en cada instante puedo exhalar el postrer aliento. Me consideraré muerta ya y pensaré que con la muerte tuvieron fin el destrozo y la amargura de la penitencia; á lo menos me figuraré que me estoy muriendo; y ni los rigores de la penitencia me ardrarán, ni su duración será capaz de producir en mí otra cosa que nuevo ardimiento para proseguir como si estuviese al principio.»

Este serafín de la tierra, cuya conversación está en el cielo, medita de continuo sobre la muerte de un modo conmovedor, y, podría añadir, dramático.

En la primera pieza de su habitación colocó un ataúd y dentro del ataúd abierto un madero largo, que figuraba un cuerpo muerto, amortajado con un tosco sayal franciscano. Púsole por cabeza una calavera, sobre el pecho un crucifijo y al extremo donde correspondían los pies, unos zapatos; de esta suerte aquella figura parecía por todos aspectos un verdadero cadáver. Decía Mariana que tan horroroso huésped era su retrato al vivo; y que el hábito que le tenía prestado se lo había de pedir á su tiempo para bajar á la tumba. Horroroso huésped, he dicho, porque lo era en realidad, como lo comprobó, para desgracia suya, una señora de las principales familias de Quito. Impelida más por la curiosidad que por la devoción, quería á todo trance ver el cuarto fúnebre de la santa solitaria; pero conseguir de la humilde virgen que le franqueara la entrada, era punto menos que imposible. ¿Qué hizo la señora?

Valióse del confesor de Mariana, la cual, obligada por la obediencia, tuvo que acceder á los deseos de aquella nobilísima matrona. Pero, por donde pecó, pagó; pues hallarse en presencia del catafalco y caer desmayada en tierra, todo fué uno; diríase que vió un espectro, un fantasma, que no un esqueleto artificial. En este hecho no se sabe qué admirar más, si la protección de Dios ó la humildad de su sierva: ésta le había pèdido que sus maceraciones no fueran conocidas de nadie, ni visitado su arsenal de penitencia, donde colgaban tantos instrumentos aflictivos. Ya se ve: Mariana y su Esposo crucificado trabajaban de consuno; Mariana ocultando sus virtudes, Dios, encubriéndoselas maravillosamente. Lo que ponía espanto á la señora, poco familiarizada con la idea de la muerte, recreaba y encantaba á la fervorosa solitaria, que, á imitación del Apóstol, moría cada día.

Llegada la noche, colocaba el féretro en medio del aposento y á cada lado velas encendidas; luego hincada de rodillas ante el esqueleto, que muy en breve sería su propio cuerpo, según ella se imaginaba, se apostrofaba á sí misma con palabras como éstas: «En esto has de parar, Mariana, y aquí recogerás lo que en vida sembrares. ¡Desdichada de ti, si no vivieres como á la muerte quisieras haber vivido! Tu cuerpo será tu compañero en la gloria, si ahora lo tratas como enemigo. De nada pueden servirte galas, deleites y hermosura, sino de lazos para perderte. ¡Dichosos en la muerte los miembros que en la vida no tuvieron descanso! Muere,

pues, muere á ti misma, y vive toda y sólo para tu Dios.»

Después de estas consideraciones, figurábase estar ya muerta; lloraba á sollozos, y rociando el esqueleto decía: «Dios te perdone, Mariana, ¿y dónde te habrá cabido la suerte? ¡Ó vida eterna ó muerte eterna!» Ceremonia que practicaba infaliblemente al salir de su cuarto y al volver á él. Repetíala igualmente antes de acostarse, sin dispensarse por esto de ver en la cama la imagen del sepulcro y en el sueño la de la muerte.

No contenta con celebrar personalmente en vida sus exequias, hacíalas celebrar por otros. Así, cuando era visitada por su hermano el Padre Jerónimo ó por su primo el Padre Lorenzo Fernández, ambos franciscanos, les decía: «Vamos y veréis á vuestra hermana y prima Mariana de Jesús, que ya está muerta en su cuarto»; suplicábales al mismo tiempo que rociasen el catafalco con agua bendita y rezasen un responso. Deseosa de acercarse más aún á la realidad, á las veces quitaba el esqueleto del ataúd y colocábase en su lugar para dormir.

El presbítero Don Sebastián Delgado tenía que conferenciar con Mariana sobre un negocio que interesaba la gloria de Dios. Fué á llamar á su puerta, sin obtener respuesta; llamó segunda y tercera vez, y siempre sin resultado. Sin más esperar, acompañado de algunas personas de casa, entró en los departamentos de Mariana; ahí presenció con los demás un espectáculo digno del cielo. Mariana arrodillada ante el catafalco estaba inmóvil como una estatua;

sus ojos extáticos y vueltos al cielo, su boca entreabierta: todo indicaba un profundo arrobamiento. Por más que hicieran ruido y alzarán la voz, no volvía en sí; al ver esto se retiraron para no distraerla de su unión tan íntima con Dios. Apenas habían salido del aposento, cuando Mariana despertó como de un dulce y celestial sueño, y enterada, sin duda por el Espíritu Santo, del objeto de aquella visita, fué en busca del sacerdote Don Sebastián: su rostro parecía ascuas, por el trato que había tenido con Dios y también por la extremada confusión que le causaba el haber sido sorprendida en aquel arrobamiento.

Del mismo modo que la sombra sigue al cuerpo, así el pensamiento de la muerte era, por gracia de Dios, inseparable de la mente de Mariana, sirviéndole á la vez de antorcha y escudo.

En cierta festividad hacía la santa oración como de costumbre en la iglesia de los jesuitas, no sin haber bajado antes el velo hasta el pecho, cuando un joven forastero, tan insolente como irreligioso, se le acercó para mortificarla cruelmente con palabras algo libres; entre otras cosas le pidió que le descubriese el rostro; pero hablaba á una estatua, pues nuestra Beata, sumida en profunda contemplación, no hacía movimiento alguno y no parecía darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo.

Con esto creció tanto el atrevimiento del agresor, que le dijo: «Preciso es que sea ciega ó muy fea, para no mostrar el rostro.» Al oír esto, Mariana levanta el velo y prorrumpe en estas palabras: «Señor, ¿qué es lo que quiere de mí? Yo estoy aprendiendo

á morir, haga Vd. lo mismo, si quiere salvar su alma.» Dicho lo cual, dejó caer otra vez el velo hasta el pecho. La interpelación de Mariana produjo el efecto del rayo: atónito y espantado el temerario, sin saber por dónde escapar, fué á dar en la sacristía.

¡Conque la seráfica virgen dijo que aprendía á morir! ¿Podía por ventura dedicarse á un estudio más útil? Para adquirir más seguramente esta ciencia, que, á juicio de un escritor pagano, es la más necesaria, empleó otro medio, si bien original, muy eficaz, como que impresionaba los sentidos exteriores, que son las puertas del alma. Mandó pintar, según el ya tantas veces mencionado biógrafo, en un pequeño lienzo una cabeza de mujer, pero de tal forma que la mitad del rostro, de arriba abajo, era obra maestra, un portento de belleza, y la otra mitad, medio podrida y hecha el pábulo de gusanos y sabandijas.

Cuanto tiempo gastan las personas mundanas delante de su espejo, otro tanto pasaba la esposa de Jesucristo delante del suyo, que no engañaba; pero con un fin muy diverso.

Al contemplar la parte sana y hermosa, que era por donde empezaba, imaginábase que en otros tiempos recrearon los colores más agradables aquella vista; los sonidos más melodiosos aquel oído; los perfumes más suaves aquel olfato, y los manjares más exquisitos aquel paladar. Concluido este primer examen, pasaba á comparar tanto goce con la otra mitad del rostro, hecha un hervidero de gusanos. Equivalía esto á cotejar el tiempo con la eternidad,

y con el placer la muerte. Ya se echa de ver la consecuencia que sacaba: la hermosura viene á ser en breve podredumbre; los atractivos, horrores; y los ricos adornos, fango.

Si nos mirásemos frecuentemente en el espejo de Mariana, quizás acabaríamos por desengañarnos, viendo lo que somos y lo que seremos en la tumba. ¿No dice el Espíritu Santo en los Sagrados Libros, que las enseñanzas de la muerte son buenas y nada engañosas?



CAPÍTULO XX.

LA ESPERANZA DEL CIELO,
SEGUNDO ESTÍMULO DE MARIANA PARA LA
PERSEVERANCIA EN LA CRUZ.

SUMARIO. Áncora de salvación. — Éxtasis, guitarra en mano. — Diálogo sobre el premio de la virginidad. — Deseo de la muerte. — Confianza ilimitada. — Temor filial. — Está inscrita en el libro de la vida.

MARIANA de Jesús, cual navegante atrevido y valeroso, cruzaba generosa el mar de la contemplación y penitencia; mar tempestuoso y lleno de escollos. Mas el Señor, cuya sabiduría proporciona los medios á los fines propuestos, le había provisto de un áncora poderosa, que la mantuviera segura y firme en medio de las embravecidas olas. Que esta áncora de salvación sea la esperanza de la bienaventurada eternidad y de los medios á ella conducentes, lo enseña San Pablo ¹.

¹ Hebr. VI, 19.

Siguiendo la aspiración innata de los seres racionales, la seráfica virgen buscaba con ardor y vehemencia su felicidad. ¿En qué bienes la cifraba? ¿En los de la tierra? ¡Ah no! ¡que son vanidad y aflicción de espíritu! Cifrábala en los bienes de la otra vida, bienes que, aparte de satisfacer de lleno todas nuestras aspiraciones, son eternos y duran tanto como nosotros. Advirtamos que en nuestra santa á este deseo de la eterna bienaventuranza se añadía una esperanza moralmente cierta, basada en las promesas y méritos del Redentor. De ahí que dijera, con el Apóstol: «Me aguarda la corona de justicia; mi deseo, mi único deseo es ser desatada de la carne y estar con Cristo.» De ahí que declarara su confesor en el elogio fúnebre que de ella hizo: «En mi vida he visto mayor desprecio de las cosas humanas, ni mayor aprecio de las divinas.» Nuestra Beata conocía los bienes de la gloria por la fe, cuyas enseñanzas había escudriñado y saboreado en sus meditaciones; conocíalas también porque más de una vez le fué dado, como á San Pablo, ver y escuchar en subidos arrobamientos las inefables maravillas del paraíso.

Visitándola cierta tarde una amiga suya, que después fué religiosa con el nombre de Petronila de San Bruno, le pidió que cantara alguna letrilla, acompañándose con la guitarra. No se hace de rogar la santa, pues ya siente la necesidad de desahogar su alma, que rebosa en ardiente devoción. Tomar la guitarra, templarla y romper en suaves melodías, es cosa de un minuto apenas. He aquí que de re-

pente enmudece, fija los ojos en el cielo y queda inmóvil, con una mano en las cuerdas y la otra en los trastes. Su alma contemplaba, sin duda, aquellas grandezas que tan divinamente celebraba con sus labios y dedos artísticos. El éxtasis dura una hora. Al volver en sí exclama: «Ah, amiga y hermana mía Petronila! ¡qué de cosas hay en el cielo!» y sigue explanándolas con dulcísimas lágrimas y con abrasadas palabras.

Allá en la gloria vió nuestra angelical solitaria entre otras inefables maravillas, la recompensa de la virginidad. De esto ella misma dió testimonio en una conversación que tuvo con su director espiritual pocos días antes de su muerte; conversación cuyos perfumes de piedad y de candor recuerdan los coloquios de San Benito con su hermana Santa Escolástica.

El Padre Alonso de Rojas es quien refirió esa conversación, en el panegírico que pronunció en honor de Mariana.

«Un día del achaque último de que murió esta señora, hablábamos ella y yo», refiere el susodicho Padre, «del amor divino, y entre otras cosas que le dije, una fué:

‘Vamos al cielo, señora, á pasear en compañía del Cordero por los campos de la bienaventuranza.’

‘Vamos, Padre mío’, me respondió la seráfica virgen.

Yo le pregunté: ‘¿Por ventura ha visto alguna vez al Cordero Cristo y á las vírgenes que le acompañan?’ ‘Ha hablado con ellas en el cielo?’

Y ella con toda sinceridad respondió que sí...

‘¡Oh, qué ilustrísimas tropas de vírgenes’, le dije yo, ‘serán las que acompañan al Cordero! Las vírgenes mártires vestirán de colorado.’

‘Sí visten’, dijo ella.

‘Las vírgenes que no son mártires, vestirán de blanco’, dije yo.

‘También visten de colorado’, respondió la enferma.

Y yo repliqué: ‘¿Cómo pueden vestir ese color, si no son mártires?’

‘Porque la virginidad’, respondió la virtuosa doncella, ya anciana en virtud, ‘es martirio, y Dios la premia con la insignia de los mártires.’

Y porque yo no pensase que la enferma se agradaba, como niña, de las galas del Cordero y del olor de sus ungüentos, levantó la mano hacia un *Ecce-Homo* que tenía pintado junto al lecho, y llegó con los dedos muchas veces á señalar la corona de Cristo, como quien dice: ‘No me agrado tanto de las galas del Cordero, cuanto de sus espinas; no me aficionan tanto los aromas como el alabastro quebrado.’ Yo entonces enmudecí viendo tanta sabiduría y santidad en una doncella tan tierna, pareciéndome que en su comparación no sabía yo el *crístus* de la cartilla del espíritu.»

Del conocimiento que la *Azucena* tenía del premio eterno de gloria que la aguardaba le nació un deseo vehementísimo de morir. «Hermana», dijo en una ocasión á la mencionada Petronila de San Bruno, «hermana, has de saber que se me va hinchando un pie, y no me da pena, porque es tan grande el ansi que tengo de gozar de mi Dios, que deseo ya morir.

Hásemse aparecido mi Madre y querida Santa Gertrudis y me ha regalado con sus palabras y me ha dicho cómo mi Esposo me tiene guardadas siete sortijas muy preciosas.» Después de una breve pausa, prosiguió diciendo: «¡Oh, quién gozara de Dios! ¡Quién muriera por su amor! ¡Quién se abrasara en su amor! ¡Quién muriera por gozarle!»

Mariana de Jesús no sólo esperaba la bienaventuranza eterna, sino empleaba también los medios para obtenerla; esto es, la confianza en Dios y la cooperación á sus gracias. Cuán perfectamente practicaba lo que enseñaba á los demás, excusado es decirlo. Habiendo aconsejado á su sirvienta ayunos muy rigurosos, como lo hemos referido más arriba, recibió esta contestación, que el lector recordará: «Yo lo haría de buena gana, si fuese tan virtuosa como vuestra merced.» «Pues de tu parte está», dijo la santa, «poner los medios y hacer las diligencias, y Dios cuidará entonces de conservarte la vida.» Esto era hacerle presente un adagio más conocido que puesto en práctica: «Á quien madruga Dios le ayuda.»

Ya hemos contado cómo la tierna y esforzada esposa de Cristo crucificado llegó á ser objeto de amargas críticas con motivo de su comunión diaria. El Padre Camacho, acosado como estaba por formidables contradictores, ya se batía en retirada. Empero comunicóle Mariana su valor invencible y su confianza con estas palabras: «Ea, Padre mío, confiemos en Dios, que su gusto se hará, y no el de los hombres.»

Efectivamente, cumpliósese el divino beneplácito, no sólo en aquella ocasión, en que le fué permitido

seguir comulgando todas las mañanas, sino también en todas las obras grandes ó pequeñas que emprendía.

Cuanto más ella se humillaba y se tenía por instrumento inútil, tanto más ponía de lo suyo Dios, autor y consumidor de toda acción buena y santa. La confianza de la *Azucena*, con ser ilimitada, no era presuntuosa; antes iba siempre acompañada de un bien ordenado temor. Y «bienaventurado quien está siempre temeroso de desagradar al Señor», dice la Escritura ¹.

Así es que con frecuencia se decía á sí misma: «¡Ó vida eterna, ó muerte eterna!»

Pasaba Mariana por la calle cuando un caballero se le acercó y le dió de improviso una muestra de excesiva familiaridad. Grande fué por esto el desconsuelo de la santa y abundantes sus lágrimas. Díjole una de sus sobrinas, que no era razón afligirse tanto por una acción que no era pecado, ni por parte de aquel señor, más sencillo que malicioso, ni por parte de ella, puesto que había sido sorprendida. «Todo lo comprendo», respondió la timorata virgen, «y así es como tú lo juzgas; pero ¿qué dirá mi Esposo, siendo celosísimo de su honra?» Celosísimo, ¿no es esto mismo lo que Moisés oyó de la boca de Dios? «El Señor tiene por nombre, celador, y Dios es celoso.» ²

Con todo, su temor filial no aminoraba su confianza, antes bien la avaloraba; tanto más, cuanto que sabía por revelación, como lo hemos observado, que se hallaba inscrita en el libro de vida. De ahí

¹ Prov. XXVIII, 14.

² Éxodo XXXIV, 14.

que hablara de su futura bienaventuranza como de cosa segura: «¡Oh! ¡cuándo será que tenga yo estas fiestas en el cielo!»

San Pedro de Alcántara, luego que expiró, se apareció á Santa Teresa, rodeado de resplandor, y le dijo estas bellísimas palabras: «¡Oh dichosas, oh dulces penitencias que me han merecido tanta gloria!»

Si la angelical Mariana nos honrase con una visión, ¿no diría otro tanto? «*Filii hominum, usquequo gravi corde?*—¡Oh hijos de los hombres! ¿hasta cuándo seréis de pesado y estúpido corazón?» pregunta el Salmista¹.

El Redentor os invita á merecer un trono de gloria inmortal. ¿Preferiréis en este mundo un trono de barro, y en el otro un trono de fuego?



CAPÍTULO XXI.

LA PASIÓN DE JESUCRISTO, TERCER ESTÍMULO DE MARIANA PARA PER- SEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. La cruz, escuela de todos los santos; y con más razón de Mariana de Jesús, mártir voluntaria.—La Pasión, tema de sus conversaciones, su bálsamo en las penas.—La Pasión meditada cada mañana, imitada mayormente en las misas.—Ejercicios en honor de la Pasión, los viernes y ciertos otros días del año.

LA angelical doncella contemplando el catafalco aprendía á morir á sí misma y al mundo; al fijar sus ojos en el cielo, animábase á merecer los bienes de la otra vida; empero á los pies

¹ Salmo IV, 3.

del crucifijo amaba, se inmolaba en unión con Jesucristo.

Á los pies del crucifijo, hemos dicho; pues la virgen quiteña seguía las huellas de Francisco de Asís, de Teresa de Jesús, de Alfonso de Ligorio y de mil otros santos seráficos, estableciendo su morada en el Calvario, que San Francisco de Sales apellida la «montaña de los amantes». Ni podía ser de otra manera, porque el Calvario es la escuela donde adquieren la ciencia de los santos y el valor de los héroes los apóstoles y mártires, las vírgenes y confesores, todos, en fin, los que negándose á sí mismos, *toman cada día su cruz y siguen al divino Maestro*.

La Pasión de Cristo: éste es el tema ordinario de las conversaciones de nuestra santa, el argumento más poderoso que empleaba para persuadir á los pecadores á convertirse, y á los tibios á santificarse. Al hablar de los padecimientos del Redentor, sus lágrimas eran más abundantes y más expresivas que sus abrasadas palabras. Ponerse á considerar la pasión del Salvador, era para ella lo mismo que entrar en un horno encendido y hacerse ascuas.

¿Sobrevenía por ventura algún trabajo? Entonces se hallaba en el colmo de la dicha, pues tenía una ocasión más de asemejarse á su divino Maestro. El Crucifijo fué siempre el móvil principal de todos sus sacrificios. Invariablemente su meditación de cada mañana versaba sobre la pasión de Cristo. Para martirizarse animosamente todo el día, érale muy conveniente, apenas despertaba, considerar al Rey de

los mártires, Jesucristo, *Varón de dolores y Dios de todo consuelo*. Las muchas misas que oía proporcionábanle otras tantas ocasiones de imitar la muerte de su amantísimo Jesús; ya que sobre el altar reitera el Redentor, de una manera incruenta, su inmola-ción sangrienta del Calvario. Ahora bien, durante la consagración Mariana renovaba sus tres votos de la perfección evangélica, en unión de sacrificio con su Esposo crucificado: por el voto de pobreza, que la despojaba de todo, se hacía semejante á Cristo desnudo en la cruz; por el de obediencia moría á su propia voluntad; por el de castidad crucificaba todos sus sentidos, para vivir, en carne humana, á semejanza de los ángeles.

La devoción á la sagrada Pasión, tan del gusto de los santos, parecía haberla bebido Mariana con la leche materna. Para honrarla, ya desde muy niña, rezaba diariamente treinta veces, con los brazos en cruz, el símbolo de los apóstoles. La oración que tenía todos los viernes, declara uno de sus confesores, se reducía á pedir á Jesucristo, con suspiros y lágrimas, que la hiciera digna de padecer algo por su amor, y dar la vida por Aquel que dió la suya en la cruz. Es más: para ella esta devoción consistía en reproducir en sí la pasión del Salvador, por la práctica de las virtudes cristianas, especialmente por la abnegación y penitencia.

Consecuente con estos principios, nuestra seráfica solitaria, si bien se crucificaba cruelmente de continuo, aumentaba, centuplicaba sus tormentos en ciertas épocas y días del año; como, por ejemplo,

en el Adviento, en la Cuaresma, en algunas novenas y generalmente todos los viernes. Á las acostumbradas maceraciones, ya tan extraordinarias, que al parecer no pueden ser mayores, agregaba entonces, según el Padre Butrón, las prácticas siguientes: «De las tres grandes cruces que tenía, escogía los viernes la más tosca y pesada, y cargada con ella recorría de noche las estaciones, por los corredores altos y bajos de la casa, deteniéndose en cada una á considerar algún paso de los muchos que suele meditar la piedad cristiana en la Calle de la Amargura. Cuando quedaba sola en casa, ya fuese de día, ya fuese de noche, andaba las estaciones, ceñida siempre la cabeza con una corona de cardas. No contenta con andar todo aquel camino de rodillas, sujetaba á éstas garbanzos, por medio de vendas: al arrastrarse de esta suerte, no pocas veces daba con la cabeza en tierra, ya por el dolor que experimentaba, ya por el peso de la cruz. Cuando no ataba los garbanzos, se arrastraba sobre las rodillas desnudas, y sin demorar un momento ni dejar la cruz, terminaba su *Via-crucis* contemplando, á su sabor, los dolores del Redentor: los ardientes suspiros, las copiosas lágrimas demostraban entonces lo excesivo de su amor y su sed de padecer por Cristo crucificado.»

Los miércoles de la Semana Santa ceñía, en vez de corona de cardas, una de espinas, que le arrancaba arroyos de sangre. Los jueves de la misma semana tomaba en cada estación una sangrienta disciplina. Ya hemos hablado en otra parte de sus maceraciones en el Adviento y en otras épocas del año.

El amor ó supone la semejanza ó la produce entre los que se aman de veras, y puesto que Jesucristo ha sido crucificado, crucificada había de ser su amantísima hija. Oigamos sobre este particular al Padre Butrón, cuya relación compendiamos: «En uno de sus aposentos había una cruz grande y fuerte, fija y asegurada en la pared, á cuyos cuatro extremos estaban sujetos unos ramales de cerda, en forma de argolla, menos en la cabeza, donde los había también, pero sueltos. En esa cruz, que se conserva todavía, se crucificaba Mariana todos los viernes del año y aun otros días más, á no impedírselo sus enfermedades. ¿De qué manera procedía para someterse á aquel martirio? Arrimaba á la cruz algún mueblecito á manera de escalón; ceñida la cabeza con una corona de puntas aceradas, y hecha la reverencia al instrumento de nuestra salvación, subía sobre la mesita, y con el ramal suelto que había en lo alto de la cruz se ataba fuertemente el pelo, que para disimular su penitencia y para esta crucifixión dejaba crecer sobre la frente. Sujeta ya la cabeza, introducía la mano izquierda hasta la muñeca y luego la derecha en sus respectivas argollas. Otro tanto hacía con los pies en las argollas inferiores, quedando en el aire suspendida de brazos, pies y cabeza. No le bastaba semejante martirio, sino que exigía á la buena india Catalina, que le asentara la corona, dando fuertes golpes con la mano en la parte que le dolía más. Y según declararon sus confesores, pasaba de este modo en la cruz varias horas. Natural era que se acordara entonces de la prolongada

agonía de su amante Salvador crucificado, y sólo este pensamiento era capaz de infundirle valor inquebrantable y sobrehumano. Mientras se estaba crucificando, sollozaba sin cesar y se anegaba en llanto. ¿Por qué? ¿Tal vez por lo mucho que padecía? No; lloraba los pecados de los hombres, que de un golpe dan muerte á quienes los cometen y al Redentor que los expía: rasgo más de semejanza con el divino Maestro, que en los días de su pasión ofreció á su Padre, según escribe San Pablo, plegarias y ruegos con grande clamor y lágrimas¹.

Durante el Adviento y la Cuaresma crucificábase de la manera referida, no sólo los viernes, sino también los lunes, miércoles y sábados. Estos últimos días en memoria de María Santísima, crucificada en su alma al pie de la cruz.

Excuso mencionar los cinco gruesos garbanzos que los viernes se ponía en los zapatos, conservándolos todo el día, aun para ir á la iglesia, los cuales le recordaban las cinco llagas del Redentor. Empero, sí haré notar la hiel y vinagre que bebía en esos mismos días, sin duda para acabar en su persona con esa última pincelada la imagen del moribundo Jesús, á quien se propinó la misma bebida. Por eso, dicho brebaje, dulce sólo al paladar de los santos, no faltaba nunca en el aposento de la heroica virgen, como consta en el Proceso, por la declaración de testigos, que no solamente vieron, sino que probaron aquella hiel y vinagre.

¹ Hebr. v, 7.

Ya es la una de la mañana: hora en que los mundanos, mártires de sus vanidades y divertimientos, terminan sus tertulias. Nuestra heroína, mártir de la perfección, que ha estado atormentándose todo el día, tiene derecho á tomar algún descanso. ¿Dónde lo tomará? ¿En su potro ó escalera? No, que esta cama, con ser una tortura, es muy blanda para un día consagrado á la memoria de un Dios muerto en cruz; se acostará sobre una cruz formada con cinco piedras fijas, á medio enterrar, en el suelo á manera de estacas al pie de la cama.

Aunque no seamos llamados á hacer nuestras todas las prácticas de la santa en honor de la pasión de Cristo, ¿no podríamos, por ejemplo, con la mayor facilidad rezar como ella las estaciones del Vía Crucis?

Y ya que en nuestros tiempos el Crucifijo es, más que nunca, escándalo para los judíos triunfantes, locura para los paganos modernos, objeto de escarnios y profanaciones de parte de los sectarios y masones; debemos los cristianos con redoblada fe y devoción honrar, venerar y adorar la imagen de nuestro Dios, Amigo y Bienhechor, muerto por nosotros. ¡Que el Crucifijo proteja nuestro pecho! ¡que el Crucifijo ocupe siempre un lugar preferente en nuestra casa!



CAPÍTULO XXII.

LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS,
CUARTO ESTÍMULO DE MARIANA PARA
PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. «Emprenderé la conquista de las almas.» — La llama del cielo se trueca en incendios. — Diversos modos cómo ejerce el apostolado. — «¡Ay Quito ... Quito!» — Sobre todo ejerce el apostolado por la oración y la penitencia.

«**H**AY en la tierra», escribe un obispo francés, «muchos corazones duros como el bronce para con Dios; para fundir estos corazones tiene Dios altos hornos, de elevadísima temperatura.»

Puede decirse que la *Azucena* de Quito era uno de estos hornos encendidos. El lector no habrá olvidado el discurso patético de Mariana á sus sobrinas y su amiga Doña Escolástica, cuando estuvo á punto de marcharse á países de infieles. Decía en suma: «Los méritos de la sangre del Redentor se pierden; frústranse para una infinidad de almas los frutos de su sacratísima pasión. Las almas á millares son presa del león infernal, el demonio, á quien adoran y sirven; y yo, que puedo impedir tantos males, ¿me estaré mano sobre mano? ¿economizaré mi sangre, como el avaro el oro? No mil veces, no será así. Emprenderé la conquista de las almas, cueste lo que costare, aun cuando se yergan ante mis ojos mil cruces; aun cuando yo perezca en la demanda». Son estos conceptos un eco fiel, un comentario práctico de aquellas palabras del Salvador¹: «*Misereor super turbam* — Tengo

¹ Marc. VIII, 2.

compasión de estas muchedumbres», inmensas como el género humano, cuyos individuos corren en tropel á la perdición eterna. ¿De dónde le provenía á la niña de diez años aquel celo tan grande, aquel ardor evangélico, que inflamaba á una Teresa de Jesús y electrizaba á un Francisco Javier? En primer lugar, aquella sed de almas había sido provocada en la predilecta niña por el Espíritu Santo, á quien corresponde formar el corazón de los apóstoles, derramando en ellos la divina caridad. Mas Dios corroboraba y hacía fructificar esos sentimientos interiores con auxilios exteriores de maravillosa eficacia. En la familia, profundamente cristiana, de nuestra virgen hablábase con frecuencia de cuanto atañía á nuestra santa religión, á su propagación, á sus luchas, á sus victorias y tristezas. ¡Bendito el hogar donde la fe es continuo tema de la conversación! ¡Dichosos los padres que la fomentan, y dichosos los hijos que la escuchan!

En la iglesia, al pie del púlpito, nuestra apostólica niña había oído referir el encarnizamiento con que los japoneses perseguían á los cristianos, la constancia de éstos en confesar la fe de Cristo, y el martirio de muchos de ellos: relaciones todas que la enardecían más y más; y hubiera deseado tener alas para volar al teatro de la persecución; mas como esto no le era concedido, resolvía, por decirlo así, extremar su celo por las almas, empleando todos los medios que estuviesen á su alcance. Se le partía el corazón de dolor, se le hacía inconciliable el sueño, al pensar que una sola alma pudiera quedar privada de los

frutos de la Redención. Prorrumpía entonces en estas exclamaciones: «Señor Jesús, no me es dado trabajar directamente en la conversión de los infieles. No obstante, quiero por mi parte hacer cuanto pueda en pro de su salvación eterna. Ved, ¡oh Salvador de las almas! mis deseos; mirad mis lágrimas; escuchad mis gemidos; acelerad el momento en que no haya una sola de vuestras criaturas racionales que no se aproveche de vuestros padecimientos, para ser después en el cielo vuestra corona.»

La llama del celo apostólico que abrasa á la tierna Mariana, se trocará poco á poco, al soplo del Espíritu Santo, en incendios vastos como el mundo.

El apostolado es la continuación de la obra del Redentor, por la aplicación de sus méritos á las almas. Esta aplicación de los méritos de Jesucristo á las almas era lo que nuestra evangélica virgen procuraba de muchas maneras y siempre con el mismo tesón y éxito. Atrae las bendiciones del cielo sobre los hombres de buena voluntad, con el ascendiente de sus virtudes; y aquí tiene cabida aquel dicho: «Si las palabras mueven, los ejemplos arrastran.»

Su vida entera es un perfume que derrama y esparce el buen olor de Cristo en torno suyo, entre sus allegados, amigos y jóvenes de Quito, á quienes por los padres de familia es propuesta Mariana como ejemplar de modestia, recato y piedad. Su angelical vida es luz que resplandece entre los hombres y los incita á glorificar al Padre celestial, por la práctica de las virtudes cristianas; como la de todos los

justos, una protesta elocuente contra los desenfrenos del siglo, contra su molicie y cobardía; y los mismos pecadores miran siempre á la *Azucena* como á un serafín en carne humana. Al apostolado del buen ejemplo ella agrega el del consejo, siempre oportuno, y tanto más saludable y mejor aceptado, cuanto más desinteresado y más autorizado por su propia conducta. Siendo como es imitadora perfecta del divino Maestro, practica primero lo que después aconseja.

Fuera de esto, ejercía con no menos ahinco el apostolado de la *reparación*, llorando sin cesar los pecados de los hombres y en especial los de Quito su patria, como dejamos apuntado en capítulos anteriores.

Viene aquí á propósito un hecho que refiere circunstanciadamente el ya conocido biógrafo de Mariana.

«Un domingo de Cuaresma del año 1642 predicaba á los indios el apostólico varón Padre Gabriel de Arsola. En lo mejor del sermón exclamó de repente y con vehemencia y tono como inspirado: '¡Ay Quito... Quito! ¡cuánto temo que tus culpas te han de sumergir y destruir!' Oyó estas palabras cierto individuo demente ó imbécil que solía andar vagando por la ciudad y era la burla del pueblo. Cerrada la noche, salió nuestro loco gritando por las calles, sin que nadie fuese capaz de contenerle, que á la media noche había de quedar asolada la ciudad, porque así se lo había dicho el Espíritu Santo. Profeta de esta estofa no merecía ningún

crédito; con todo, se lo dió el pueblo, que no reflexiona, y se aturde á medida que se deja llevar de sus impresiones; y despertando los remordimientos á la voz del supuesto vaticinador, consideraron como inminentes los castigos que no ignoraban haber merecido. Añadíase á esto las terribles explosiones del vecino Pichincha y los terremotos que en tiempos no muy lejanos habían arruinado á Quito, con poco ó ningún escarmiento de sus habitantes. Unos, pues, acosados por el temor, huyeron de la ciudad; otros, no menos recelosos, pero sí más cuerdos, abandonaron sus casas antes de la hora fatal, esto es, antes de media noche; recorrían las calles pidiendo perdón y misericordia; abriéronse las iglesias y expúsose el Santísimo Sacramento. Cuántas confesiones se hicieron en presencia de su Divina Majestad, cuántas restituciones se verificaron de honra y dinero, no es para contado. La consternación general llegó á su colmo, cuando algunos dijeron que habían oído dar por dos veces las doce menos cuarto, en el reloj público; señal evidente, según ellos, de que les quedaba apenas un cuarto de hora de vida. En esto acudieron varios parientes de Mariana á su cuarto y le suplicaron alcanzase del Señor la suspensión del castigo. Recibiólos ella como siempre con palabras de consuelo y los exhortó á confiar en la divina misericordia. Habiéndolos despachado con voces de aliento, apenas quedó sola, encerróse en su último y más escondido retiro y empezó á descargar sobre su inocente y delicado cuerpo tal lluvia de rudos golpes, y á suplicar con tantos sollozos y lágrimas á

su divino Esposo que aplacara sus iras, que desde la calle se oían sus gemidos y azotes. Decidida estaba á seguir así hasta haber, cual otro Moisés, detenido y desarmado el brazo de Dios. Mientras se despedazaba de esta suerte el cuerpo tan cruelmente, recibió una ilustración interior clara y precisa: el Señor había permitido tan extraño suceso á fin de mover á los pecadores á la conversión y penitencia. Acto continuo, Mariana hizo decir á los suyos, de parte de Jesucristo, que estuviesen sin cuidado, pues que nada acontecería. Lo que no dijo fué lo mucho que pesarían en la divina balanza sus gemidos, sólozos, súplicas y sangre derramada.»

De este, así como de otros hechos, se desprende que la infatigable virgen ejercía su apostolado principalmente por la oración é inmolación. Por la *oración*, pues pasaba la mayor parte del día y de la noche en derramar su corazón ante el altar de la divina clemencia. De esta manera pedía á Jesucristo, no una descendencia carnal, al modo de Raquel, esposa de Jacob, sino almas que fuesen hijas suyas según la gracia. Con las súplicas fervientes y continuas corría parejas la *inmolación*, de todos los días y de todos los instantes. ¡La inmolación incesante! ¿Y por qué? Podría dar por motivo el voto de castidad que nuestra *Azucena* tenía hecho desde muy niña. Al consagrar su virginidad á Jesucristo se había obligado á vivir de su vida divina; á hacerse en todo y por todo semejante á él. Y si el dulcísimo Salvador, el Esposo de las vírgenes, fué crucificado para nuestra salvación y remedio; si María Santísima, la Reina

de las vírgenes, fué la Madre de los Dolores, justo es que la virgen cristiana, y por consiguiente nuestra santa, fuera una víctima constante, un holocausto continuo é incesante. Con estos conceptos se armoniza perfectamente aquella visión celestial en la que Mariana vió que la virginidad es una especie de martirio y como tal ciñe en la gloria la corona de los confesores de la fe. Á este martirio aludía una célebre carmelita, Javierina de Maistre, cuando decía que el estado de virgen es un estado de víctima y hostia permanente sobre el altar del sacrificio.

Aunque Mariana no hubiese hecho voto de castidad, estaría sujeta á la ley de la penitencia y mortificación, toda vez que ansiaba la salvación de las almas. No olvidemos que la cruz, en sus diversas formas, es condición indispensable del apostolado católico. El grano de trigo produce frutos y se multiplica, con tal que haya sido echado en la tierra y haya en cierto modo muerto. Nuestra heroína, como anhelaba ser apóstol, hubo de ser mártir voluntaria de mortificación y paciencia.

De ahí que en uno de sus aposentos estuvieran repartidos por las paredes tantos y tan diversos instrumentos de maceración; de ahí que su cuerpo, privado de alimentos, cruelmente azotado, cargado de cilicios y cadenillas de hierro, estuviera hecho una llaga de pies á cabeza. ¿Á qué obedecían tantas austeridades, tantos rigores? Al deseo de engendrar almas para Jesucristo, quien obró la redención por la cruz.

La celosísima Mariana es, pues, un horno que Dios ha encendido al pie del Pichincha, para fundir los corazones duros como el bronce.

Muchos tienen la nobilísima ambición de ser re-
dentores; pero ¿quieren serlo por la cruz?



CAPÍTULO XXIII.

LAS VIDAS DE LOS SANTOS, QUINTO ESTÍMULO DE MARIANA PARA PER- SEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. Relaciones que existen entre las vidas de los Santos y nuestra perseverancia. — Mariana se aficiona á las vidas de Santa Teresa, de María de Vela, de Santa Catalina de Sena; á las actas de los mártires. — Martirio milagroso.

ORAR, vivir, y morir en la cruz: he ahí la vocación de Mariana de Jesús. Alentábase á perseverar en ella, no sólo con los medios que hemos visto ya, sino también con la lectura diaria de libros piadosos, y en particular de vidas de Santos.

Lectura diaria, hemos dicho; pues éste es uno de los ejercicios que figuran en su horario, con determinación de tiempo. «De media noche á la una de la mañana», dice, «leeré algún libro de vidas de Santos y rezaré Maitines.»

Se me preguntará tal vez: ¿qué relación existe entre la lectura espiritual y nuestra fidelidad en el servicio de Dios? San Agustín, convertido sobre todo por la lectura de un capítulo de San Pablo, contestará por mí: «Los libros devotos son otras tantas cartas

que Dios, nuestro dulcísimo Padre, y los bienaventurados, nuestros hermanos, nos envían desde la patria celestial. En ellos nos advierten los peligros que se encuentran en nuestra infeliz peregrinación; nos señalan los pasos en que nuestros enemigos nos esperan y las asechanzas que nos traman para quitarnos la vida del alma y despojarnos del tesoro inestimable de la divina gracia; nos enseñan las provisiones de virtud que debemos hacer para no desfallecer en el camino; nos animan á sufrir los trabajos, las incomodidades y penalidades de este miserable viaje; y nos muestran el camino recto y seguro para llegar á donde ellos llegaron.»¹

Tal fué uno de los más dulces confortativos de Mariana en el camino de la oración é inmortalidad.

Cooperaba á la gracia, dice el Padre Butrón, con la lectura diaria de las vidas de los Santos, imitando á la abeja industriosa, la cual del exquisito néctar de cada flor compone un rico panal de miel para provecho suyo y ajeno. La ilustrada virgen sabía escoger, entre muchos buenos libros, los mejores, esto es, los que habían sido escritos por Santos ó referían las virtudes de los Santos. No es maravilla, pues, que se hubiese familiarizado con las obras de Santa Teresa, quien, semejante al águila real, tan presto se remonta á las altas esferas de la contemplación, como desciende á los pormenores de la vida práctica y ordinaria.

¹ In Ps. CX serm. 2.

De ese preciosísimo y abundantísimo arsenal de máximas santas y morales, según la feliz expresión del docto Lafuente, la virgen quiteña había tomado algunas para meditarlas con frecuencia, imprimirlas en su espíritu y hacer de ellas la norma de su vida.

Esas máximas familiares eran principalmente las que Nuestro Señor dijo á la virgen de Ávila: «¿Piensas, hija, que el merecer está en gozar? No está, sino en obrar, padecer y amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Ya ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el Monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses, cuando ves á mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento; desde que le dijo Simeón aquellas palabras, le dió mi Padre clara luz para que viese lo que ya había de padecer... Cree, hija, que á quien mi Padre, más amada mayores trabajos, y á éstos responde el amor... Engañarse ha quien se asegurare por regalos especiales; la verdadera regularidad es el testimonio de la buena conciencia; mira estás llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores; éste es el camino de la verdad.»

Con estos documentos bien meditados y profundizados, la virgen quiteña se abrasaba en deseos de purificar más y más su corazón y de padecer sin consuelo.

No saboreaba menos estas palabras de su amada Santa Teresa: «Yo conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir por sólo servir

á Jesucristo crucificado; que no sólo no le piden gustos, ni los desean, sino que le suplican no se los dé en esta vida.»

Una de estas almas esforzadas resolvió ser Mariana, haciendo suya la divisa de la Reformadora del Carmen: *padecer ó morir*; divisa que formuló Mariana más con sus deseos y obras que con sus palabras. Tanta verdad es que la lectura de libros religiosos es á veces el principio de una vida santa, como sucedió á San Ignacio y muchos otros.

Discípula de Santa Teresa, Mariana lo fué igualmente, y tal vez más aún, de Santa Catalina de Sena, por la mayor conformidad de vida.

Por lo que hace á la virgen de Sena, bastará transcribir aquí la declaración del Padre Antonio Manosalvas: «Santa Catalina de Sena fué su maestra y dechado en todo; sabía toda su vida de memoria, y con ella se consolaba en sus trabajos y aflicciones.»

Fué además, según el Padre Camacho, nuestra Beata muy aficionada á Doña María de Vela, cuya vida penitente leía muy de ordinario é imitaba con ventaja.

El hecho que vamos á narrar figura en el Proceso, atestiguado bajo la religión del juramento por varios declarantes fidedignos. En una reunión de familia, á la cual asistía Mariana, en el tiempo que media de las nueve á las diez de la noche, leíase la historia de una virgen mártir, cuyo nombre se ignora. Cada palabra de esa heroína del evangelio, que confesaba intrépida la fe de Cristo y conservaba á costa de su vida la castidad, cada circunstancia de su pasión,

era un nuevo dardo de fuego que le atravesaba á Mariana el corazón y la dejaba con ansia de padecer el martirio. Al fin, como quien ya no es capaz de dominarse, prorrumpió en estas exclamaciones: «¡Oh quién pudiera lograr la felicidad de esta Santa! ¡Dichosa por eternidades, pues supo ser fina con su Esposo! ¡Feliz, pues con su muerte dió prueba de su fineza y amor! ¡Oh si yo fuera tan dichosa que probara mi amor con el martirio! ¡Oh si tuviera ocasión de merecer que mis miembros fuesen atormentados por verdugos! ¡Sólo idearlo me alegra! ¿Qué fuera si lo gozara?» ¿No se diría que estas palabras son un eco de las de San Ignacio de Antioquía, que día y noche soñaba en su tan suspirado martirio?

Pues la reclusa de Quito tendrá la dicha de padecer de un modo tan real como inexplicable. Al retirarse á su cuarto, pidió á Jesucristo muy de corazón la gracia del martirio, y preocupada con tal idea, se acostó en su pobre cama, conciliando luego el sueño. Al poco tiempo despierta, pero con pasmosa novedad en todo su cuerpo: teniéndolo espantosamente descoyuntado y magullado, con un brazo y una pierna sin movimiento. Quiere la doliente levantarse, pero no le es posible incorporarse, ni siquiera menearse en la cama. Hállase tan dolorida, que no solamente guardó cama durante tres meses, sino que hubo menester ser asistida en todo y por todo, cual si fuese criaturita recién nacida. ¿Cómo le sucedió esto? En vez de perdernos en conjeturas, oigamos á la misma santa referir á los de casa lo ocurrido.

Por de pronto al verlos acudir inquietos á su cacerera, contentábase con decir: «De esta suerte desperté.» En seguida, para impedirles que llamen al médico, añade que su mal no es natural y que no tiene inconveniente en decirles cómo le ha sobrevenido; lo cual hace más ó menos en los siguientes términos: «Cobijada ya en mi lecho y con el corazón abrasado en deseos de ser mártir, como aquella Santa cuyo martirio se leyó anoche, á poco de cerrar los ojos me he hallado en el Japón, entre los tiranos, que, por defender yo la fe, me han sentenciado á exquisitos tormentos, despedazando mi cuerpo, miembro á miembro; luego que desperté me he hallado con los dolores, molimiento de huesos y postulación en que me ven ustedes.» Idéntica declaración hace á la india Catalina, agregando que lo que está padeciendo corresponde exactamente á los tormentos que le han dado mientras dormía.

Que se trata aquí de un suceso extraordinario y raro, acaso de bilocación, si bien no único en su especie, es cosa que salta á la vista. Admitamos el hecho, perfectamente comprobado, así como lo ha admitido la santa Iglesia, sin averiguar la manera cómo se haya producido. El Creador que ha establecido las leyes de la naturaleza, ¿no podrá cuando le plazca derogarlas en un caso dado? En efecto, ¿no las ha derogado infinitas veces, como lo demuestra la Historia y lo atestiguan los mismos enemigos del cristianismo?

De lo que llevamos escrito se colige cuánto provecho sacaba nuestra virgen de las vidas de los Santos.

Al leerlas se le avivaba el deseo de volar al martirio por amor á Jesucristo, y del martirio al cielo, patria del amor, para consumir su unión con Dios. En los primeros siglos de la Iglesia, en la era de las persecuciones sangrientas, los fieles se animaban con la lectura de las actas de los mártires á sostener impávidos los combates de la fe. Hoy que se persigue en todas partes el catolicismo, en nombre de leyes inicuas, leamos y meditemos los ejemplos de virtud y valor que nos legaron nuestros gloriosos predecesores y hermanos en el camino de la fe y la santidad.

Mas ¡ay! ¡á cuántos y cuántas podría decir el soberano Juez lo que á San Jerónimo siendo todavía estudiante: «No eres cristiano, pues en vez de aficionarte á los libros religiosos, todas tus preferencias son por las novelas y producciones envenenadas»!



CAPÍTULO XXIV.

MEDIOS QUE MARIANA EMPLEA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. Oración mental. — Oración vocal. — Oraciones jaculatorias. — Devoción á María Santísima, San José y otros Santos.

ENTRE un estímulo y un medio de perseverancia va mucho. Un estímulo me incita á perseguir y tratar de lograr la perseverancia; si empleo los debidos medios, la alcanzo. ¿Cuáles serán, pues, los medios de que Mariana se servirá para perseverar en el divino servicio hasta entregar su alma bendita en manos del Creador?

El principal es la *oración* en sus múltiples formas.

Y si la preclara virgen escoge la oración como arma segurísima para triunfar cada día de la inconstancia humana, y sobre todo para alcanzar la victoria final, es porque conoce la sentencia del Rey Profeta: «Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que trabajan en ella. Si el Señor no guarda la ciudad, desvélese inútilmente el que la guarda.»

Á cuyas palabras sirve de comentario esta máxima que Mariana había sin duda leído en las obras de Santa Teresa: «Quien abandona la oración mental, no ha menester ser arrastrado por el demonio al infierno: él mismo se precipita en los abismos eternos.» En consecuencia consagraba á la oración mental tres, cuatro y hasta cinco horas por día, y lo restante del tiempo á la oración vocal, como nos consta de las declaraciones de los confesores y del reglamento de vida, que tuvimos ocasión de conocer.

Iniciada ya desde temprana edad por un jesuita en el método de San Ignacio, preparaba cada noche, punto por punto, la meditación de la mañana siguiente. Éste es el principio de una vida *escondida con Cristo en Dios*, según la bellísima expresión del Apóstol.

En orden á la oración de la seráfica santa, lo más acertado es oír el parecer de quienes la confesaron sucesivamente, y en primer lugar del Padre Camacho: «Nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer á Dios y sus per-

fecciones, sin discursos, y amarle sin interrupción. Gastaba la mayor parte del día y de la noche en oración, así mental como vocal, exámenes, lección espiritual, contemplación, sin dormir apenas una hora.»

Con estas palabras concuerdan las del Padre Alonso de Rojas: «Moraba dentro de sí, en la presencia de Dios, y andaba con cuidado en no perderle de vista y estaba interiormente tan asida con la Santísima Trinidad, que decía, no se podía apartar de Dios. Con facilidad se levantaba en espíritu al cielo, y entre las vírgenes cantaba motetes á Dios. Finalmente andaba tan recogida en silencio y quietud sobrenatural, que muchas veces le sucedía andar como fuera de sí, y como una abeja se estaba cebando en el costado de Cristo, regalándose con su sangre.»

Á tenor de las precedentes es la declaración del Padre Lucas de la Cueva: «En los ratos que la comuniqué descubrí la alteza á que Dios la había llamado, y la unión que con su Divina Majestad había alcanzado; punto que me comunicó, y yo la atajé diciéndole que yo no entendía aquellas materias tan realzadas, porque no había entendido en mi vida sino lo más elemental de la vida purgativa.»

Corone tan brillantes testimonios el del Padre Manosalvas: «Después de algunos años el Señor la levantó á una contemplación y unión con su amado Esposo tan estrecha, que un solo punto no se apartaba de tenerle presente; y ya no necesitaba de libros para saber lo que había de contemplar, porque, de cualquiera suerte que leía ú oía leer, le era

ocasión para estarse días y noches enteras alabando y amando á su Eposo.»

No será inútil notar que la oración de Mariana era más bien afectiva que discursiva; teniendo más parte en ella la voluntad que el entendimiento; más los coloquios que los racionios, más los suspiros y lágrimas que los argumentos y consideraciones. De ahí que la *Azucena* sea una santa seráfica, como lo fueron una Teresa de Jesús, un Francisco de Asís y otros muchos que se distinguieron por los ardores de la divina caridad.

Es de creer que nuestra Beata haya conocido y practicado los tres modos de orar tan recomendados en el Libro de los Ejercicios de San Ignacio, habiendo sido todos sus directores jesuitas. Por lo que, á lo menos en cuanto á sus primeros años, es de suponer que haya orado por los mandamientos, etc., intercalando algunas preces y consideraciones, etc. Otras veces tomaría por materia de meditación alguna sentencia de Cristo nuestro Señor ó alguna oración, como el Padrenuestro, é iría rumiando cada palabra por sí y sacando el espíritu y afecto que hay en ella. Empero le agradaría más el tercer modo de orar, que es por vía de aspiraciones y afectos, que responden á las respiraciones del cuerpo, procurando que entre respiración y respiración saliese de lo íntimo de su alma algún afecto santo, alguna breve jaculatoria¹.

Del espíritu de oración nacía en nuestra esclarecida solitaria y tomaba creces la virtud de religión, que

¹ El Padre La Puente.

la inclinaba á dar á Dios el culto que le es debido: culto que se resume, al decir de San Agustín, en fe, esperanza y caridad ¹.

Sirva de prueba á esto la siguiente oración, que rezaba al poner el pie en la iglesia, casa de Dios é imagen del paraíso. «Yo Mariana ruego humildemente á vuestra celestial hermosura, santísimo Ángel de mi guarda, que me llevéis con el espíritu y pensamiento á la corte del cielo, y me alcancéis de los Ángeles más principales que me den audiencia. Haciendo cuenta que dejo las cosas terrenas, y levantándome sobre todas ellas, me pongo en la presencia de los cortesanos del cielo; represétoles mis deseos, que todos son de la mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Pido primero con toda reverencia á los Serafines ardentísima caridad; á los Querubines, sabiduría; á los Tronos, humildad; á las Dominaciones, mortificación de cuerpo y sentidos; á las Potestades, victorias en las tentaciones; á las Virtudes, aprovechamiento en todo género de virtud; á los Principados, sujeción; á los Arcángeles, pureza de alma y cuerpo; á los Ángeles, obediencia. Pido á los patriarcas, fe; á los profetas, esperanza; á los apóstoles, caridad; á los mártires, fortaleza; á los pontífices, solicitud; á los doctores, sabiduría; á los confesores, obediencia; á las vírgenes, castidad: para que toda Mariana sea agradable á los ojos de mi Dios y Señor.»

Concluida esta oración, no menos profunda que devota, se acercaba al trono de la Santísima Trini-

Citado por San Alfonso.

dad para decir: «Dios mío, trino y uno, tan sabio como poderoso, tan poderoso como bueno, y tan bueno como hermoso, y todo inmenso, gózome infinito de que seáis, Dios mío, quien sois, y de que tengáis en Vos todas las perfecciones y excelencias. ¡Oh amado Tesoro mío! Vos solo bastáis para hartar mi deseo y en Vos solo me contento; y yo, como si estuviera sola, no me ocuparé en otra cosa que en amaros, alabaros, glorificaros, servirlos y obedeceros á Vos, que sois todo, único y sumo bien y eterno descanso.»

Bien podemos, pues, afirmar que nuestra *Azucena* era un serafín en la tierra. No sólo elevaba su corazón y su espíritu á Dios y á los Santos, sino que además expresaba sus afectos y deseos con abrasadas palabras. Á la manera que la llama procede de la hoguera, así de su corazón encendido por la oración mental procedía la oración vocal. Para comprender esto, tengamos presente que en la angelical virgen, lo mismo que en todos los Santos y buenos cristianos, los labios estaban de acuerdo con el corazón, y su corazón con el de Dios, cuyo beneplácito buscaba en todo y siempre. De ahí procedía su fuerza de impetración. Sus plegarias, á más de perfectas, eran frecuentes, continuas, incesantes. Esta émula de los ángeles, por su conversación celestial, y de las anacoretas, por sus heroicas mortificaciones, se sujetaba como el ínfimo de los mortales á la ley del trabajo, impuesto al hombre en castigo de su pecado. Sin embargo, su trabajo manual no era más que una oración prolongada. «De las dos á las cinco de la tarde», leemos en su reglamento de vida, «ejercicios

de manos y levantar mi corazón á Dios; haré muchos actos de su amor.» Como para ella proponer y cumplir todo era uno, las preces jaculatorias alternaban con los cánticos sagrados, y mientras cantaba, ya lo hemos dicho, acompañábanla con melodías á cual más suaves los ángeles del cielo, las vírgenes del Señor y las cantoras aves.

Entre sus jaculatorias había una que repetía cada vez que el reloj daba la hora y al toque del Ángelus. Hela aquí: «Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo encarnó, nació, murió, resucitó y subió á los cielos é instituyó el Santísimo Sacramento del Altar. Alábenle, Señor, todas las criaturas del cielo y de la tierra. Amén.»

El objeto de tantas y tan incesantes oraciones era pedir gracias de santificación, como lo indica esta otra jaculatoria: «Amantísimo Jesús, quita de mí todo lo que te desagrade; hazme toda á medida de tu Corazón. Yo me conozco y desprecio por vil, y quiero ser vil y despreciada á mis ojos y á los de todo el mundo por tu amor.»

Pero por lo mismo que pedía estas mercedes casi sin interrupción, solicitaba la perseverancia. Por ser ésta, de parte de Dios, una cadena no interrumpida de gracias, á la cual, de parte nuestra, corresponde otra cadena igualmente no interrumpida de súplicas, se ha de pedir cada día para obtenerla cada día. Suplicar de continuo á Dios que se digne acabar la obra por él comenzada, en expresión de San Pablo ¹,

¹ Phil. 1, 6.

tal es la principal ocupación de nuestra santa virgen. No ignoraba que la perseverancia, con ser un don del todo gratuito y superior á nuestros merecimientos, es el fruto de la oración humilde y perseverante. Vió Nabucodonosor una estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho de plata, de bronce las piernas, una parte de los pies de hierro y de barro la otra. Habiéndose desprendido del monte una piedra, le rompió y desmenuzó los pies de hierro y barro; así que toda la estatua se hizo pedazos. Cabeza y corazón de oro y plata tiene el pecador recién convertido; pero si no pide, cuanto y como es debido, la perseverancia, tiene pies de barro, y al choque de una dificultad cualquiera se desmenuza, viene á tierra y recae en sus añejos pecados. El mundo y el infierno están llenos de escombros de semejantes estatuas.

Mariana, dócil á las enseñanzas del divino Maestro, rogaba asiduamente, sin desfallecer nunca jamás. Empero, dirigía sus preces y súplicas con preferencia á María, Madre de Misericordia; consideraba la devoción á la Virgen inmaculada como uno de los más insignes beneficios del cielo.

«Que Dios nos dé su gracia y conocimiento para servir á su Madre», dijo una vez á un devoto de María; «dichoso Vd. que sirve á tan gran señora. ¡Séalo por ahora y por siempre!»

Al hablar de la infancia de Mariana, hemos notado las finezas y muestras inequívocas del amor que mediaba entre la celestial Madre y su angelical hija. Ésta con los años se aventajó más y más en el ser-

vicio de la Reina de las Vírgenes. Á la hora del Oficio divino, esto es, mientras canónigos y religiosos alaban, ruegan y rinden gracias á Dios, á nombre de la Iglesia y de los fieles, la fervorosa ermitaña rezaba el *Oficio Parvo* de la Virgen. Como esto era poco para su fervor, rezaba además diariamente cuatro rosarios ó sean veinte decenas; éstas le recordaban sucesivamente los principales misterios de la vida del Salvador, así como también las virtudes de la divina Madre: misterios y virtudes que meditaba con tanto amor como fe. Casi pudiéramos decir que el rosario era su Evangelio, su Biblia, que llevaba siempre entre manos su Manual de devoción y su tesoro: su Manual de devoción, pues está compuesto de las más hermosas y más celestiales oraciones, como son el Padrenuestro y el Avemaría; su tesoro, en razón de las indulgencias que ganaba, rezándolo con el fervor que solía. Y estas plegarias á María las repetía todos los días doscientas veces con devoción cada vez más acendrada. En el corazón de Mariana el amor filial repetía incansable: «Dios te salve, María»; en el corazón de María se renovaría el gozo que experimentara en el momento de la Encarnación, al oírse saludar por vez primera por el Arcángel San Gabriel con estas palabras aprendidas en el cielo: «Dios te salve, llena de gracia.»

Entre los obsequios que son más del gusto de la Reina del cielo, sobresalen las ofrendas frecuentes, las invocaciones continuas, los suspiros del corazón, las abrasadas palabras. De tales homenajes era pródiga nuestra penitente.* Á todas horas, postrada á

los pies de su celestial Protectora, ya en su oratorio privado, ya en la iglesia de los jesuitas, donde se veneraba una imagen esculpida de Nuestra Señora de Loreto, agotaba, por decirlo así, el vocabulario de su piedad filial, repitiendo una y mil veces: «Reina mía, Madre mía, Señora mía, Virgen de vírgenes, etc.»

Cada sábado enviaba á la capilla del hospital real dos cirios y varios ramilletes de flores naturales, ofrendas simbólicas, que á más de manifestar á María Inmaculada el amor de su hija, adquirían mucho valor por la humildad que las acompañaba; pues Mariana, semejante á la violeta que nos embelesa con su fragancia sin ostentársenos, enviaba por tercera mano dichos obsequios sin darse á conocer.

Á lo dicho añadamos las maceraciones á que se entregaba los sábados y otros días del año por amor á la Madre celestial. En suma, si el Avemaría fué la primera palabra que articularon sus infantiles labios, su vida entera es un homenaje tributado continuamente á la Madre de Dios. «Cada año», depone el Padre Manosalvas, «se cortaba Mariana el cabello, y hacía una cabellera ó trenza que dedicaba á alguna imagen del Niño Jesús ó de su santísima Madre.»

Si nuestra devoción á María Santísima es la medida de las gracias que recibimos, ¡cuántas no habrá recibido Mariana para crecer en el amor y más aún para perseverar sobre el altar de la inmolación! Discípula de Santa Teresa, lectora asidua de su vida, imitadora de sus virtudes, la *Azucena* Hermanaba en sus afectos y devoción á los dos jefes de la Familia nazarena, la Virgen Madre y el castísimo Patriarca San José.

«Con el glorioso San José», dice uno de sus confesores, «tenía familiarísima amistad: preparábase á celebrar su fiesta con siete días de particulares cilicios, ayunos y disciplinas y con más garbanzos dentro del calzado, diciendo con gracia que en honra y gloria de su San José tenía que añadir algún garbanzo más en la olla.»

He aquí, pues, por orden jerárquico los mediadores de la seráfica virgen: cerca del Eterno Padre, á quien tributó siempre especialísimo culto, Jesucristo; cerca de Jesucristo, María Santísima; y cerca de María, San José, protector de las almas castas y patrono de la vida interior.

Si bien profesaba grande amor á todos los cortesanos del cielo, como lo demuestra la oración que rezaba al entrar en la iglesia y que hemos insertado, sin embargo honraba de un modo particular á algunos santos.

Entre éstos descollaban San Ignacio y San Francisco Javier, cuya iglesia frecuentaba; San Francisco de Asís, á cuya Tercera Orden pertenecía; Santa Úrsula y sus compañeras, cuyo heroísmo emulaba, haciéndose verdugo de sí misma. Honraba también con especial devoción á Santa Rosa de Lima, con cuya invocación y reliquias obró varios milagros; á Santa Gertrudis, Santa Teresa y Santa Catalina de Sena, á quienes llamaba sus madres. Á Santa Catalina de Sena es á quien debió en parte el haber seguido comulgando diariamente, á pesar de la tenaz oposición que se le hacía. Sabemos este particular por una declaración del Padre Manosalvas, quien se expresa así:

«Suplicaba á Santa Catalina la recibiese bajo su amparo y la sacase victoriosa, como ella había salido en sus contradicciones; y así fué, porque los que le contradecían sus comuniones eran no sólo doctos sino virtuosos é influyentes; no quiso la Santa sino favorecer á su devota, quien procuraba invocarla en todo.»

Pero si nuestra Mariana tenía muchas devociones, tenía aun más *devoción*, y para ella la devoción consistía en darse al Redentor. ¿Somos de aquellos que dan á manos llenas lo que tienen, pero que no se dan á sí mismos? ¿Pertenece al número de los que cifran sus prácticas religiosas en rezar mucho, sin cuidarse de guardar íntegra la Ley de Dios?



CAPÍTULO XXV.

MEDIOS DE PERSEVERANCIA EN LA CRUZ. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Devoción al Santísimo Sacramento. — Asistencia á la misa. — Visitas ordinarias y extraordinarias. — Mariana, sacristana en la noche del Jueves Santo. — Niño Dios en la hostia consagrada. — Alas de ángeles por paraguas. — Comuniones bien preparadas. — Acciones de gracias extáticas. — «Me como todos los días un cordero entero.»

NUESTRA seráfica santa, según afirma uno de sus confesores, pasaba casi toda la mañana en la iglesia, delante del Santísimo Sacramento. ¿Y qué hacía allí, ante la esencia misma de Dios, que será en el cielo el regalado sustento de los escogidos?

Á imitación de la condesa de Feria, amaba, alababa, agradecía y pedía gracias. Así que, asociándose á la oración é inmolación incesantes de Jesucristo en la Eucaristía, la *Azucena* corría á pasos agigantados por la estrecha senda que Dios le había trazado.

Asistía todos los días á varias misas, lo hemos dicho ya, y cada misa era para ella lo que en el Calvario fué para la Madre Dolorosa la cruz del Redentor, esto es, el altar del sacrificio, donde se consumían en un mismo holocausto dos víctimas: Jesucristo y Mariana.

Á la manera que en ciertas épocas del año aumentan los calores, así la devoción de Mariana al Santísimo Sacramento subía de punto en la Semana Santa y en las Cuarenta Horas. Mientras permanecía Jesús oculto en el Monumento, escribe el Padre Butrón, permanecía también ella inmóvil en la divina presencia, y con tal abstracción y recogimiento, que, fuera de sí, quedaba extraña á todo cuanto en torno suyo pasaba.

Viendo el sacristán que Mariana estaba tan constante en la iglesia, y que no se movía de ahí ni por un momento, desde el Jueves Santo hasta la mañana siguiente, le suplicaba que tuviese cuidado, durante la noche, del Monumento y de todos sus accesorios. Admitía la virgen el encargo con inefable gusto y lo desempeñaba con tal perfección, que jamás sucedió desgracia alguna. Si interrumpía entonces de vez en cuando la oración mental, era para leer en un cuaderno devotísimos coloquios y encendidos afectos,

expresados brevemente; y esto en gracia de los que visitaban á su Divina Majestad.

Otro tanto hacía Mariana en los tres días de Carnaval, durante los cuales el Santísimo Sacramento, expuesto á la pública veneración, recibe de sus amigos señaladas pruebas de amor y dolor por las ofensas que le hacen sus enemigos.

No contenta con desempeñar ella sola el papel de ángel adorador y consolador, se acompañaba con cuantas amigas podía. Así desde que rompía el alba hasta las seis de la tarde, hora en que se reservaba su Divina Majestad, Mariana permanecía todo el tiempo hincada de rodillas ante el altar, cubierta con el velo, inmóvil y sin probar bocado de la tierra. ¿No saciaba su alma con el verdadero maná llovido del cielo, el Pan de vida? Cuantos la veían en aquella actitud creían que su alma, arrebatada en éxtasis, habitaba en el paraíso, entre los siete ángeles que están ante el trono de Dios; pues por más que le dirigiesen la palabra ó la tocasen, nunca, jamás obtenían contestación alguna, ni siquiera por señas. En cambio bastaba que su confesor le mandara decir que no estuviese tanto tiempo de rodillas, para que en el acto se sentara; si bien muy luego volvía á arrodillarse, hermanando así la reverencia debida al Santísimo Sacramento y la obediencia debida á su director, quien no le había fijado tiempo para el descanso.

Si pensásemos que hemos de ser los eternos compañeros de Cristo en la gloria, ¿le regatearíamos aquí ante el tabernáculo los minutos?

Si bien la *Azucena* no esperaba ser premiada en este mundo por su devoción á la Eucaristía, sino en el cielo, lugar de las supremas recompensas, con todo le fué dado más de una vez columbrar aquí abajo algunos destellos de los premios eternos; lo cual consta en el Proceso. Una de sus sobrinas, á quien Mariana, por orden de su director, había comunicado todo cuanto pasaba en su alma, le oyó decir que «varias veces había visto en la hostia consagrada á Nuestro Señor en forma de hermosísimo niño, que mostrándosele risueño le llenaba el alma de celestiales alegrías, y la dejaba tan gozosa, que no bastaba su lengua á declarar lo que sus ojos veían y el corazón sentía. Otras veces al deglutir la sagrada forma, después de la comunión, conocía sensiblemente que pasaba por su garganta el niño Jesús, quien la inundaba de gozos y favores y la abrasaba en el fuego de amor que él mismo le traía.»

Los mismos elementos, por orden del Creador ó por la intervención directa de los ángeles, respetaban á la sierva de Dios. En las Actas de la beatificación figura el hecho siguiente: Un día de Cuarenta Horas salió Mariana de la iglesia para casa, acompañada de otras señoras y de su fiel india. Llovía, y arreciaron tanto las aguas, que las otras personas hubieron de guarecerse en un zaguán. Mariana prosiguió su camino muy tranquila, como quien no se da cuenta de lo que ocurre, y llegó muy pronto á su habitación. Pasada la lluvia llegaron también sus compañeras, y ¡cuál no fué su sorpresa al ver que Mariana no había recibido una sola gota de agua, mientras que

ellas, no obstante tantas precauciones, estaban empa-
padas de pies á cabeza! «Vaya, bien se ve que no saben andar», dijo la santa, «y cómo yo no me he mojado.» «Porque algún ángel os habrá cubierto con sus alas», contestó una de las interlocutoras. Y á fe que decía verdad, pues Mariana no replicó sino con humilde y devota sonrisa.

La comunión, en la cual no sólo recibimos la gracia, sino también al Autor de ella: la comunión, que en nosotros infunde la vida misma de Dios, y deposita un germen de resurrección é inmortalidad, era uno de los principales medios de que el serafín de Quito se servía para hacerse semejante al divino Crucificado y asegurar su perseverancia.

Mártir de penitencia, restaurábase Mariana cada mañana con el Pan de los fuertes, que hacía invencibles á los mártires de la fe, no obstante los más crueles tormentos á que se les sometía.

Y que haya sacado de sus comuniones frutos abundantísimos, bien podemos colegirlo de las disposiciones con que las recibía y del fervor de sus acciones de gracias.

Preguntada un día por su confesor cómo se preparaba para acercarse á la sagrada Mesa, contestó: «Procuró que la unión con mi Esposo vaya cada día á más y sea más estrecha; y así cada día procuro amarle y quererle más: éstas son las diligencias que todos los días hago.»

Cuando recibía á Jesucristo en su pecho, lo ofrecía al Padre Eterno, y en retorno solicitaba mercedes sin cuento para sí y para el prójimo. Nada era capaz

entonces de apartarla de su divino Huésped, con-
testando una vez á cierto sacerdote que le quería
hablar, con estas breves palabras: «Padre, he co-
mulgado.»

Como de un horno encendido salen llamas, así
el fuego del divino amor que abrasaba el corazón
de Mariana se le reflejaba en el rostro; como lo vió,
después de la comunión, cierto día un sacerdote,
al volverse para decir el *Dominus vobiscum*. Tan en-
cendida se ponía en ocasiones, que su mismo con-
fesor dudaba de si era ella ó algún ángel.

En vista de esto, nadie extrañará que las acciones
de gracias se le hayan convertido en prolongados
éxtasis y arrobamientos. Para mostrar lo necesario
y eficaz que era para Mariana el Pan bajado del
cielo, bastará decir con el Padre Butrón, que, á no
comulgar diariamente, perdía las fuerzas y enfermaba.

Mándale una vez su confesor, para probarla, que
se abstenga de la comunión sacramental, y se con-
tente con la espiritual. Sométese la humilde virgen
sin réplica; y en seguida es acometida de una fiebre
en extremo maligna, que inspira serios temores á
los de casa y al mismo médico, cuyos remedios re-
sultan ineficaces. Visítala su confesor, y adivinando
sin dificultad la causa de tan repentino mal, le dice:
«Mañana la aguardo en la iglesia para que comul-
gue.» Oír esto la enferma y empezar á mejorar todo
fué uno.

Al día siguiente, muy de madrugada, estaba á las
puertas de la iglesia, esperando á que el sacristán
las abriera. Recibida la comunión, con duplicado

fervor, queda buena y sana como siempre; señal
evidente de que para ella el Santísimo Sacramento
era, no solamente cáliz de salvación, sino también
cáliz de salud.

Que la Eucaristía haya sido su Pan de vida, no
sólo para el alma sino además para el cuerpo, lo
prueba el haber vivido siete años sin tomar otro
alimento que la sagrada forma.

La misma *Azucena* dió á conocer esta milagrosa sus-
tentación de sus fuerzas por la comunión, una vez que,
preguntada por su buena Catalina, cómo podía vivir,
si arrojaba todo cuanto comía, contestó: «Calla, necia,
que para eso voy á la iglesia de la Compañía diaria-
mente, donde me como un cordero con hueso y carne,
vivo y entero y muy suficiente para sustentarme.»

Corroboran esta candorosa confesión de Mariana
numerosas declaraciones de testigos presenciales y
la del Padre Manosalvas, y tan prodigioso suceso
consta en la Bula de beatificación.

Por lo demás, este milagro no es único en las
vidas de los santos. El beato Nicolás de Flue sacaba
tal y tanto brío de la comunión, que por el espacio
de diez y siete años no sintió necesidad de alimento
ni bebida terrestres.

El profeta Elías, por haber comido, á invitación
de un ángel, un pan milagroso, cocido al rescoldo,
cobró tales fuerzas, que caminó durante cuarenta
días y cuarenta noches hasta llegar á Horeb, el
monte santo de Dios.

Igualmente Mariana, alimentada con el Pan eucarís-
tico, llegó sin desmayar á la cumbre de la perfección.

¡Y cuántos otros sacarían más provecho si se acercasen con más frecuencia y mejor preparación á la Mesa eucarística!



CAPÍTULO XXVI.

MEDIOS DE PERSEVERANCIA EN LA CRUZ. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Directores. — Dirección. — Dirigida.

OTRO medio de perseverancia es la *dirección*. Éste es, á no dudarlo, el medio por excelencia, puesto que encierra y pone en acción todos los demás, como primer motor y regulador.

En Moisés, conductor del pueblo de Dios, desde la salida de Egipto hasta la entrada en la Tierra de Promisión, tenemos una perfecta imagen de los directores de conciencia y confesores; pues son éstos otros tantos enviados de Dios, para sacarnos de Egipto, esto es del pecado, y conducirnos á través del desierto de esta vida á la verdadera tierra prometida, que es el cielo.

Á nuestra santa no le faltaron estos conductores celestiales, y lo que vamos á decir probará una vez más esta importante verdad: Jesucristo proporciona sus auxilios á nuestras necesidades y depara á cada cual los directores que ha menester para alcanzar el fin de su vocación.

¿Cuáles fueron los directores de Mariana? ¿qué reglas de dirección siguieron? ¿y cuál fué la conducta de la santa respecto de ellos? Tres preguntas que abarcan todo el asunto de este capítulo.

Los directores de Mariana, todos jesuitas, á la par que sabios y prudentes, fueron santos. Sabios, poseían los grandes principios de la teología mística y del ascetismo; santos, eran prácticos en los caminos de la oración y en la adquisición de las virtudes; prudentes, aplicaban con tino y maestría las reglas generales á los casos particulares.

Entre éstos descuellan tres. El primero, á quien Mariana abrió su corazón cuando tenía seis ó siete años apenas, y que más tarde le ayudó á seguir su vocación tan extraordinaria, fué el Padre Camacho, originario de España. Sabía casi de memoria las nunca bien ponderadas obras del Padre Álvarez de Paz, de las que hizo y publicó un compendio; respecto á su virtud y celo, baste decir que se había avezado á la obediencia y fué mártir de ella, sujetándose á su yugo á la vez pesado y suave, como saben hacerlo los santos. En el púlpito predicaba á Jesucristo crucificado; en el tribunal de la penitencia era buscado cual padre misericordioso y escuchado como maestro ilustrado y seguro.

Uno de los que le sucedieron en la dirección de la santa fué el Padre Severino, romano de origen. Hácenle recomendable los milagros que ya en vida obró, y el haber sido discípulo de Belarmino, de quien heredó la virtud y el saber; fué en Quito lo que San Genaro en Nápoles: un protector poderoso y á veces visible contra las erupciones de los volcanes.

Por último, el Hermano Hernando de la Cruz, secundando la acción del Espíritu Santo, dió la úl-

tima mano á la santificación de Mariana. ¿Quién era ese coadjutor lego de la Compañía de Jesús? Oigamos al Ilustrísimo Señor Suárez:

«El Hermano Hernando de la Cruz, conocido en el siglo con el nombre de Don Fernando de Rivera, fué americano y nació de padres muy nobles, en la ciudad de Panamá: dedicóse á la esgrima, á la pintura y á la poesía; componía versos muy aplaudidos por lo conceptuosos, y manejaba la espada con pulso, agilidad y destreza. Vino á Quito en compañía de una hermana suya, la cual abandonó su patria con el propósito de tomar el velo de monja.... Don Fernando, su hermano, se quedó todavía en Quito por algún tiempo y andaba muy ocupado en pensamientos mundanos, hasta que un suceso desgraciado lo convirtió á Dios y lo impulsó á abrazar la vida religiosa.

«El caso fué el siguiente. Un lance de honor, en que creyó manchada su reputación, lo precipitó á batirse en duelo con un caballero. La destreza en el manejo del arma lo sacó al instante victorioso, dejando al contrario gravemente herido. El crimen despertó en el pecho de Don Fernando de Rivera el pesar y los remordimientos; y formó la resolución de reparar el escándalo consagrándose á la virtud en una orden religiosa: eligió la Compañía de Jesús.» ¹

Al sacerdocio, de que era digno por sus conocimientos y virtudes, antepuso el último lugar, la con-

dición de hermano lego; á imitación de Jesucristo que vino á la tierra para servir, y no para ser servido. Hizo más; para borrar por completo el lustre de su alcurnia, quiso apellidarse no ya Fernando de Rivera, sino Hernando de la Cruz.

Si mientras vivió en religión fué para propios y extraños un espejo de recogimiento y de observancia regular, después de muerto fué invocado como santo.

Tal fué el guía predestinado por Jesucristo para dirigir los últimos pasos de Mariana en la senda de la penitencia y contemplación.

Pero ¿y por qué misteriosos caminos llegó el humilde coadjutor á hacerse cargo de aquel ángel en carne humana? Admiremos una vez más los altos designios de la Providencia, á cuyos ojos lo que nos parece ignorancia es sabiduría.

Mariana acababa de perder sucesivamente á dos de sus directores, enviados por la obediencia á otras comunidades, precisamente cuando le eran más indispensables para ser alentada en sus trabajos y aconsejada en sus perplejidades y dudas. Afligida, pero resignada y llena de humilde confianza, se arroja á los pies de Jesús crucificado, suplicándole que de cualquier manera proveyera á su dirección. Contéstole sensiblemente una voz que decía: «Anda á la iglesia de la Compañía; y al primer religioso que saliere de la clausura á la iglesia por la puerta de San Javier, háblale y comunícale que él será tu padre espiritual y te encaminará. Ese religioso fué el poeta, el pintor, el antes duelista Don Fernando de Rivera, y ahora el convertido y penitente Hermano Hernando

¹ Historia del Ecuador t. IV, cap. XIII.

de la Cruz. Hácelo llamar Mariana inmediatamente por el conducto del Hermano sacristán. Mándale decir el Hermano Hernando, que no puede acceder á su petición sin la licencia del superior; y esta contestación, digna de un religioso observante, realza no poco el mérito del coadjutor á los ojos de Mariana, esclava ella también de la obediencia. Obtenido el permiso, el Hermano Hernando habló de pie y brevemente con la santa. ¡Cosa admirable! Estas dos almas, que vivían ambas de la vida de Cristo, luego al punto se conocieron, se comprendieron y se estimaron.

Al regresar á sus quehaceres, el Hermano encontró al sacristán y le dijo: «¿Sabe, Hermano Sebastián, con quién he hablado? Pues sepa que es admirable Dios en sus santos, no es menos que una santa Catalina de Sena, un verdadero ángel en carne.»

Empero lo que Mariana había pedido á Jesucristo era un director, no un admirador. Mas, ¿era conveniente que un Hermano lego se ocupase de oficio en cosas de conciencia, mayormente tratándose de una mujer? Resuelto en sentido afirmativo el caso por una junta de teólogos, los superiores permitieron al Hermano Hernando hacerse cargo de la dirección de Mariana.

¿Cuáles fueron las reglas de esta dirección? Antes de satisfacer esta pregunta, observaremos que la pluralidad sucesiva de directores no perjudicó á la unidad de dirección. Semejantes á arquitectos juiciosos que, llamados á continuar una obra en construcción, aceptan incondicionalmente los planos de sus antecesores, sin variarlos en lo más mínimo; así los

jesuitas, al sucederse en la dirección de Mariana, sin reformar siquiera un solo punto de lo hecho por sus predecesores, no pensaron sino en hacer realizar á la sierva de Dios un plan de vida.

Ella misma en dos cartas nos da á conocer las eximias leyes con que la gobernaban sus directores: «Dios es muy piadoso consolador de los afligidos», escribe al Padre Manosalvas: «¡bendito sea Él para siempre! Padre mío, desde que trato las cosas de mi alma con el Hermano Hernando de la Cruz, llevo una vida alegre. Mucho me consuelan sus palabras. En verdad, Padre mío, que es un santo. Con el Padre Vásquez no hago más que reconciliarme. Dios lo ha ordenado así. ¿Quién le puede resistir? ¡Cúmplase su voluntad! para santa me quiere.» Palabras que nos revelan en Mariana piedad filial y dulce confianza, y en el santo Hermano celo ardiente y puro.

En otra carta dice: «Todos los deseos del Hermano son que yo sea una santa; que me ejercite mucho en la virtud de la humildad, para subir por escalones de fe, esperanza y caridad á la cumbre de la perfección.»

Estas breves frases resumen todo el ascetismo, toda la teología mística. Bajar para subir, humillarse para ser ensalzado; mirar al Creador y á las criaturas con el ojo de la fe; poner el mundo bajo nuestras plantas y apoyarnos únicamente en la divina gracia, para emprender nuestra ascensión hacia la felicidad suprema; unirnos á Dios amándole sobre todas las cosas, esto es todo el evangelio, toda la ley, toda la perfección.

Al aplicar estos principios fundamentales á Mariana, sus directores respetaron su índole nativa, igualmente que las miras del Espíritu Santo; por esto fué una santa á la vez altamente seráfica y práctica. Su conducta respecto de ellos se compendia en lo siguiente: obediencia basada en la fe; confianza sin familiaridad; piedad filial sin apego.

Ligada por voto de obediencia, sometía su voluntad al dictamen de sus padres espirituales. «Todavía novel en el gobierno de las almas», dice el Padre Manosalvas, «yo le prescribía á veces cosas poco en armonía con sus necesidades; á pesar de saber ella por revelación mis yerros y desatinos, me obedecía sin réplica. Verdad es que con instinto superior me buscaba luego y con suma humildad me decía, dándome un libro: Lea, Padre mío, en su aposento.»

Penetrada del espíritu cristiano, que se cifra en la humildad y dependencia, quería ser dirigida, y no dirigir; ser aconsejada, y no aconsejar; conocer la voluntad de Dios, sin pretender imponer la suya. Sobre este particular nada más elocuente que una carta que escribe á su confesor. Después de pedirle permiso para practicar algunas mortificaciones más que de costumbre, añade estas palabras textuales: «Padre mío, véalo bien; que yo no tengo que hacer más que lo que Vuestra Paternidad me manda; comuníquelo con su Majestad, que Él se lo inspirará, si fuere su voluntad; que yo no deseo otra cosa, sino que Mariana sea toda agradable á sus ojos, y plegue á Dios que sea para mayor gloria suya. Amén.» Prohibíanle á veces sus directores, para pro-

bar su obediencia, comulgar, oír misa, visitar al Santísimo Sacramento, ir á la iglesia. «Soy hija de obediencia», contestaba en estos casos á su querida india, que extrañaba aquella novedad.

Profesaba la angelical virgen afecto de piedad filial á sus padres espirituales, sin apegarse por esto á ellos. Bien lo prueba el hecho que vamos á referir. El Padre Lucas de la Cueva se despidió un día de ella para volver á Mainas, teatro de su apostolado. Manifestóle Mariana, que sentía en el alma su separación. Replicóle el misionero que tal era el querer divino. «Pues si es así, Padre mío», repuso ella, «ya no lo siento: váyase enhorabuena, y cúmplase en todo la voluntad de mi Esposo»; y díjolo de veras, sin pensar siquiera en poner por intercesores á los Santos, para conseguir lo contrario.

Oráculo de la divina voluntad era para la *Azucena* la voz del confesor. Invitábala cierto día, con repetidas instancias, un Padre jesuita á que fuera á presenciar la triunfal entrada de Nuestra Señora de Guápulo en Quito. Mariana contestó con tono resuelto, sí, pero no menos suave: «Padre, pediré licencia á mi confesor; y si me la da, haré lo que Vd. me pide.»

Ocurríansele más de una vez dudas durante la noche, y por no poder sometérselas de viva voz tan á deshora á su confesor, lo hacía por escrito. Pues bien, por lo menos en una de estas ocasiones un ángel fué el portador de la carta y de la respuesta. Afírmalo el Padre de Alcocer y refiérelo en el Proceso un testigo.

En conclusión, la esclarecida solitaria cantó innumerables victorias: victorias contra sus sentidos; victorias contra el amor propio, que de mil modos se disfraza; victorias contra la propia voluntad; victorias contra el demonio; victorias contra sus contradictores; victorias contra ilusiones, siempre temibles, sobre todo en caminos extraordinarios; victorias contra accesos siempre peligrosos; y por fin contra la inconstancia humana. ¿Y por qué tantas victorias? Porque obedeció. ¿No dice la Escritura que el obediente cantará victorias?

¡Piadoso lector! medita esta sentencia de nuestros Santos Libros: «*Vae soli!*—¡Ay del que está solo!» ¡Ay del que carece de amigo en quien desahogar su corazón: de Padre, que perdona en nombre del Salvador: de Maestro, que instruye prácticamente: de Juez, que nos condena y castiga en este mundo para que no lo seamos en el otro! ¡Ay del que está solo! *Vae soli!*



LIBRO TERCERO.

LA BEATA MARIANA Y EL MUNDO.

CAPÍTULO XXVII.

MARIANA DE JESÚS, ÁNGEL DE SU FAMILIA.

SUMARIO. Mariana de Jesús bienhechora universal. — Su celo por la formación de sus sobrinas en la piedad; — por la santificación de todos los miembros de su familia. — Cuidado de los domésticos. — Vigilancia. — Severidad inexorable. — Recreos. — Consuelos en las aflicciones. — Forma dos santas, Doña Juana y Doña Sebastiana. — Asegura la salvación de su hermano Don Jerónimo.

A Y del mundo si no hubiese en la tierra almas generosas que digan con San Pablo: La caridad de Cristo me anima é impele con fuerza á acometer cualquier empresa, á hacer toda clase de sacrificios por mis hermanos!¹ ¡Ay del mundo si no hubiese santos! Á no haberlos, ¿quién nos daría consejos saludables, á ejemplo del virtuoso Tobías, cautivo en Nínive? ¿Quién reflejaría á nuestros ojos las virtudes del divino Maestro, para decirnos: imítadme á mí, así como yo imito á Dios? ¿Quién se compadecería de nuestros males sin cuento, y quién rogaria por nosotros y expiaría nuestros pecados?

¹ 2 Cor. v, 14.

Afortunadamente Cristo nuestro Señor revive en los santos para seguir dispensándonos sus divinos beneficios. Revivió de una manera brillantísima en la *Azucena de Quito*.

Hermosísimo espectáculo nos ofrece Mariana de Jesús, haciéndose el ángel de su familia; la providencia de los pobres, como San Vicente de Paúl; el apóstol de la conversión y santidad, como sus amadas patronas Santa Catalina de Sena y Santa Teresa; el taumaturgo de su patria, para mejor servir á su prójimo; la consoladora de los afligidos; la devota de las benditas ánimas del purgatorio; y por fin, la víctima voluntaria inmolada por su patria.

Demos que nuestra ermitaña no hubiese hecho otra cosa más que rogar; con esto solo habría sido una insigne bienhechora de la humanidad. Oigamos á Víctor Hugo, nada sospechoso de fanatismo. Dice, pues, en *Los Miserables*, hablando de aquellas religiosas que pasan su vida orando: «¿Ruegan? ¿á quién? á Dios. Los espíritus irreflexivos y ligeros preguntan: ¿Qué servicios prestan esas estatuas de carne inmóviles y misteriosas? ¿Para qué sirven, y qué hacen? Quizás no hay obra más sublime que la de esas almas, ni trabajo más útil que el suyo. ¡Qué bien hacen aquellos que ruegan de continuo por los que nunca jamás oran!»

Mariana de Jesús, cual inmenso foco de caridad, irradiará sus beneficios por el mundo entero; su familia, naturalmente, será la primera en recibirlos.

La familia es la primera sociedad y el primer santuario; decaída, luego regenerada por la Redención,

tiene por modelo la de Nazaret, que el Señor gobernó por el intermedio de San José, y en la cual florecieron todas las virtudes, á la sombra de Dios hecho hombre y niño. — Éste era el concepto que la virgen quiteña, instruída en la escuela del Espíritu Santo, formaba de la familia cristiana, y por lo tanto de la suya, que, según voz pública, era *casa de oración y refugio de menesterosos*. De ese santuario de piedad y virtud fué ángel nuestra santa, con sus ejemplos, celo y vigilancia. Apenas llegada al uso de la razón, por todo entretenimiento reunía á sus sobrinas y amigas para enseñarlas á rezar, á cantar devotas letrillas, y, sobre todo, la doctrina cristiana. Luego rezaban á dos coros el santo rosario, seguido del canto de las letanías. Por fin, bajo la dirección de Mariana organizábanse piadosas ceremonias y procesiones de penitencia. — Bien dice el Salvador: «De los labios de los niños sale alabanza perfecta.»

Más tarde la apostólica virgen tomó de su cuenta la educación cristiana y el cuidado espiritual de los numerosos sirvientes. Los principales misterios de nuestra santa fe; rezos; excelencia y delicadeza de la castidad; necesidad y naturaleza de la penitencia; ejemplos y virtudes de los santos: tales eran de ordinario los temas de sus instrucciones, la materia de sus exhortaciones generales y privadas.

Si todos los amos tuviesen igual cuidado de sus criados, como es su obligación, ¿veríanse en sus casas tantos vicios al lado de tanta ignorancia? Si hay domésticos virtuosos, ¿no los hay en mayor número malos, que, semejantes á lobos cubiertos con piel

de oveja, degüellan inocentes corderitos? Mariana, á semejanza de aquel ángel que, espada en mano, defendía la entrada del paraíso terrenal, hacía día y noche la guardia de su familia; y vibrando la espada de la vigilancia y severidad, velaba por la paz y la inocencia. ¿Se deslizaba alguno? era al punto amonestado con mucha caridad. ¿Recaía? era reprendido con severidad. ¿Mostrábase incorregible? era expulsado cual oveja apestada, y cortado y arrancado sin misericordia, como una mano y un ojo que escandalizan.

Ángel de piedad y virtud para los domésticos, nuestra *Azucena* no lo era menos en favor de sus parientes. Después de rezar privadamente los quince misterios del rosario, congregaba á todos los de casa, incluso á los sirvientes, para rezar cinco decenas con ellos. Había obtenido de los suyos, pues el celo es perseverante é ingenioso, que comulgaran semanalmente, y con más frecuencia aún al ocurrir alguna festividad ó las Cuarenta Horas. No le bastaba que recibieran á menudo los sacramentos de la Penitencia, y Eucaristía; afanábase además porque lo hicieran con las mejores disposiciones; y á este fin les avisaba con la debida anticipación el día en que habían de confesarse y comulgar para que se preparasen con tiempo. Ella misma les ayudaba en ello prácticamente, y esto sin hallar resistencia. ¡Tan grande era el ascendiente de su santidad y la libertad que le daban los vínculos de la sangre!

De nueve á diez de la noche, según indica el horario que ya conocemos, salía la reclusa de su aposento

por un jarro de agua y para tomar un alivio moderado y decente. Daba este ligero cuanto necesario esparcimiento á su espíritu conversando con su familia, y especialmente con sus queridas sobrinas y hermana mayor Doña Jerónima. La ardiente esposa de Jesús crucificado, con ser ella también crucificada, se regocijaba con los suyos como suelen hacerlo los amigos de Dios. Y nada más natural que la alegría de los santos, pues la virtud y la verdadera dicha son inseparables. Con sus naturales prendas, ennoblecidas por la gracia, Mariana era el encanto de sus parientes, ora les hablara, con aquel tino que le era peculiar, de cosas espirituales; ora les llevara al jardín para hacerles contemplar el cielo estrellado, é invitarles con esto á merecer algún día brillar como luceros en la gloria; ora cantara, acompañándose con la guitarra, canciones del paraíso. Damos aquí algunas estrofas de una de estas letrillas:

El gran Monarca Jesús,
Del Padre Eterno heredero,
Teniendo la Cruz por cama,
Hacer quiere testamento.

Porque la corona y clavos
Le tienen ya casi muerto,
Estando enfermo de amor,
Por sanar al hombre enfermo.

Enfermedades de amor
Nos le han puesto en tal extremo,
Y es tan agudo el achaque,
Que no se le halla remedio.

Pero nuestra heroica santa hubo de desempeñar en su familia otro oficio de caridad. Por lo mismo que esa familia cristiana era acepta á Dios, debía ser probada por las adversidades, como la de Tobías en Nínive¹.

Ya hemos dicho que esas pruebas y adversidades fueron el encarcelamiento de Don Cosme y la confiscación de sus bienes. En tan agitado mar de penas Mariana, inmóvil y firme como una roca, repetía á menudo en presencia de sus atribulados parientes estas palabras, que por sí solas dan muy alta idea de su paciencia: «Gracias á Dios que se acuerda de los suyos, y pues es Padre nuestro, él lo remediará como más convenga.» Empero, quería que ellos tuvieran los mismos sentimientos. Al efecto les ponderaba sin cesar el mérito y excelencia de la conformidad con el querer de Dios, igualmente que las ventajas de la pobreza, que nos pone en posesión del reino de Dios.

Añadía que, por más que hiciesen sus parientes, siempre quedarían pobres, sin comodidades ni descanso en esta vida—particularidades todas que declaró veinticinco años después en el Proceso Doña Ana Ruiz de Alvarado, asegurando que la profecía se había cumplido al pie de la letra.—

Obras maestras de la gracia de Dios y del celo de su sierva son las varias santas que ésta formó entre los de su parentela. Para comprender mejor lo que vamos á decir, remontémonos con el pensamiento

¹ Tob. XII, 13.

á unos catorce años atrás, y recordemos la escena que tuvo lugar cuando Mariana se despidió de su familia para ingresar en la soledad.

Dos de sus sobrinas, Juana y Sebastiana, ansiosas de acompañarla en el retiro, quisieron hacer desde luego voto de castidad. Prohibióselo Mariana á la primera, cuenta el Padre Butrón, «anunciándole que Dios la quería para casada, y describiéndole al propio tiempo las bellas dotes de quien le estaba destinado para esposo. Á Doña Sebastiana, por el contrario, la alentó para que incontinenti hiciera voto de castidad, y la animó á soportar toda clase de males, aunque fuese la pérdida de la vida, para observarlo.»

Estas palabras de nuestra *Azucena* encerraban una doble profecía. Explicar cómo estas predicciones se realizaron, y mostrar cómo llegaron las dos hermanas, bajo la dirección de su angelical tía, por caminos tan distintos, al mismo fin supremo, á la santidad y salvación, tal será el objeto de los siguientes párrafos. Esta digresión, más aparente que real, nos descubrirá más y más las virtudes y elevadas miras de la esclarecida virgen: ¿no se juzga del árbol por sus frutos?

Juana, casada en temprana edad con Don Juan Guerrero de Salazar, fué, cual otra Santa Brígida, dechado de esposas y madres. Concedióles Dios cinco hijos, que se distinguieron todos por su acendrada piedad y sólidas virtudes. Uno de ellos fué jesuita y murió en olor de santidad; otro, carmelita, y fundó el Carmen de Cuenca.

Para Doña Juana, así como para todos los que están imbuídos en los verdaderos principios, la santi-

ficación se identifica con el cumplimiento del deber; siendo á la vez toda para su esposo, toda para su casa, toda para su Dios, toda para su prójimo y toda para su propia alma.

Desvivíase para que todos los de su casa, hijos y sirvientes, hermanaran la instrucción religiosa con las prácticas religiosas; y juzgando que es más fácil impedir el mal que remediarlo cuando ya existe, á la corrección añadía la vigilancia, rondando la casa de día y más especialmente de noche. Á cierto visitante, constituido en dignidad, se le habían escapado algunas palabras ofensivas al pudor; al instante Doña Juana le dijo con no menos suavidad que resolución: «ó mudar de tema ó marcharse de mi casa».

Toda para los suyos, Doña Juana lo era también para los pobres de Jesucristo: con este fin invertía, con las debidas licencias, las ricas galas que recibía de su generoso marido y cuanto ahorra de vanidades femeniles, contentándose con un vestido de lana ordinaria. Particular objeto de sus cuidados fueron los enfermos, para quienes era á la vez médico, boticario y asistente; y si había preferencias, éstas eran por los más devalidos y más asquerosos. Varias veces se la vió curar de rodillas á dos indias cubiertas de repugnantes llagas. Presentóse en una ocasión á su puerta un pobre niño, huérfano y enfermizo; por orden de la señora comió durante dos años enteros con la familia, recibiendo de manos de los hijos el primer plato. Cuando moría algún pobre, ella misma tomaba de su cuenta el amortajarlo y hacerle los funerales. Que después le ayudara con

misas y sufragios á salir del purgatorio, no hay para qué decirlo.

No se crea que por atender á los demás haya por un solo momento descuidado su propia salvación. Merced á una bien combinada distribución de las horas, centuplicaba el tiempo; así que lo tenía para la meditación, la recepción de los sacramentos y para hacer devotas visitas á Jesucristo en la Eucaristía. Agreguemos á esto sus ayunos casi continuos, las disciplinas y cilicios que usaba habitualmente, y casi podremos compararla á Santa Brígida.

Aun cuando nos extendamos más de lo conveniente, no podemos menos de citar, en obsequio de las madres cristianas, una parte del discurso que al fin de su vida dirigió á una de sus hijas, llamada Catalina. «Yo me casé, hija mía, con tu padre, porque conocí muy á las claras la voluntad divina. Entre otros frutos de bendición te tuve á ti: yo te entregué á Dios desde el primer instante de tu vida. No ignoro que tus prendas serían capaces de llenar mi ambición, si aspirase al engrandecimiento de mi casa; pero todo lo renuncio con tal que, por mi consejo, logres la mayor de las dichas. ¡Ah! la vida, bien lo sabes, es breve, y no hay flor tan aplaudida ni belidad tan extraña, que no se trueque en vil polvo, apenas la toca con su mano yerta la muerte. Pero aunque el mundo no te engañase y pudiese alejar de ti la muerte, ¿merece la pena de ir en busca de sus goces, cuando es más en ellos lo amargo que lo sabroso? No sucede así en el claustro, donde todo contribuye á hacer el alma feliz y santa. No per-

mita el cielo que trate de violentarte en la elección de estado; pero si quisiera que celebrases, en lugar mío, para suplir mis veces, tus desposorios con un amante que nunca muere.» Á lo cual contestó enterrecida Catalina: «No entraré jamás, mientras viva mi madre, en religión alguna.» «Si es ésta la causa de tu firmeza», replicó la madre, «no temas, hija mía, porque Dios tiene decretada mi muerte para este parto que me espera». Así fué: Doña Juana murió al dar á luz un niño, que apenas bautizado voló al cielo con su madre.

Ésta acabó su vida á los treinta y tres años de edad, en el mismo día y hora que los cumplía. Á los seis años de sepultado, hallóse su cuerpo entero y perfectamente conservado. Su hija Catalina se hizo carmelita.

Hemos contemplado en Doña Juana la primera obra maestra de la *Azucena*; vamos á admirar otra de no menos primor en Doña Sebastiana. Ésta y su tía eran dos víctimas sacrificadas sobre un mismo altar, con la espada de la penitencia, entre los perfumes de la castidad, y consumidas en llamas de seráfica oración. Pedida en matrimonio por uno de los jóvenes más recomendables de Quito, é instada por su padre á convenir en ello, Doña Sebastiana, alegando su voto perpetuo de castidad, se negó absolutamente. Empero el capitán Don Cosme, resuelto á triunfar de la resistencia de su hija, permitió al pretendiente hacer los preparativos del caso. Doña Sebastiana en tales apuros corrió llorosa á consultar con su virtuosa tía, la cual dió su fallo, digno de

una santa y de un teólogo. «Yo sé muy bien», dijo, «que con casarte pudieras proporcionar á tu padre algún alivio, pero antes perder la vida que faltar á la promesa que se hizo á Dios, con la escritura de un voto. No llores, ni te acongojes, aunque veas contra ti á todo el mundo; de tu parte está el Esposo que te librárá del riesgo, aunque sea quitándote la vida en premio de tu constancia. No llores, que yo sé que no te has de casar. Mañana iremos á comulgar juntas á la iglesia de la Compañía y buscaremos algún medio eficaz, en el prudente dictamen de nuestro confesor. Con efecto, al día siguiente Doña Sebastiana enteró al Padre Camacho de lo que ocurría: «¿Por eso os afligís, señora?» replica el confesor. «Pedid á vuestro Esposo que, atendiendo á su honra, os quite, si no hay otro remedio, la vida, y os lleve á celebrar las bodas en la gloria.» Acércase Doña Sebastiana á recibir en su corazón al Esposo de las vírgenes; retiróse en seguida á la capilla de Nuestra Señora de Loreto, y postrada ante la Virgen Inmaculada, le dirigió esta súplica: «Tan amante sois, Madre mía, de la virtud amable de la pureza, que por conservarla hubierais renunciado el ser Madre del Altísimo. Vuestra humildad alegó por razón para dudar si podáis serlo, la guarda de la castidad; y yo, por imitaros en algo, la ofrecí á mi Jesús con voto. Conozco, Señora, que, estando firme en guardarlo, no renuncio tanto como Vos, que renunciabais la dicha sin segunda, de ser Madre divina; pero aunque renuncio tanto menos, os consagro lo más que puedo dar, que es mi vida. Venga, pues, Madre

mía, la muerte, venga en lo mejor de mis días, y sírvame de verdugo el amor de vuestro Hijo. ¡Antes olvidada en el sepulcro, teniendo á los gusanos por consortes, que admitir un esposo después de haberme consagrado á Dios para siempre!» Lo mismo fué concluir esta oración, que ser acometida de una fiebre maligna. Á los seis días, murió. Asistida en sus últimos momentos por la seráfica Mariana, le había oído decir entre otras cosas: «¡Adelante! hija mía, ¡adelante! que pocos meses me llevarás de ventaja. Por Pascua del Espíritu Santo de este año nos veremos en el cielo.» Luego le dió sus comisiones para María Santísima, á quien debía ofrecer en su nombre mil obsequios y mil actos de agradecimiento; por fin le encargó saludara á los demás protectores y amigos del cielo. Después de visitada en su agonía por Santa Úrsula y las once mil vírgenes, emprendió con ellas su vuelo á la gloria, la mansión del Cordero, de sus ángeles y amigos. Doña Sebastiana tenía á la sazón diez y nueve años de edad y era terciaria de San Francisco.

Mariana de Jesús, ante la familia reunida, pronunció en honor de la difunta el siguiente panegírico: «Querer quitar á Jesucristo su esposa Sebastiana, fué lo mismo que malograr en flor su vida. Ella consagró desde muy tierna á Dios su virginidad con voto perpetuo, y os rogó muchas veces que no le pusieseis estorbo á su observancia; porfiasteis por casarla; os avisó de que su Esposo celaba mucho su honor; pero vuestra insistencia no tenía límites, porque os

instigaba la pobreza; pues bien, ahí tenéis los resultados. Muy digno era, por cierto, el caballero que la pretendía; pero anticipóse el Rey de la gloria y poseyó, sin rival, sus amores. Su fineza para con Él no pudo mejorarse, y una excelente prueba tenéis en estos instrumentos de su martirio.» Y al decir esto, les mostró multitud de disciplinas y cilicios sangrientos. «No bastó para que cesaseis de perseguirla, el sacrificio de su cuerpo, y hubo de hacer á su Esposo el de su vida. Testigo soy de sus lágrimas, de su oración y del favorable despacho que recibió de María Santísima de Loreto. Vosotros le habéis abierto el cielo, por ventura sin pensarlo. Su belleza está asegurada para siempre, y no tenéis por qué llorarla. Sois sus padres y principales herederos: aquí tenéis estos ásperos cilicios y crueles azotes; vuestra es la sangre que los mancha, y ellos eran los únicos tesoros de vuestra hija.»

¿Puede hablar mejor una santa de otra santa? Habló con más elocuencia aún el cielo con la voz de los milagros. No es el menor el haberse hallado el cuerpo de Sebastiana, al cabo de nueve años, incorrupto y flexible como en el mismo momento de la muerte.

Doña Juana y Doña Sebastiana, después de Dios, debieron sus acrisoladas virtudes y dichosa muerte á la angelical Mariana.

Don Jerónimo de Paredes le debió su salvación. Como éste pretendiera un empleo de mucha responsabilidad, Mariana le dijo: «No quiera Dios, hermano mío, que yo te vea morir en ese puesto,

porque si mueres en esa ocupación te has de condenar; pero yo te ofrezco alcanzar de mi Esposo la seguridad de tu salvación, haciendo que no desempñes aquel cargo cuando mueras.» En efecto, Don Jerónimo no consiguió el deseado destino; y al poco tiempo murió.

Sirva de conclusión á este capítulo una máxima del Beato Cura de Ars: «Por donde pasa un santo, pasa Dios.»

Señor de las misericordias, dadnos santos, porque habemos menester mediadores y modelos de virtud.



CAPÍTULO XXVIII.

MARIANA DE JESÚS, PROVIDENCIA DE LOS POBRES Y ENFERMOS.

SUMARIO. Compasión con los seres irracionales. — Beneficios espirituales y corporales. — Milagros de la caridad. — Distribución diaria de socorros. — Doctrina cristiana. — Aseo de los pobres. — El pan bajado del cielo. — Los pies de los pobres. — Llave de la despensa. — Mariana asiste á los enfermos cual Hermana de la Caridad. — Saliva por remedio. — «¡Qué eficaz medicina la carne de vaca!» — Tisana milagrosa etc.

SÉANOS permitido consignar aquí, por vía de introducción al presente capítulo, una anécdota que nos patentiza cuán bueno y tierno era el corazón de la virgen quiteña. Alimenta Dios, con cariñosa providencia, además del hombre, rey de la creación, la avecilla que revolotea por los aires, el león que ruge en las selvas y el pez que juega en el agua.

Asimismo Mariana, vaciada en el molde de la divina bondad, hace extensiva su eficaz conmiseración á los seres irracionales. Movida de esa su compasión, se tomó el cuidado de mantener durante un mes á un perro que por sus fechorías había sido arrojado á un profundo pozo seco, de donde lo sacó la compasiva niña del modo siguiente: Ayudada por sus sobrinas Juana y Sebastiana, toma una cuerda, ata á ella un cesto y lo baja al pozo, creyendo que el perro se metería en él como por instinto. Después de un rato, las tres á una tiran de la sogá; sienten peso y resistencia, ¡buena señal! Por fin el perro asoma al brocal del pozo, con las dos patas delanteras amarradas al cordel. ¿Y la cañasta? Queda en la cisterna. Mas ¿quién ató al perro? Providencia de Dios, que quiso así mostrar á Mariana lo agradable que le era su compasión.

Que esta compasión haya sido inmensamente mayor en pro de sus semejantes y hermanos en Jesucristo, excusado es decirlo; pues elocuentísimos son los hechos sobre este particular.

Corría inminente riesgo de naufragar, cual bajel sin timón ni áncora, en el tempestuoso mar de la licencia y escándalo una viuda con sus tres hijas. La pobreza, la juventud y tal vez las gracias naturales, todo las exponía á ser el juguete de embravecidas olas. Mariana, que tan poco se preocupaba del alimento corporal, tomaba todos los días, una vez levantada la mesa, su ración de comida, y la mandaba á la desvalida familia. Tan del agrado de Dios era esta caridad, que la pagó en esta vida con monedas de continuados milagros.

Cuando las personas de servicio hacían el pan, allá iba Mariana, quien, tratándose de aliviar al prójimo, nunca paró mientes en frío ni en calor. Preguntada á qué fin trabajaba, puesto que el pan que amasaba no era para ella, contestaba: «Y aun cuando yo no lo coma, ¿faltará algún pobre en quien se logre mejor?» Al decir esto aludía á la familia de la viuda. Toma en seguida dos onzas de masa, y mientras con sus angelicales manos la trabaja, se aumenta tanto, que de tan escasa materia forma un pan grande y hermoso: «que excede en cantidad y regalos á todos los de la hornada». — ¡Que Dios, protector de los inocentes y padre de los huérfanos, multiplique en la sociedad imitadoras de la Beata quitiña, y que esas almas, sabiamente caritativas, resguarden, en las personas que peligran, la fe y la virtud, y veremos menos azucenas marchitas en jardines abiertos al público!

Doña María Rodríguez de Paredes había mandado hacer un traje nuevo. Mas faltábale el dinero para pagar la hechura, pues quien lo tenía era su tutor, á la sazón ausente de Quito. Fué la desconsolada señorita á comunicar sus apuros á Mariana, su prima. Dióle ésta varios consejos, entre otros el de confiar en Dios, que, en calidad de Padre, jamás deja de socorrernos oportunamente. Al despedirla le rogó se dignara cerrar la ventana. Pero al intentar realizarlo no acertaba en aquella operación de suyo tan sencilla. Por fin, á indicación de Mariana, miró si no había algún estorbo en el marco. ¡Eran algunas monedas, las necesarias para pagar á la costurera y

tomarle el vestido recién confeccionado. «¿Qué más queréis», díjole Mariana, «si Dios ha dado el remedio conforme á vuestra necesidad?»

Don Cosme de Caso no era de esos hombres que, después de haber socorrido con cualquiera limosna baladí á uno que otro mendigo, creen haber hecho mucho, y repelen á los demás diciendo fríamente: «Ya di, ya cumplí; váyanse á otra parte.» La palabra *basta* no era conocida en la familia del antiguo capitán español; á su puerta eran diarias las distribuciones de socorros á los menesterosos, y Mariana corría con ellas: cargo hermosísimo á los ojos de la fe. La compasiva doncella, como deben hacerlo todos los cristianos dignos de este nombre, al repartir limosnas, practicaba, no la filantropía que obedece á motivos puramente naturales, sino la caridad que mira y sirve á Cristo en los indigentes. Por lo cual les distribuía no sólo el pan que sustenta el cuerpo, sino también el pan que nutre y vivifica el alma: les enseñaba la Doctrina cristiana, y cuanto es necesario saber y practicar para salvarse; y lo hacía, según el Padre Butrón, con tanta caridad y llaneza de palabras, y con tantos ejemplos y comparaciones, que las verdades de la fe se imprimían fácilmente en inteligencias no avezadas al discurso y raciocinio; y á su tiempo daban el deseado fruto de conversión y vida cristiana. Mientras Mariana ejercitaba estas obras de misericordia corporal y espiritual, brillaba en su exterior, mayormente en su fisonomía y lenguaje, aquella bondad majestuosa, aquella sencillez llena de dignidad, aquella humildad encantadora del Salvador, cuando

decía: «Venid á mí los que sufrís, que yo os aliviare.» Al ver á Mariana rodeada de pobres á cual más andrajosos y harapientos, diríase que era una madre de familia que, tan valerosa como tierna, presta á un hijo sarnoso los más repugnantes servicios. Y en verdad, la sierva de Dios y su sobrina Sebastiana escogían cada cual entre los mendigos á uno que no tenía más título para su elección que el ser más desarrapado, más fétido y más lleno de miserias; y con caridad angelical y exquisita delicadeza le aseaban desde los pies hasta la cabeza. Luego Mariana sacaba de su aposento un canastillo de panes finos y sabrosos. Estos panes, cuya procedencia fué siempre un misterio para todos, eran llamados *panes bajados del cielo*, y del cielo debían de venir, puesto que en la casa de Mariana nunca jamás se habían visto panes iguales en forma y calidad.

Ya á punto de retirarse los pobres, contentos y agradecidos, antes quiere Mariana recibir de ellos un favor, que solamente la fe nos hará estimar por tal: colocados en dos grandes filas, póstrase á los pies de cada uno y se los besa; realizando así la máxima de San Vicente de Paúl: los pobres son nuestros amos y señores, y nosotros somos sus humildes servidores.

Protegía la solitaria á los desheredados de la fortuna con los cuantiosos socorros que ella misma recibía de caridad. Á más de esas distribuciones les consagraba el sudor de su frente. En efecto ocupábase cada día tres horas en labores de manos, y el

producto de aquel trabajo, con el permiso del confesor, llegaba por vías secretas á los menesterosos, y de allí al seno de Dios.

El amor, si es verdadero, es industrioso, y para llegar á sus fines inventa trazas admirables. Nuestra caritativa santa había celebrado con sus amados pobres un convenio, en virtud del cual les bastaría, en caso de urgente necesidad, llamarle la atención tirando una piedra á su ventana ó haciendo cualquiera otra señal. Poníase Mariana á disposición de ellos, con más prontitud que un cortesano sirve á su monarca. Si encontraba entonces en su cuarto alguna cosa con que auxiliarlos, se la echaba por la ventana. Si estaba sin nada, dejando á Dios por Dios, volaba en alas de la piedad á los suyos en demanda de socorros. Por toda contestación, su hermana Doña Jerónima, ó sus sobrinas, le entregaban la llave de la despensa. Que la sierva de Dios haya aprovechado este permiso largamente y á medida de sus deseos, sacando con ambas manos provisiones de toda clase, bien se puede colegir de lo que llevamos dicho. Lo que no hemos contado es que en la despensa nunca jamás se notaba merma. Al paso que la compasiva Mariana vaciaba las arcas, Dios las llenaba. Sus mismos parientes no acababan de entenderlo; por eso le echaban en cara su falta de confianza para con ellos y su poco amor á los necesitados. Asegurábales Mariana lo contrario; y sin darles á conocer el aumento milagroso de las provisiones, añadía que los pobres se habían ido muy satisfechos.

Confirman nuestro aserto estas frases del Ilustrísimo Señor González Suárez:

«Aunque Mariana se mantenía retraída del trato y conversación mundana, abandonaba su retiro cuando la caridad fraterna reclamaba sus oficios; y entonces acudía de preferencia á los pobres y desvalidos, principalmente á los indígenas, de quienes se manifestaba siempre condolida y amiga.»¹

La casa de Don Cosme, merced sobre todo á nuestra Beata, era como el palacio de la misericordia; á su puerta ningún menesteroso pidió socorro sin recibirlo; ninguno llamó sin ser introducido; ninguno buscó consuelo sin hallarlo abundante. Si hoy día las familias acomodadas practicasen las obras de misericordia espiritual y corporal en la misma escala, ¿no se resolverían muchos grandes problemas sociales? Mas ¡ay! ¡para cuántos la beneficencia, ya porque no se practica, ya porque se practica mal, ha dejado de ser caridad! Recordemos una máxima del divino Maestro: «Porque abundan los vicios, la caridad de muchos se resfría.»

Mariana, á más de ser la esclava y la madre de los desvalidos y pobres, era para los enfermos más que una Hermana de la Caridad. Apenas enfermaba alguno de su casa, aunque fuese el último de los indios y jornaleros, la santa se hacía toda y se multiplicaba para el paciente: haciendo de médico, agotaba el repertorio de las recetas usuales y caseras; como cocinera, preparaba personalmente las tisanas

¹ Historia del Ecuador t. IV.

y los convenientes manjares; y en calidad de enfermera, daba con sus propias manos los remedios al doliente, y asistíale en todo. No podía oír sin conmoverse los quejidos de quienes sufrían. Ingeniábase para consolarlos con palabras más dulces que la miel, para inspirarles confianza, prometiéndoles sus oraciones, y para animarles á sufrir cristianamente, refiriéndoles oportunos ejemplos. Así que cuantos fueron atendidos por ella, mejoraron; cosa que no pudo siempre prestarles la ciencia de la medicina.

La caridad cristiana, cual la practicaba nuestra santa, contribuye en gran manera al alivio físico y moral de los dolientes, bien porque es más esmerada, bien por levantar más eficazmente el ánimo decaído, bien sea por merecer las bendiciones de Dios, autor de la salud.

Entre todas las enfermedades la peor es indudablemente la locura, mayormente cuando la acompañan la penuria y el desamparo. Ésta fué la suerte por demás lamentable que le tocó á cierto cura de indios. Vivía de la caridad pública. Si Mariana tenía entrañable amor á todos los miembros dolientes de Jesucristo, á este sacerdote amaba con amor duplicado. Á sus ojos ilustrados por la fe era aquel infeliz demente un ministro del Salvador, su Esposo; un mártir, un apóstol, un pastor de almas y, añadiré, un justo, un hijo adoptivo de Dios, un heredero del cielo. Pues de advertir es que la santa sabía por revelación que el enfermo estaba en gracia de Dios. Á pesar de ser aquel sacerdote objeto de general compasión, era objeto de burla para los muchachos.

Á la vista de esas mofas y escarnios que cedían en mengua del respeto debido á los clérigos, la tierna virgen se acongojaba y lloraba de pena, y le prodigaba toda suerte de auxilios. Parecía darse cuenta de esas atenciones el loco, pues no obstante sus extravagancias daba señales de cariño y agradecimiento á su angelical protectora.

Ya hemos hablado de los remedios caseros de Mariana; pero cuando eran ineficaces los de la tierra, apelaba á los del cielo; así que no pocas veces obró curaciones milagrosas.

En prueba de lo cual nos cefiaremos á mencionar los dos hechos siguientes, que refiere el Padre Butrón. Á Doña María Rodríguez de Paredes, prima de nuestra santa, se le había lastimado el dedo de un pie tan gravemente que se temía la gangrena, y la paciente cojeaba de un modo horrible. Arrastróse un día, como mejor pudo, al cuarto de Mariana, á quien encareció el triste estado del pie y los agudos dolores que sufría. Compadecida la virgen, le dijo que se descalzase; tomó con la punta del dedo un poco de saliva, friccionó con ella la parte dañada, y poniendo sobre esa misma llaga una hoja de cierta planta que se ignora, le aseguró que muy pronto estaría sana. Al cabo de doce horas, le preguntó la Beata cómo se hallaba. «El pie está bueno desde que lo han tocado tus manos», tal fué la respuesta de la enferma; quiso verlo de nuevo la Beata, so pretexto de proseguir la cura; mas al inspeccionarlo comprobó con sus propios ojos que habían desaparecido hasta las cicatrices de la herida.

Al ausentarse de Quito para visitar sus haciendas, Don Juan Guerrero de Salazar y su esposa Doña Juana de Caso encargaron á Mariana el cuidado de una niña de tres años de edad. Jugaba un día ésta en el patio de la casa, cuando llegó de la hacienda una recua de mulas. En vez de resguardarse la niñita se acerca tanto á una de las bestias de carga, que recibe en la cara una coz, que le destroza narices y mandíbula, quedando tendida en el suelo, bañada en su sangre y sin señal de vida. La india Catalina, presente á esta desgracia, sin poderla prevenir, coge en brazos á la víctima que ya tiene por muerta, y deshecha en llanto corre al cuarto de Mariana, quien le sale al encuentro, sin duda por algún aviso de lo alto. Á su vez toma ésta en sus brazos á la niña, si no muerta, ciertamente moribunda, exclamando: «¡Ay Dios mío! ¿qué dirán ahora sus padres? ¿qué descargo daré yo de este suceso?» Empero, alientase su confianza en el poder de Dios; manda por un pedazo de carne de vaca y la aplica al destrozado rostro de la niña. Después de encerrarse con ella en su cuarto, cual otro Eliseo antes de resucitar al hijo de la Sunamitis, la recuesta en su propia cama; arrodillada á su lado, reza durante una hora con fervor y confianza, con suspiros y lágrimas. Por último, toma de nuevo en sus brazos á la niña. ¡Oh prodigio! está buena y sana; tanto que no conserva de las heridas más que una cicatriz insignificante, en forma de hilito apenas visible. «¡Oh qué eficaz medicina ha sido la carne de vaca!» dice una y otra vez Mariana á los de casa para

encubrir el milagro, «pues con ella ha curado Dios á mi sobrina.»

¿Trátase aquí de una resurrección ó de una curación? No es fácil decidirlo, por cuanto los testigos en el Proceso sólo declaran que la niña no daba señal de vida. De todos modos, el milagro es evidente. Añadamos que esta niña es la misma Catalina de quien hemos hecho mención al hablar de Doña Juana de Caso, su madre; y que no se mostró desagradecida á Dios, pues fué hija dignísima de Santa Teresa.

Doña María de Paredes, hermana de nuestra virgen, de resultas de una fiebre maligna estaba desahuciada de los médicos. Empero, más poderosa fué la santa que los facultativos. «No, no, de esta vez no se ha de morir; yo le enviaré una bebida con que mejorará y recobrará la salud.» Dichas estas palabras, Mariana coció en agua unas rosas secas que habían servido de adorno al difunto cuerpo de Santa Rosa de Lima. Lo mismo fué beber la enferma con fe aquella tisana, que empezar á mejorar.

Lo escrito en este capítulo demuestra la exactitud de su título: «Mariana, providencia de los pobres y enfermos.» Tanta verdad es que la piedad sirve para todo, según dice el Apóstol ¹.

¹ I Tim. IV, 8.



CAPÍTULO XXIX.

MARIANA CONSUELO EN LAS TRIBULACIONES Y TRANCES ANGUSTIOSOS.

SUMARIO. «No vayas contra la voluntad de Dios.» — «Nuestro hermano está salvo.» — Cierta india no morirá mientras lave la ropa de Mariana. — «En el cielo nos veremos.» — «Tu hermana no ha de morir de esta enfermedad.» — Abogada de los niños. — Ensancha milagrosamente urnas de Santos. — Predice la vuelta de dos pródigos. — Anuncia pruebas á su antiguo confesor. — Consuela á las benditas ánimas.

FUERA de los males físicos, como son la pobreza y las enfermedades, hay otros que afligen directamente el espíritu y más aún el corazón. Mariana hizo suyas estas penas y las remedió según sus fuerzas, imitando al Redentor, de quien dice el Evangelista que iba sanando toda dolencia y toda enfermedad en el pueblo ¹.

En una riña sangrienta un joven fué herido de muerte. Su madre, Doña Catalina de Peralta, corrió á ver á su santa amiga, en busca de consuelo. No le fué menester comunicarle el desgraciado suceso, pues la humilde virgen, cual profeta, estaba al tanto de todo lo ocurrido y por ocurrir. «La muerte del herido es inminente; por lo mismo debe sin pérdida de tiempo confesarse y recibir los últimos sacramentos; por lo que hace á ti, no queda otro remedio que abrazarse á la cruz, conformarse con la divina voluntad y hacer de necesidad virtud»: tales fueron, en resumen, los consejos de la santa, afor-

¹ Mat. IV, 23.

tunadamente seguidos al pie de la letra. El moribundo con grande edificación se reconcilió con Dios, con su enemigo y con el público, á quien pidió perdón del escándalo dado; y veinticuatro horas después expiró. Doña Catalina, como fuera de sí por las primeras impresiones del dolor, se encamina casi inconscientemente á la habitación de la *Azucena*, y por ser hora avanzada de la noche piensa llamar su atención tirando una piedra á la ventana. Asómase luego al punto la solitaria, que está en oración, y dice: «Ya sé, Catalina mía, que vienes traspasada de dolor por la muerte de tu hijo Antonio; no tengas pena, y da muchas gracias á la divina Majestad, porque está en carrera de salvación; no vayas contra la voluntad de Dios, sino dale muchas gracias.»

Un violentísimo terremoto había convertido la ciudad del Cuzco en un montón de escombros, ó, mejor dicho, en un vasto cementerio. La noticia de la catástrofe, con tener que atravesar un espacio de cuatrocientas leguas, llegó á Quito como en alas del viento. Grande fué por ello la consternación en la casa de Mariana, pues tenían en el Cuzco un miembro de la familia. ¿Y qué será de él? ¿No estará como otros muchísimos sepultado entre ruinas? Tales son las horribles incertidumbres que abruman á todos, y en particular á Doña Jerónima. Empero Mariana, que priva con el Rey de la gloria y es su confidente, desvanece todos los temores, asegurando que su común hermano está salvo.

Ningún afligido se acercó á la benéfica solitaria sin recibir positivo alivio, bien porque por su inter-

vención la causa de la pena desaparecía, bien porque la misma pena llegara á ser amada, y por lo tanto dejaba de ser aflictiva. Numerosos fueron en Quito los que experimentaron los valiosísimos consuelos de la caritativa reclusa.

Una india, entrada en años, habiendo caído gravemente enferma, solicitó por el conducto de tercera persona las oraciones de Mariana. Contestóle la santa que con muchísimo gusto la encomendaría á Dios, y que no pasase cuidado por aquel mal, pues mientras le hiciese la caridad de lavarle la ropa ni moriría ni enfermaría. Los hechos correspondieron de todo punto á aquella predicción, pues la lavandera de nuestra Beata murió de pura vejez.

Á Doña Juana Vivas, que le recomendaba á su marido, enfermo de gravedad y desahuciado de los médicos, la consoló en gran manera nuestra *Azucena*, asegurándole que su esposo no había de pagar tan presto tributo á la muerte. En efecto, á poco tiempo levantóse de la cama el enfermo y vivió dos años más.

Doña María de Miranda guardaba cama desde cinco meses; y viendo que su amiga y maestra espiritual, Mariana, no la visitaba, la mandó llamar, si quiera para darle cuenta de sus interiores disposiciones. ¿Quién lo creyera? la sierva de Dios no se dignó ir á la cabecera de la querida enferma; pero su sola respuesta valía por mil visitas: «En el cielo nos veremos; no busque Vd. gusto ni alivio en esta vida, porque muy pronto se hallará en la gloria, y yo

la seguiré dentro de muy poco.» Tan fausta noticia iba acompañada de un ramillete de claveles; todo lo cual llegó á tiempo apenas, pues la enferma casi al instante pasó á mejor vida, siguiéndola Mariana un año después.

Muy diverso del precedente fué el consuelo que dispensó Mariana á otra amiga de mucha confianza, que se hallaba casi moribunda con un horrible tabardillo. Habiéndola visitado nuestra santa, le cogió las manos, y le dijo con tono inspirado: «No te aflijas, que no has de morir de esta enfermedad, y has de vivir muchos años; ¡qué! ¿y piensas que has de llevarme la delantera y ver á Dios antes que yo? Pues sabe que primero he de morir yo que tú.» No obstante esta profecía, la enferma iba empeorando por momentos. Súpolo Mariana algunos minutos antes de acercarse á la sagrada Mesa: después de recibida la comunión, que ofreció por la que al parecer caminaba al otro mundo, dijo terminantemente á Catalina de Peralta: «Bien puedes irte segura á casa, porque tu hermana no ha de morir de esta enfermedad»; y aseguró que así se lo había revelado María Santísima desde una imagen de Nuestra Señora del Pilar. Con esta seguridad Catalina voló llena de confianza á su casa; y la enferma estaba muy aliviada y pedía de comer: lo que hizo con visible apetito. Entre tanto llegó el médico, y su primera palabra fué: «¿Vive aún la enferma?» ¡Cuál no sería, pues, su sorpresa al verla restablecida y con pulso regular! «Señoras», exclamó, «¿por dónde ha venido esto? Esta salud es un prodigio muy grande.»

Nuestra *Azucena* fué abogada no menos poderosa que amante de los culpables que acudían á su amparo. Don Juan Guerrero de Salazar, su sobrino político, tenía un niño sumamente travieso y díscolo. Reprensiones, castigos, caricias, súplicas: todo resultaba ineficaz. Por haber una vez huído de la casa paterna, fué sentenciado á un castigo más severo que de costumbre: ¿no era acaso reincidente? Ya se lo iban á aplicar, cuando escapó y huyó hacia el aposento de Mariana, en busca de un asilo, según él, inviolable; y no se equivocaba, pues su tía abogó por él ante sus exasperados padres, asegurándoles que desde aquel momento el culpable sería un niño sumiso, aplicado al estudio, y bueno. Y desde entonces se condujo tan bien, que mereció ser admitido en la Compañía de Jesús, en la cual murió santamente, como suelen morir los buenos soldados del Redentor.

Protección más estupenda todavía dispensó igualmente á otros niños la ínclita virgen, según leemos en el Proceso. José Rodríguez de Paredes y Cosme de Caso, ambos sobrinos de la santa, habían oído misa un día de la Ascensión en la iglesia de San Francisco. El capitán Guerrero de Salazar, encargado de ellos, creyó, con fundamento ó sin él, que no habían cumplido con el precepto en tan solemne fiesta. Bastó la sola sospecha para que, sin averiguar más, les aplicase al pie de la letra el dicho de la Escritura: «Quien excusa la vara, quiere mal á su hijo.»¹

¹ Prov. XIII, 24.

Fueron requeridos para ello dos indios, dejando servir el uno de patibulo y de azotador el otro. Entrado que hubieron todos, juez, verdugos y vicimas, en la habitación de Mariana, que, sin duda por divina disposición, había quedado abierta, cerróse ésta con aldaba y dióse principio á la flagelación. Á las primeras descargas llegó la *Azucena*, á quien se abrieron por sí mismas de par en par las puertas, cediendo sin duda al impulso de algún ángel. Echóles en cara la virgen lo injusto de aquel proceder, declarando que los niños realmente habían oído misa en San Francisco, como lo afirmaban.

Que el capitán haya procedido con alguna ligereza, es muy posible; mas ¿deberáse por esto desautorizar el uso de la vara? Hoy día ha sido desterrada del hogar y de las casas de educación, bajo pretexto de dejar en salvo los decantados derechos del hombre. Por eso al presente abundan más que nunca en toda la escala social los delinquentes. Nuestros antepasados, con haber manejado virilmente la vara, ¿han sido más bárbaros que nosotros?

No sólo los sobrinos, sino también las sobrinas experimentaron, si bien de diversas maneras, los beneficios de su virtuosa tía. Lo demostrará la siguiente anécdota. «Doña Juana de Caso», escribe el Padre Butrón, «tenía una imagen de María Santísima bajo la advocación de Copacabana, á la que profesan mucha devoción los peruanos y otros pueblos de América. Deseando colocarla en un altarcito con

su nicho, mandó construir la urna correspondiente; pero por haber errado las medidas el carpintero, resultó que la imagen con su corona no cabía en la urna: faltábanle cuatro pulgadas. Entró por casualidad Mariana en el cuarto y preguntó por qué no se ponía aquella imagen en su lugar. Díjole Doña Juana que por ser pequeña la urna, y agregó que no le sería difícil á ella hacerla entrar, con solo obrar un milagro. No pudo la humilde virgen oír estas palabras sin horrorizarse, y tapándose el rostro huyó á su aposento. Al día siguiente, al volver de la iglesia, observó que su sobrina estaba muy afligida, y como ya sabía el motivo de tal contrariedad, le dijo que hiciese de nuevo la prueba. La prueba había sido hecha repetidas veces, y era inútil intentar otra vez dar cabida en una urna de algo más de media vara, á una imagen que con su corona tenía tres cuartas: tal fué la contestación de la sobrina. Al oír esto Mariana tomó la imagen en sus manos, y diciendo: «Esta urna se ha hecho para esta imagen», la colocó sin dificultad alguna. Veinticinco años después, esa misma urna fué respetada del rayo, que culebreó alrededor de ella sin hacerla el menor daño.

En otra ocasión la Beata se halló en los mismos conflictos que su sobrina, respecto de un Niño Jesús, á quien el carpintero poco exacto hizo una silla demasiado pequeña; empero ella remedió su propia aflicción con un milagro, como en el caso precedente.

Nuestra preclara niña va á ser de una vez el consuelo de muchos. Una joven seducida quiso saborear los frutos del árbol de la ciencia del bien

y del mal. Árbol de la ciencia del bien y del mal llamo aquí la libertad en todas las formas, la licencia; árbol cuyos frutos fascinan el espíritu y el corazón. En consecuencia abandonó furtivamente el hogar doméstico, desertando á la vez de la virtud y el honor. De ahí siguióse escándalo general, la consternación de los buenos y las congojas de las familias de los dos prófugos. Muchas instancias se hicieron á la seráfica virgen para que tomara á pechos la conversión de aquellos desgraciados. El confesor, las hermanas y las amigas de la santa le pidieron á una que rogara con estas mismas intenciones. Mariana, no contenta con rezar diariamente una *Salve*, como se lo tenía preceptuado el Padré Camacho, pasaba todo el tiempo en un puro clamar al cielo. Al cabo de algunos días dijo: «No se aflijan, porque les hago saber que las dos tales personas se han de reducir á buena vida y han de tener muy buen fin y dichosa muerte»; profecía que empezó á verificarse muy en breve: los dos fugitivos volvieron sobre sus pasos é hicieron ejemplar penitencia, entrando el uno de franciscano, y dedicándose á la piedad y recogimiento la otra.

«Un hombre prevenido vale por dos», dice un adagio; por eso nuestra *Azucena* preparaba con oportunos avisos á los que iban á hallarse en trabajos. Era eso imitar á Cristo nuestro Señor quien con mucha anticipación hizo presente á los apóstoles cuanto habían de sufrir.

El Padré Antonio Manosalvas, antiguo confesor de Mariana, llegó repentinamente á Quito, enviado contra

toda previsión por los regidores de Riobamba. Su primera palabra, después de agradecer á Mariana el viático remitido por ésta para aquel viaje, fué para preguntarle de qué modo había podido saberlo de antemano. «El Esposo que tengo», contestó Mariana, «lo sabe todo y también sabía esta venida, por lo cual envié á Vuestra Paternidad el viático competente.»

Terminados los asuntos que lo habían llevado á Quito, el Padre se despidió de ella para regresar al lugar de su residencia. Díjole la sierva de Jesucristo, entre otras cosas: «Padre mío, vaya con Dios y mire que tenga paciencia; porque le están esperando muchos trabajos, y todos han de ser de cosas que ha de sentir mucho, porque son tocantes á su honra y reputación.» Antes de dos años, el Padre hubo de sufrir, sin merecerlo, humillaciones graves y denigrantes.

Por fin, que nuestra solitaria haya sido el ángel consolador de las benditas ánimas, no hay para qué repetirlo aquí. Ya hemos dicho al transcribir su reglamento de vida, que «desde las ocho de la mañana hasta las nueve sacaba ánimas del purgatorio, ganando indulgencias por ellas».

¡Amado lector! sin hacer milagros, puedes consolar á tus hermanos afligidos de muchas maneras, bien sea quitando la causa de sus penas, cuando es posible, bien sea infundiéndoles valor para santificarlas cristianamente. ¿Lo has hecho? ¿Lo harás?



CAPÍTULO XXX.

MARIANA Y LA VOCACIÓN Á LOS DIVERSOS
ESTADOS DE VIDA.

SUMARIO. «Esta niña no se ha de casar.» — «No te aflijas; pronto casarás con un hombre muy de bien.» — Funesto éxito de una elección desacertada en una alternativa propuesta proféticamente por Mariana. — Doña María y su hija desventuradas dos veces, por haber desoído los consejos de la santa. — Leche prodigiosa. — Dos alumbramientos milagrosos. — Las carmelitas y su convento. — «Padre, ¿y esas culpas olvidadas?»

SAMUEL, uno de los más célebres videntes del Antiguo Testamento, anunció á nombre del Altísimo, entre otras cosas, á Saúl y á David que eran elegidos para ocupar el trono de Israel. De igual manera nuestra *Azucena*, cual oráculo divino, resolvía el arduo problema de la vocación con autoridad y acierto, como si hubiese asistido á los consejos de la Sabiduría. Prueba irrefragable de que el Señor hablaba por boca de su sierva en punto á vocaciones, era la paz, la dicha de que disfrutaban todos los que recibían dóciles tan saludables avisos; y las decepciones y amarguras de quienes los desoían.

No recordaré el tono inspirado con que, conforme en otra ocasión insinuamos, al entrar en la soledad, anunció á una de sus sobrinas que Dios la quería para casada, al paso que alentó á otra á que hiciera voto de castidad perpetua.

Doña Juana, casada según predicción de su tía, tuvo entre otros hijos una niña por nombre Catalina. Ésta frisaba en los seis años, cuando al verla un día

nuestra santa dijo: «Esta niña no se ha de casar, porque Dios la tiene reservada para una gran santidad.»

Los años corrieron rápidos, como las aguas de un torrente impetuoso; la niña llegó á la adolescencia. Su padre, con el mayor sigilo, concertó el matrimonio de su hija con uno de los jóvenes más principales de Quito. Trajes de boda, alhajas, todo estaba preparado; sólo faltaba el consentimiento de la hija, el cual el padre miraba como seguro, consideradas las prendas excepcionales del pretendiente. Aproximándose el plazo señalado para el enlace, Don Juan Guerrero de Salazar dió parte á su hija de los arreglos hechos y le pidió que los ratificara con un acto positivo de aquiescencia; y á fin de hacer mella en su corazón sensible, le presentó, una tras otra, las joyas y galas de novia, desde tiempo prevenidas.

¿Resistirá Catalina á esta inocente seducción? Por una parte, ella es pobre, á causa de las adversidades sobrevenidas á su familia; por otra, quien le pide la mano es de lo mejor de Quito; además, tal es la voluntad de su padre. Por fin, la vista de aquellas galas ¿no fascinará á aquella señorita que acaba de entrar en la edad de las ilusiones?

Catalina agradeció muy de corazón á su amante padre tantas atenciones; y luego declaró sin rodeo que ya tenía escogido otro esposo infinitamente superior al que se le proponía; y para consagrarse á Jesucristo, Esposo de las vírgenes, entraría en el naciente Carmen de Quito.

Ante tan inesperada respuesta se calló el padre; pero como atribuyera aquella negativa á primeras

impresiones de sorpresa, valiéndose de terceras personas para aconsejarle que consintiera en el matrimonio, y para, en caso de nueva repulsa, probar su vocación al claustro. Mantúvose Catalina firme en su propósito, sin duda porque su bienaventurada tía, ya en el cielo, rogaba por ella. Al fin, recibida la bendición paterna, la digna sobrina de Mariana entró carmelita.

Hay quienes se figuran que los santos no piensan más que en reclutar gente para los conventos. Aun cuando esto fuese cierto, no tendríamos derecho para censurar á esos celosísimos amigos de Dios. Si bien los seglares pueden donde quiera que se hallen labrar su salvación, observando íntegros los divinos mandamientos, ¿no son los religiosos los que han escogido la mejor parte, de que jamás serán privados? Empero, los santos no fabrican las vocaciones, pues éstas tienen á Dios por autor, como tampoco los sabios fabrican la luz que nos viene del sol. Ilustrados por el Espíritu Santo, superiores á las pasiones que ciegan, los santos conocen el divino llamamiento: lo promulgan; en caso dado, amenazan para que sea obedecido, y siempre ruegan á este mismo fin. Si Mariana guiaba al claustro á los que para él estaban predestinados, dejaba en el siglo á los que eran llamados á vivir cristianamente en el mismo.

La señora Doña María de Caso, sobrina suya, había enviudado en la ciudad de Ibarra. El infortunio que la muerte de su esposo le acarreó no es para referido. Joven aún, estaba lejos de sus padres, con familia y con no pocas deudas transmitidas por su consorte. Además de esto, con ser mujer de con-

dición, le era preciso ocuparse personalmente en la administración de las haciendas. Sin saber qué hacer en medio de tantos azares, escribió una carta á su compasiva tía, en demanda de consejos y oraciones. Contestóle la santa que no se afligiese, porque no tardaría en «casar con un hombre muy de bien y muy apto para sacarla de todos sus apuros». Este hombre de bien no era otro sino el Capitán Don Alonso Sánchez, regidor perpetuo de Quito. Mas ¿por qué vías realizará su enlace con una señora desconocida, que vive á una distancia de veinticuatro leguas? Apenas despachada su carta, Mariana cayó enferma de muerte, y recibió los últimos sacramentos. Entre los numerosos quiteños que, vela en mano, acompañaban el Viático, se hallaba dicho Don Alonso. Mariana con detención fijó en él sus angelicales miradas, tanto que el Capitán, sin duda poco acostumbrado á ser así mirado de hito en hito por un ángel de la tierra, temió, como lo declaró después en el Proceso, que le escudriñase la conciencia. Murió la seráfica virgen. Mientras el Capitán trataba de regresar á la madre patria, España, le propusieron que se casara con la viuda de Ibarra, Doña María. Don Alonso, no obstante haber desechado varias otras proposiciones de esta índole, aceptó ésta á ojos cerrados, sin deliberar un momento. Tenía por móvil de esta determinación no sólo las atenciones de que había sido objeto de parte de la moribunda Mariana, sino también el deseo de entrar en una familia de santos y emparentarse con la penitente solitaria y émula de los ángeles, á quien el público

ya canonizaba. Verificado el matrimonio, Don Alonso se mostró, sin desmentirse nunca, excelente cristiano, marido inmejorable, administrador sagaz y económico.

Otro hecho: Dos personas principales de Quito, de igual mérito, pedían á un tiempo la mano de la señorita Doña Ana Ruiz de Alvarado. No sabiendo ésta á cuál de las dos elegir, pidió luces á Mariana, en compañía de su madre. Escuchó la santa el punto de consulta, y luego con espíritu profético habló en estos términos: «Ambos sujetos son muy buenos y dignos de tu hija; pero si se casa con el primero, disfrutará largos años de la felicidad de un buen matrimonio; si con el segundo, le gozará poco tiempo, y después de perderle pasará grandes trabajos.»

Parece que la señorita, al oír estas palabras, debía sin titubear un instante, decidirse por el primero; mas todo lo contrario: semejante á otras muchas que piden consejos á todo el mundo, y están ya determinadas á seguir su propio dictamen, casó con el segundo, quien murió en breve, dejándole como principal herencia mil trabajos y contradicciones sin cuento.

Doña María de Paredes no fué más cuerda ni más dócil que la precedente señorita. Había dispuesto ella, según el Padre Butrón, que una hija suya se enlazase con cierta persona que le pareció muy conveniente. Habiendo sometido á Mariana aquel proyecto, oyó de su boca que mirase bien lo que hacía: caso de efectuarse aquel matrimonio, ella y su hija pasarían muchos trabajos y disgustos. Empero más poderoso fué el capricho de la madre, que el sabio consejo

de la santa. Celebróse dicho matrimonio; pero á poco fué declarado nulo por el obispo de Quito.

¿Escarmentaría con esto aquella madre? ¡Ay, no! Segunda vez intentó casar á su hija, y segunda vez pidió el parecer de Mariana. Éste fué que aquel segundo marido, si llegaba á serlo, les daría á las dos más trabajos que el primero. Con todo, ¿quién lo creyera? llevóse á cabo el tan desconcertado enlace; pero las penas y sinsabores que del mismo se originaron fueron tales, que mayores no pueden ser.

Empero, ¿bastará abrazar el estado de vida que el Señor nos ha prefijado? De ninguna manera; preciso es perseverar en él y llenar los deberes que el mismo nos impone. Por eso la esclarecida reclusa decía con el Apóstol: «Cada cual ha de permanecer en la vocación á que fué llamado.»¹ Á esto convergían sus consejos y oraciones. Tomamos casi literalmente del Padre Butrón los dos hechos siguientes.

Padecía disgustos sin cuento de parte de su consorte Doña Escolástica Sarmiento, con la cual se había criado nuestra *Azucena*. Llegaron á tal extremo un día sus pesadumbres, que fué á la iglesia de los jesuitas á comunicar con su confesor los medios que había ideado para librarse de ellas á toda costa. Desgraciadamente el confesor no pudo atenderla, por estar enfermo. Entonces Doña Escolástica resolvió ejecutar sin más sus desatinados proyectos. Es verdad que allí estaba su amiga Mariana, quien podía socorrerla eficazmente con sus consejos y oraciones; pero

¹ I Cor. VII, 20.

precisamente rehuía encontrarse con ella, para no tener que desistir de sus despropósitos; ya salía como á hurtadillas de la iglesia, cuando se vió de manos á boca con la santa. Ésta la reprendió con palabras amorosas por su desacertada resolución; luego exhortóla á que esperase con fiadamente y para muy en breve el consuelo divino. Tan eficaces, oportunas y consoladoras fueron aquellas palabras, que Doña Escolástica puso únicamente en el Señor su confianza; y no tuvo por qué arrepentirse de ello; pues en ese mismo momento desaparecía para siempre jamás todo motivo de discordia y descontento entre los dos consortes.

Más extraordinario que el precedente es el suceso que vamos á relatar. Juana de Sangüesa, esclava de condición, tenía por esposo á un negro de genio terrible, llamado Juan Rivera. Entró en aquel hogar el demonio del odio y de la venganza, y el brutal marido tiraba á matar á su mujer. Ésta, bien fuese para asistir á misa, bien por huir de su verdugo, se trasladó un día á la iglesia de la Compañía de Jesús. Tuvo noticia de ello el bárbaro marido, y sin reparar en lo sagrado de aquel lugar, resolvió perpetrar allí mismo su bien meditado asesinato. Coger un puñal y penetrar en la iglesia, fué cosa de un instante: ya tenía clavados los ojos en su víctima, cuando ésta corrió á refugiarse cerca de Mariana, como en un asilo seguro. Levantóse entonces la santa, y saliendo al encuentro del enfurecido Rivera, le dijo con irresistible dulzura: «Aquíetate, hijo, aquíetate. ¿Qué es lo que pretendes hacer? Repara

que vas á cometer una enorme culpa.» Con estas y otras semejantes palabras trocóse aquel tigre sediento de sangre en manso cordero. No se decidía, sin embargo, la mujer á juntarse con él, pues si bien le constaba el cambio repentino obrado en su marido, podía éste recaer en sus frenéticas iras de antes, y en este caso ¡ay de ella! Díjole nuestra seráfica virgen, que no tuviese miedo ni recelo; pues, hechas á petición de su consorte las paces, nunca jamás volvería aquél á atentar contra ella, ni siquiera ella volvería á tener el más leve disgusto. Efectivamente, Rivera hizo las paces por medio de terceros, y fué la reconciliación tan estable, que en los veinte años que duró el matrimonio no volvió á caducar la paz ni por un momento.

Á fin de facilitar la perseverancia de cada cual en su respectiva vocación, Mariana de Jesús aliviaba á todos, cuanto podía, los deberes de su estado.

Una india sirvienta en la familia de nuestra *Azu-cena*, no tenía suficiente alimento natural para un niño de pechos, ni recursos para procurárselo de otra manera. La inocente criaturita, acosada por el hambre, lloraba día y noche. Remediólo todo la angelical solitaria con un milagro en favor de la madre.

Doña Jerónima de Paredes padecía desde varios días crueles dolores de parto sin poder dar á luz. Las circunstancias eran tales, que sólo se esperaba la muerte de un momento á otro. La santa y agraciada hermana trató el asunto á solas con Jesucristo; y tan eficaces fueron sus ruegos, que á poco

nació felizmente una niña, que con el tiempo fué carmelita, con el nombre de Andrea María de la Santísima Trinidad; y en 1680 fundó con otra parienta inmediata el Carmen de la ciudad de Cuenca¹.

Igual favor debió á nuestra virgen una negra, criada de la misma casa; con la diferencia de que la criatura apenas bautizada voló á la gloria. Mariana, al saber aquella prematura muerte, dijo: «Ese negrito estaba destinado para el cielo.»

Nuestra ínclita penitente y contemplativa obtuvo del Señor, á fuerza de oraciones, una gracia extraordinaria, que había de fomentar en Quito las vocaciones religiosas. ¿Cuál será esa gracia? La de que su casa fuera algún día convertida en convento de Santa Teresa. Veinte años antes de que se estableciesen las carmelitas en Quito, escribe un biógrafo, cuya relación compendiamos, comunicó Dios á su sierva tan á las claras todos los designios de su Providencia acerca de la fábrica del convento, que rebotando de placer dijo á su confesor, el Padre Manosalvas, que el cuarto en que ella vivía había de ser habitación de las esposas de Jesucristo. Hablando en varias ocasiones con sus parientes, les declaró terminantemente que *su casa había de ser convento de religiosas carmelitas descalzas, y que serían veintinueve*; por lo cual les suplicaba que de ningún modo se deshiciesen de una casa que, como alhaja preciosa, tenía Dios reservada para relicario de sus misericordias. «¡Oh! ¡quién fuera dichosa de ser esclava

¹ Historia del Ecuador t. IV.

de vírgenes tan sagradas!» exclamaba á veces. «¡Oh! ¡si yo mereciera ser una de las escogidas para esposas del gran Rey! Si llegara á vivir, sería la primera que procuraría lograr esta dicha, que lo es y grande, el ser hija de mi amada y venerada madre Santa Teresa.»

Volviendo cierto día de comulgar, llamó á tres personas de confianza, y después de mandar cerrar las puertas de la calle, les dijo: «¡Qué á propósito es esta casa y sitio para convento de carmelitas descalzas! pues sepan que aquí se ha de fundar con el tiempo. Vengan ustedes conmigo y verán trazar las oficinas.» Y recorriendo con ellas toda la casa, les decía: «¡Qué gustosas vivirán aquí las carmelitas! En este sitio estará la portería; allá el torno; esto será refectorio, aquella la cocina. La iglesia caerá en el lienzo de la calle, y en el cuarto donde yo vivo estará el coro.»

«Sobre el exacto y puntual cumplimiento de esta profecía», escribe el Ilustrísimo Señor González Suárez, «están unánimes todos los testigos que declaran en el Proceso de beatificación.»¹

«El primer convento ocupado por las hijas de Santa Teresa en Quito», dice este historiador, «estaba situado al extremo septentrional de la ciudad. Viendo construir allí el convento, decían las buenas gentes de Quito: El convento de las carmelitas descalzas no ha de permanecer allí, porque Mariana de Jesús anunció que en la casa de ella había de

¹ Obra cit. t. IV, pág. 243.

ser donde se verificaría la fundación. Don Martín de Arriola, oyendo semejantes anuncios, como haciendo mofa de ellos, contestaba irónicamente: '¡Ya veremos cómo se cumple la profecía de la criollita!' y continuaba dando calor con toda su autoridad de Presidente á la construcción del convento. Ya que la obra se hallaba para concluirse, tres religiosas profesas, del monasterio de Lima, llegaron á Quito el 4 de febrero de 1653, y el convento se fundó en el punto donde el Presidente lo había mandado construir; allí estuvieron un año, pero fueron tantas las incomodidades que sufrieron á consecuencia del frío y de la humedad, que se vieron en el caso de abandonar el convento y buscar habitación más cómoda; y entonces fué cuando pasaron á establecerse en la casa del capitán Don Juan Guerrero de Salazar, casado con una sobrina de Mariana de Jesús, el cual ofreció su casa, asegurando que lo hacía por haber oído á la insigne virgen que allí era donde Dios tenía dispuesto que se fundara en Quito monasterio de carmelitas descalzas.

«Cuando los quiteños vieron la nueva fábrica, quedaron maravillados, reconociendo que la iglesia y todas las oficinas de la casa estaban en los mismos puntos señalados veinte años antes por Mariana de Jesús.»

Indudablemente Nuestro Señor quiso premiar las heroicas virtudes de la *Azucena*, perpetuando en su casa la oración y la penitencia por las dignas hijas de la virgen de Ávila.

Anhelaba nuestra santa por que los sacerdotes tuvieran aquella pureza de corazón que reclama la

santidad de sus ministerios. El Padre Manosalvas acababa cierto día de confesar á su hija espiritual, y estaba en la sacristía disponiéndose para celebrar, cuando llamóle Mariana y díjole que confesase primero tal y cual culpa de la vida pasada, de la que por olvido nunca se había acusado. Así lo reconoció el Padre, y así lo ejecutó con toda diligencia y prontitud. No contento con esto, tomó la resolución de no oír á nadie en confesión sin haberse confesado él primero; resolución que cumplió fielmente.

¡La vocación! he ahí sin duda uno de los asuntos más trascendentales; y sin embargo, es el que para muchos merece menos atención. De ahí tantos desaciertos irreparables.



CAPÍTULO XXXI.

FRUTOS DE SALVACIÓN DEBIDOS AL CELO DE MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. Conversiones. — «Don Bernardo, dentro de ocho días habrá Vd. dado cuenta á Nuestro Señor en la otra vida.» — Un joven loco recupera la razón en el artículo de la muerte. — Resurrección del cuerpo y del alma. — Doña María Duchisela se santifica por las oraciones y consejos de Mariana. — Celo por la perseverancia. — Hermandad del Cristo de la Buena Muerte. — Predice al Padre Enebra su muerte repentina para que esté preparado.

CUÁNTOS frutos no producen los árboles que están plantados junto á la corriente de las aguas! ¡y cuántos frutos de salvación no ha producido Mariana de Jesús, inundada como estuvo siempre

de gracias extraordinarias! Sólo en la gloria nos será dado conocer las almas que le deben, después de Dios, su felicidad eterna. Mientras tanto mencionemos algunas conversiones obradas por la intercesión de la solitaria.

Cierto caballero, por nombre Bernardo, esclavo de criminal pasión, deseaba romper las cadenas de carne con que le tenía cautivo y ahrojado el infierno. Faltábale para ello lo principal, esto es, el valor, las fuerzas, en fin, la voluntad; pues las conversiones, si bien son obras de la gracia, son también hijas de la voluntad que coopera á ella. Para dicha suya, Don Bernardo al ver cierto día á Mariana entrando en la iglesia, se le acercó para encomendarse á sus oraciones; detúvose la recatada *Azucena*, y, contra su costumbre de no hablar con hombres en aquel paraje, le preguntó por tres veces cuál era su necesidad. Manifestósele el pobre caballero con sencillez y franqueza. «Está muy bien», contestó ella, «aplicaré á su intención la comunión de esta mañana.» Y aunque no lo haya dicho, seguramente ofreció á Dios grandes maceraciones. Concluídas sus devociones, Mariana sale de la iglesia para su casa, encuéntrase con aquel pecador, y le dice como el profeta Isaiás al rey Ezequías: «Señor Don Bernardo, tengo que decir á Vd. cosa que interesa á su salvación eterna, aunque siento no poco haber de decírsela. Dispóngase Vd. para morir, porque dentro de ocho días habrá dado cuenta á Nuestro Señor en la otra vida.» Agradeció Don Bernardo tan oportuno aviso; sin demora puso orden á su conciencia, y ¡felizmente!

pues á los ocho días murió penitente. Este hecho figura en el Proceso.

Un joven había recorrido todos los cenagosos caminos del vicio y escándalo; al fin, víctima de sus excesos, cayó enfermo de muerte, siendo trasladado al Hospital Real. Para colmo de desgracia, perdió la razón; hallábase por lo tanto en la imposibilidad física de convertirse y de obtener el perdón de Dios. Sabedora de este cúmulo de desventuras, Mariana hizo lo que las hermanas de Lázaro: coadyuvando á la eficacia de sus oraciones con la virtud de sus maceraciones, suplicó á Jesús viniera con su gracia omnipotente á resucitar y sacar del sepulcro de la impenitencia, á aquel pecador á quien Él amaba. El Salvador no pudo resistir á tantas plegarias y mortificaciones y concedió la misericordia que se le pedía. El joven recuperó el juicio, y recibidos con edificación los últimos sacramentos, murió dando muestras de verdadera enmienda.

La *Azucena*, tan fecunda en frutos de salvación, va, mediante sus oraciones, á obrar en una misma persona una doble resurrección, arrancando el cuerpo de manos de la muerte y el alma de las del demonio.

«Un día por la mañana», según el Ilustrísimo Señor González Suárez, «Mariana de Jesús llamó á su aposento á un cierto Roldán, mozo honrado, vecino de la casa en que vivía la sierva de Dios, y dándole pormenores y señales muy circunstanciadas, le pidió que fuera á las orillas solitarias del Machángara y trajera de allí el cadáver de una pobre india suya, á quien el marido por celo había asesinado pocas horas

antes. El asesino había satisfecho su venganza muy á ocultas y estaba tranquilo con la seguridad de que su crimen era ignorado. Ignorado estaba en verdad de todos menos de Dios, que se lo dió á conocer á Mariana de Jesús, inspirándole al mismo tiempo lo que ella había de hacer.

«Obedeció Roldán dócilmente; fué al lugar determinado; las señales estaban manifestas, no faltaba ni una sola; cavó la tierra recién amontonada; encontró el cadáver y lo trajo con toda precaución á la casa de Mariana. Sacó la venerable virgen unas rosas secas y las fué aplicando al cadáver en los puntos donde se veían las señales de la soga con que la infeliz india había sido estrangulada, y al contacto de tan singular medicina, la muerta volvió á la vida.

«Las rosas habían sido recogidas de sobre el cuerpo difunto de Santa Rosa de Lima y traídas de Lima por Don Cosme de Caso, quien se las obsequió á Mariana.»

Hasta aquí el citado historiador.

Preguntada la resucitada, quién la había protegido en medio de sus congojas y agonías, dijo haber visto y oído entre sueños á su señora Mariana, prometiéndole su amparo. Al obrar aquel estupendo milagro, la santa se proponía sobre todo devolver á esa alma, muerta por el pecado, la vida de la gracia santificante. Á este fin atrajo sobre ella por todos los medios posibles, auxilios sobrenaturales, y al contacto de esas gracias y rosas del Calvario, donde Cristo Señor nuestro murió por los pecadores, convirtiéndose muy de veras la india María y recuperó la vida de

los hijos de Dios, y esta vida divina no la volvió á perder, como todo lo hace suponer: tanto su afán por lavar la ropa de la venerable virgen y por acreditar de este modo su gratitud, cuanto su diligencia y puntualidad en guardar la Ley de Dios, su frecuencia de sacramentos, y por último, el calificativo de mujer sólida y virtuosamente piadosa que le dieron las personas de la casa.

El hecho referido ha sido declarado en el Proceso por varias personas, acordes en todos los pormenores.

No solamente la celosa penitente procuraba con afán las conversiones, sino también la santificación, el adelanto en la enmienda de los vicios y en la adquisición de las virtudes. Véase la manera cómo ganó enteramente para Jesucristo y la Virgen Santísima á Doña María Duchisela, india de noble linaje y descendiente de los Incas. Transcribiremos casi palabra por palabra lo que sobre este particular cuenta el Padre Butrón, ó, mejor dicho, el presbítero Castro.

«El año de 1644, uno antes de la muerte de Mariana, dicha señora fué á Quito á entablar un pleito; y al día siguiente, que era sábado, quiso encomendar su negocio á su celestial Madre, asistiendo á la misa que se celebraba en la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles en el Hospital Real, que forma esquina con la casa de Mariana. Estaba oyéndola desde la calle, llena de joyas y ostentando lujo y profanidad, que es el placer favorito de las indias, y que en ésta daban realce á sus gracias naturales; cuando al pasar Mariana por allí de vuelta de la iglesia, y tocando á alzar en aquel momento, se

arrodilló junto á la noble india. Después de la elevación del cáliz, la saludó con cariñosas palabras, sin haberla visto jamás hasta entonces. Concluída la Misa, trabó conversación con ella y le preguntó cómo se llamaba y cuál era el objeto de su viaje á Quito, etc., añadiéndole por agasajo que tenía muy lindo nombre, que fuese muy devota de la Reina de los Ángeles y que no malograra sus raras prendas. En la conversación supo Mariana que la india pensaba volverse á su pueblo de Yaruquiez á los quince días, y sobre este particular le dijo que no sería así, y que ya se lo daría á conocer la Virgen Santísima. Habló con tanta gracia y dulzura, que Doña María quedó muy prendada de ella, y preguntando después á varias personas quién podía ser aquella joven, todos le dijeron que, según las señas, era Mariana de Jesús, á quien todo Quito tenía en concepto de santa.

«Con esta noticia fué á buscarla á la iglesia de la Compañía, donde ella misma confesó que tenía repugnancia á entrar.

«Hallóla debajo del púlpito, y pidiéndole que la encomendase al Señor, respondió Mariana que desde el momento que la conoció, se impuso el cuidado de hacerlo; pero que la exhortaba á frecuentar aquella iglesia y á rendirse á las divinas inspiraciones de hacerse santa.

«Por dicho de la misma señora Doña María se sabe que aquellas palabras fueron siempre para su alma en lo sucesivo agudísimos estímulos que la impulsaban á darse del todo á Dios, como lo hizo, santificándose más de día en día, sin salir de Quito hasta

su muerte, y perseverando en la virtud, bajo la dirección de los Padres á quienes antes tenía tanta aversión.

«Con esta dichosa señora obró Dios muchos prodigios, por la intercesión de su sierva; y fué el primero que, siendo desde niña de natural tan iracundo, que á cualquier disgusto montaba en cólera, y á veces con tanto exceso que caía en tierra perdiendo el sentido, puso por intercesora á Mariana para alcanzar la mansedumbre, y logró por tal medio reformar su carácter por completo.»

La angelical contemplativa de Quito, además de ser apóstol de la conversión, lo era también de la perseverancia. Y con razón, pues para la consecución de nuestro fin supremo, la una no es menos indispensable que la otra. Ahora bien, entre los medios de perseverancia sobresalen por su eficacia las piadosas asociaciones ó hermandades. Esto se comprende; en una congregación — discurre San Alfonso, que tanto y con tal acierto escribió acerca de estas materias — son puestos por obra cuantos medios nos encadenan al servicio de Dios, como son: las amonestaciones de caritativos celadores, los buenos ejemplos de los hermanos, oraciones públicas y privadas, pláticas y exhortaciones particulares, recepción de sacramentos, gracias especiales anejas á tal ó cual cofradía, y por fin la divina benevolencia, etc. En suma, la congregación es un arca de salvación. Motivos todos por los cuales nuestra *Azucena* tomó á pechos siempre el establecimiento y prosperidad de las cofradías.

Oígame á este respecto las declaraciones juradas de un testigo fidedigno, el Padre Juan Martínez Zarco, primero jesuita y director de una congregación de indios y luego ermitaño de San Agustín. Venerábase en la iglesia de la Compañía de Jesús en Quito un *Ecce-Homo* bajo la advocación de *Cristo del Consuelo*. Mariana, al ver el poco culto que se le tributaba, suplicó al Padre Martínez cantara cada viernes una misa en honor del *Cristo del Consuelo*, como hacía todos los sábados en obsequio de Nuestra Señora de Loreto. La indicación de la celosa penitente agradó á dicho Padre; mas por varias dificultades no era fácil poner en ejecución tan hermoso proyecto. De estas dificultades se hacía cargo la sagaz solitaria; pero no por ello se desanimaba, antes al contrario cobraba nuevos bríos. Así que aseguró al Padre que Dios lo tenía destinado para aquella empresa, y queriendo coadyuvar á ella más con obras que con palabras, Mariana de Jesús encabezó una lista de suscritores, comprometiéndose á dar periódicamente, con el permiso de su confesor, algo en dinero y algo en cera. Así allanadas las dificultades, cantóse una misa todos los viernes y en el altar donde estaba el *Ecce-Homo*, llamado desde entonces altar de la *Buena Muerte*, y convertido en centro de devoción, ardían en ciertos días numerosos cirios, mientras que en su derredor oraban de rodillas muchos fieles. Aquellas prácticas en honor del *Cristo del Consuelo* iban prosperando y generalizándose; por lo que más tarde la Divina Majestad estaba de manifiesto durante la misa cantada, á lo cual se

añadió después una plática mensual sobre la muerte. Navegaba aquella hermandad viento en popa, llegando sus reuniones á ser semanales; delante del Santísimo Sacramento tenía media hora de oración mental, fuera de otros ejercicios y preces. Además de esto, en ciertas épocas del año ganábase indulgencia plenaria. Esta congregación estuvo floreciente muchísimo tiempo; al cabo de unos cincuenta años, sus ejercicios, modificados en la forma y subsistentes en el fondo, seguían produciendo opimos frutos de salvación.

¡Amado lector! ¿no serás tú por ventura uno de aquellos á quienes Dios dice lo que á Noé: «Entra en mi arca»? Si estás ya felizmente en ella, no salgas por ningún motivo, pues probablemente no regresarías á ella batiendo alas como la paloma.

Veamos cuán eficazmente contribuyó la *Azucena* á asegurar una buena muerte al Padre Juan de Enebra, jesuita. Díjole un día que para morir, él no daría que hacer ni á médicos, ni á boticarios, ni á enfermeros; era esto predecirle una muerte repentina. Dió tal crédito el Padre á las palabras de la santa, que, no contento con prepararse cada día para morir, llevaba de continuo un crucifijo bendito para el artículo de la muerte. Después de haber visitado un día al Santísimo Sacramento y expresado sus abrasados afectos á su Amigo y Huésped divino, bajaba al comedor, cuando en las gradas de la escalera cayó sin conocimiento para no levantarse más; lo único que pudo recibir fué la absolución y la extremaunción bajo condición.

¡Qué tránsito tan feliz! ¡Ir desde el pie del altar al tribunal de Jesucristo! ¡pasar de las sombras de la fe á la clara visión de la realidad!



CAPÍTULO XXXII.

MARIANA DE JESÚS SE OFRECE Á MORIR
POR SU PATRIA, Y ACEPTADO POR DIOS SU
SACRIFICIO, CAE ENFERMA.

SUMARIO. Doble azote. — El Padre Alonso de Rojas ofrece su vida por Quito. — Mariana substituye la suya. — Cae enferma. — Cesan los castigos divinos. — Últimas llamaradas de una luz que se apaga. — Es visitada por el obispo de Quito. — Recibe el Viático.

NADIE tiene más grande amor, dice el divino Maestro, que el que da la vida por sus amigos¹. Mariana, porque rebosaba de caridad, daba la suya por su patria. Quito, según todos los biógrafos de nuestra santa, había con reiterados pecados incurrido en la indignación del Señor y armado su brazo vengador; nuestra santa, ofreciéndose como víctima voluntaria por la ciudad culpable, atrajo sobre su persona los efectos de la divina venganza.

«En el mes de febrero de 1645», relata el Ilustrísimo Señor González Suárez, «se arruinó la antigua villa de Riobamba, á consecuencia de un terremoto tan violento, que echó por tierra las iglesias, los conventos y las casas de los particulares; murieron muchos aplastados por los edificios, y la población quedó reducida á escombros, en tanto extremo que

los vecinos trataron de trasladarla á otro punto. En Quito se sintieron también algunos temblores.

«La población estaba consternada; porque al susto causado por los temblores de tierra siguió el terror difundido por el flagelo de la peste; las casas se llenaron de enfermos, acometidos de alombrilla y de garrotillo; de noventa colegiales que había en el seminario de San Luis, solamente escaparon tres: todos los demás cayeron enfermos, y algunos murieron; en las gentes del pueblo y principalmente en los indios desaseados é indolentes, el contagio hizo estragos.»¹ Según el mismo historiador, murieron en aquella ocasión más de cinco mil personas en Quito.

Figurémonos la tristeza, el pavor y la consternación de aquellos habitantes; heríanles los oídos, casi sin interrupción, toques de agonía, toques de entierro, toques de Viático. Entre los sobrevivientes oíanse los alaridos de los muchos que sufrían, y los gritos y sollozos de los que lloraban á seres queridos, arrebatados por la muerte; los ojos apenas si veían casas sin el crespón fúnebre encima de la puerta y personas sin señales de luto; surcaban las calles y cruzaban las plazas filas de cadáveres, llevados á su última morada. Sucedió esto durante la Cuaresma; los oradores sagrados tomaban pie de esas calamidades para intimar, á nombre de Dios, la penitencia á los quiteños, como lo había hecho Jonás para los ninivitas.

Sólo convirtiéndose era cómo podían arrancar de manos del Señor el pesado azote y librarse de una

¹ Juan xv, 13.

¹ Historia del Ecuador t. IV, pág. 206.

BRUCHEZ, La Azucena de Quito.

próxima destrucción y ruina. Quejábase el profeta Isafas de que no hubiese quien contuviera el brazo de Dios: «Ahora estás enojado contra nosotros, porque hemos pecado; colmo de desgracia es que no tenemos medianero que desarme tu cólera.»¹ En Quito, sí, habrá quien arranque el azote de la mano de Dios, y de esta suerte aquella ciudad prevaricadora merecerá el perdón mediante una víctima propicia y mediante su propia y pública penitencia; penitencia que el célebre historiador del Ecuador refiere como sigue.

«El jueves 31 de marzo, el obispo con los canónigos, las comunidades religiosas y el ayuntamiento salieron en procesión de rogativas de la catedral á la iglesia de San Francisco, llevando la imagen de Nuestra Señora de Copacabana; en San Francisco se cantó una misa solemne y regresó la procesión á la catedral. El viernes, primer día de abril, por la noche, hubo procesiones de disciplina pública, por las calles de la ciudad.»

En Quito hubo más que penitencia pública y rogativas; hubo víctimas que á ejemplo del Salvador dijeron: «¡Henos aquí, heridnos!»

«El cuarto domingo de Cuaresma predicaba por la tarde en la iglesia de la Compañía el Padre Alonso de Rojas; lleno de fervor, el piadoso jesuita se dirigió á Dios y le pidió con santo ahinco, que perdonase á la ciudad, y que, si para alzar de sobre ella el azote de su justa indignación era necesaria

una víctima se dignara su adorable Majestad aceptar la inmolación que, en cuanto estaba de su parte, él hacía voluntariamente de su vida. Mariana estaba aquella tarde en la iglesia; oyó la deprecación del predicador (que á la vez era su confesor), y movida de impulso sobrenatural se ofreció ella misma en sacrificio por sus conciudadanos.»¹

Hecho el ofrecimiento en voz alta y brevemente, calló; pero, discurriendo para sí, alegaba al Señor las razones por qué su sacrificio debía ser preferido al del sacerdote: «Mi confesor es muy necesario para la salvación de las almas; su vida es importantísima para reducir al rebaño de mi Esposo sus ovejas; de su dirección ha menester el pueblo: de su enseñanza la juventud: de sus talentos mi Madre la Compañía. Mi vida está por demás en la ciudad. Amo al prójimo, como Cristo le amó, á mis paisanos, como á hermanos de Jesucristo. Pues si este Señor ofreció generosamente su vida para dar á las almas la vida eterna y librarlas de la eterna muerte; yo por imitarle, os ofrezco, Dios mío, querido Esposo de mi alma, desde luego y al momento, mi vida, porque cesen en Quito vuestros enojos, se templen vuestros rigores, y libréis á mis paisanos y hermanos muy queridos del azote que descargáis con la peste, y de la ruina que se teme por los temblores. Conozco que es de poco valor la oferta, pues soy criatura vil y despreciable; pero suplan mis ansias esta falta. Aceptad mis clamores y deseos, pues en cada uno

¹ Is. LXIV, 5.

¹ Historia del Ecuador t. IV, pág. 222.

ofrezco mi corazón; ejecutad en mí vuestras iras; castigadme á mí sola, porque no padezca mi patria, ni sientan vuestra justicia sus moradores.» Dreprección tan conmovedora, súplica tan bien motivada, llegó al conocimiento del Padre Alonso de Rojas por comunicación de Mariana, y de esta suerte consta en sus biografías, como rarísimo ejemplo de patriotismo, y como eterno mentís dado á los que miran los sentimientos religiosos como contrarios al amor á la patria.

Jesucristo aceptó, no el sacrificio de su ministro, sino el de su angelical esposa. Por una parte cesaron inmediatamente los temblores de tierra y las epidemias; por otra, Mariana luego al punto cayó enferma de muerte. Observan este hecho, entre otros, el Dr. Don Juan de Troya y el Padre Alonso de Rojas. Decláralo el primero en el Proceso, como testigo de vista, y el segundo en el elogio que pronunció de la santa. «No admitió Dios mi oferta», exclamó éste, «pero sí admitió la misma oferta que, en aquel tiempo, le estaba haciendo con ardentísimo afecto, al pie de este púlpito, Mariana de Jesús, ofreciendo su vida por la salud del pueblo. Ésta fué la causa de su muerte; pues retirándose á su casa cayó enferma aquella noche del achaque de que murió; luego fué mártir, si no á violencia de tormentos, sí por la eficacia secreta de su oración, sí por la fuerza de su caridad.» La generosa víctima recibió el 26 de marzo los primeros golpes que la derribaron sobre el altar de la reparación, donde había de expirar al cabo de dos meses de puro padecer y agonizar.

Cuál haya sido específicamente el mal que la llevó al sepulcro, no es fácil decirlo, pues los mismos médicos no acertaron á calificarlo con precisión. Ello es que Mariana era presa de varias enfermedades mancomunadas contra ella, y que sufría más de lo que imaginar se puede. De esos múltiples achaques nos da una idea su confesor, cuyas declaraciones figuran en el Proceso, y dicen así: «Sus padecimientos fueron tales, que, respirando con extraña dificultad y violencia, en cada respiración parecía que agonizaba, ó exhalaba su espíritu por la boca. La fiebre era tan ardiente que, aunque se le aplicaron muchas y diversas medicinas, con copiosas evacuaciones de sangre, en continuas sangrías que se le hicieron, ni se mitigaba el ardor ni el médico que la asistía pudo concebir esperanzas de salud. Cada día se agravaba más el achaque y recrecían los dolores, poniéndola en las puertas de la muerte, para que en todos tiempos se pareciese á Cristo crucificado. Asistieronla sus hermanas y muchas de sus parientas, atravesadas de pena al ver padecer á Mariana sin alivio; y, aunque fué mucha y extraordinaria su solicitud en buscar remedios y discurrir medicinas para su curación, reconocían que eran vanas sus cuidados y casi ningunas sus esperanzas.»

Así como una luz encendida antes de apagarse echa llamaradas, así nuestra *Azucena* y víctima, llegada al término de su mortal existencia, da más que nunca brillantes ejemplos de modestia y mortificación. Bien podía la enferma, sin sombra de pecado, buscar alivio en tal ó cual postura; ¡mas no! á pesar

del ardor de la fiebre y violencia de los males, á pesar de su progresivo cansancio, guardaba angelical honestidad, decencia y recato en todas sus acciones y movimientos. Por lo que hace á su mortificación, leo en el Proceso la siguiente declaración de un testigo fidedigno: «Con ser mortal el achaque, no quiso ni pudo comer carne, ni tomar ninguna substancia, como se lo ordenaban los médicos; y hasta el día en que murió no se acostó en la cama, ni se desnudó; y sólo se arrimaba á ella vestida, y á veces se reclinaba sobre un colchón que habían llevado al cuarto de Mariana.»... Es más: en un acceso de fiebre exclamó: «¡Ah! ¡quién me echara en esa acequia (que pasa bajo la ventana) para mitigar tanto fuego!» Oírla una buena mujer y correr por un jarro de agua, todo fué uno. Agradeció la enferma el tan ansiado refrigerio, pero no lo probó. «No», dijo, «no he de beber ese agua; antes me recreo toda cuando pienso que tengo algo que ofrecer y en que asemejarme á mi Esposo.» ¿Obsequiábanla con frutas jugosas para que chupándolas pudiera humedecer sus abrasadas fauces? aceptábalas con placer, manoseábalas, acercábalas á sus labios; hubiérase dicho que las iba á disfrutar; pero muy al contrario: cuando no las daba á comer á alguna persona allí presente, las enviaba de regalo á su hermana mayor; y así de todos modos estimulaba y provocaba más y más la sed. Cosa parecida hizo con un racimo de uvas que le procuraron: no sin dificultad tomó tres granos, los chupó, y arrojó los demás.

Siempre ávida de padecer y nunca satisfecha, la esforzada víctima ideó otro modo de atormentarse. Hemos visto que se hacía azotar, cual vil esclava, por la muy condescendiente Catalina; ahora pues, ya casi moribunda, se hace golpear á puñetazos las espaldas por una buena mujer de la misma laya que Catalina. Visitó á Mariana cuando ya le quedaban pocos días de vida, Doña María Arias, muy amiga de casa. Hallábase la santa sumamente agitada y encendida por la fiebre: de repente inclinó la cabeza, la recostó sobre el pecho, y luego, como quien busca algún alivio, pidió á la visitante que la golpease con la mano en las espaldas y en los hombros. Doña María, por tener más corazón que juicio, más cariño que reflexión, creyó prestarle con esto positivo servicio, y descargó sobre ella fuertes manotadas. Con estos repetidos y bien sentados golpes se le hincaban á Mariana más y más en la carne las aceradas puntas de los cilicios que la cubrían; tanto que era menester curarle las heridas que manaban sangre.

¡Estimado lector! ni tú ni yo estamos obligados á imitar en esto á la denodada virgen; pero tampoco hemos de imitar á ciertos cristianos que, heridos de mortal enfermedad, se resignan á medias: se quejan de la violencia de sus males, de la impericia de los médicos y de la desatención de los enfermeros. Antes bien, aceptemos la muerte, por acerba que sea, en satisfacción de nuestros pecados, para reconocer el soberano dominio de Dios sobre nosotros, y para asemejarnos á Jesucristo crucificado.

De esta suerte, según San Alfonso, sin ser mártires, tendremos el mérito del martirio.

Mariana de Jesús, como Isaac, estaba atada sobre la leña con los lazos de la enfermedad, con esta diferencia, que Isaac fué substituído por otra víctima, mientras que la *Azucena* consumó su holocausto.

Iba empeorando cada vez más. Bien lo sabían los quiteños, y por eso muchísimos estaban en espera á la puerta de la solitaria, como en la antecámara de una princesa: solicitaban todos, alegando cada cual particulares motivos de amistad, gratitud ó parentesco, ser admitidos en el cuarto de la moribunda, cuando no para hablarle, á lo menos para consolarse con su vista: favor que muy pocos alcanzaron, pues la humildad, que Mariana había puesto de centinela ante su habitación, guardó inviolable la consigna de no dejar entrar sino amigas muy dadas á la vida espiritual.

Hubo, sin embargo, una forzosa excepción: presentóse el Ilustrísimo Señor Don Pedro de Oviedo, obispo á la sazón de Quito. Anunciada esta visita, entristeciéndose muchísimo la humilde reclusa con aquella prueba de alta consideración; pero no la pudo eludir. Al ver, pues, entrar á su primer Pastor, Mariana, como quien no puede creer á sus ojos, exclamó: «¿Cómo, Señor, á una pobrecita como yo visita Vuestra Señoría Ilustrísima? ¡Qué demostración es ésta con quien es un desecho de la ciudad!» Después de conversar un rato con aquel ángel, que ya batía las alas para volar al cielo, el prelado le quiso dar señales de respeto y veneración; pero

Mariana, á quien la humildad daba singular agilidad, las esquivó á tiempo.

He aquí que va á recibir otra visita, ardientemente deseada, y tan honrosa, que pudiera ser objeto de envidia para los mismos serafines, si fuesen capaces de semejantes sentimientos: va á recibir el santo Viático. Empero, ¿será llevado de la catedral, que es la parroquia de la santa? No, pues en este caso penetraría en su habitación gran concurso de gente, y esto es lo que ella quiere á todo trance impedir, para que no sean vistos sus instrumentos de penitencia. Saldrá, pues, el Santísimo Sacramento de la iglesia del hospital. Con todo, á pesar de tantas precauciones, sugeridas por la humildad, había numeroso y lucido acompañamiento. «Llega por fin á presencia de Mariana», escribe el Padre Butrón, «el Soberano Huésped, centro de sus potencias, imán de su corazón y vida de su alma. Deshecha en lágrimas y sollozos, arrodillada á los pies del sacerdote, recogiendo para ello todas sus fuerzas, con más ansias que palabras, con la humildad de una esclava y el cariño de una esposa, le recibió en su pecho como prenda segura de la bienaventuranza que aguardaba muy presto.»

Tal sería la última comunión de otra seráfica virgen, Santa Teresa, quien, al ver entrar á Jesucristo en su celda, fijó en él sus miradas, y arrojando centellas de amor por sus ojos exclamó: «¡Venid, Señor! ¡venid, amado Esposo! ya por fin llegó la hora y voy á salir de este destierro. Tiempo es ya, y es muy justo, que os vea, después que este ardiente

deseo por tan largo tiempo me ha despedazado.»
¡Sea el Santísimo Sacramento todo nuestro consuelo
en nuestros postreros momentos!



CAPÍTULO XXXIII.

MUERTE DE MARIANA DE JESÚS, VÍCTIMA
DE AMOR POR SU PATRIA.

SUMARIO. Mariana pierde el habla tres días antes de morir.
— Santa Catalina le anuncia el día y hora de su feliz tránsito. — Últimas misas. — Extremaunción. — Visita celestial. — Expira besando el santo Cristo. — «Se fué derecha al cielo.» — Lecho de parada. — Canonización por el pueblo. — Entierro triunfal. — El cuerpo de Mariana abre los ojos ante Nuestra Señora de Loreto. — Á los tres años polvo y ceniza. — Varios prodigios.

FIGURAOS, dice San Alfonso, ver de una parte á una princesa que muere en suntuoso palacio, rodeada de médicos y cortesanos, asistida por el príncipe, su marido, y por otros nobilísimos parientes; y de otra, una religiosa que agoniza en una estrecha y pobre celda, mortificada, lejos de sus allegados y desprendida de las cosas de la tierra.... Decidme, á vuestro juicio ¿cuál de las dos morirá más contenta? ¿la princesa, ó la esposa de Jesucristo? Hacer esta pregunta es pronunciarse por la virgen consagrada á Dios.

Tal es, según el Proceso, la suerte de Mariana de Jesús, que vivió constantemente en la mayor rigidez y recogimiento. Herida de mortal enfermedad el

26 de marzo, día en que se ofreció á la muerte por Quito, su patria, recorrió con la cruz á cuestas una dolorosísima Vía-sacra, que duró cerca de dos meses. El 23 de mayo, víspera de la Ascensión, perdió por completo el habla, si bien conservó expeditos todos los sentidos. Ya no le quedan más que tres días de padecimientos, y á éstos sucederán, en debida proporción, los gozos eternos.

Que haya enmudecido, no es de extrañar, pues ella misma se lo había pedido á su Esposo divino con anticipación. Sábase esta particularidad por unas confidenciales palabras que ella había dicho á su amiga Petronila de San Bruno: «Hermana mía, aquel tiempo no es de hablar, sino de estar con Dios; que hay mucho que entender en Él, y es mejor hablar y estar con Dios que hablar de Dios.»

Á pesar de su mutismo, nuestra *Azucena* comunicaba con los suyos y con su director, ya por escrito, ya por señas. En efecto, entregó á su director, el Hermano Hernando de la Cruz, un papel que decía así: «Mi madre Santa Catalina de Sena ha venido á visitarme y me ha mostrado una guirnalda hermosísima, para que con ella me corone el día de mi partida, y me decía que el viernes por la noche, entre las nueve y las diez, han de venir mi Esposo y mi Señora, la Reina de los cielos, de Loreto, su Madre, por mí.»

Esta misma noticia, ó sea, la proximidad de su muerte, y la aparición de Santa Catalina á Mariana súpolo por revelación la Madre Ana de San Pablo, con quien, como hemos visto ya, la santa mantenía

relaciones de íntima amistad y confianza. «De esta vez, hermanas mías», dijo aquella venerable anciana, «se nos muere sin remedio nuestra Mariana de Jesús.» Preguntada por qué anunciaba con tanta seguridad aquella muerte, contestó: «Ha venido del cielo á visitarla Santa Catalina de Sena, para llevársela á la gloria, con una lucidísima guirnalda para su triunfo.»

Amanece el día 24 de mayo: la enferma, mostrando tres dedos de la mano, daba á comprender que sólo le quedaban tres días de vida. Al día siguiente, que era el de la Ascensión del Señor, pidió por señas papel, pluma y tintero; y con débil mano escribió unas pocas frases. Entre otras cosas, pidió que la llevasen al cuarto de su sobrina Doña Juana de Caso. ¿Por qué? Porque quería morir en aposento ajeno, por amor á la pobreza y para ocultar á los ojos de numerosos visitantes sus instrumentos de penitencia. Pidió además, de caridad, una mortaja y ser enterrada, con el permiso ya obtenido del superior general, en la iglesia de la Compañía. Pidió, por fin, que en muriendo ella, la pusiesen boca abajo, porque había de arrojar mucha sangre, como en efecto sucedió. Alborea el día 26 de mayo. Á sus instancias es llevada en brazos á una ventana, desde donde oye, solo Dios sabe con cuánta devoción, cinco misas, de rodillas, que se decían en el altar de Nuestra Señora de los Ángeles, frente á su casa. Llevada nuevamente, no á su cuarto, sino al de su sobrina, con mostrar un dedo, señala haber llegado el último día de su vida. Recibida la

bendición de Don Cosme, su cuñado y segundo padre, recibió con angelical devoción la extremaunción, confortativo grande para nuestra santa, lo mismo que para todos los verdaderos cristianos; pues de la misma manera que el santo bautismo, como dice el Catecismo del concilio tridentino, nos ha abierto la puerta de la vida cristiana, así la extremaunción nos despeja más y más el camino del cielo.

Eran las nueve de la noche: de repente la moribunda alza los ojos al cielo; ilumínasele el rostro; hace ademán de recibir visitas celestiales; pues entran en su aposento espíritus bienaventurados: sígueles María Santísima, Reina de las vírgenes; viene, por fin, Jesucristo, trayendo á Mariana, su esposa crucificada, una palma y una corona, para conducirla á la gloria con las insignias de la victoria. Particularidades todas que fueron explicadas por un testigo presencial, el santo Hermano Hernando de la Cruz, para quien los gestos de la *Azucena* eran otras tantas declaraciones. Acércase por instantes el desenlace final; lo narramos copiando casi literalmente al Padre Butrón, cuya relación es sublime cuanto sencilla. «El Hermano Hernando dice á uno de los sacerdotes que cuanto antes haga la recomendación del alma. Hecha la cual con gran consuelo y ternura de la agonizante, insinúa el mismo Hermano al Padre Alonso de Rojas, que ya es tiempo de conducirla al cielo con los dulcísimos nombres de Jesús y María. Aplícale el Padre á los labios el Crucifijo; dícele que bese los pies de su Redentor y los bañe de lágrimas, agradeciéndole los

pasos que había dado por salvarla, y por haberle enseñado á vivir y morir en su imitación y seguimiento. Hácele después besar la llaga del costado, diciéndole con dulzura: 'Entre, señora, en las entrañas de la misericordia de Dios, en que nos visitó, viniendo desde lo más alto del cielo. Busque, como paloma, en el árbol de la vida, que es Cristo, su nido en la llaga de su pecho, para salir con toda felicidad de la tempestad deshecha de la muerte.' Aquí se detiene Mariana por algunos minutos, besando la llaga y bebiendo, por decirlo así, con sed ardiente las aguas de la divina gracia, que manan de aquel santísimo costado, cuando de repente y con trasporte de amor se abalanza á besar las espaldas de la cabeza de Jesús: y en este ósculo, sin agonía, visiblemente arrebatada en éxtasis de amor, entrega su alma en manos de Jesucristo, su Esposo divino, á la edad de veintiséis años, seis meses y veintiséis días, el 26 de mayo de 1645.»

¡Oh dichosa virgen! Ya has comprobado la verdad de esta sentencia de Santa Teresa: «El placer de morir sin pena, vale la pena de vivir sin placer.» Haz que nosotros lo experimentemos también.

Apenas expira la santa, cae de rodillas el venerable Hermano Hernando de la Cruz, según declaran testigos de vista; permanece por espacio de una hora tan absorto y fuera de sentidos, que ni oye las palabras ni siente los empujes con que se le llama en aquel momento de apuro. Al fin, vuelto en sí, se expresa de esta manera: «No tienen de que afligirse, señoras, por la muerte de esta felicísima mujer; por-

que, sin parar en el purgatorio, se fué derecha al cielo á gozar de Dios, con tantos merecimientos, que le sobran muchos para partir con los pobres que quedamos por acá.» Luego dirigiéndose á todos los demás deudos, les dice, entre otras cosas, que no piensen en gastar luto, ni en dar muestras de sentimiento; en aquella muerte no había motivo de pena, y sí de mucho gozo para la República entera. «¿No está puesto en razón que, haciéndole fiestas á Mariana en el cielo, se festeje también aquí abajo, entre los mortales?» Concluido este breve discurso, que vale por un panegírico, el santo Hermano besa arrodillado las manos y los pies de la finada; cosa que imitan los sacerdotes y demás personas presentes.

Doña Jerónima y su hija Doña Juana proceden á amortajar el cuerpo de la virgen, y ¡cuál no es su asombro al encontrarlo cubierto de cinco cilicios de rallo, y algunos de estos introducidos en la carne, que ha crecido entre los agujerillos! Mariana baja al sepulcro con esos instrumentos de penitencia, ó, mejor dicho, con esas libreas de anacoreta — pero sí vistiendo aquel pobre hábito de franciscano que ella misma había puesto á su esqueleto artificial, como lo recordará el lector.

Si hay muertos que nos siguen hablando¹, uno de éstos es Mariana de Jesús; con estar tendida en un féretro, pregona con voz elocuente su amor á la pureza y su triunfo sobre la misma muerte.

¹ Hebr. XI, 4.

Nuestra *Azucena*, lejos de marchitarse al soplo de la muerte, aumenta la lozanía de sus veintiséis primavera con gracias nuevas y encantadoras: pálido reflejo de la hermosura de los cuerpos glorificados.

Trasladada la difunta, no á una capilla mortuoria, sino á un salón adornado como para bodas, y reposando, llena de majestad, sobre un lecho de parada, entre flores de todo género, ciñe una magnífica corona y empuña una espléndida palma, símbolo de la victoria. — ¿No es ella la imagen del justo que duerme el sueño de la muerte y espera, para despertar resplandeciente de gloria, el día de la resurrección?

La noche misma en que nuestra santa pasó á mejor vida, corrió esta noticia de casa en casa, llenándoles á todos á un mismo tiempo de pena y alegría: de pena por el ángel que perdían en la tierra; de alegría por la patrona que ya tenían en el cielo. Al día siguiente todo Quito y sus contornos repetían á una voz estas ó semejantes palabras: «Ya murió la santa.» ... «La santa se nos ha muerto.»—Aquí sí cabe el refrán: «Voz del pueblo — voz de Dios.» Esta canonización anticipada por los pueblos, que, en lenguaje eclesiástico, se llama fama de santidad, debe preceder á la canonización por la Iglesia, así como la aurora precede al sol. Avenidas de gentes afluyen á la casa de Mariana, como al palacio de una reina. Venían todos á contemplar, á sus anchas, á la que durante doce años y más había constantemente huído de ellos, escurriéndose por las calles de la ciudad como un ser que no es de este mundo. Venían todos

á pagar una inmensa deuda de gratitud á la que, á costa de su vida, había sido la salvación de su patria. Otro tributo de gratitud le pagaban los pobres derramando torrentes de lágrimas, quienes lamentaban amargamente la pérdida de la que había sido para ellos más que padre y madre. ¡Feliz muerte aquella que es llorada por los desheredados de la fortuna! Seguramente es festejada en los tabernáculos eternos.

Todo aquel mundo de piosos visitantes procuraba á porfía llevarse alguna reliquia, quiénes despedazando la mortaja, quiénes cortando el cabello, quiénes arrebatando las flores y demás cosas que servían de adorno al virginal cadáver. Así que, renovada la mortaja por segunda vez, desapareció más pronto que la primera.

Preciso fué llamar á la fuerza armada, ya para custodiar el cadáver, ya para impedir los desórdenes que suelen producirse en aglomeraciones de pueblos entusiastas.

Parece haber querido Jesucristo satisfacer la devoción de los que visitaban á Mariana. «Cubrióse el cuerpo de la difunta», escribe el Padre Butrón, «de un sudor aromático, y tan copioso, que fué menester enjugarle el rostro con lienzo y algodones, y éstos se repartían como reliquias á los que no habían tenido la dicha de arrebatarse algún trozo de mortaja. Otros idearon colocar, como pudieron, unas mesas, y puestos sobre ellas hacían tocar algodones al rostro de la difunta por medio de cañas largas.»

Ya que hemos citado al biógrafo de Mariana, copiaremos otro párrafo suyo, más ó menos textual-

mente. Entre las personas plebeyas que honraban con su visita los restos de la angelical virgen, algunas no se hicieron escrúpulo de tocarle la cara; lo mismo fué ser tocada por manos profanas que hincharse con notable deformidad. Advertida al punto aquella hinchazón y conociendo su causa, los deudos contuvieron con imperio á los circunstantes, más devotos que prudentes, poniéndoles en la alternativa ó de retirarse ó de no tocar aquel rostro. Obedecido que fué este mandato, el rostro recobró, con su colorido celestial de antes, su belleza y lozanía. Consta por la luz que arroja el Próceso, haberse repetido varias veces este hecho prodigioso. ¿No se diría que la *Azucena* de Quito, á semejanza de las azucenas del campo, quiere ser contemplada y no tocada?

Desde que la solitaria voló á la mansión gloriosa, habían transcurrido ya treinta y dos horas: tiempo era de que sus mortales despojos fuesen llevados á la última morada. Triunfo, que no entierro, fué aquella ceremonia. Además de las oleadas de pueblos que se movían en calles enteras, sin invitación alguna, acompañaban al cadáver el señor obispo con su cabildo; todas las comunidades religiosas; los párrocos comarcanos; la Real Audiencia, y todas las demás autoridades civiles; y de creer es que legiones de ángeles, como soldados de Jesucristo, rindiesen los honores del triunfo á la heroína de la cruz. — Cargaban el cuerpo de la finada numerosos sacerdotes, quienes por devoción se relevaban de trecho en trecho y aún cedían el puesto á seglares de distinción. Caminaban alrededor del féretro, cual

guardia de honor, los mismos policías que la custodiaron en casa; detrás iban los Padres de la Compañía; pues Mariana solía repetir que era toda jesuita.

Contemplemos nuevos prodigios. En fuerza de una traslación excepcional, la fiesta de Nuestra Señora de Loreto coincidía aquel año con el entierro de Mariana. Por esto la iglesia, en vez de estar enlutada, ostentaba riquísimas y vistosas colgaduras, que simbolizaban los esplendores de la gloria. En el altar mayor hallábase expuesta á la veneración pública la sagrada imagen. Introducido el cuerpo de Mariana por la puerta principal, al llegar frente á dicho altar, abrió un ojo, hermoso y resplandeciente como un lucero; en llegando al lugar donde debía verificarse la sepultura, abrió el otro, y fijó entrambos en la imagen de María Santísima, á cuyos pies había aprendido á amar á Jesucristo. Atónito el Padre Alonso de Rojas exclamó: «¡Oh! ¡qué gran prodigio!» — Figúrese cada cual el entusiasmo, los transportes del inmenso gentío que llenaba de bote en bote el vasto templo. El Padre Rojas cerró pronto y con suma reverencia aquéllos angelicales ojos, abiertos milagrosamente. Religiosos y alumnos del colegio de San Luis recibían, no sólo del pueblo, sino también de personas de categoría, infinidad de rosarios, cruces y medallas, y los pasaban á sacerdotes que los hacían tocar al rostro y á las manos de la santa. La bóveda bajo la cual, antes de cantado el último Responso, fué depositado el precioso tesoro, era la que llamaban de San José, por estar

en su capilla; ofreciendo así el Santo angélico sepulcro provisional á Mariana, por no estar terminada la bóveda de Nuestra Señora de Loreto. Al cabo de un mes, aproximadamente, celebráronse las honras con la misma solemnidad, si no mayor, que el entierro, esto es con el mismo concurso, aparato y muestras de veneración. Después de verificarse aquel acto religioso, abrieron la caja los Padres jesuitas, en presencia de las autoridades, eclesiástica y civil, y hallaron el rostro tan fresco y tan risueño, como si fuese de persona viva. Cerrada al punto por temor de algún desorden de parte de la gente, fué trasladada á la capilla de Nuestra Señora de Loreto y colocada debajo del altar. Tres años después, de aquel virginal cuerpo no quedaba más que una pasta de preciosísimo olor. Habíanse realizado los deseos de la *Azucena*, pues en vida había pedido á Jesucristo, Esposo de las vírgenes, el ser reducida después de expirar á polvo y ceniza. *Aquí yace la angelical virgen Mariana de Jesús y Paredes*; tal es su epitafio y tal es el resumen de toda su vida y virtudes.

Al cerrar este capítulo se nos ocurre una idea que manifestaremos brevemente á nuestros lectores. Mariana de Jesús se ofreció á la muerte como víctima voluntaria, para librar á su patria de los azotes del Señor, esto es, de las epidemias y temblores de tierra. Hoy día ruge más que nunca y nos amenaza con explosiones devastadoras un volcán mil veces más temible que los que están en las entrañas de la tierra: la impiedad y sus legítimos engendros, la masonería y el liberalismo. ¿No habrá almas genero-

sas que digan al Señor como nuestra *Azucena*: He aquí la víctima; caigan sobre mí los golpes de vuestra justicia; perdonad y salvad á mis hermanos culpables, á las naciones apóstatas?



CAPÍTULO XXXIV.

MANIFESTACIONES DE MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. Luz en la habitación que fué de Mariana. — Música celestial que cura la sordera. — «Un imposible es lo que pides.» — Aparécese blandiendo una vara de fuego á una pecadora. — Cristo que se descubre. — *Azucena* que nace de la sangre de la santa. — Otras flores.

NUESTRO Señor, no bien resucitó, manifestóse de diversas maneras á sus discípulos y apóstoles. Entre los Santos, que reflejan no menos á Jesucristo glorioso que mortal, muchos, luego de expirar, dieron á conocer su gloria de un modo visible y maravilloso. Tal fué, entre otros, un San Pedro de Alcántara, apareciéndose á Santa Teresa. Tal esta misma Santa, á cuya muerte un árbol junto á su celda, seco desde varios años, reverdeció y se cubrió de flores; y algunas de sus hijas merecieron verla engalanada con los atavíos de la corte celestial. Mariana dió á conocer su gloria, ora llenando su habitación de luz y aromas celestiales, ora haciendo oír su voz en armoniosos cantares, ora apareciéndose, ora haciendo brotar de su sangre una *azucena*.

De la ventana del cuarto que fué de nuestra virgen salieron resplandores brillantes como rayos de sol;

cosa que notaron varias personas. Hechas todas las averiguaciones, vínose en conocimiento de que esos fulgores no provenían de causa natural. Diríase que eran los últimos vestigios de luz de un cometa que acaba de esconderse en el cielo empiéreo.

Es más: la india Catalina, de quien ya tantas veces hemos hecho mención, con estar sorda como una tapia, oyó cierta noche en el aposento de Mariana una música celestial, tan melodiosa, tan expresiva, que la dejó extasiada; escuchó y distinguió las voces de Mariana y Sebastiana, quienes cantaban á dúo himnos de la Patria. Otras personas, invitadas por la buena Catalina, asistieron á ese concierto muchas noches. Lo cual consta en el Proceso. Asimismo consta que la india recobró perfectamente el oído.

Otra manifestación la otorgó la santa á su hermana mayor y segunda madre Doña Jerónima. Hallábase ésta en Ibarra, cuando le llegó la noticia de que una hija suya estaba enferma de muerte. Sin parar mientes en dificultades de toda clase, Doña Jerónima se puso en camino para Quito, á horas avanzadas de la noche. Mientras cabalgaba, entre otras oraciones que hacía incesantemente, dirigió esta á Mariana: «Hermana mía, alcanzadme de vuestro Esposo la salud de mi hija, pues la tengo muy apurada.» Acto continuo dormitó y vió en sueño á la *Azucena* diciéndole: «Un imposible es lo que pides, hermana, porque está decretada la muerte de tu hija, y así conviene.» Desapareció la visión; y Doña Jerónima, vuelta en sí, consideró aquella revelación profética ya como un hecho indubitable, tanto que, en llegando á Quito,

lo primero que dijo fué: «Infaliblemente muere mi hija.» Estas palabras parecían á los de la familia inspiradas por el temor maternal, tanto mayor cuanto mayor era el cariño; y para tranquilizarla, le aseguraron que, por el contrario, renacían las esperanzas. Sin dar crédito á ellas, Doña Jerónima atendió únicamente al bien del alma; é hizo muy bien, pues su hija murió.

La misma Doña Jerónima debió á su bienaventurada hermana dos curaciones milagrosas, con sólo invocarla y aplicarse reliquias de ella.

Doña María Rodríguez y Paredes, sobrina de nuestra *Azucena*, tenía á su servicio una mestiza llamada Beatriz, la cual padecía frecuentes jaquecas. Habiéndosele arreciado los dolores una noche más que de costumbre, le pusieron en la cabeza un huecito de la Beata, envuelto en una venda, teñida en su sangre. Concluída aquella operación, Beatriz quedó sola en su cuarto. Como que servía, no á Dios, sino al demonio, á poco admitió la visita de un cómplice. ¡Oh ceguedad! ¿no era esto ofender al Señor en el momento mismo en que se le pedía un favor? ¿No era esto atraer sobre sí algún castigo inmediato? El castigo, si castigo fué lo que sucedió, no se hizo esperar. La parte superior del cuarto se abre por sí misma y baja una señora majestuosa, blandiendo su diestra una vara de fuego; acompaña-la, á manera de pajes, cuatro jóvenes, llevando cada cual un hacha encendida. «¿Cómo te atreves», dice la señora, que no era otra que Mariana, «siendo tan deshonesta y lasciva, á tener mis reliquias en tu cuerpo? Quitatelas luego, ó te quitaré la vida con

esta vara. Oír esto y llenarse de pavor la infeliz, y con mano convulsiva arrancarse reliquia y venda, todo es uno. Desaparece la visión dejando el cuarto en tinieblas más densas que antes. El espanto que se apoderó de los dos culpables es más para imaginado que para dicho; todo era clamor, llanto, sollozos, temblor y desesperación. Á estos gritos acudieron los patrones; é informados de lo ocurrido, tuvieron la pena, muy grande para cristianos, de saber que en su casa reinaba el pecado. En seguida les dieron los consejos que la religión inspira. Al día siguiente los culpables se casaron. Este suceso está consignado en las actas de la beatificación. Aprendamos del mismo á respetar y venerar las reliquias de los santos.

El mismo Salvador, por su parte, dió á conocer su estima por la que había sido aquí abajo su esposa crucificada y es allá en el cielo su esposa coronada de gloria. Mariana para excitarse á la piedad solía valerse de objetos sensibles; al efecto oraba con frecuencia delante de un devotísimo cuadro de nuestro Señor Jesucristo crucificado, primorosamente pintado al óleo. Concluída su meditación, Mariana cubría esa efigie con un velo, fijo en la parte superior del marco. Muerta la santa, cerróse con llave su habitación. Cierta día entró en ella una sobrina suya, la misma cuyo nacimiento milagroso había sido debido á la intercesión y auxilio de nuestra *Azucena*, y encontró descorrido el velo del cuadro; atribuyendo esto á causa natural, apresuróse á hacerlo caer de nuevo. Como observara el mismo fenómeno diferentes

veces y no hallara explicación adecuada, puesto que ella no había confiado á nadie la llave de la pieza, llamó la atención de la familia sobre el hecho, y todos comprobaron que el velo se alzaba por sí mismo de una manera naturalmente inexplicable. Once años después notóse idéntica maravilla por espacio de veinte días. Podemos creer piadosamente que el Esposo de las vírgenes, Jesucristo, haya querido dar á entender con esto que aquella imagen suya había de ser objeto de especial veneración y para muchos manantial de gracias, como lo había sido para Mariana. Así lo comprendió su sobrina, quien, haciéndose hija de Santa Teresa, se llevó aquel portentoso cuadro al convento del Carmen. Aun cuando en las imágenes que adornan nuestras casas no se realicen iguales prodigios, no por esto dejan de ser estímulos de devoción y fuentes de mercedes, y por consiguiente dignas de nuestra veneración y culto.

La misma naturaleza, instrumento dócil á la voluntad del Todopoderoso, publica á su manera las virtudes y glorias de la virgen quiteña.

Para convencer de esto á nuestros lectores, transcribiremos aquí lo que muy á nuestro propósito cuenta el Padre Butrón, compendiado por el presbítero Castro.

«Después de la muerte de la heroica virgen, pasando la india Catalina por cerca del hoyo en que echaba la sangre, vió con sorpresa en él una hermosa mata de azucena con tres gajos, y en cada gajo una rozagante flor. Corre apresurada á participar novedad tan extraordinaria á Don Cosme de Caso y á Doña Jerónima de Paredes, que habían hecho

las veces de amorosos padres para con Mariana. Pónese en movimiento toda la gente de la casa. Van á la huerta, y ven todos que del hoyo en que se vertía la sangre de la penitente doncella sale en realidad una vara verde de azucenas con tres ramas y tres flores, lozanas y olorosas. Admirados de que hubiese azucenas en aquel jardín, cuando hasta entonces no las hubo nunca, y sospechando que la mata no fuese nacida, sino postiza, cavaron la tierra y descubrieron que la sangre estaba fresca, roja y fragante, y que la vara nacía de la misma sangre en la cual se habían formado unas como venillas que le servían de raíces. Poseídos de indescriptible agitación Don Cosme y todos los suyos, arrancan la mata de raíz, y sin atreverse á tocar sus flores, la ponen en mano de una imagen de María Santísima, ofreciéndole así los primeros frutos de la santidad de Mariana. Divulgóse al punto la pasmosa nueva por la ciudad, y aunque al principio se contentó la gente con ver y respetar la azucena en manos de María Inmaculada, después se apoderó de sus hojas, que por muchos años se conservaron como preciosa reliquia. Este suceso mereció á Mariana el simbólico y popular renombre de *Azucena de Quito*. He aquí también el origen de pintar en las imágenes de nuestra santa una azucena con tres flores.

Así como á Lima regaló el Señor en su infinita bondad una *Rosa*, á Quito concedió una *Azucena*. Y si la primera, por haberle cubierto el rostro una hermosísima rosa en la cuna, cambió su nombre de pila Isabel por el de *Rosa de Santa María*; la

segunda, favorecida con un prodigio no menos inaudito, merece también con justicia ser llamada *Azucena de Quito*, sin perder su nombre de bautismo con su significativo aditamento que forma un compuesto tan grato á ella: *Mariana de Jesús*.

Por declaración de las Madres carmelitas sabemos igualmente que en el sitio donde se arrojaba la sangre y que quedó después en el recinto de su convento, nacieron durante muchos años aromáticas y delicadas flores, sin que las hubiese sembrado nadie, ni hubiesen menester más riego ni otro cultivo que el cuidado del cielo.

Procuremos dejar á nuestros sobrevivientes flores de buenos ejemplos, aromas de virtudes, el buen olor de Jesucristo.



CAPÍTULO XXXV.

MARIANA DE JESÚS EN EL CIELO SIGUE PRODIGANDO BENEFICIOS Á SUS HERMANOS Y DEVOTOS DE LA TIERRA.

SUMARIO. ¿Qué es un santo en el cielo? — Mal de piedra. — Mal de corazón. — Tabardillo. — Encogimiento de brazo. — Pasma curado milagrosamente por la aplicación del retrato ó de alguna reliquia de la santa. — Varios viajeros librados de la muerte. — Incendio apagado. — Pleito ganado. — Vivienda cómoda hallada por la intercesión de la santa. — La *Azucena* protectora de las señoras al ser madres.

QUÉ es un santo en el cielo? ¿Será únicamente una criatura racional que ha llegado á su fin supremo? ¿será tan sólo una luz vivísima que con sus ejemplos nos señala el camino de la bienaven-

turanza? ¿será solamente un hijo adoptivo de Dios, un coheredero de Cristo Señor nuestro, que ha entrado en posesión de la herencia eterna? ¿un luchador que, cual esforzado soldado de Jesús, ha arrebatado la palma de la victoria? ¿un escogido que, al decir de San Pedro, ha hecho cierta su elección con buenas obras? Un santo es todo esto, y es más que esto. Sí; es un amigo decidido, un amante hermano, *amator fratrum*, un intercesor poderoso y desinteresado, que sin cesar ruega por nosotros, *deprecatur pro populo*.

Tal es Mariana de Jesús. Qué lugar ocupe en la casa de nuestro Padre celestial, donde las moradas son tan numerosas y diversas como bienaventurados hay, lo ignoramos. Pero lo cierto es que Mariana en la gloria hace suya más que nunca la suerte de sus hermanos y devotos de la tierra. Pruébanlo las innumerables mercedes, milagrosas unas, maravillosas otras, caritativas todas, que en beneficio de quienes la invocan registran sus biógrafos, antiguos y modernos. — El Padre Butrón cita más de veinte curaciones, la mayor parte instantáneas, obtenidas por su intercesión. Las referimos aquí literalmente, salvo las reflexiones que intercalamos.

«Desahuciado ya, por un mal crónico de piedra, el provisor de la diócesis de Quito, entró á visitarle el venerable Hermano Hernando de la Cruz, á quien dijo estas palabras: 'Ya tengo la sentencia de muerte; no hay más que encomendarme á Dios muy de veras.' Reanimóle el buen Hermano con dulces palabras de esperanza, y mandó á buscar á su aposento un retrato

de Mariana. Llegado que fué, dijo el Hermano al enfermo que aquel retrato lo iba á sanar, y le rogó que se lo aplicase al lugar del mal con gran confianza en el Señor y en los méritos de Mariana; pero él no quiso aplicárselo en aquel punto, por temor de ofender la extrema pureza de la santa virgen, sino más bien sobre la cabeza y la corona. Gozoso el Hermano al ver el alto concepto que mostraba de la santidad de Mariana, le confirmó en él diciendo: 'Hace Vd. muy bien en venerar á la sierva de Dios, porque está en el coro de las vírgenes, entre las cuatro más privilegiadas.' La mejora con la aplicación del retrato fué instantánea, y la perfecta curación tan pronta y radical, que vivió muchos años después el afortunado canónigo, elogiando siempre á su protectora.»

«El señor cura de Pacto se hallaba ocasionalmente en Ibarra, á la sazón que una infeliz mujer sufría un mal de corazón que la sacaba de juicio, sin que ningún remedio le aprovechara. Sabiendo el citado cura que Don Cosme de Caso tenía un retrato de la sierva de Dios, se lo pidió para aplicarlo á la paciente; como lo hizo en efecto y con tan feliz resultado, que por tenerle un corto rato al lado del corazón logró no volver á padecer de semejante mal en todos los días de su vida.»

«En marzo de 1697 (52 años después de la muerte de Mariana) acometió un tabardillo tan fuerte á Doña Josefá Escorza, que, no hallando sus padres remedio alguno humano, acordaron llevar á la enferma un retrato de Mariana, para que con su vista

y fervorosa oración se obrase el milagro que esperaban. Así sucedió; no bien hubo entrado en la habitación el retrato, la enferma empezó á mejorar. hasta ponerse muy en breve buena completamente.»

«Iba una señora hacia su hacienda, situada en el hermoso valle de Chillo, á cuatro leguas de Quito, y halló á una india con un brazo encogido por enfermedad. Compadecida de su trabajo, le dijo que, si quería sanar, se encomendase muy de veras á la sierva de Dios, Mariana de Jesús, muerta en Quito en opinión de gran santidad; y le dió para que se lo aplicase, un pedazo de faja y sábana de la santa virgen. Obedeció la india, y al punto empezó á mover el brazo, quedando en breve sana y capaz de trabajar con él toda su vida.»

«Acometida una niña huérfana de doce años de edad, de un terrible pasmo en la cabeza, quedó privada de juicio, con los ojos torcidos y horriblemente desfigurada. Al momento la llevó Doña María Duchisela al sepulcro de Mariana y rogó al Padre Hernando de Alcocer que abriese la caja de piedra en que reposaban sus huesos. Logrado este favor, metió la cabeza de la niña en la caja, y al sacarla se la vió buena y sana, en su cabal juicio, con los ojos en su lugar y sin señal alguna del molesto accidente.»

No se crea que la gloriosa virgen haya limitado sus beneficios á los enfermos; muy al contrario, cuantos necesitados y afligidos han acudido á ella, no han quedado frustrados en sus esperanzas. Los elementos obedecen á su imperio, las aguas devuel-

ven sus víctimas y el fuego amansa sus iras. En confirmación de lo cual aducimos los hechos siguientes, tomados de las mismas fuentes que los anteriores.

«Juran conformes cinco testigos el siguiente prodigioso suceso como público y notorio en la villa de Ibarra. Viajaban á pie hacia el pueblo de Cayambe una mujer española con su hijo muy pequeño y un indio; y siendo indispensable vadear el río Guachalá, dijo la mujer al indio que lo vadease primero llevando al niño en brazos, y que ella los seguiría cuando los viese en la orilla opuesta. En efecto, el indio cargó con la criatura y empezó á pasar el río; mas á los pocos pasos el ímpetu de la corriente le derribó y envolvió en sus olas juntamente con el niño. Viendo la madre la inevitable pérdida de su amado hijo, invocó con todas sus ansias á Mariana de Jesús, pidiéndole socorro y auxilio en necesidad tan apremiante. Aún no había concluído la súplica, cuando el indio se encontró con el niño en la misma orilla del río en que se hallaba la madre, sin saber á quién atribuirlo. Bien lo sabía la madre, que había invocado á Mariana con toda confianza. Y no fué esto sólo, sino que registrando el cuerpecito del niño le hallaron sin la menor lesión, ni señal alguna de los golpes que por necesidad hubo de recibir de las piedras del río.»

«Diego Calahorra atravesaba en una mula un caudaloso río llamado de San Felipe, que corre por la provincia de Latacunga, y halló tan rápida y crecida la corriente, que, derribado de la mula, creyó segura su muerte. En tan terrible aprieto se acordó

de Mariana, cuya reliquia llevaba al cuello; se encomendó al Señor por su intercesión sin pronunciar más palabras que 'Jesús y María', y se halló salvo á la orilla del río, sin la menor lesión. Lleno de gratitud, no cesó de dar gracias á Dios y á su protectora, publicando por todas partes el hecho, para que otros acudiesen á su patrocinio en casos de apuro. Y es común opinión en esta ciudad de Quito, añade el testigo que con juramento declara sobre este suceso, que los que se valen del patrocinio de esta sierva de Dios alcanzan lo que pretenden.»

«Un sobrino de Mariana deseaba poseer un retrato de su tía, é hizo viaje ex profeso á Ibarra para llevar de allí uno á Quito, á fin de que un hábil pintor le sacase una copia. Regresaba ya muy contento con el retrato colgado al pecho, conversando con sus compañeros de viaje sobre la santidad y prodigios de la sierva del Señor, cuando en un pésimo paso de aquellos malos caminos tropezó la mula en que cabalgaba, con tal violencia que el jinete fué á dar de cabeza en un lodazal y encima le cayó la mula. Con toda la cabeza sumergida en el fango hasta los hombros y oprimido con el peso de la bestia, era indefectible su muerte, tanto más cuanto que sus pocos compañeros no podían socorrerle por la estrechez del camino, la mucha agua y lodo y lo impotentes para tamaña obra que los hacía su cortísimo número; mas el avisado joven acudió á tiempo á la protección de su tía, la que le alcanzó del Señor el beneficio de no morir ahogado en aquel lodazal,

donde permaneció con la cabeza enterrada, como se ha dicho, por espacio de media hora, tiempo más que suficiente para ser sofocado. Pasando luego por allí unos indios le sacaron entre dos sin la menor lesión, y sin que hubiese padecido avería el retrato. No concluyeron aquí las finezas de Mariana con su sobrino. Cuando éste llegó al pueblo de Guailbamba, á siete leguas de Quito, fué acometido de una disentería en la misma noche de su llegada, de carácter tan alarmante, que todos creyeron próxima su última hora; mas él, renovando su confianza en su tía é invocándola de nuevo, á las cuatro de la mañana se halló libre de la enfermedad y en estado de seguir y concluir felizmente su viaje.»

«Estaba en su hacienda de caña, á ocho leguas de Ibarra, Doña María Rodríguez de Paredes, sobrina de Mariana, cuando un día, rendida la cocinera de fatiga y de sueño, se descuidó y prendióse fuego á la cocina de la casa contigua al ingenio, y de allí debía comunicarse á la de éste y á los cañaverales no muy lejanos. Siendo pajizo el techo de las casas, tomó el fuego tanto cuerpo en un momento, que bien se conoció ser inútil todo recurso humano para atajarle. En este conflicto acordóse Doña María de un retrato de su tía que tenía en su habitación; corrió á buscarlo, y con él por escudo se presentó animosamente al fuego como para detenerlo, y luego abrazada con él pronunció estas tiernas palabras llenas de fe: 'Tía mía, ¿cómo permites que se nos abraze la poca hacienda que tenemos?' Dicho esto, se acercó más al fuego, poniéndole como por barrera

la imagen. Al instante se obraron dos prodigios: del retrato empezó á brotar un sudor ó rocío muy copioso; y estando el cielo muy sereno, cayó de repente un aguacero tan fuerte, que solo él pudo extinguir el incendio, y dió tiempo para sacar á la cocinera, que infaliblemente hubiera muerto quemada. Todos á una reconocieron el portento y tributaron al Señor y á su fiel sierva el merecido homenaje.»

La angelical virgen se muestra poderosa abogada de las numerosas víctimas de injusticias domésticas y civiles.

«En todo apuro y necesidades de cualquier especie acudía al patrocinio de Mariana, Doña María Duchisela, señora de muchas y raras prendas, como lo hemos dicho más arriba, y la encontraba siempre propicia. Así le sucedió, por ejemplo, cuando, sin amparo humano en ocasión de haberle puesto pleito su marido, pidió un retrato de Mariana, y encerrándose con él, suspiró y lloró tanto, que, sin más recurso, alcanzó que el tribunal fallase á su favor contra toda esperanza humana. — Otra vez, que el dueño de la casa donde vivía le pidió las piezas por cierto disgusto con ella, se dirigió al cuarto que había sido habitación de Mariana; allí de rodillas la invocó confiadamente, y á poco halló vivienda cómoda, de donde no salió hasta morir.»

¿Y habrá todavía quién pregunte para qué sirven los santos?

Conste aquí para consuelo de las señoras que van á ser madres, que tienen en la *Azucena* de Quito una especialísima protectora. — De San Gerardo Mayella leemos lo siguiente en una de sus biografías: «¡Á cuántas

madres asistió en casos trabajosos! ¡á cuántos pequeños expuestos á morir sin bautismo dió generosamente la vida!... El Padre Tannoia atribuye al Santo predilección marcada para esta obra de bendición.» Otro tanto hemos de decir de la solitaria de Quito.

Estos favores de toda clase son una débil muestra de lo que la seráfica virgen puede y quiere hacer en gracia de sus devotos.



CAPÍTULO XXXVI.

MARIANA DE JESÚS EN EL CIELO SIGUE PRODIGANDO BENEFICIOS Á SUS HERMANOS Y DEVOTOS DE LA TIERRA. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Milagros modernos. — Curaciones. — Conversión de pecadores. — La paz renace en un hogar.

EL poderoso valimiento de la santa no se limitó á sus contemporáneos, sino que en nuestros mismos tiempos prodiga favores y mercedes á cuantos acuden á ella.

El señor presbítero Don Heliodoro Villafuerte, ecuatoriano, celosísimo propagador de la devoción á la *Azucena de Quito* y promotor ardiente de su canonización, ha publicado en Santiago de Chile un folleto, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su beatificación (1903); del que extractamos lo siguiente.

«Damos á conocer con inmensa complacencia á los devotos de Mariana de Jesús el nuevo y admirable prodigio obrado por su intercesión, según el relato que ha llegado á nuestro conocimiento, de una

carta escrita por el Rev. Padre Eugenio Navarro de la Compañía de Jesús, residente en la ciudad de Cartagena (Colombia), donde ha tenido lugar el suceso. Una señora piadosa, muy devota de la Beata Mariana de Jesús, tenía á su esposo enfermo de suma gravedad. Llena de angustia, pero al propio tiempo llena también de confianza, dirigiéndose á Mariana de Jesús le hace una ardiente plegaria, y le pide que se compadezca de su situación. No fué menester más; inmediatamente siente el enfermo que recobra la salud, sin otro remedio que la oración de su esposa á la sierva de Dios. Informado el médico de lo sucedido, examinó al paciente, y declaró que la curación era completa. ¡Ah! Dios es admirable en sus santos; no se ha encogido su mano omnipotente, y las maravillas de su misericordia se multiplican para recompensa de los que esperan en Él. Dios no resiste á la oración humilde y llena de confianza; acerquémonos con ella á Él, y con fe inquebrantable en la intercesión de la *Azucena de Quito*, esperemos las manifestaciones de su omnipotencia para nuestro consuelo y felicidad.»

«De un informe enviado á Roma acerca de la curación prodigiosa de una niña por intercesión de la Beata Mariana de Jesús, atestiguada por los padres de la misma enferma y por el distinguido facultativo Dr. Adolfo Peralta V., decano de la facultad de medicina del Azuay, así como por el profesor de farmacia Don Mariano Abad Estrella, sacamos el siguiente relato:

En Cuenca, capital de la provincia del Azuay de la república del Ecuador, la niña Ángela de Jesús

Estrella y Arévalo, de un año y un mes de edad, cuando apenas hablaba una que otra palabra, enfermó de *gastroenteritis*, de tanta gravedad, que no pudiendo su estómago resistir alimentos ni gotas de agua, después de doce días pasados sin ningún alimento, entró en completa agonía, que duró tres días. El padre de la niña, Dr. Ángel María Estrella M. y el señor decano de la facultad, Dr. Adolfo Peralta, médico de cabecera de la pequeña paciente, esperaban de un momento á otro el desenlace fatal; cuando el pulso había desaparecido y sólo quedaba intermitente en el corazón, sin esperanza en lo humano, el presbítero Don Daniel Hermida, amigo de la familia, tuvo la inspiración de aplicar una reliquia de la Beata Mariana de Jesús en la mejilla de la enferma. La niña, que casi ya no daba síntomas de vida, no bien sintió la imposición de la reliquia, la tomó en sus manecitas, y como para besarla, la puso en sus labios. Impresionados los padres postráronse ante la imagen y la reliquia de la Beata Mariana de Jesús, y comenzaron á rezar la novena en su honor. No habían acabado lo concerniente al primer día, cuando, oyendo que lloraba la niña, se acerca la madre á ella y oye que dice: ¡*¡pan!*! ¡Admirable portento del cielo! En ese momento, conseguida la gracia de la curación instantánea, por intercesión de la *Azucena de Quito*, Ángela de Jesús Estrella quedaba completamente sana.

En efecto, se le dió alimento, después de haber pasado quince días sin tragar un solo bocado; lo tomó sin dificultad y le hizo tanto bien, que sus

mejillas estaban sonrosadas al día siguiente. En la actualidad sigue llena de robustez y gozando de buena salud.

Informes.

Cuenca, Ecuador, enero de 1902.

El infrascrito, Doctor en Medicina, Profesor y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad del Azuay, previo el juramento legal, informa: Que el hecho antes relacionado es verídico en todas sus partes, y que abriga el convencimiento de que su realización se debió á la poderosa intercesión de la Beata Mariana de Jesús de Paredes y Flores.—Para que conste donde convenga, da el presente en Cuenca á 15 de enero de 1902—

Adolfo Peralta V.

El infrascrito Profesor de Farmacia y abuelo de la niña Ángela de Jesús Estrella y Arévalo, atestigua y asegura que el hecho relacionado por los señores Doctor Ángel María Estrella y Rosario Arévalo es cierto y que lo presencié. Que, como deudo de la expresada niña, por el gravísimo peligro de su muerte, se ocupaba en preparar las cosas necesarias para el entierro del cadáver de la misma niña.

Cuenca, enero 15 de 1902.

Mariano Abad Estrella.»

«El hecho milagroso que acabamos de referir dió lugar á que la *Azucena* obrara el siguiente.

Por intercesión de la Beata Mariana de Jesús, conocida con el gracioso nombre de *Azucena de Quito*,

Dios se ha servido conceder un favor señalado á la piadosa señora Paulina Dehaene, de nacionalidad francesa, residente en Santiago de Chile, desde hace quince años. Me complace en afirmar desde luego, que la señora Paulina Dehaene, por su carácter serio, sólida instrucción y piedad acendrada, es digna de todo crédito. Dejando sin embargo al fallo infalible de la Iglesia el conocimiento en este hecho, de la acción de una causa sobrenatural, vamos á relatarlo sencillamente como las cosas pasaron.

Desde hace un año, poco más ó menos, dicha señora venía sufriendo de un catarro intestinal ulceroso. En el mes de diciembre del año 1901 se agravó de tal manera la enfermedad, que en adelante le fué necesario renunciar á todo alimento sólido. Con suma dificultad y con una repugnancia vivísima podía tragar algunos sorbos de leche, que luego se veía obligada á arrojar; de tal manera que su estómago debilitado no podía retener ni siquiera ese exiguo alimento. Como es natural, acudió á los auxilios de la medicina; pero con resultado tan poco satisfactorio, que la enfermedad no hizo sino agravarse, preludiando un próximo desenlace fatal. Cinco meses hacía que no podía dejar la cama, y se notaban ya en su cuerpo signos exteriores de descomposición interna. Las fuerzas la abandonaban por momentos; sufría dolores intensísimos; se abrasaba interiormente en ardores intolerables, como quiera que, según el testimonio de los mismos médicos, todos los intestinos no formaban sino una llaga. Un martirio tan doloroso no podía prolongarse mucho.

El 28 de marzo, Viernes Santo, creyó la piadosa señora que Dios la llamaba hacia sí, y que le concedía la singular merced de morir en el mismo día que su divino Hijo. En efecto, como arreciasen de una manera atroz y alarmante sus dolores y una debilidad extraordinaria junto con los síntomas precursores de la muerte le indicasen que la hora de su partida había llegado, mandó llamar á su querido esposo, y con lágrimas en los ojos le dió su último adiós; pero con esa dulce resignación á la voluntad adorable de Dios, distintivo de los corazones cristianos que, comprendiendo sus destinos inmortales, saludan con alegría el momento venturoso de abandonar el destierro, para arribar á la verdadera patria, el cielo. Dios, sin embargo, que la reservaba para ocultos designios de su mayor gloria, no había permitido esa enfermedad sino para acrecentar los merecimientos de una buena cristiana y para enaltecer á una gran santa, la Beata Mariana de Jesús.

Así las cosas, llegó providencialmente á manos de la enferma *La Hojita volante*, modesta pero utilísima publicación católica que sale á luz en Santiago de Chile; traía en sus columnas la relación de un milagro de la Beata Mariana de Jesús, ocurrido últimamente en la ciudad de Cuenca (Ecuador). Leer aquel relato y despuntar en el alma de la enferma un rayo de esperanza fué todo uno. 'La Beata Mariana de Jesús me va á sanar', se dijo para sí, é incontinenti dió principio á una novena con todo fervor y confianza en* honor de la Beata, para al-

canzar por su intercesión la salud perdida. Abandonó al punto completamente los remedios del arte, poniendo sus esperanzas únicamente en la *Azucena de Quito*. Pero acabó la novena, y la enfermedad estaba en su punto: Dios ponía á prueba la confianza de esta cristiana fervorosa. Lejos de desesperar, la enferma se dirigió á la Beata con una oración ardiente y candorosa, y, reanimando el fervor de su confianza, comenzó otra novena. Esta vez la Beata no quería hacer esperar más á su fiel devota.

Era el tercer día de la novena; por la noche siente la enferma que una súbita revolución se opera en su ser; parécele que todo en su interior se renueva y ocupa su respectivo lugar. Por la mañana, 15 de mayo, en el colmo de la dicha, siéntese sana y buena, y deja escapar de su corazón un grito de asombro, felicidad y agradecimiento á la par. Manda á una sirvienta que le prepare una vianda pesada y de difícil digestión. La sirvienta se asombra, no quiere creer á sus oídos, se figura que la señora delira, y exclama: 'Pero, señora, ¿no sabe Vd. que si toma de ese manjar va á morir en el acto? Si no puede tomar ni un poco de leche, ¿como podrá soportar Vd. lo que me pide?' La señora hubo de contestarle que bien sabía lo que hacía, y que si no preparaba en el acto lo que pedía, se veía obligada á preparárselo ella en persona. La señora fué, pues, obedecida. Momentos después, con un apetito y gusto extraordinarios, sin sentir la menor repugnancia ni el más ligero síntoma de su horrible enfermedad, saboreaba á sus anchas y daba cumplido fin al manjar

que había pedido, en no escasas proporciones; estaba pues completamente curada.

La señora añade: 'Siempre fui de constitución débil y jamás gocé de salud perfecta; pero ahora me siento robusta y sana como nunca en mi vida; tomo toda clase de alimentos, sin que me causen el menor daño, y puedo consagrarme á mis faenas domésticas y ocupaciones de profesora con la mayor facilidad y sin cansancio alguno, siendo así que antes no podía dar ni un paso sin experimentar acerbos dolores y una fatiga inmensa.'

Difícil es pintar la alegría de la señora y el entusiasmo y amor con que bendice á su santa protectora. Había prometido publicar el favor recibido y constituirse en ardiente propagadora de la devoción á la Beata Mariana de Jesús, y ahora da cumplimiento á su promesa, permitiendo que se publique el hecho por todas partes y se recomiende á los católicos el poderoso valimiento de la *Azucena de Quito* ante el trono de Dios. ¡Bendito sea, pues, el Señor que así glorifica á sus santos!'

«La República Argentina ha sido en esta vez la escogida para teatro de una espléndida manifestación del cielo en favor de uno de sus hijos.

Desde que el señor presbítero Don Alfredo Araya Pérez fué nombrado cura y vicario de la parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, de la diócesis de Salta, dió á conocer á sus feligreses con incansable celo la admirable santidad de la Bienaventurada Mariana de Jesús. Su gran devoción y piedad hacia la admirable y santa joven no tardó

en extenderse hasta los confines de su vasta feligresía y avivarse la confianza en los corazones devotos, que desde entonces la invocaron con amor. — Dios, que es admirable en sus santos, complacido de la fe y confianza con que honraba aquella apartada grey á su predilecta esposa la *Azucena de Quito*, ha confirmado el gran poder que ante Él tiene, con el siguiente prodigio que vamos á contar, según el informe juramentado que tenemos á la vista, enviado por el señor cura Don Alfredo Araya Pérez.

Á mediados de noviembre del año próximo pasado 1902, el joven Don Ricardo López, yendo á caballo, dejó por descuido que el animal en que montaba se enredara entre las ramas de un árbol conocido en la localidad con el nombre de incajuama, que tiene sus ramas cubiertas de largas y gruesas espinas. Como era de temerse, habiendo el joven chocado fuertemente la rodilla izquierda contra las ramas, una de aquellas terribles espinas se internó en la parte superior de ella, como tres centímetros. Víctima de los dolores más atroces, volvió inmediatamente á su casa. La señora Quintina Maurín de López, madre del joven Ricardo, al ver la espina hincada en la rodilla de su hijo, profundamente consternada lanzó una exclamación, implorando al mismo tiempo la protección de la Beata Mariana de Jesús con una corta y ferviente plegaria en favor de su hijo.

La angustia de la señora Maurín era tanto mayor, cuanto que sabía por experiencia que la sangre de su hijo era propicia á las más grandes inflamaciones por pequeños rasguños. Sin embargo, ¡oh prodigio

admirable de la omnipotencia divina! esa sola plegaria, dirigida con fe á la Beata Mariana de Jesús, fué el remedio completo para aquella desgracia; pues sin necesidad de recurrir á médico ni medicina alguna, después de la plegaria dirigida á la Beata Mariana de Jesús casi instantáneamente quedó sin dolor y completamente sano, y lo que es aun más admirable, con la espina dentro de la rodilla; de modo que, sintiéndose enteramente sano y bueno, pudo sin la menor dificultad subir de nuevo á caballo y continuar caminando. La existencia de la espina dentro de la rodilla, sin causar el menor dolor ni inflamación, y esto sin la aplicación de ningún remedio, es indudablemente un verdadero portento permanente, que puede ser comprobado por todos, como efectivamente certifica haberlo palpado el piadoso párroco señor Araya, al recibir el juramento informativo del suceso.

Certificado primero.—Para dar gloria á Dios y honra á la Beata Mariana de Jesús, por cuya intercesión está sano mi hijo, certifico con juramento, que es verdadera toda la relación anterior. Doy fe.—Quintina Maurín de L.

Certificado segundo.—Certifico que he visto y tocado la espina que el joven Ricardo López tiene actualmente en la parte superior de la rodilla, cerca de tres centímetros más ó menos. No ha intervenido médico, porque en este pueblo donde ha tenido lugar no hay ninguno; en cambio existen muchas personas que atestiguan el hecho arriba narrado.—Parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, enero 1º de 1903.—Presbítero Alfredo Araya Pérez.»

«El 26 de febrero del presente año de 1903 bajaba el joven Miguel Valenzuela Grossi, con otros obreros, en el reparo del templo parroquial de San Bernardo (Chile), sobre un andamio de tres metros de altura, cuando inesperadamente, desarmándose el andamio, él y los demás cayeron al suelo. Como era natural, todos quedaron más ó menos estropeados; mas el joven Valenzuela, que cayó debajo de los compañeros y de algunas tablas y maderos, sufrió tan graves contusiones, que fué preciso conducirlo en brazos ajenos á su domicilio, en donde recibió los servicios profesionales del practicante señor Elías Olivares y del doctor Bernardo Burucúa.

Después de los primeros cuidados el enfermo quedó sumido en profundo malestar; la pierna ligada, porque se la creía dislocada ó fracturada, el brazo inmóvil por el dolor, la presión del pecho, que era indicio de lesión interna, no le permitían el menor movimiento sin sentir los más vivos dolores. No comía, ni dormía, ni aún podía sentarse en la cama; á todo eso la fiebre vino á agravar la penosa situación del paciente. El 2 de marzo, cuatro días después del suceso, el Hermano Bernardo Campoverde, redentorista, devotísimo de la Bienaventurada Mariana de Jesús, supo el triste estado en que se hallaba el joven Valenzuela, y fué á su casa llevándole una imagen de la Beata Mariana, para que se encomendara á ella. Hízolo así el enfermo, y besando la imagen, prometió á la santa que se confesaría y comulgaría, y encendería dos luces en su honor, delante de su efigie, si le alcanzaba de Dios la salud.

Cinco minutos después de la promesa que acaba de hacer, siente que todos los dolores y molestias desaparecen inmediatamente; y para asegurarse de que es una realidad lo que le pasa, se sienta, se pone de pie, se mueve en todas direcciones, y no experimentando la menor dificultad, se convence de que en realidad está completamente sano, y que su amable protectora, la *Azucena de Quito*, ha escuchado su plegaria con prontitud inesperada. Además en la noche durmió tranquilamente, y así el insomnio, la inapetencia y la fiebre desaparecieron del todo, sin ninguna medicina. Para cerciorarnos del hecho, trasladándonos á San Bernardo, tuvimos la satisfacción de hablar personalmente, no sólo con el mismo joven Valenzuela, sino también con su padre, que son conocidos en la localidad, y habiéndonos hecho la relación del suceso con toda sencillez, convencidos de la verdad, no pudimos menos que bendecir la bondad de Dios, que tan admirable es en nuestra santa.»

«Tales portentos inexplicables ó siempre dudosos para el hombre sin fe, son para el que tiene la dicha de poseer ese tesoro del cielo, objeto de una dulce esperanza, que le impulsa á recurrir á Dios en las pruebas de la vida por intercesión de sus siervos y amigos.

«Es, pues, indudable que Dios quiere que recurramos á Mariana de Jesús, para otorgarnos por medio de ella las gracias que le pedimos. Hagamos la experiencia; pero que sea con aquella fe y confianza que Nuestro Señor quería de los que le pedían mi-

lagros en su vida mortal, y veremos por nosotros mismos los efectos de su oración poderosa. ¡Oh Mariana, Azucena radiante del cielo! los que peregrinamos en la vida, os saludamos, y bendecimos vuestro nombre glorioso; rogad por nosotros, para que nos hagamos dignos de las promesas de Cristo.

«El poder que tiene ante Dios la Bienaventurada Mariana de Jesús no se limita sólo á conseguir la salud y el remedio de las necesidades temporales. Su intercesión poderosa se extiende con especialidad á obtener gracias espirituales y dones divinos que han de labrar la felicidad eterna de las almas. Siempre se ha observado que los santos alcanzan aquellas gracias y virtudes en que ellos más resplandecieron sobre la tierra. Por esto Mariana se complace en alcanzar á sus devotos, unas veces el espíritu de recogimiento y de oración, otras, el amor á la Eucaristía, el alejamiento del mundo, el espíritu de penitencia.—Y como durante su vida, después del amor divino, en lo que más se distinguió fué en la salvación de las almas extraviadas, por las que hizo tantas penitencias, oraciones y buenas obras, sigue también hoy ejerciendo con más eficacia ese divino apostolado en favor de las almas sumergidas en el vicio. Los siguientes sucesos confirman lo que decimos.»

«El Rev. Padre Carlos Infante, superior de los Padres de la Compañía de Jesús de Concepción, en una carta dirigida á un sacerdote amigo suyo, con fecha 10 de diciembre de 1901, en que le habla de la poderosa intercesión de la Beata Ma-

riana de Jesús en favor de los grandes pecadores, se lee lo que á continuación copiamos.

De las imágenes de la Beata Mariana de Jesús que tuvo la bondad de mandarme, la primera vez que repartí, llegó una de ellas á manos de una mujer de muy mala vida, necesitada en extremo de una gracia extraordinaria para salir del abismo de males en que estaba sumergida. ¡Cosa admirable! Aquella desgraciada fijó sus miradas en la imagen, sintió en su corazón tan vivo dolor de sus pecados, que quedó tocada de Dios y profundamente compungida, y no quedó en esto sólo, sino que hizo ejercicios, y habiéndose convertido sinceramente, se reconcilió con Dios.

Y hablando de otra conversión admirable obtenida por la misma Bienaventurada, se expresa así:

Á principios de este mes terminamos la misión que acostumbramos dar á los mendigos; asistieron á ella más de trescientos, y una mujer que vivía en malas relaciones con un hombre hacía muchos años, quería convertirse á Dios y casarse para salir de aquel mal estado, pero el cómplice se negaba obstinadamente á recibir el sacramento. En tan angustiosa situación se encomendó fervorosamente al Señor de la Buena Esperanza, y le rogó que por la intercesión de la Beata Mariana de Jesús moviera el corazón de aquel hombre empedernido. Hecha la plegaria, volvió á su casa y con gran sorpresa encontró al hombre enteramente cambiado, que la esperaba para decirle que estaba ya resuelto á casarse. En efecto, hicieron las diligencias, se confesaron ambos y recibieron los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Matrimonio.»

«¡Ah sí! La *Azucena de Quito*, que desde el cielo sigue ejerciendo el celo de su ardiente caridad en favor de sus hermanos, es en los momentos actuales, en que la Iglesia, movida de inspiración divina, se ocupa en colocar las últimas piedras preciosas en su diadema de inmortal gloria, el motivo de justa esperanza y de consuelo, no sólo para las almas que la invocan, sino para los pueblos y naciones que, comprendiendo los designios que tiene Dios en glorificarla, se atraen su protección rindiéndole públicos homenajes de amor y veneración.» —

De lo que llevamos escrito ó copiado en estos dos capítulos se desprenden dos cosas: La primera, que la gloria de Mariana, así como la de todos los santos, empieza donde acaban las glorias mundanas. La segunda, que la virgen quiteña es con Santa Rosa de Lima, de un modo particular la protectora de la América del Sur. ¿Será mal correspondida?



LIBRO CUARTO.

SECRETO DE LA PERFECCIÓN
DE MARIANA.

CAPÍTULO XXXVII.

LA HUMILDAD, SECRETO DE MARIANA PARA
ATRAER LAS GRACIAS DE DIOS.

SUMARIO. Humildad de Mariana según sus confesores. — Confiesa sus faltas con dolor. — Se reconoce indigna de los dones de Dios. — Las gracias recibidas la humillan más y más.

Á la manera que las ciencias y artes tienen su secreto, así la perfección tiene el suyo, y consiste en saber atraer las gracias de Dios y hacerlas fructificar lo mejor posible. Ahora bien: nada atrae tanto las gracias de Dios como la humildad. La humildad es valle profundo adonde bajan las aguas de la montaña, esto es, los divinos dones. Mariana de Jesús hizo suyas las palabras con que la Reina del universo y Madre de Dios patentizó su humildad: «*El Señor ha hecho en mi cosas grandes*; porque ha mirado la bajeza de su esclava.»

Heroica en todas las virtudes, la *Azucena* lo es sobre todo en la humildad y desprecio de sí misma. Sus contemporáneos, y mayormente sus confesores,

reconocen y publican unánimemente el amor apasionado de Mariana á cuanto la envilecía á sus propios ojos y á los del mundo. Fué humildísima, escribe el Padre Camacho, y sentía en extremo que la tuviesen por virtuosa; por esta causa mucho tiempo buscaba los rincones de la iglesia, para que no la viesén. — Sentía bajísimamente de sí, añade el Padre Manosalvas, porque decía ser la más mala y perversa de cuantas almas vivían en el mundo; pues debía más que todas á su Dios, y correspondía menos que todas. Si alguna persona se encomendaba á sus oraciones, respondía que eso tocaba á las que estaban muy cercanas á Dios, que ella se sentía y conocía por la más mala de todas; pero con todo hacía con mucho cuidado lo que se le pedía.

Nada más fácil que la humildad de boca, dirán algunos. Sí, responderemos; pero Mariana la tenía en los labios porque la alimentaba en el *espíritu* y en el *corazón*: en el espíritu, pues reconocía su nada y la grandeza de Dios; en su corazón, pues aceptaba amorosamente su nada y los desprecios consiguientes á ella.

Con qué prontitud confesaba sus faltas, sin embargo de ser más bien aparentes que reales, en las que influía mucho más la fragilidad humana que la voluntad. La sincera confesión de nuestros defectos es una de las mejores piedras de toque de la verdadera humildad. ¡Cuántas veces tras una falta repetimos con Eva: «La serpiente me ha engañado»! Hacia el fin de sus días, en un momento de expansión, y por permisión de Dios, se escapó á Mariana una

ligerísima queja contra la excesiva condescendencia del Padre Camacho en permitirle toda clase de maceraciones. Mas cayó luego en la cuenta de que no tenía razón de quejarse, ni siquiera por vía de inocente desahogo, puesto que el director, por una parte, al conceder tantas y tales mortificaciones, había accedido á las súplicas importunas de su hija espiritual, y por otra no las había permitido sino después de consultar á Dios; creyó pues la humilde virgen haber faltado al proferir aquellas palabras. No satisfecha con arrepentirse de ellas, escribió al Padre Camacho una carta muy tierna y conmovedora, pidiendo mil veces perdón de lo que según ella era una gran iniquidad.

Nuestra tan privilegiada *Azucena*, que se anonadaba ante la infinita perfección de Dios, pedía incesantemente, como gracia escogida y prenda de predestinación, además de la humildad que agrada á todos, las humillaciones que cuentan con muy pocos aficionados entre los hijos de Adán. Tenía constantemente en los labios, y más aún en el corazón, esta jaculatoria que ya conocemos: «Amantísimo Jesús, quita de mí todo lo que te desagrada; hazme toda á medida de tu corazón; yo me conozco y desprecio por vil. Y quiero ser vil y despreciada, á mis ojos y á los de todo el mundo, por tu amor...»

Por supuesto, cuanto más se humillaba la *Azucena*, tanto más la enriquecía Jesucristo con sus dones. Empero las gracias recibidas, lejos de inspirarle estima á sí propia, la empequeñecían y humillaban más y más. Á la manera* que las aguas de una cascada

cavan poco á poco la piedra en donde se precipitan con fuerza, así igualmente las divinas dádivas, impetuosas como un torrente, ahondaban más y más en el espíritu y en el corazón de Mariana el conocimiento y el amor de su nada.

De aquí que suplicara ardientemente al Señor que reservara para la otra vida aquellos favores extraordinarios sin los cuales se le puede perfectamente amar y servir, como éxtasis, arrobamientos, si bien no consiguió el objeto de sus peticiones. Lo que con más ahínco pidió continuamente á su celestial Esposo Jesucristo, declara el Padre Manosalvas en el Proceso, fué no tener visiones ni recibir tales favores en esta vida, rogándole se los reservase para la gloria. «No fué amiga de revelaciones, raptos, ó éxtasis», dijo el Padre Rojas en el elogio fúnebre que de ella hizo. «Antes bien los aborrecía, y por esta causa no quería leer los libros de Santa Gertrudis, porque trataban de ellos. ¿Cuándo yo, vil criatura y desagradecida á mi Esposo, exclamaba, podré merecer un rasgo de los cariños que hizo á Santa Gertrudis el Señor del universo? ¿Cuándo mis tibiezas podrán alcanzar algo de sus favores? Nunca. Pues, para que no se me ofrezca el más leve antojo de mujer, quiero apartar de mí los libros de mi querida Santa Gertrudis; y en este despego bien conoce la Santa que sólo pretendo venerarla, servirla y quererla más como á esposa tan allegada á Dios, y no poner á mi vileza é indignidad en ocasiones de ensoberbecerse, elevándose el pensamiento á lo que no merece ni es capaz de conseguir.»



CAPÍTULO XXXVIII.

LA HUMILDAD, SECRETO DE MARIANA
PARA ATRAER LAS GRACIAS DE DIOS.
(CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. «Aquí viene la santa.» — «¡Váyase á pie!» — Cede su puesto en la iglesia. — Cama de perspectiva. — Hácese servir exquisitos manjares. — «Jesucristo retocará mi rostro.» — Curiosidad satisfecha. — «He venido para servir.» — La oración custodia la humildad.

EN punto á humildad, nada la testifica tanto como los actos exteriores que deprimen el amor propio, como los desprecios de sí mismo, como las humillaciones, ó bien espontáneamente buscadas, ó bien soportadas con alegría. Yendo una mañana nuestra solitaria, como de costumbre, á la iglesia de la Compañía, oyó una voz que decía: «Aquí viene la santa.» Oír esta palabra fué lo mismo que sentir clavarse una espina en el corazón; convirtiéronse los ojos en dos fuentes de lágrimas. Aquel día creyóse en el deber de castigar su cuerpo de una manera extraordinaria, á fin de reparar la ofensa irrogada á la verdad. Era prudente cerrar el oído del alma, á fuerza de disciplinas y cilicios, al silbido de la serpiente que á tantos otros ha inoculado el veneno de la vanagloria y el orgullo. — Desde aquel entonces determinó variar de calles para ir á la iglesia, y hubiéralo puesto por obra, á no habérselo prohibido su confesor. Lloraba, pues, la reclusa por verse estimada. ¡Benditas lágrimas, hijas de la humildad! ¡Oh! ¡cómo encantarían á Jesús, manso y humilde de corazón!

Una vez estaba la santa en la iglesia, cuando de repente se le recrudecieron tanto los dolores, que le fué imposible regresar á pie á su habitación. Muy á pesar suyo, tuvo que admitir una silla de manos. En ese estado la encontró el Padre Lucas de la Cueva, quien, para poner á prueba su mortificación, le dijo: «¡Buenos estamos! ¿Merece Mariana silla de manos? Váyase, señora, á pie como se vino.» Al oír estas palabras la santa, risueña como siempre, bajó de la silla, y sostenida por la humildad y obediencia, llegó á su casa con no menos trabajo que consuelo.

En el lugar santo la sierva de Dios tenía su puesto fijo, al pie del púlpito. Ahora bien, mientras unas señoras muy principales, que la miraban como á santa, procuraban arrodillarse á su lado como para enardecer su corazón al contacto del suyo, otras que no la conocían, ambicionaban su puesto y sin reparo se lo disputaban, desdoblando cada cual sus alfombrillas á fin de conciliar la comodidad con la devoción y con el aseo. Mariana empero, que, á imitación de su divino Maestro, no altercaba jamás con nadie, les cedía su puesto de buen grado y sin el menor asomo de disgusto. Hubiérase dicho que las aguardaba en aquel sitio para ofrecérselo con exquisita cortesía y amabilidad. Á ella poco ó nada le costaba aquella condescendencia; mas, ¡para cuántas aquel acto de humildad rayaría en heroico!

Había colocado la ejemplar penitente en un ángulo de su habitación una cama decente y cómoda, con una colcha que bajaba hasta el suelo. Llegada la noche,

sacaba de debajo de aquella cama de pura perspectiva su potro de tormento para martirizarse por el espacio de tres horas. Á la mañana siguiente, Catalina volvía á esconder en el mismo lugar aquel instrumento de suplicio.

Para disimular sus ayunos y abstinencias empleó un medio heroico, no menos que singular. Llamando una vez aparte á Catalina, le habló así: «Ya sabes, Catalina, que te estimo; pues no te hubiera hecho partícipe y depositaria de mis secretos, si no te amase, en justo pago del mucho amor que me tienes. Sabrás pues mejor que yo lo que se dice en casa sobre mi penitencia y ayuno; puede difundirse esta especie y perderse todo mi trabajo, ó porque intenten obligarme á comer, ó porque me expongan al delirio de la jactancia. Yo he de agradar sólo á mi Esposo, y Él me dicta que no coma, pero de tal suerte que parezca á todos lo contrario, y para ejecutarlo me valga de tu amor é industria. Hazme por tanto de vez en cuando algunos platos sazonados bien y con aseo; éntralos en mi habitación, cuando te vean, diciendo que son para mí, y no se malograrán, porque pobres hay en quienes poder emplearlos. Así lograremos el doble fin, de que juzguen que yo como y no ayuno tanto como dicen, y de que el Señor nos prepare á entrambas en la gloria la paga de la limosna que con tus guisos hiciéremos á los pobres.» Obedeció Catalina fielmente, y gozosísimos quedaron todos: Catalina, por desempeñar su cometido; Mariana, por creer que había desvanecido opiniones ventajosísimas que se tenían

de sus ayunos; los indigentes, por lograr sabrosos manjares; y Jesucristo, por ser finamente amado de su humildísima virgen y servido en los pobres.

Ya hemos referido en otra parte la guerra que con las armas del amor se había declarado á Mariana en su casa. Afligíala, no la contradicción, sino el concepto de mortificada en que se la tenía: «¡Yo!» exclamaba, «¡en opinión de buena! ¡Yo, tan floja, tenida por penitente! ¡Yo, tan pecadora, tenida por santa! ¡Y mi rostro ha de ser la causa! ¡Oh! si ésta ha de ser la ocasión para que juzguen tan mal, Esposo tengo que la quite y deshaga el engaño. Si por amor suyo perdí la belleza; si por quererle imitar en la cruz, donde no le quedó asomo de lo que era, se deslustró mi rostro; él es pintor divino, que sabrá retocarlo, y desvaneciendo ideas falsas que me favorecen, hará que me tengan por lo que soy en realidad, no por lo que miente el aspecto.» Tras mucho rogar, tras mucho suspirar y llorar se fué un día á la iglesia de los jesuitas, y comulgó en la misa que á esa intención hizo celebrar por su confesor. Concluída la acción de gracias y después de hablar con el mismo en el tribunal de la penitencia, quedó dormida. Á poco despierta y se levanta, y ¡oh prodigio! su rostro está hermoso, sonrosado y rozagante; asimismo sus manos aparecen llenas de carne y de muy buen color; milagro que durará hasta su muerte. Cuál haya sido su agradecimiento, no es para dicho. Aquellos que antes le censuraban los excesivos ayunos, ahora la felicitan por su docilidad y moderación. No obstante el milagro, esas

decepciones se desvanecerán muy pronto, y todo el mundo sabrá que Mariana sigue privándose de alimentos, como siempre. Todos pudieron admirar en ella el milagro obrado en otro tiempo en favor de Daniel y sus compañeros, quienes con reducirse á una comida frugal adquirieron una belleza y lozanía extraordinaria. Ester y Judit, precisamente á causa de sus ayunos, recibieron de Dios un aumento de atractivos y gracias naturales.

Guardemos siquiera los ayunos de precepto y la templanza cristiana; y así hermostearemos, no el cuerpo, sino el alma, y esto es lo principal.

Una señora de Quito, tan distinguida como curiosa, quiso cerciorarse por sus propios ojos de si los ayunos de Mariana y su alimentación eucarística eran hechos de verdad, ó fábulas del pueblo. Presentóse, pues, un día, muy de madrugada, á la sierva de Dios, quien con amabilidad la introdujo en sus aposentos. La visita de aquella noble matrona y verdadera hija de Eva se prolongaba demasiado. Á medio día invitóla nuestra penitente á almorzar, y aceptó de muy buen grado, para ver si la santa comería ó no comería. Y la santa comió, y al parecer con regular apetito, si bien con heroica mortificación y suma repugnancia del estómago. Al fin ausentóse de la mesa, y habiendo arrojado cuanto había comido, volvió risueña al comedor. Muy pronto se retiró la comensal, persuadida de que la solitaria comía como cualquier hijo de Adán, y que cuanto se decía de sus ayunos era falsedad y mentira; y esto iba publicando por las calles y en los salones. Quien se gozaba más

en esta aventura era Mariana; la que refirió aquel lance á una amiga, celebrándolo con gracejo y risa.

«He venido para servir, y no para ser servido.» Nuestra santa hizo suyas estas palabras del divino Maestro; sierva de Dios, era la sirvienta de sus hermanos. En efecto, cuando éstos comían, ella les servía la mesa con la humildad de una criada y la amabilidad de un ángel; luego después iba á la cocina á fregar los platos. Si tenía que hablar por algún tiempo notable con alguna persona, aunque fuese de condición humilde, sentábase en la desnuda tierra, al estilo de los esclavos; *ocupando el último lugar*, según el consejo de Jesucristo.

La humildad deleita, encanta al corazón de Jesucristo, y este amigo de los pequeñuelos premió con un milagro la de su angelical esposa, la *Azucena de Quito*. El hecho que vamos á referir, lo mismo que los relatados en estos capítulos, se leen en el Proceso.

Tenía su sobrina Catalina cinco años, cuando entró una vez en el cuarto de su virtuosa tía. Como viera sobre la mesa un papel escrito, lo cogió para jugar con él. Su madre, Doña Juana, notó someramente que en esa esquila Mariana pedía licencia á su director para practicar algunas mortificaciones sobre las acostumbres; pero no tuvo tiempo de enterarse de los pormenores. Deseosa de hacerlo, guardó el papel, dando otro en cambio á la niña. La virgen cayó pronto en la cuenta de haber desaparecido su esquila, y voló á preguntar por ella á Doña Juana, quien le contestó, haciendo una restricción mental: «Yo vi á la chica que andaba con un papel; lo habrá echado

en un rincón.» Afligida con tal respuesta, la santa, al retirarse á su cuarto, suplicó á Jesucristo que no permitiera fuese conocido de nadie el contenido del papel, y como si estuviera segura de haberlo obtenido entregóse á la oración. Aprovechó de esta circunstancia Doña Juana para leer á solas la esquila y sin peligro de ser vista de la *Azucena*. Abrió, pues, el escritorio donde estaba guardada entre otros muchos papeles, y, ¡oh milagro! éstos se hallaban intactos, al paso que dicha esquila estaba reducida á ceniza.

En suma, la reclusa se aventajó mucho, muchísimo, en la humildad; motivo por el cual recibió gracias tan numerosas como escogidas y extraordinarias. En la proporción que la humildad le vaciaba el corazón, llenábanlo las divinas dádivas. ¿Por qué á muchos se les escasean los dones celestiales? Porque en sus corazones ensimismados y rebosando de vanidad y soberbia, no hay lugar para Dios.



CAPÍTULO XXXIX.

EL AMOR DE DIOS, SECRETO DEL HEROÍSMO CON QUE MARIANA COOPERÓ Á LA GRACIA.

SUMARIO. *Relación entre el amor y el heroísmo cristiano.*—

Testimonio del Padre Camacho.—Palabras de la santa; sus tres votos.—«Tía Mariana está jugando con un niño.»

— Jaculatoria.

CUÁL fué el secreto de Mariana de Jesús para llegar tan presto á la cumbre de la perfección, con la cruz á cuestas? La gracia de Dios, me contestarás sin duda, carísimo lector. Es verdad; pues

sin la gracia nos es del todo imposible comenzar, proseguir ni acabar el bien. Pero hay que tener también en cuenta que por vía ordinaria la gracia sin nuestra cooperación no nos transforma ni levanta del abismo de nuestra flaqueza. Bien lo comprendió la *Azucena* de Quito; por esto, al paso que atraía la bendición de lo alto anonadándose de mil maneras, se esforzaba por hacerla fructificar, con tesón y valor heroicos. El amor fué el principal móvil de su cooperación fiel y perseverante á las extraordinarias gracias con que el Señor la enriqueció. Y su vida es una prueba patente, palmaria y á todas luces irrefragable, de este axioma de los Sagrados Libros: «El amor es fuerte como la muerte»: invencible y superior á todo obstáculo. Cuánto nuestra santa haya amado á Jesucristo, lo demuestra hasta la evidencia lo que va escrito en este libro.

Mártir fué ella de mortificación durante su vida y más aún en su muerte. Luego en la misma proporción debía abrasarla el amor divino.

Á estas reflexiones añadamos el testimonio del Padre Camacho, varón de Dios, confesor y director de Mariana.

«Más tiempo y papel eran menester para hacer extensa relación de esta virgen; pero dejando muestras exteriores á tantos ojos patentes, y reduciendo á breves períodos lo interior, digo lo primero que Nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer á Dios y sus perfecciones sin discursos y amarle sin interrupción.» Estas palabras, con ser breves, lo dicen todo.

Nuestra santa tuvo profundo conocimiento de Dios. Ahora bien, escribe la Seráfica Teresa de Jesús: «Un alma que conoce á Dios, no puede menos de amarle á medida del conocimiento que tiene, de modo que, si le ama poco, es señal de que le conoce poco; y cuanto más crezca en su conocimiento, tanto más irá también creciendo en su amor.» De ahí que la angelical solitaria de Quito *amara sin interrupción*. Esto es, como decía el Beato Raimundo Lulio, después de su conversión, venir del amor, ir al amor, desear el amor, vivir del amor y dentro del amor, pensar en el amor. Esto es amar á la manera de los bienaventurados.

Pues tal era el amor de Mariana para su Dios. Ella misma lo daba á entender muy á las claras, pues repetía con frecuencia que *se le abrasaba en amor el corazón*; á imitación de aquella alma tan amante de Dios, que conjuraba á las hijas de Jerusalén, noticiaran á su amado cómo desfallecía de amor¹. Su lengua, que hablaba de la abundancia del corazón, no sabía más que articular esta palabra: «Sea por el amor de Dios.» Y decía esto no sólo en momentos de consuelos y dulzuras espirituales, sino también cuando estaba enclavada en la cruz de las arideces, de las enfermedades y contradicciones.

Para cumplir mejor con el precepto del amor, en el cual se cifra toda nuestra perfección, practicó, sin ser religiosa, los consejos evangélicos. He aquí la

¹ Cant. Cant. v, 8.

fórmula escrita de su mano, de los tres votos que en temprana edad hizo para darse más por entero á Jesucristo.

«¡Omnipotente y sempiterno Dios! Yo, Mariana de Jesús, hago voto y prometo á Vuestra Divina Majestad delante de la siempre Virgen María, Madre de Dios, y de toda la corte del cielo, guardar pobreza, y vivir y morir guardando perpetua virginidad y obediencia á mi confesor; y pongo por testigos acá en la tierra, á mi Padre Juan Camacho, á mi Padre Antonio Manosalvas, á mi Padre Luis Vázquez y á mi Hermano Hernando de la Cruz.— Mariana de Jesús.»

Con estos tres votos lo sacrificaba de una vez todo á Jesucristo: bienes de la tierra, cuerpo y alma. El amor es un amabilísimo ladrón, que nos despoja de todo, aun y mayormente de nosotros mismos.

Nuestra ilustre contemplativa miraba á Dios con los ojos del alma, iluminados por luces extraordinarias; á las veces empero fuéle dado ver al Hombre-Dios con los ojos del cuerpo, y la vista de la humanidad de Cristo la inflamaba más y más en el amor divino. Cosme de Salazar, siendo muy niño todavía, habiendo entrado una vez en la habitación de la santa, hallóla jugando con un hermosísimo niño. Ver esto y correr á participarlo á su madre, todo fué uno: «Mamá, mamá», dijo, «tía Mariana está jugando con un niño.» Corrió á su vez Doña Juana al aposento de la solitaria, mas anticipósele ésta diciendo: «¿Para qué dejáis entrar muchachos en mi cuarto?» Por toda contestación Doña Juana preguntó á su

hijito con qué niño jugaba su tía. «Con éste, con éste jugaba; yo la vi», respondió mostrando á un Niño Jesús pintado en un cuadro con su Madre Inmaculada.

Iguales favores leemos en las vidas de algunos Santos, que se distinguieron por su inocencia, por su pureza angelical, como un San Antonio de Padua, etc. De San Gerardo Mayella cuéntase la misma predilección. Apenas se postró una vez Gerardito ante una imagen de María, cuando el Niño Jesús, desprendiéndose de los brazos de la Virgen, bajó hacia él: púsose risueño á jugar con él como con un amiguito, repitiendo así el milagro obrado en otro tiempo con el Beato Hermann José.

¿Queremos ser fieles discípulos é imitadores de Jesús crucificado? Amémosle mucho. Mientras Isaac caminaba al Monte Moria para ser inmolado al Señor, llevaban no sólo el cuchillo con que había de ser degollada la víctima, sino también el fuego en que debía ser consumida. Monte Moria, monte de la inmolación, es la vida cristiana, mayormente la perfección cristiana: empleemos el cuchillo de la mortificación sí, pero abrasémonos en las llamas de la divina caridad, y seremos héroes.

Mariana tenía de continuo en los labios, y más aún en el corazón, estos actos de amor que semejan jaculatorias de serafín: «¡Oh amado tesoro mío! tú solo para mí y yo sola para ti. Tú solo bastas para hartar mi deseo y en ti solo me contento. Y yo, como si estuviera sola, no me ocuparé en otra cosa que en amarte, alabarte, glorificarte, servirte

y obedecerte á ti, que eres todo, único y sumo Bien y eterno Descanso.»

Hagamos nuestros tan encendidos afectos.



CAPÍTULO XL.

EL AMOR, SECRETO DE MARIANA PARA SIMPLIFICAR LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES.

SUMARIO. Razón por que el amor simplifica la práctica de todas las virtudes. — Enumeración de las principales virtudes de Mariana. — El árbol de vida.

ES cierto que nuestra *Azucena* practicó todas las virtudes en grado heroico, toda vez que ha sido juzgada digna de los honores de los altares por la Iglesia infalible de Jesucristo. ¿Por qué sendas secretas habrá llegado así á la práctica sobrehumana de todas las virtudes, cuyo ejercicio, atentas las heridas que nos ha inferido el pecado, requiere tanta abnegación como prudencia? Ella misma nos lo revela diciendo: «Sea por el amor de Dios: todo por el amor de Dios. Ved ahí la perfección reducida á su más simple expresión.»

Todo por el amor de Dios; y á impulso de ese amor, la práctica de todas las virtudes. Esto es todo el Evangelio, la destrucción del vicio, el cumplimiento del bien, puesto al alcance de todo el mundo. El amor es de consiguiente la simplificación eficaz de nuestra santificación. Una comparación nos hará palpable esta verdad tan consoladora. Queréis cultivar un vasto campo, cubierto de arbustos, abrojos

y espinas. Para limpiarlo, ¿qué medios emplearéis? ¿El hacha? Cosa buena es, pero prolija, larga y trabajosa. Prended fuego á esas malezas, y muy presto, mayormente si favorece el viento, de ellas no quedará más que ceniza, y vuestro campo podrá ser inmediatamente cultivado. Campo erizado de espinas y malezas, esto es, de vicios y pecados, es el corazón humano. Para purificarlo, ¿emplearéis tan sólo, cual instrumento contundente, la mortificación y penitencia? Llegaréis al fin deseado, pero después de mucho tiempo; después de haber talado, cortado, desarraigado, uno tras otro, esos arbustos y demás malezas. Emplead más bien el fuego del amor divino, y en brevísimo tiempo habréis purificado vuestro corazón y hécholo una tierra muy á propósito para recibir la semilla de las virtudes, produciendo el ciento por uno. ¿Por qué? Porque la caridad, contesta San Pablo, «es sufrida, dulce y bienhechora; la caridad no tiene envidia; no obra precipitada ni temerariamente; no se ensoberbece; no es ambiciosa; no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal; no se huelga de la injusticia; complácese en la verdad; á todo se acomoda; cree todo, todo lo espera, todo lo soporta»¹. Texto que San Alfonso comenta en su *Práctica del amor*, mostrando cómo el que ama ejercita todas las virtudes. Así como el maná tenía el sabor que cada cual quería experimentar, así el amor se convierte en la virtud que deseamos practicar de una manera especial.

¹ I Cor. XIII, 4 y sgs.

Aplico este principio á la seráfica virgen, discutiendo así: Mariana amó á Jesús crucificado en grado eminente; por lo tanto practicó con perfección todas las virtudes cristianas, y esto es lo que vamos á dar á conocer brevemente.

Que su paciencia haya sido heroica, bien lo evidencian estas súplicas, diré mejor, estos suspiros de un corazón amante: «Apártate, Señor, de mí, porque soy una vil criatura y pecadora, y conózcome por indigna de tus regalos. Sólo quiero penas y trabajos, que me lleven en tu seguimiento al Calvario; no glorias que me conduzcan al Tabor.»

Cuán cristianamente haya practicado Mariana la dulzura y la benevolencia en las contradicciones, lo declaran sus confesores. El Padre Manosalvas jura en el Proceso, que la santa no sabía lo que era airarse, y que nadie pudo conocerla hija de Adán por lo irascible. En las arideces y congojas del corazón no le daba tanta pena su desconsuelo, agrega el Padre Camacho, cuanto el temor de ser á otros molesta y mostrárseles menos amorosa en sus respuestas. Á la belleza y buen aspecto de cara y manos, escribe el Padre Butrón, añadía una afebilidad tan rara en las palabras, que muchos buscaban oírlas para consuelo de sus almas.

Qué acabado modelo de modestia cristiana y retraimiento del mundo haya sido, lo demuestra lo siguiente: La modestia de los ojos en ella y la exterior compostura eran tan raras, que le merecieron más que ninguna otra virtud el renombre de santa. Los testigos en el Proceso declaran unánimemente

que Mariana no entró jamás en otra iglesia que en la de los jesuitas, excepto la vez que asistió en la de San Francisco á los funerales de su sobrina.

En su amor seráfico cada vez más ardiente, la *Azucena* se había precavido contra la tibieza, que no pocas veces se disfraza y engaña á los cristianos incautos, y obligádose á hacer cada día nuevos progresos. ¿De dónde proviene por lo regular la tibieza para una persona que dispone del tiempo á su gusto? Del ocio. ¿Y cuál es la causa del ocio? La vaguedad ó indeterminación en el ejercicio de nuestra actividad, la falta de orden, la inconstancia y versatilidad humanas. Para cortar de raíz las causas de males tan peligrosos, la virgen quiteña adoptó el reglamento de vida cuyo análisis hemos dado más arriba, y que prueba que ella no perdía ni una partecita de tiempo.

La perfección del amor consiste en la conformidad con el querer divino; mas como éste se nos manifiesta especialmente por la voz de los representantes de Dios, bien puede afirmarse que la santidad consiste en gran parte en la obediencia amorosa. Tal era la persuasión de Mariana, y por esto fué modelo de esta virtud. Había recibido de su confesor la orden de dar cuenta minuciosa de su interior, incluso los favores sobrenaturales, á su sobrina Doña Juana. Hízolo con toda puntualidad la sierva de Dios. Mas apenas la sobrina se puso á apuntar en un papel cuanto había oído, se le borró todo de la memoria. Suplicó pues á Mariana, que empezara de nuevo á darle cuenta de su conciencia; á lo cual

se negó la santa, diciendo: «Ya para obedecer te descubrí lo que por mí pasaba: mandómelo mi confesor y cumplí con la obediencia. Di á nuestro Padre que mi Esposo no gusta que sepan mis cosas, mientras yo viviere.»

Por amor Mariana se anonadó, conforme hemos visto en los capítulos anteriores, para asemejarse á Aquel que, siendo Dios, se hizo hombre, niño y tomó la imagen de pecador sin la culpa.

Llevada de su amor, la solitaria de Quito decía como los apóstoles: He renunciado á todo; lo he abandonado todo para seguirte. Renunciado que hubo á su patrimonio y á toda esperanza temporal, vivió de limosna, en la casa de su cuñado y hermana. Inventariemos los objetos que se hallaban en la habitación de la esposa de Jesucristo: un cuadro representando á la Santísima Trinidad; una efigie del Niño Dios; otra de Nuestra Señora de Loreto; algunas estampitas de San Ignacio, San Francisco de Asís y otros Santos; una almohadilla de labor; tijeras, cortaplumas, libros espirituales, Vidas de Santos: todo esto en corto número; en cambio muchos cilicios y disciplinas; tres cruces; un ataúd; una guitarra; y un crucifijo.

Su vestido, así como su manto de lana ordinaria, de color muy oscuro, era el de una pobre de Jesucristo. Cuanto tenía era prestado de su hermana. Nunca dió ni recibió cosa alguna sin el permiso de su confesor; en poder del mismo estaba la llave de la almohadilla; de forma que Mariana no tenía en propiedad ni un alfiler.

De advertir es que Mariana daba realce á su pobreza con la más exquisita limpieza, que brillaba en toda su persona y en cuanto tenía para su uso.

«La caridad lo cree todo» al decir del Apóstol, y Mariana, como cualquier justo, vivía de la fe. De ahí v. g. su devoción á la Santísima Trinidad, al Padre Eterno, al Verbo Encarnado y al Espíritu Santo; de ahí también su ardiente deseo de pasar á los países de los infieles para predicar la fe del Redentor y aun sellarla con su sangre. Si bien era favorecida con visiones y éxtasis, no tuvo otro norte de su vida que las luces de la fe; suplicó encarecidamente al Señor, ser conducida por la senda estrecha y oscura de la fe, y no por el camino ancho y fácil de las revelaciones. Escuchaba con avidez santa é insaciable la palabra de Dios, y no se excusaba de asistir á las predicaciones sino por imposibilidad. Su fe inquebrantable y ciega la ilustraba mediante asiduas meditaciones y lecturas de las vidas de los Santos. No solamente creía, sino que esperaba con firmeza y confianza ilimitada la felicidad del cielo y los medios para obtenerla. De ahí provinieron tantas gracias, tantos portentos que obtenía con un movimiento de sus labios, un deseo de su corazón.

Por fin, la angelical solitaria y penitente llegó á lograr la perseverancia. Vencerse un día, dos días, un mes es llevadero, mas vencerse á todo instante, durante toda la vida, es cosa sobrehumana, que ha desalentado á muchos. Nuestra heroína perseveró en la cruz y en la oración hasta el último suspiro.

¿De dónde le vino tanto valor? Del amor, que es fuerte é invencible como la muerte.

Refiere la Escritura que Dios puso en medio del paraíso terrenal un árbol maravilloso, llamado árbol de vida. Permite, piadoso lector, que Dios plante en el jardín de tu corazón el árbol de vida, esto es: la divina caridad, y darás muchos frutos de virtudes, buenas obras y méritos, frutos en fin de vida eterna.



CAPÍTULO XLI.

CONCLUSIÓN.

SUMARIO. El rostro de la santa. — El nombre de la santa. — El monograma de Cristo. — Una oración.

ANTES de terminar este libro, queremos transcribir aquí la descripción que el Padre Butrón nos hace del rostro de la angelical virgen, descripción que el lector podrá verificar en el retrato que encabeza esta Vida. «Era su rostro algo abultado, pero en proporción agradable, apacible, cariñoso y de color muy blanco; los ojos negros, grandes y rasgados; la frente no muy espaciosa ni demasiado estrecha; las cejas negras, tendidas y pobladas; las mejillas teñidas de un dulce color de rosa, que fue el que puso su Esposo Jesucristo y pintor divino por disfraz á su penitencia; la nariz delgada con moderación y la boca pequeña.»

Empero *toda la gloria de aquella hija del Altísimo estaba en su interior*, en su espíritu y en su corazón;

de ella diría Dios lo mismo que de la Esposa de los Cantares: «¡Oh! ¡qué hermosa eres en tu alma!»

Llábase nuestra santa *Mariana de Jesús*; represéntasela con una azucena y con el monograma de Cristo Salvador nuestro sobre el pecho: tres cosas que pregonan la santidad de la preclara virgen. *Mariana de Jesús*: luego es de Jesús todo su ser: su cuerpo con los cinco sentidos, y su alma con las potencias intelectuales; de Jesús son todos sus actos, así interiores como exteriores; de Jesús, porque hizo causa común con el Redentor, inmolándose y orando como él y por el mismo fin. La *azucena*, nacida de su sangre virginal, nos representa su pureza hermanada con el sacrificio y la penitencia. Por fin, el *monograma de Cristo Salvador nuestro*, sobre el pecho, es como un sello divino puesto sobre el corazón de Mariana, para indicar que es propiedad exclusiva de Jesús, Esposo de las vírgenes.

Mariana de Jesús, Azucena de Quito, con el sello de Cristo sobre el pecho: tres cosas que se pueden expresar con una sola palabra, salida del corazón de sus contemporáneos y repetida desde entonces de generación en generación, y que de esperar es que muy en breve pronunciará el Vicario de Cristo y escribirá en los fastos de la Iglesia: la *Santa*.

Hija de Adán y nacida con la culpa, fué engendrada á la vida divina por las aguas del bautismo. Llegando al uso de la razón, hizo reeditar merced á su esforzada cooperación el capital de gracias que Dios pusiera á su disposición. Mariana no nació santa, ni fué santificada exclusivamente por el Espíritu Santo,

sino que ella se hizo santa, mediante la gracia, que siempre buscó é imploró, y siempre usufructuó.

De ahí una gran enseñanza que deberíamos grabar en nuestra mente, meditar de continuo é inculcar á nuestros hermanos en el Señor. La acción de Dios y la cooperación del hombre son los dos agentes indispensables de la santificación y salvación. ¡Cuántos, por olvidar este principio fundamental, abandonan al Espíritu Santo todo el cuidado de su perfección y, cruzándose de brazos, pretenden, cual corona de justicia, las eternas recompensas! Impe-tremos la gracia; apoyémonos en ella, y subiremos gradualmente la escala de la santidad, hasta la clara visión de Dios en la Jerusalén celestial.

Lector benévolo, al poner punto final á esta obra, recemos juntos la oración que la Iglesia ha compuesto para la fiesta de nuestra santa:

¡Oh Dios, que en medio de la seducción del mundo quisisteis que la Beata Mariana de Jesús floreciera, por su virginal castidad y continua penitencia, como lirio entre las espinas! Os rogamos, por sus méritos é intercesión, nos concedáis la gracia de que vivamos alejados de todo mal, esforzándonos por conseguir la perfección de la santidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, Hijo vuestro, que con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.



APÉNDICE.

LETRAS APOSTÓLICAS

en forma de Breve

para la Beatificación de la venerable sierva de Dios
Mariana de Jesús de Paredes¹.

PÍO PAPA IX

para perpetua memoria.

BIEN sabido es que siempre floreció en la Iglesia la virginidad, virtud la más esclarecida é ilustre entre todas, con la cual la frágil naturaleza de los hombres se aproxima muy de cerca á los ángeles. En efecto, en todas las edades han existido vírgenes castísimas, las cuales, apagando los ardores de la concupiscencia y domando los estímulos de la carne, eligieron las bodas del Cordero sin mancha. Entre éstas ha de contarse la venerable sierva de Dios Mariana de Jesús de Paredes; la cual, habiendo ofrecido desde sus más tiernos años al Divino Esposo el lirio de su pureza, se esmeró con incesantes maceraciones de su cuerpo en resguardarle con un vallado de espinas.

Nacida en 31 de octubre de 1618, en Quito, ciudad de la América meridional, de familia ilustre, y purificada en las sagradas fuentes bautismales, pareció pronosticar desde su misma infancia, hasta qué

¹ Traducción del Sr. Presbítero Don Heliodoro Villafuerte.


elevado punto de santidad había de llegar con el auxilio de la divina gracia. Brilla en ella desde luego admirable porte y candor de vida, un amor ardiente para con Dios, devoción y culto constante á su Inmaculada Madre, empeño asiduo en la oración; de suerte que hallaban en ella un dechado de todas las virtudes las compañeras de su edad. Aunque no perteneció á ningún instituto religioso, hizo á los diez años de su edad los tres votos simples de castidad, pobreza y obediencia, los cuales guardó con suma perfección, hasta el último aliento de su vida. Inflamóse más en ella el fuego de la caridad, que ya ardía en su pecho, cuando, acercándose á la sagrada Mesa, se alimentó por primera vez con el Cuerpo divino de Cristo. Como estaba tan deseosa de la salvación de los prójimos, angustiábase fuertemente al considerar tantas naciones envueltas en los errores de la idolatría y sentadas en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Y por eso anhelaba ir á las lejanas tierras del Japón y otros reinos, para hacer brillar, entre aquellas gentes bárbaras, la antorcha de la fe. Oyendo, pues, un día las alabanzas de tres mártires de la Compañía de Jesús, que habían, en confirmación de la fe cristiana, derramado su sangre en el Japón, se dispuso ocultamente al premeditado viaje. Como le fuese del todo imposible llevar á cabo esta su resolución, sujetándose á la voluntad divina, trató de hacer de su propia casa el lugar de su retiro, y retirándose á la parte interior de sus habitaciones, empezó á hacer un género de vida celestial. Maceraba su cuerpo virginal con frecuentes ayunos y

acerbísimos tormentos, gastaba la mayor parte del día y de la noche en la meditación de los misterios divinos. Repasaba en su mente con incesantes ríos de lágrimas é internos sentimientos de dolor los tormentos y la muerte acerbísima de Cristo Nuestro Señor y cobraba nuevos alientos con la recepción continua del Dios de nuestros altares. Habiendo perseverado con suma constancia en este género de vida, hasta la edad de 27 años, herida de enfermedad mortal, voló, como ardientemente lo había deseado, á unirse con su celestial Esposo, el 26 de mayo de 1645.

La opinión que ya se tenía de su santidad, acrecentóse muchísimo después de su muerte por la fama de los milagros que, según voz pública, obraba Dios por su intercesión. Presentada la causa ante la Sagrada Congregación de Ritos con asistencia de Nuestros venerables Hermanos, los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, para deliberar acerca de las virtudes de la venerable sierva de Dios, fueron estas declaradas heroicas por Pio VI, de feliz memoria, predecesor Nuestro, el 18 de marzo de 1776. En cuanto á los milagros que se decían efectuados por su intercesión, dos fueron principalmente reconocidos como verdaderos por la misma Sagrada Congregación de Ritos...

Finalmente, el 1º de agosto del presente año (1850), reunida la sobredicha Congregación, decretó, con aprobación Nuestra, que á la venerable sierva de Dios se la declarase *Beata*, con todos los indultos consiguientes, hasta el día de su solemne canonización.

(Siguen las formalidades acostumbradas.)



HIMNO

EN HONOR DE LA BEATA MARIANA DE JESÚS,
AZUCENA DE QUITO.

Compuesto por un poeta ecuatoriano, sacerdote
y religioso redentorista.

¡ Oh Mariana, Azucena de Quito,
Bella flor del pensil de Jesús!
¡ Haz que triunfe su amor infinito,
Haz que brille doquiera su luz!

Puro rasgue los aires mi acento,
Tierna virgen, cantando tus glorias
Y tus grandes tempranas victorias
Contra el mundo, la carne y Satán.
Del albor de tu vida risueña
En tu pecho encendióse esa llama
Que en raudales de amor se derrama
Desde el seno del Dios inmortal.

Blanco lirio de Quito la hermosa,
En tu cáliz más rico que el oro
Puso Dios de inocencia un tesoro
Para asombro de gracia y virtud.
Revestida de nuestras miserias,
Ángel fuiste de extrema belleza,
Querubín, del saber en la alteza,
Serafín, por tu amor á Jesús.

En tu pecho infantil ya cabía
De los héroes la indómita audacia:
¡Que tal puede la acción de la gracia
En un alma, cual tú, virginal!
Dar ansiabas tu sangre inocente
Conquistando á Jesús miles de almas.
Del apóstol, del mártir ... las palmas
Fueron siempre tu noble ideal.

Recibir al Cordero sin mancha
Fué tu vida, tu anhelo constante;
Él, en cambio, de amor palpitante
Presuroso corría hacia ti.
Su fecunda virtud te infundía,
Te abrasaba en divinos ardores,
Y formaba de célicas flores
En tu pecho gracioso jardín.

Como el águila audaz se levanta
Á las puras regiones del cielo,
Y sus ojos contemplan sin velo
La hermosura del fúlgido sol;
Así tú contemplabas la esencia
Inefable del Dios trino y santo:
Y arrobada tu mente de encanto,
Poseía admirable intuición.

Cuando todo es quietud en la noche,
Cuando reina doquiera el misterio,
Al compás de meliflúo salterio
Se te oía gozosa cantar;
De seráfico amor encendida,
Derramabas tu acento argentino,
Los regalos del Dueño divino
Celebrando de un ángel al par.

Noble virgen, de celo abrasada,
Por calmar la justicia divina,
Empuñando feroz disciplina
Purpurabas el suelo á tus pies.
De esa sangre, ¡oh portento inaudito!
De esa sangre brotó blanco lirio,
De pureza y heroico martirio.
¡Digno premio y emblema á la vez!

Ese lirio empuñando en tu diestra
Sobre trono de vívida lumbre,
¡Cuál te miro en la célica cumbre
Rebosando de dicha y de paz!
Tu humildad, tu desnudo en la lucha,
Tu gran celo, tu amor, tu inocencia,
Tu asombrosa y feliz penitencia...
Te han labrado esa gloria inmortal.

¡Ah! Mariana, Azucena de Quito,
Desde el cielo en que luces tan bella,
Con el puro fulgor de una estrella,
Oye nuestro doliente clamor.
¡Ah! lloramos en triste destierro
Aherrojados con viles cadenas;
Contra el alma se estrellan las penas
Como oleajes de un mar en furor.

¡Ve á tu patria, por cuya existencia
Fué holocausto tu vida inocente,
Descender escabrosa pendiente,
Arrastrada del genio del mal!...
Ruega á Dios que piadoso la mire,
La perdone, ilumine y levante
De la sima profunda, humillante...
En que duerme con sueño letal.

Que la fe no se apague en tu patria,
Que la anime celeste esperanza,
Que disfrute por siempre bonanza,
Por fronteras que tenga la paz;
Dios es Dueño y Señor de tu suelo,
Consagrado á su amor soberano:
¡Jamás ponga el infierno su mano
De Jesús en la eterna heredad!

Rafael del Pozo C. SS. R.

